

GUSTAVO D. PEREDNIK

JUDEOFOBIA

**LAS CAUSAS DEL ANTISEMITISMO,
SU HISTORIA Y SU VIGENCIA ACTUAL**

SUDAMERICANA



Gustavo D. Perednik

Judeofobia

Las causas del antisemitismo, su historia y su vigencia actual

Sudamericana

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleerarg



@megustaleerarg_

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

El nido a la paloma contiene
y al zorro su cueva oscura
cada nación país tiene
e Israel... ¡la sepultura!

Lord Byron, *Melodías Hebreas*, 1815

AGRADECIMIENTOS

Primeramente, vaya mi agradecimiento a quienes ya no están. Ningún investigador de la judeofobia puede omitir la obra de quien fue su máxima autoridad, el profesor Robert Wistrich, cuya compañía y aliento en Barcelona en 2012 me fueron muy significativos. También lo fue el aporte del filósofo asturiano Gustavo Bueno, quien siguió mis presentaciones en la Escuela de Filosofía de Oviedo en 2015 y una década antes en los Encuentros Filosóficos de Gijón.

José Caro, Haim Zohar, Mordecai Dayan y Haim Atzitz son algunos de quienes vehiculizaron los contenidos de este libro. El profesor Oscar Martínez, de la ciudad uruguaya de Durazno, quien falleció a fines de 2017 a los 37 años de edad, colaboró en una reciente investigación mía sobre los prejuicios en marcos educativos.

Siempre activo, mi colega y amigo Manfred Gerstenfeld es un referente internacional. Las traducciones de este libro han sido posibles gracias a Wenxing Li, Rubén Najmanovich y Moshé Nissim, y las ediciones en español fueron impulsadas por Charlotte de Grünberg, Natalio Steiner, Xavier Torrens, Johnny Czarninski y Miguel Alonso Boó.

En mi último estudio de campo me han asistido Federico Agustín Pelli, Adriana Camisar, Paulo Otero, María Cristina Rodríguez Cartagena, Ezequiel Eiben y María Victoria Raffo. A todos ellos, mi gratitud.

Entre los amigos que me han alentado institucionalmente, menciono agradecido a Ezequiel Finkelberg, Felipe Zak, Néstor Engelsberg, Sheila Brezinski, Ana Caprav, Ricardo Reisin, Fabián Neiman, Ellen Popper,

Horacio Barenbaum, Samuel Turgman, David Vainer y Alan Futerman.

Retroalimentaron los contenidos del libro mis alumnos de judeofobia, desde los distantes cursos juveniles en la Argentina de la década del ochenta (Ioná, Hacoaj y Macabi) hasta las diez camadas de estudiantes del Instituto de Líderes de Jerusalén que dirigí en los años noventa, y mis discípulos más recientes del Ibn Gabirol de Madrid, de Nanjing en China, y del grupo *Abras* en Buenos Aires.

Mi editor, Roberto Montes, ha sido una fuente de estímulo desde el momento en que Juan Ignacio Boido comenzó a considerar esta publicación. A ambos, mi reconocimiento.

Con mi esposa Ruth nos conocimos hace más de treinta años, cuando la judeofobia ya habitaba en mis inquietudes. Durante estas felices décadas juntos, ha incentivado mi trabajo con amor, que es muy recíproco.

CAPÍTULO 1

¿QUÉ ES LA JUDEOFOBIA?

Presencia y complejidad

La voz *judeofobia* viene difundándose en el mundo hispanohablante para denominar el odio contra los judíos, habitualmente llamado “antisemitismo” —un término inapropiado, como veremos—.

En el último lustro ha sufrido un documentado incremento. Una megacuestión de 2014 reveló estadísticamente que más de la cuarta parte de la población mundial alberga prejuicios antijudíos.¹ Otro estudio ha mostrado que Israel es el país que más despierta asociaciones negativas, aun detrás de Corea del Norte e Irán.²

Más específicamente en la Argentina, en el último bienio hubo más de ochocientas denuncias por actos judeofóbicos, cuyo grado de violencia aumentó con el tiempo.³ Varios incidentes tuvieron como protagonistas a estudiantes secundarios, en el marco de los tradicionales viajes de egresados al Sur.⁴ Durante noviembre de 2017 se produjo una serie de seis episodios públicos de corte judeofóbico que llamaron la atención de los medios.⁵

A pesar de lo antedicho, muchas personas sienten que el asunto ha quedado obsoleto, o que se exagera el problema. Después de todo, arguyen razonablemente, ya casi no existen comunidades hebreas⁶ oprimidas, y nunca antes los judíos gozaron de tanta libertad para desarrollarse en las ciencias,

las artes, la economía, la política. La discriminación contra ellos parece en camino a desvanecerse, así como la percepción de los judíos como si fueran advenedizos o extranjeros.⁷

Más aún, jamás su prosperidad fue tan conspicua, con comunidades que vibran por doquier, incluso en entornos relativamente rezagados o difíciles. Asimismo, hay cada vez más interés en estudios del judaísmo, sea en universidades y escuelas como en academias talmúdicas; jamás se produjeron tantas publicaciones judaicas como hoy en día, en decenas de idiomas.

Si bien podría argumentarse que este libro se dedica a lo ya superado, intentaremos demostrar que, lejos de ello, la judeofobia es uno de los motivos más persistentes que permea el discurso del odio, y suele ser el principal.⁸ La demostración no será fácil, debido a que trata de un fenómeno tan complejo que ha hecho que muchos, no-judíos y judíos, lo minimicen.

A pesar de que los israelitas son un grupo pequeño, sobre ellos se escribe y habla considerablemente. Hay apenas un poco más de trece millones en el mundo; la mitad de ellos reside en Israel (seis millones y medio), y el resto distribuidos como sigue: más de cinco millones en los EE. UU.; más de un millón en tercios en Francia, Canadá y Gran Bretaña; y más de cien mil en cada uno de los siguientes: Rusia, Argentina, Alemania, Australia y Brasil. En suma: más del 95% de los judíos se concentran en catorce países,⁹ y los demás residen en comunidades pequeñas en cien Estados más.

Es notable que en ningún país, ni aun en los que albergan comunidades muy grandes, éstas conformen siquiera el 1% de la población. Las únicas dos excepciones son: los EE. UU., donde se acercan al 2%, y obviamente Israel, donde constituyen alrededor del 80%. En la Argentina se acercan al 0,2% (2 judíos por cada mil habitantes) que es aproximadamente el porcentaje de judíos en el mundo entero.

La exigüidad de los israelitas llama la atención, sobre todo porque en casi

todas las sociedades son percibidos como si fueran hasta cinco o diez veces más.¹⁰

Su sobrepercepción resulta de por lo menos tres razones históricas, a saber:

- son eminentemente urbanos (el 90% concentrado en una o dos de las ciudades principales de cada país);
- son muy activos en aspectos sociales visibles (comercio, artes, ciencias);
y
- su historia se transformó en relato religioso de una buena parte de la humanidad.

Por esas causas —cada una con explicaciones históricas—, los hebreos suelen estar mentalmente presentes antes de ser personalmente conocidos. Su sobrepercepción, empero, no está necesariamente ligada a la judeofobia.

Por ejemplo, uno de los máximos escritores norteamericanos, Mark Twain, expresó en varias ocasiones su simpatía por el pueblo judío, y en 1899 envió una humorada al editor de la *Encyclopedia Britannica*: “Leí que la población judía de los EE. UU. es de 250.000. Yo tengo más amigos judíos que esa cifra, por lo que supongo que se trata de un error tipográfico por 25.000.000”. En los casos en que sí hay judeofobia, la sobrepercepción actúa como agravante.

En principio, como toda otra minoría, los judíos pueden ser objeto de prejuicios, es decir, según la definición clásica, de “antipatías basadas en generalizaciones defectuosas e inflexibles”.¹¹

Los estereotipos llevan a prejuicios y éstos generan discriminación incluso, paradójicamente, entre las personas que se oponen con tenacidad a toda discriminación. En efecto, las posturas contra los prejuicios coexisten curiosamente con los prejuicios en sí, debido a que, mientras las posiciones ideológicas son controladas, los prejuicios son automáticos.

En general, se señalan dos causas para explicar por qué las personas que rechazan los prejuicios prosiguen trabadas en ellos: están demasiado instalados desde la temprana infancia y además, cuando alguien se propone superarlos debe hacer un esfuerzo para contravenir a los agentes de socialización que los difunden: los padres, otros adultos, o los medios de difusión masivos.

Amén de la persistencia de los prejuicios una vez que se han generado, vuelve la pregunta de por qué son concebidos, es decir por qué las experiencias que asociamos con otros grupos son frecuentemente negativas.

Una de las respuestas es que cuando un miembro de un grupo minoritario tiene una conducta negativa resalta doblemente: primero porque las minorías se notan más como tales, y segundo porque las conductas negativas también son más recordadas.

En suma: los prejuicios subyacen en todas las personas, y en general uno no es consciente de ellos. Por lo general son negativos, y se resisten a cambiar.

Dentro de los muchos prejuicios existentes, enfocaremos nuestra atención en el estereotipo antijudío.

Un fenómeno singular

Aversiones contra grupos siempre existieron, la judeofobia entre ellas, en sociedades paganas, religiosas y seculares. Los judíos fueron acusados en bloque, por los nacionalistas de ser los generadores del comunismo; por los comunistas de regir el capitalismo. Si viven en los países no judíos, son culpados de dobles lealtades; si viven en el país judío, de ser racistas. Cuando gastan su dinero se les reprocha por ostentosos; cuando no lo gastan, por avaros. Si se asimilan al medio, se les acusa de quintacolumnas; si no, de

recluirse en sí mismos.

En general, el judeófobo escarnece sin pretensiones de racionalidad, y esgrime simultáneamente argumentos contradictorios. Ernesto Sabato ha señalado que se espeta al judío que “es banquero y bolchevique, avaro y dispendioso, limitado a su gueto y metido en todas partes”. Si quien triunfa en los negocios no es judío, aduce Sabato, será calificado de tenaz. Si es judío, de codicioso. Si un no-judío tiene éxito en los estudios, es superior. Si se trata de un judío, demostrará cómo “es típico de la raza alejarse de las nobles faenas agrícola-ganaderas”. La judeofobia, concluye el escritor, “es de tal naturaleza, que se alimenta de cualquier manera. El judío está en una situación tal que cualquier cosa que haga o diga” servirá para avivar el resentimiento.¹²

La irracionalidad de la judeofobia y su sadismo, sobre los que nos extenderemos, se ejemplifican en una conversación entre amigos durante los días del affaire Dreyfus en Francia.¹³ Un médico se atrevió a decir “Me gustaría torturarlo”, y su confesión no despertó estupor. Por el contrario, una dama arrojó parsimoniosamente: “Y a mí me gustaría que fuese inocente, porque así sufriría más”.

La singularidad de la judeofobia emerge también de las entrelíneas de la investigación seminal de Gordon Allport sobre los prejuicios, hace más de sesenta años. De los muchos estudiados, los de tinte racial se consideraron más conspicuos, y dentro de ellos una parte sustancial del análisis se enfocó en los negros y en los judíos. Allport no notó que de sus propios hallazgos podía deducirse que el estereotipo judeofóbico es incomparable en varios aspectos.

En principio, la judeofobia no es una forma de la xenofobia, puesto que los judíos no son extranjeros en los países en los que viven. Tampoco son una raza ni se ven diferentes a quienes los rodean, por lo que la judeofobia no constituiría un tipo de racismo. Al respecto advierte un filósofo argentino que

“el término *racismo*... resulta insuficiente y hasta equívoco para calificarla, pues el complejo mental y afectivo que la tipifica excede con mucho el ámbito de lo racial... Reducirlo a una cuestión racial implica minimizarla y hasta desnaturalizarla”.¹⁴ Ahora bien, hay ciertos estereotipos que aparecen en casi todos los odios de grupo, ergo también en la judeofobia, y llevan al desprecio y a la discriminación.

En la investigación mencionada (que fue base de cientos de estudios posteriores) se detallan los prejuicios más habituales, tales como que ciertos grupos son supuestamente torpes (los “gallegos” en Sudamérica, los irlandeses en Inglaterra, los polacos en los EE. UU., los noruegos en Suecia, etc.).

Cuando se enumeraron los específicamente antijudíos, las entrevistas indicaron: el interés por el dinero, el espíritu de clan, la ambición y el rechazo del afuera. Estas características habían emergido en estudios de dos décadas antes y se reiteraron en otros posteriores; el esquema tiende a perdurar.¹⁵

Hasta aquí, si comparamos los prejuicios contra todos los grupos, no parece surgir ninguna distinción cualitativa, sino sólo el hecho de que los atributos que se endilgan a cada grupo varían según cada caso. Así, suponer que todos los israelitas son avaros o narigudos es equiparable a creer que todas personas de raza negra son sucias o irascibles.

Pero cuando leemos la lista entera de los prejuicios podemos notar bajo la superficie diferencias cualitativas importantes. Entre varios estereotipos contra los judíos (astutos, comerciantes, codiciosos, leales a la familia, tenaces, locuaces, etc.) dos de ellos chirrían: que los judíos dominan, y que mataron a Jesús. Estos dos conceptos no tienen paralelos en hostilidades contra otros grupos, ya que trascienden el mero rechazo al diferente. Predisponen al portador del prejuicio a desear “defenderse” de un grupo pequeño pero supuestamente poderoso y peligroso que intenta imponerse y es intrínsecamente vil.

Para sintetizar este punto, un texto clásico concluye que lo que distingue a la judeofobia “de otras manifestaciones de antipatía racial o de minoría, en expresión e intensidad, es lo demonológico”¹⁶, que raramente se vuelca contra otros objetos de odio. Con respecto a los israelitas “la figura demoníaca, creación de la mente medieval, todavía domina la imaginación popular”.

Por lo antedicho, podemos notar que las aristas más superficiales de la judeofobia sí son compartidas por otros odios de grupo, ergo producen desprecio y discriminación. Estos aspectos van superándose y no constituyen un problema especial. Sin embargo, quedan incólumes las otras aristas, más profundas, que son el objeto primordial de este libro.

¿Judeofobia o antisemitismo?

Hasta 1879, la judeofobia había arrasado comunidades enteras, destruido cientos de miles de vidas, sembrado desolación por doquier. Había dado lugar a mitos, miedos y enfrentamientos que inundaron de violencia la vida europea. Curiosamente, no tenía nombre.

Ese año Wilhelm Marr acuñó el término *antisemitismo*. Rechazó la voz *antijudío* porque percibió en ella una connotación religiosa que deseaba evitar. Marr no se consideraba enemigo de *la religión* de los judíos, sino de *los judíos* como grupo, cualesquiera que fueran las inclinaciones religiosas de sus miembros.

Su panfleto,¹⁷ que alcanzó doce ediciones en un año, advertía del peligro de la influencia de los israelitas en Alemania y exhortaba a desembarazarse de ellos, sin importar qué pensarán o sintieran ellos mismos.

La agrupación liderada por Marr tuvo corta vida, pero el palabrejo por él inventado tuvo una difusión descomunal, a pesar de que es patentemente

defectuoso.

En primer lugar no hay “semitas”, salvo en la paleología o en la antropología. Sólo en la remota antigüedad hubo grupos semitas; hoy no existen, y resultaría absurdo englobar a un judío de Holanda, uno del Yemen y uno de Etiopía, junto con un árabe de Marruecos y otro de Siria, en la categoría de una “raza semita”.

Existen *lenguas* semíticas, que fueron catalogadas en 1781 por Arthur Schlözer sobre la base de las que se hablaban en el Medio Oriente antiguo; hoy en día perduran cuatro de ellas.¹⁸

En segundo lugar, y más importante aún, personas *contrarias a los semitas*, no sólo no hay actualmente, sino que jamás existieron. Nunca se establecieron partidos, publicaciones o ideas que combatieran a “los semitas”. Más aún: la voz se presta a confusiones tales como que los árabes no podrían ser antisemitas “porque son semitas”. En suma, el antisemitismo no tiene nada que ver con los semitas.

Tres años después de Marr, uno de los precursores del pensamiento nacional judío moderno, León Pinsker, utilizó la definición más apropiada: *judeofobia*.

De las dos palabras se difundió la peor, a pesar de que la última es más precisa. En su prefijo señala el verdadero blanco de la aversión, y en el sufijo alude a su carácter irracional.

Es cierto que, en psicología, *fobia* responde a su origen griego de *miedo*. Se habla de ailurofobia (miedo a los gatos), nictofobia (a la noche) o claustrofobia (a los lugares cerrados). Pero en ciencias sociales tiene una connotación más cercana al odio, y no al temor. Así es *xenofobia*: odio a los extranjeros.

Nuestras justificaciones del uso de *judeofobia* en vez de *antisemitismo* incluyen motivos históricos, semánticos y lógicos. Un argumento adicional es ideológico. El prefijo *anti* combinado con el sufijo *ismo* sugiere una opinión

que viene a oponerse a otra opinión, como en antimercantilismo, antidarwinismo o antiliberalismo. Pero la judeofobia no es una idea.

Jean-Paul Sartre sugiere¹⁹ que no permitamos al judeófobo disfrazar su odio de opinión. Precisamente, el uso de *antisemitismo* facilitó a los judeófobos adornar sus rencores con una aureola de criterio razonado, aureola que desdibuja su inherente irracionalidad.

Es de lamentar que incluso los ensayos que descalifican el término *antisemitismo*²⁰ no ofrecen la alternativa que está a su alcance, y que los pocos historiadores que optan por el término correcto lo hagan tímidamente.²¹

Uno de los historiadores admite²² haber supuesto que él mismo había acuñado la palabra correcta, hasta que consiguió rastrearla a un artículo de 1903. Olvidó que ya en 1882 el ensayo *Autoemancipación* hablaba de *judeofobia*. A su autor, León Pinsker le debemos la correcta definición de este odio, y también una vía original para explicarlo, que referiremos más adelante.

Otro autor concluye que “el fracaso de encontrar un mejor término para la enfermedad del *antisemitismo*, refleja cuán poco la comprendemos”,²³ y otro más se resigna expresamente a no hallar solución: “Usamos *antisemitismo* conscientemente, sabedores de cuán errado es el término”.²⁴ En estas páginas no nos sometemos al error.

Probablemente, *antisemitismo* ha prevalecido debido a una inconsciente necesidad colectiva de diluir la especificidad del fenómeno. Se trató de una especie de evasión eufemística para no confrontar de modo directo una sociopatología milenaria.

Ahora bien: ¿quién responde a la definición? No caben en la misma categoría el que exhorta al exterminio de los judíos, junto con quien se limita a expresar ocasionalmente un disgusto superficial.

No debería utilizarse el mismo término para definir a un fanático sumido

en una quimera que podría llevarlo a matar y, adosado a él, a una persona que alberga suspicacia hacia sus amigos judíos, o que de vez en cuando los critica. ¿Es acaso judeofóbico quien se permite un esporádico y ligero chiste antijudío?

La respuesta es que quienes portan estereotipos judeofóbicos, *no son necesariamente judeófobos*.²⁵ La judeofobia se presenta en varios niveles, y el más tenue de ellos, el mero prejuicio nebuloso y abstracto, no alcanza para encajar en la definición de “odio”. Los judeófobos son una pequeña minoría, aun si no lo son quienes guarden prejuicios inconscientes.

Ocho peculiaridades

A fin de desmenuzar la condición demonológica, señalemos ocho aspectos que hacen singular nuestra materia. No hay odio más antiguo, más generalizado, más permanente, profundo, obsesivo, peligroso, quimérico y disponible que la judeofobia.

1) **Antiguo.** Nos referiremos en breve al momento en el que nació, pero adelantemos que registra más o menos dos milenios y medio. *El odio más antiguo* es el título que eligió Robert Wistrich para su clásica obra. Otro investigador agrega que se trata de “un fenómeno que se prolongó ininterrumpidamente desde la época helénica hasta nuestros días, aunque asuma características distintas en el curso de la historia. Precisamente, su continuidad histórica es un factor decisivo en su intensidad y en su capacidad de adaptarse a las cambiantes condiciones contemporáneas”.²⁶

2) **Generalizado.** Veremos cómo la judeofobia es un fenómeno eminentemente europeo que terminó diseminándose en el mundo entero. De

todos los países de Europa en los que residieron, los judíos fueron expulsados. Memorables ejemplos son Inglaterra en 1290, Francia en 1394, España en 1492, y muchos otros.²⁷ En todo el mundo²⁸ y en situaciones históricas muy diversas, los judíos fueron alguna vez hostilizados. Incluso en los países en donde no estaban. Un ejemplo actual es Japón que, a pesar de lo minúsculo de su comunidad judía, los libros de odio del pastor Uno Masami venden millones de ejemplares.²⁹

En Latinoamérica, el primer precedente judeofóbico se registra en un cuento de 1860, cuando casi no había judíos en el continente,³⁰ y se difundió tres décadas después con la novela *La Bolsa* de Julián Martel, que hemos de analizar, y en la que se acusa a los judíos de haber provocado en 1890 el colapso de la Bolsa de Comercio de Buenos Aires... otra vez, en una época en la que casi no había judíos en el país.³¹

En notable contraste con los otros odios de grupo, la judeofobia no necesita la presencia del objeto del odio. Mientras no se podría ser misógino si no hay mujeres, ni racista sin variedad de razas, ni xenófobo si no hay extranjeros, por el contrario, para sentir judeofobia la ausencia de judíos reales a la vista es casi una ventaja, puesto que el estereotipo es alimentado, no por los hechos, sino por una larga historia de demonización.

De esa condición deriva su universalidad. El acicate para la judeofobia no es el judío de carne y hueso sino una imagen de él, aun cuando los golpes concretos se descargan ulteriormente contra la gente real.

3) **Permanente.** Habitualmente la judeofobia continúa por años, décadas e incluso siglos después de que los judíos han partido. El rey Eduardo I expulsó a los judíos de Inglaterra en 1290; su readmisión no se produjo hasta 1650. Es notable que en 1589 Christopher Marlowe construyó su personaje Barrabás, en *El judío de Malta*, sobre la base de un acre estereotipo.

Unos años después, y en cierta medida en respuesta a Marlowe,

Shakespeare moldeó su clásico Shylock, el judío de *El mercader de Venecia*.³² Es decir que después de tres siglos sin judíos, la audiencia todavía los despreciaba y podía burlarse de ellos sin que hubiera entre los espectadores ni uno solo que los hubiera conocido en persona; tampoco los autores, ni sus padres, ni sus abuelos.

4) **Profundo.** Como resultado de los atributos mencionados, los estereotipos mentales en contra de los judíos están hondamente arraigados. Durante siglos, cientos de millones de personas han creído que los judíos son una raza de leprosos, que beben la sangre de los no-judíos, que causan plagas y envenenan pozos de agua, que planean la conquista del mundo, que ya la han logrado, o que asesinaron al mismísimo Dios; que son una casta promiscua o criaturas diabólicas, o que la divinidad desea que sufran.

Un odio arraigado por tanto tiempo no puede ser superado en una o dos generaciones, aunque podemos avanzar en esa dirección si lo entendemos mejor.

Se dice que un cartel de propaganda nazi exhibía a un hombre en una bicicleta sobre la leyenda “La desgracia de Alemania son los judíos y los ciclistas”. El lector medio se preguntaba ingenuamente *por qué los ciclistas*, y así la propaganda había cumplido su objetivo gracias a la profundidad de la judeofobia.

5) **Obsesivo.** El judeófobo está obsesionado. No habla de *judíos*, sino de *los judíos*. Se detiene en un defecto de uno de ellos, verdadero o falso, y lo transforma en la falencia del grupo en bloque a la que atribuye consecuencias colosales. No los percibe como un enemigo, sino como *el* enemigo. Durante los siglos XIX y XX, cuando las palizas y asesinatos de judíos se difundieron en el Imperio ruso, eran promovidos como el medio de salvar a la nación.³³

Ernst Cassirer reflexionó acerca del último discurso de Adolf Hitler, ante la

derrota: “Ya no promete la conquista del mundo a la raza alemana. ¿Habla acaso de los múltiples males que su agresión ha infligido a los alemanes, a Europa y el mundo entero? Nada de eso. Su atención está aún fijada sobre un punto. Está obsesionado e hipnotizado por una sola cosa. Habla de los judíos. Lo que le preocupa no es el futuro de Alemania sino el ‘triumfo’ de los judíos”.³⁴ El testamento de Hitler, firmado horas antes de su muerte, concluye con su exhortación a la “lucha sin merced contra este envenenador de todos los pueblos del mundo”.³⁵

Si bien Hitler es una excepción porque encarnó la judeofobia en su extremo patológico, veremos que la obsesividad de la que hablamos es una característica reiterada, por lo que el judeófobo no ve satisfecho su impulso ni siquiera cuando el judío es maltratado del modo más duro.

6) **Peligroso.** Debido a su profundidad, con mucha frecuencia estalla en violencia física. En casi todos los países en donde los judíos viven o vivieron, fueron en algún momento sometidos a golpizas, tortura y muerte, por el único motivo de existir. Por ello los gestos judeofóbicos son potencialmente más peligrosos que aversiones contra otros grupos.

Por ejemplo, en todos los países hay chistes xenofóbicos en contra de minorías. En los EE. UU. son los chistes de polacos, en Inglaterra de irlandeses, en Brasil de portugueses, en la Argentina de gallegos, etc. Las bromas sobre judíos podrían suponerse tan inofensivas como otras cualesquiera. Sin embargo, mientras los chistes sobre minorías las aluden habitualmente como torpes y engañables, los de judíos, por el contrario, suelen mostrarlos como dominadores y peligrosos. Si no los hubiera habido en Europa durante uno o dos siglos antes del Holocausto,³⁶ la virulencia de la judeofobia podría haber sido menor, y los nazis habrían encontrado menor apoyo para su genocidio. Para las otras minorías mencionadas, no hubo deliberadas hogueras, cámaras de gas y hornos crematorios. Más que en

conferencias y libros, la judeofobia se había transmitido en gestos, burlas y generalizaciones. Ulteriormente, los chistes pueden ser letales.

7) **Quimérico.** Todo odio contra un grupo deriva usualmente de una incorrecta interpretación de la realidad. Si un francés odia a los argelinos porque corrompen su cultura, o un alemán odia a los turcos porque le quitan sus puestos de trabajo, en ambos casos la realidad ha sido malinterpretada. Ciertamente hay desempleo en Alemania, pero no son los turcos los culpables de ello. Así es la xenofobia.

La diferencia de la judeofobia es que no plantea una *interpretación* incorrecta; más que a la *realidad cotidiana*, alude a mitos. En el pasado, se reivindicaba el odio a los judíos atribuyéndoles comer no-judíos; en el presente, suponiéndolos dominadores del mundo. El común denominador de estos argumentos, así como los de matar a Dios, inventar el Holocausto, promover las guerras, la esclavitud y el mal, es que no resulta fácil contender con ellos.

No se desprecia al judío por ser inferior, como procedería el racismo; ni se le recela por ocupar los puestos de trabajo disponibles, como esgrimiría la xenofobia. Se le teme y odia por ser el culpable de los males más insospechados, virtualmente de *todos* los males. En palabras de James Parkes: el prejuicio de grupo se refiere a algún suceso contemporáneo, aunque se lo interprete erróneamente. En contraste, la judeofobia no guarda relación con el mundo actual, y reposa sobre una ficción alimentada por otras ficciones.³⁷

8) **Disponible.** El judeófobo no debe invertir muchos esfuerzos para despertar antipatías, propias o ajenas, contra el judío. Puede echar mano de la asociación mental apropiada para un momento determinado.

Ello explica por qué las facciones que parten de la simple xenofobia se

sofisticación hacia el ataque al judío. En un primer estadio, en efecto, el militante ultranacionalista alerta contra los extranjeros, quienes supuestamente lo despojan de lo propio. Pero en una segunda etapa de su militancia, se ve tentado (o inducido) a bosquejar un cuadro general de injusticia que es el que facilita el despojo.

Al judeófobo lo seduce el esquema blanco-negro de un culpable general y abarcativo, un malvado que maneje los hilos entre bambalinas y enfrente a los pueblos unos con otros. Ayudado por la propaganda acumulada, le es fácil atribuir al judío ese rol semidiabólico.³⁸

Cuando no aparece sola, la judeofobia viene habitualmente a *complementar* otros odios de grupo proveyendo de un esquema global en el que supuestamente se posibilitan también las vilezas menores de los inmigrantes.

Hay odios que comparten alguna de estas ocho características, pero no se encontrará otro que combine todas ellas en un mosaico demonológico.

Es cierto: hubo españoles que durante la colonización de América menospreciaron a los indígenas iberoamericanos, como Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdez que los consideraba “ociosos y viciosos, cobardes y viles”, o como el extremo del fray Domingo de Betanzos quien en una etapa creyó que los indios eran bestias.³⁹

Hubo odios de grupo contra muchas razas y pueblos, clases y partidos. Pero la judeofobia sobresale con sus rasgos distintivos que hacen que el objeto de la ofensiva, más que despreciable, sea *temible* y requiera “defenderse” ante él.

Obviamente, encararla de modo singular no implica minimizar el sufrimiento de otros grupos, ni condonar el acoso contra otras minorías cualesquiera. Todo desprecio a un grupo étnico o religioso, toda persecución, deben ser repudiados. Pero la judeofobia sigue siendo el odio más antiguo,

profundo, peligroso y quimérico, y si la diluimos en un mar de discriminaciones y prejuicios, la entenderemos menos.

1 La mega-encuesta fue publicada en Nueva York por la Liga Anti-Difamatoria (ADL) el 13 de mayo de 2014. Es considerada la más importante en su género, ya que abarca más de cien países y más de 50.000 encuestados, representando a una población de más de mil millones de personas.

2 De la BBC de Londres, del 6 de marzo de 2011. Se publicó una nómina de los países del mundo, ordenados de acuerdo con cuán positivamente son percibidos. El país más positivamente visto del mundo resultó Canadá. Ya en las encuestas del llamado Eurobarómetro de noviembre de 2003 la opinión sostenida era que el país que más amenaza la paz mundial es Israel.

3 Tomado de los informes compilados por Marisa Braylan, Centro de Estudios Sociales de la DAIA, Buenos Aires, 2015 y 2016.

4 Por ejemplo, en 2016 los estudiantes del colegio Sedalo de Lanús asistieron al boliche Cerebro, en Bariloche, disfrazados con esvásticas y bigotes a la Hitler, y se enfrentaron a los estudiantes del colegio ORT.

5 Tuvieron por protagonistas al periodista Alfredo Leuco, la conductora Úrsula Vargues, el escritor Federico Andahazi, la política Myriam Bregman, el niño Santino Guglieri y el fiscal español Ramiro Grau.

6 Usamos indistintamente los términos *judío*, *hebreo* e *israelita*, que si bien registran diferentes etimologías, en la actualidad son sinónimos.

7 Lloyd Gartner: *Historia de los judíos en la modernidad*, en inglés, Oxford, 2001, capítulo 12.

8 James Banks (editor): “Antisemitism in School and Society de Christopher MacDonald-Dennis”, en *Enciclopedia de la diversidad en la educación*, SAGE Reference, Los Ángeles, 2012, págs. 122-123.

9 Además de los mencionados, hay casi un cuarto de millón de judíos en los siguientes cuatro países: Ucrania, Sudáfrica, Hungría y México.

10 Una investigación llevada a cabo en Alemania y publicada en Israel en 1982,

mostraba que el 83% de los encuestados creía que el número de judíos era casi diez veces el real. Ver Shlomit Levy: *Percepciones israelíes del antisemitismo*, en inglés, SICSA, Jerusalén, 1996, págs. 12-13.

11 La definición es del investigador pionero en la materia, Gordon Allport: *La naturaleza del prejuicio*, EUDEBA, Buenos Aires, 1954, pág. 9.

12 Ernesto Sabato: “Judíos y antisemitas”, revista *Comentario* N° 39, IJACI, Buenos Aires, 1964, págs. 7-8. Una parte del texto fue reproducido en el libro de Sabato *Apologías y rechazos*.

13 André Chevrillon: *Ocho días en Rennes*, en francés, febrero 1900.

14 Jorge Luis García Venturini: “Antisemitismo y cristianismo”, citado por el autor en “Reflexiones sobre la cuestión antisemita en la Argentina”, *Comentario*, publicación del Instituto Judío Argentino de Cultura e Información, Buenos Aires, 1964, pág. 13.

15 Allport, op. cit. De los varios estudios mencionados, el de 1932 de Katz y Braly reveló los mismos prejuicios que volvieron a reiterarse veinte años después en las revisiones de Bettelheim y Janowitz.

16 Joshua Trachtenberg: *El diablo y los judíos*, Paidós, Buenos Aires, 1975, págs. 10-11.

17 “La victoria del judaísmo sobre el germanismo considerada desde un punto de vista no-religioso”, en Jacob Katz: *Del prejuicio a la destrucción*, en inglés, Harvard University Press, Cambridge, 1982, pág. 260.

18 El término “semita” proviene de la clasificación de idiomas en el décimo capítulo del libro del Génesis. Las cuatro lenguas semitas aún habladas son el hebreo, el árabe, el amhárico y el arameo.

19 En *Reflexiones sobre la cuestión judía, o Retrato del antisemita*, 1946.

20 Por ejemplo Hyam Maccoby se lamenta de que “su uso haya sido aceptado tan universalmente”. Ver su “Anti-Judaísmo y Anti-Semitismo”, en *Pensamiento Religioso Judío Contemporáneo*, en inglés, editado por Arthur A. Cohen y Paul Mendes Flohr, ediciones Charles Scribner’s Sons, Nueva York, 1987, pág. 14.

21 Por ejemplo: Walter Laqueur, Edward Flannery, Jacob R. Marcus, Henry Weinberg, Robert Wistrich, Zvi Yavetz. Laqueur lo utiliza entre otros en la pág. 23 de su *Historia del Sionismo*, en inglés. Flannery, al final del primer capítulo de *La angustia de los judíos*, en inglés, Marcus en *Defensas contra el antisemitismo*, en inglés. Es notable que en el Roget’s Thesaurus, Penguin, 1975, pág. 339, bajo el título *miedo-fobia*, entre las muchas fobias que se mencionan, la única de nombre inapropiado es “anti-Semitism” (todas las demás llevan el sufijo *fobia*).

22 El libro *Judeofobia* (1997) de Peter Schäfer versa sobre las actitudes hacia los judíos en la Antigüedad.

23 Yoram Hazony: *La aurora*, en inglés, exégesis política del libro bíblico de Ester, Génesis, Jerusalén, 1995, pág. 104.

24 Samuel Sandmel: *¿Anti-Semitismo en el Nuevo Testamento?*, en inglés, Fortress Press, Philadelphia, 1978, pág. XXI.

25 Leon Volovici: “Notas sobre antisemitismo latente”, en inglés, en el reporte anual del SICSA (Centro Internacional Vidal Sassoon para el Estudio del Antisemitismo de la Universidad Hebrea de Jerusalén), octubre de 1997, págs. 16-18.

26 Shmuel Etinguer: “La singularidad del antisemitismo contemporáneo”, en la revista *Dispersión y Unidad* No. 14, Jerusalén, 1974, págs. 117 y 125.

27 Inglaterra en 1290, Francia en 1306 y en 1394, Hungría en 1349, Austria en 1421, numerosas localidades de Alemania entre los siglos XIV y XVI, Lituania en 1445 y en 1495, España en 1492, Portugal en 1497, y Chequia en 1744.

28 China es frecuentemente citada como la excepción a la regla de la universalidad de la judeofobia.

29 Ver artículo de Rotem Kowner, en SICSA, op. cit., págs. 11-15.

30 En el cuento “Viaje al país del oro” (1860) aparece el estereotipo del avaro judío que viaja a California a buscar fortuna. Su autora fue Juana Manuela Gorriti, una prolífica precursora de la narración fantástica.

31 Sergio Bagú: “Julián Martel y el realismo argentino - Una revaloración de La Bolsa”, revista trimestral *Comentario* de julio-septiembre 1956, IJACI, Buenos Aires, págs. 27-39.

32 Consideramos que *El mercader de Venecia* no es una obra judeofóbica. Ver nuestro “Shakespeare y el judío” (*El Catoblepas*, febrero de 2004) sobre el aporte del bardo para humanizar al judío.

33 Su lema era “*Byay Zhidov Spassai Rossiyu - Golpea al judío y salva a Rusia*”.

34 Ernst Cassirer: *Modernos mitos políticos*, Colección Derechos Humanos, Ediciones DAIA, Buenos Aires, 1964, pág. 20.

35 Yad Vashem: *El Holocausto en documentos*, Jerusalén, 1996, págs. 178-179.

36 Utilizamos indistintamente las palabras *Shoá* (“catástrofe” en hebreo) y *Holocausto* (con mayúscula, fue el término con lo que dio en denominarse privativamente este genocidio). *Holocauston* es la traducción griega del hebreo *oláh*: un sacrificio consumido por el fuego.

37 James Parkes: *Antisemitismo*, Paidós, Buenos Aires, 1965, pág. 103.

38 Michael Billig: “Antisemitismo y retórica de la conspiración en los días actuales”, revista *Coloquio* No. 9, Ed. Congreso Judío Latinoamericano, Buenos Aires, pág. 49.

39 Lewis Hanke: *Bartolomé de las Casas*, EUDEBA, Buenos Aires, 1970, págs. 14-15.

CAPÍTULO 2

SUS ORÍGENES

*Cuándo **no** comenzó*

Comenzaremos por descartar cinco de siete opiniones posibles acerca de cuándo apareció la judeofobia, a saber:

- a) con los primeros hebreos, hace cuatro milenios;
- b) con la esclavitud egipcia, hace algo más de tres milenios;
- c) con el antiprofetismo pagano, hace veintiocho siglos;
- d) con el Retorno a Sion, hace veinticinco siglos; y
- e) con el totalitarismo moderno, hace dos siglos.

Después de refutarlas plantearemos las dos teorías más plausibles.

La teoría (a) propone que rastreemos la judeofobia hasta la Edad de Bronce, lo que implica un error tanto cronológico como conceptual. Desde el punto de vista histórico, no es cierto que los judíos hayan sufrido persecuciones por cuatro milenios. Aunque hay algunos versículos bíblicos que evidencian un tono judeofóbico en la época patriarcal, no atribuimos a la Biblia precisión histórica sino arquetipos que ayudan a la comprensión.

El primer ejemplo de judeofobia en la Biblia, puede considerarse Abimelec, el rey de Guerar en el desierto del Néguev, quien ordenó al

patriarca hebreo Isaac: “Aléjate de nuestro medio, ya que te has hecho más poderoso que nosotros” (Génesis 26:16).

El argumento del poder judío es arquetípico, especialmente porque el original hebraico puede traducirse también como “Aléjate de nuestro medio, porque has prosperado *a costa nuestra*”. No obstante, el versículo no puede considerarse un testimonio del origen del odio, sino simplemente uno de sus modelos.

Sostener que la judeofobia aparece con los primeros hebreos⁴⁰ es acusar a la víctima. El patriarca Abraham no tenía por qué generar enemigos sólo por el hecho de proponer la distinción monoteísta. La fuente del odio no descansa en las meras diferencias entre los seres humanos, sino en *la intolerancia* frente a ellas. La judeofobia comienza *con los judeófobos*, no con los judíos.

La segunda teoría (b) sugiere⁴¹ que la judeofobia se inició con un faraón que produjo “el primer pogromo”. También esta conclusión resulta de tomar la narración bíblica literalmente.

Es cierto que el faraón arguye como habitualmente lo hacen los judeófobos —que los judíos son una quinta columna— y advierte. “He aquí los hijos de Israel... Actuemos contra ellos para evitar que se unan a nuestros enemigos para combatirnos” (Éxodo 1:9-10). Con todo, sería más razonable atribuirles a los egipcios un intento xenofóbico de esclavizar a otros pueblos en general (una práctica usual de la Antigüedad) y no un odio específico contra los judíos como tales, del que no habría documentos históricos testimoniales.

Además de Abimelec y del faraón, la Biblia trae como arquetipos adicionales de la judeofobia a los pueblos que, sin beneficio alguno, atacaron a los hebreos durante la marcha hacia la Tierra Prometida.

Los dos casos más recordados son Amalek y Midián,⁴² notables precisamente por la gratuidad de la agresión. Aunque no se habían visto perjudicados por la marcha de los hebreos (como fue el caso de Moab), los

agredieron con pura saña y, en el caso de Amalek, agravada por alevosía. De cualquier modo, la historicidad de esos combates es nebulosa, por lo que no los consideramos comienzos de la judeofobia histórica.

Descartadas las dos primeras hipótesis, pasemos a explicar la tercera (c), que identifica el comienzo de la judeofobia con la arremetida de las antiguas monarquías contra los críticos sociales —los profetas—. ⁴³ Tampoco ésta resulta convincente desde el punto de vista histórico, ya que aquel conflicto fue una guerra religiosa contra valores judaicos y no a un embate *contra los judíos como grupo*. Recordemos que la judeofobia no consiste en plantear una idea para refutar a otra, sino en un odio de grupo que hace caso omiso de ideas y contraideas.

La cuarta hipótesis (d) señala el origen en la época del retorno de los judíos a Sion durante el siglo V AEC. Probablemente de esta época data el máximo arquetipo bíblico: Hamán, visir del rey persa Jerjes I, ⁴⁴ quien propuso el genocidio de los judíos del extenso reino.

Otra vez, su historicidad no es inequívoca, pero las palabras de Hamán son atendibles porque tuvieron eco en muchos judeófobos en épocas posteriores: “Hay un pueblo disperso en todas las provincias... cuyas leyes son distintas... y no observan las órdenes del rey... Escríbase que sean destruidos” (Ester 3:8).

Más allá de estas referencias bíblicas, el siglo V AEC produjo dos eventos históricos que podrían señalarse como génesis de la judeofobia. Uno ocurrió en la tierra de Israel (el ataque contra los que regresaban de Babilonia para reconstruir Jerusalén) y otro en la Diáspora hebrea (la destrucción del templo judío de Elephantina en Egipto).

En el año 445 AEC Nejemías lideró el retorno a Sion ⁴⁵ y debió confrontarse con la activa oposición de Sanbalat I, denominado “enemigo”.

Paralelamente, en la pequeña isla de Elefantina en el Nilo, había en esa época una comunidad judía cuyo templo fue destruido en el 411 AEC por los sacerdotes del culto a Khnub auxiliados por el comandante persa Waidrang. No obstante, la destrucción de ese templo parece haber expresado, más que un estallido judeofóbico, el resentimiento de los egipcios contra el dominio persa —y no necesariamente judeofobia—.

Además, los episodios de Sanbalat y de Waidrang fueron aislados y no dejaron huellas en la historia de la judeofobia, por lo que nos resta aún revisar cuándo ésta iba a nacer.

Antes de pasar a las dos hipótesis más plausibles, refutemos la última de las enumeradas: que la judeofobia tiene menos de dos siglos de antigüedad. Fue sostenida por Hannah Arendt, para quien “el antisemitismo es una ideología secular decimonónica evidentemente diferente” del otrora odio religioso contra los judíos.⁴⁶

La opinión es arbitraria. Es cierto que los partidos políticos judeofóbicos se crearon en Alemania en la década de 1880, y hacia entonces por primera vez un régimen medró con la judeofobia para obtener poder. Pero lo importante no es dirimir cuándo la judeofobia fue por primera vez usada como instrumento político, sino cuándo *apareció*. Lo “secular decimonónico” no surgió en el vacío, sino que se nutrió de una atmósfera de siglos de animadversión. Aun cuando admitamos que la judeofobia del siglo XIX fue novedosa, reiteremos que una de las singularidades del fenómeno es, precisamente, su adaptabilidad a distintos contextos históricos.

Abordaremos ahora las dos teorías más aceptables, que ubican las raíces de la judeofobia en el helenismo o bien en el cristianismo.

La matriz helenista

Esta hipótesis⁴⁷ rastrea las primeras citas documentadas de un encono específico contra los judíos, y llega a la ciudad de Alejandría en el siglo III AEC.

Alejandro Magno, su fundador, habría tenido una actitud favorable hacia los judíos, a quienes permitió construir sus propios vecindarios en los que desarrollaron el comercio y prosperaron.

Alejandría se transformó en una segunda Atenas; fue la capital comercial e intelectual del mundo antiguo. Su población hebrea creció notablemente después de la muerte de Alejandro debido a un período de inestabilidad en la tierra de Israel.⁴⁸

Egipto no sólo fue la vanguardia de la helenización, sino que devino asimismo en el núcleo de la Diáspora israelita. Como el resto del mundo pagano, Alejandría fue tolerante en materia religiosa. Cada familia veneraba a sus muchos dioses, y no se objetaban deidades adicionales de cada uno. Tal flexibilidad permitió a los judíos practicar libremente su monoteísmo.

A comienzos del siglo III AEC varias personalidades valoraron altamente a los hebreos, tales como Clearco, Teofrastró y Megástenes (los dos primeros habían sido, como el propio Alejandro, discípulos de Aristóteles). Clearco de Soli se refiere en su diálogo *Del Sueño* al encuentro entre su maestro y un judío, y Teofrastró de Eresos los llama “raza de filósofos” —a la sazón un retrato frecuente—.

Sin embargo, aquel trío de escritores fue excepcional; la mayor parte de los historiadores alejandrinos expresaron judeofobia.

Uno de los motivos puede ser que, aunque los egipcios nativos gozaban de prosperidad económica y cultural, resentían la dominación foránea, primero la griega y luego la romana.

El descontento se tradujo en una xenofobia que terminó por descargarse contra los hebreos. A los egipcios pudo haber irritado la benevolencia del trato imperial a los judíos. Además, la envidia social frente a su florecimiento

fue caldo de cultivo para las primeras agresiones escritas.⁴⁹

Hecateo de Abdera fue el primer pagano que se explayó acerca de la historia israelita, e incluyó la leyenda de que “por una plaga, los egipcios los expulsaron... La mayoría huyó a la Judea inhabitada, y su líder Moisés estableció un culto diferente de todos los demás. Adoptaron una vida misantrópica e inhospitalaria”. En rigor no exhibe gran hostilidad,⁵⁰ pero inventa el primer mito de una extensa y mortífera mitología que veremos más adelante —la de los “expulsados” y su misantropía, impuesta por Moisés en recuerdo del exilio—.

Los escritores alejandrinos posteriores⁵¹ repitieron una y otra vez lo del origen humillante de los judíos, y si habían sido expulsados había que desgranar *por qué*. A ello se dedicaron varios historiadores posteriores.

El pionero en narrar la historia de Egipto fue el sacerdote Maneto, quien escribió en griego en el siglo III AEC: “El rey Amenofis decidió purgar el país de leprosos... guiados por Moisés...⁵² devinieron en una nación de conquistadores foráneos, prendieron fuego a ciudades egipcias y destruyeron sus templos... Después de su expulsión de Egipto, cruzaron el desierto y construyeron en Judea una ciudad que llamaron Jerusalén”.

¿Por qué razón los cronistas egipcios se enquistaron con los israelitas? Quizá porque la narración hebrea del Éxodo ofendía su patriotismo. Después de todo, para la religión israelita el Éxodo de Egipto era una creencia central, un sinónimo de la aspiración judaica por la libertad. No sorprende que germinara cierto despecho entre los egipcios, quienes desafiaron el relato del Éxodo para transformarlo en una gesta nacional de expulsión de indeseables.

Para ello, hacía falta denigrar a los “expulsados” y rebuscar las causas posibles de la “expulsión”. Así, los temas del linaje leproso y la falta de sociabilidad aparecen en las obras de varios de los egipcios helenistas;⁵³ siguen sucintamente los argumentos de siete de ellos.

Según Lisímaco “los judíos, enfermos de lepra y de escorbuto, se

refugiaron en los templos hasta que el rey Bojeris ahogó a los leprosos y mandó los otros cien mil a perecer en el desierto. Un tal Moisés los guió y los instruyó para que no mostraran buena voluntad hacia ninguna persona y destruyeran todos los templos que encontraran. Llegaron a Judea y construyeron Hierosyla (ciudad de los saqueadores de templos)”.

Mnaseas de Patros (s. II AEC) aporta la novedad de que los judíos “adoran una cabeza de asno”, y su contemporáneo Filostrato resume: “Los judíos han estado en rebelión en contra de la humanidad; han establecido su propia vida aparte e irreconciliable; no pueden compartir con el resto de la raza humana los placeres de la mesa, ni unírseles en sus libaciones o plegarias o sacrificios; están separados de nosotros por un golfo más grande del que nos separa de las Indias”. Agatárquides de Cnido destacaba las “prácticas ridículas de los judíos, el carácter absurdo de su ley y, en particular, la observancia del Shabat” que los revelaba como un pueblo de holgazanes.

La mitificación se amplió como una bola de nieve y, en el siglo I AEC, Apolonio Molon lanza una nueva escalada: “Son los peores de entre los bárbaros, carecen de todo talento creativo, no hicieron nada por el bien de la humanidad, no creen en ninguna divinidad... Moisés fue un impostor”.

El más funesto de los mitos inventados en la Antigüedad (por sus derivaciones ulteriores, según veremos) fue el de Damócrito (s. I AEC): “Cada siete años toman un no-judío y lo asesinan en su templo...”.

El máximo judeófobo antiguo, y séptimo en esta nómina, fue Apión, el doctrinario de las agitaciones antijudías bajo el gobernador Flaccus (año 38), que provocaron que el barrio judío fuera sitiado y muchos de sus habitantes asesinados por los agitadores Isidoro y Lampón.

Apión enumera las acusaciones precedentes y añade párrafos de su propia fantasía: “Los principios del judaísmo obligan a odiar al resto de la humanidad. Una vez por año toman un no-judío, lo asesinan y prueban de sus entrañas, jurándose durante la comida que odiarán a la nación de la que

provenía la víctima. En el Sancta Sanctorum del Templo Sagrado de Jerusalén hay una cabeza de asno dorado que idolatran. El Shabat se originó por una dolencia pélvica que contrajeron al huir de Egipto y que los obligaba a descansar el séptimo día”.

A Apión, lo criticaron Plinio el Antiguo y Tiberio,⁵⁴ y lo rebatieron el historiador Flavio Josefo (autor de *Contra Apión*) y el filósofo Filón de Alejandría, líder de la delegación a Roma que solicitó del emperador Calígula terminar con la violencia en la ciudad.⁵⁵

Según vemos, la judeofobia nació como un intento de justificar un resentimiento, y lo logró con diversos mitos. Ese esquema permaneció parcialmente vigente a lo largo de todo su desarrollo: se trata de un resentimiento mitológicamente justificado.

A modo de complemento, cabe recordar que el verdadero enfrentamiento que el helenismo mantuvo con el pueblo judío no fue comunitario, como el que acabamos de desgranar, sino nacional. Es decir que no se expresó en la discriminación contra una comunidad judía determinada, sino en el avasallamiento de la nación hebrea en Judea.

En ese contexto, durante el reinado de Antíoco IV Epifanes se intentó helenizar a los israelitas por la fuerza. La medida fue excepcional entre los gobernantes griegos, tanto por la brutalidad de sus medios como por lo totalitario de su propósito.

Las medidas de Antíoco IV, que incluyeron la matanza y la esclavización de millares, fueron indubitablemente judeofóbicas, puesto que tenían por objeto terminar para siempre con las prácticas y costumbres judías.⁵⁶ Su atropello generó la rebelión macabea contra el imperio seléucida (año 165 AEC) que en el calendario hebreo se celebra desde entonces en la festividad de Jánuca (a fines de diciembre).

Consecuencias de la judeofobia romana

Mientras el Imperio helenista declinaba, prevaleció una de sus provincias: Roma, que terminaría por heredarlo —también en lo que compete a sus vicios, judeofobia incluida—.

Las obras satíricas de Horacio (m. año 8 AEC) denuestran moderadamente a los hebreos, y Juvenal (m. 127), el satirista más famoso de Roma, culpa a los extranjeros de la decadencia de la forma tradicional de vida romana, y de entre ellos, especialmente a los judíos, de quienes resiente su pobreza, su indolencia, el sábado, la “adoración de nubes” y la circuncisión.

Su coetáneo Tácito reitera que los israelitas cercenan la moralidad romana y que los egipcios los expulsaron al desierto, en el que Moisés les habría enseñado rituales para separarlos de las otras naciones. Según Tácito, cuando llegaron a Judea comenzaron con el culto asnal, en gratitud a los asnos que los habían guiado en su marcha por el desierto.

Se repite el proceso de crear un mito, que luego es “explicado” y justificado por escritores posteriores. Tácito se despacha: “Los judíos revelan un terco vínculo los unos con los otros... que contrasta con su odio implacable por el resto de la humanidad... siniestros y vergonzosos, han sobrevivido sólo gracias a su perversidad... Creen profano todo lo que para nosotros es sagrado, y permiten lo que nos es aborrecible... consideran criminal matar a un bebé recién nacido”.

Otro aspecto que ya aparece en autores de esa época es la mentada sobrepercepción del judío. Cicerón (m. 43 AEC) además de deplorar “su bárbara superstición”, alerta que son “numerosos, aislacionistas e influyentes en las asambleas”. El historiador y geógrafo Estrabón argüía que “los judíos han llegado a todas las ciudades, y es difícil hallar un lugar en la tierra habitable que no haya admitido a esta tribu, y que no haya sido poseído por ella”.

La comunidad israelita de Roma seguía a la de Alejandría en tamaño e importancia, y los privilegios acordados por algunos emperadores para que continuaran libremente con su estilo de vida, despertaron envidia. Esos privilegios incluían la exención de adorar imágenes, una práctica entretejida en la cotidianidad romana.

La política de Roma nunca fue sistemáticamente judeofóbica (sólo algunos emperadores lo fueron), y su ambivalencia no se modificó ni siquiera durante la guerra del Imperio romano contra Judea. Pero los hombres de letras romanos⁵⁷ sí se hicieron eco de los prejuicios alejandrinos contra “la perniciosa nación”. Séneca los llamó “el pueblo más malvado, cuyo despilfarro de un séptimo de la vida va contra la utilidad de la misma”.

La gravedad de la judeofobia romana no radica en su originalidad ni en su intensidad, sino en el hecho de que Roma injertó el odio en la conciencia europea. Cuando el cristianismo se difundió en el imperio, también los mitos de los Padres de la Iglesia se hicieron parte de la ideología dominante en el continente.

Desde el Edicto de Milán de 313 hasta el Edicto de Salónica de 380,⁵⁸ el cristianismo pasaba de ser una religión permitida a ser la religión oficial, y durante esa etapa la judeofobia se despeñó hasta completar el proceso demonizador. A partir de entonces y hasta hoy en día, con mayor o menor éxito, Europa ha venido exportando la sociopatología.

Una de los primeros ejemplos de cómo el odio fue paulatinamente sacralizado es la inocua fiesta del carnaval. En la Antigüedad tenía como epicentro a Roma, y probablemente fue la heredera de la saturnalia romana. A partir de 1466 los hebreos eran obligados a exhibirse y la muchedumbre se mofaba de ellos mientras participaban de carreras. Dos siglos después la práctica humillante se canceló y fue reemplazada por un impuesto que los hebreos debían abonar.

El rabino y los dirigentes comunitarios debían presentarse en el Capitolio

el primer sábado de los carnavales para rendir homenajes y pagar.⁵⁹ Durante una época se los obligaba también a arrodillarse durante la ceremonia, y era habitual que la población israelita temiera la llegada de los carnavales.

Hay una estela adicional legada por la antigua animadversión romana: la prevalencia en Occidente de cierta ingratitud con respecto a las raíces hebraicas de nuestra civilización.

A Europa le cuesta reconocer su deuda para con Israel en el lenguaje, la democracia, la literatura y el pensamiento. Por el contrario, sí admite con asiduidad el legado de los griegos en mitología, filosofía y leyes —una herencia resaltada y apreciada—.

Cuando Europa narra sus raíces culturales mira a Atenas y después a Roma, casi nunca a Jerusalén. Cuando desgrana el origen de su poesía, reivindica a Hesíodo y Anacreonte, no Cantares ni Salmos. Los libros sapienciales le son enormemente más ignorados que el platonismo. La democracia ateniense le parece la cuna de su política; casi nunca la gesta del bíblico Samuel. Sus lenguas clásicas son el griego y el latín, pero no el hebreo a pesar de su antigüedad e influencia.

Este notorio contraste podría ser objeto de la crítica social europea, a fin de dirimir por qué un linaje cultural es tan asumido y el otro es relegado, pese a que tanto el helenismo como el hebraísmo son dignas columnas culturales de Europa.

Como respuesta, puede aducirse que la antigua derrota de Grecia ante Roma fue mayormente pacífica, y el Imperio romano absorbió lo helénico paulatina y armoniosamente. A la victoria romana en la batalla de Corintio (146 AEC) sucedió la llamada “Grecia Romana”, pilar del Imperio romano en Oriente. Emergió la cultura grecorromana; la poesía homérica derivó en la *Eneida* de Virgilio, y el cristianismo se arraigó tanto en Grecia como en el oriente romano.

No fue similar su encuentro con la cultura de los hebreos, quienes

emprendieron una obstinada resistencia contra Roma. Los dos grandes rivales de los romanos fueron vencidos hasta la destrucción total: el Israel hebraico y la Cartago fenicia. Ambos compartían, amén de su pertinaz rebeldía, su lenguaje semítico.

Así fue que los romanos, que reconocieron su deuda cultural para con Grecia, se negaron a otorgar crédito a los derrotados judíos y cartagineses, vistos como sediciosos.

Hemos señalado que, en su etapa grecorromana, la judeofobia fue principalmente literaria. Así y todo, podría justificar la postura de aquellos que ven en Alejandría la cuna del fenómeno. Más aún: podríamos preguntar si es legítimo el argumento de que la judeofobia nació con el cristianismo, teniendo en cuenta la vasta evidencia del odio antijudío previo, desde los griegos y los romanos.

La respuesta es que a partir del cristianismo la judeofobia se convirtió en norma. Nació la principal religión mundial, basada en el judaísmo, y en ella el odio antijudío echó raíces, se profundizó y se ramificó monstruosamente, con derivaciones ideológicas y teológicas.

La judeofobia precristiana había sido vulgar, no organizada ni sistemática. La nueva “persiguió el muy preciso objetivo de despertar el odio hacia los judíos”,⁶⁰ y en ello excedió en mucho a su predecesora pagana.

Las raíces cristianas

Señalar las raíces cristianas de la judeofobia no implica la gruesa generalización de atribuir el fenómeno a la cristiandad en su conjunto, sino notar que al nacer el cristianismo se presentó como la consumación del judaísmo, su herencia más prístina y su legítima continuación.

La iglesia emerge del judaísmo; sus líderes fueron judíos, así como sus

primeros seguidores y su culto. En principio, ello podría haber sido motivo de confraternidad y, en efecto, los primeros cristianos eran considerados miembros de la grey judía, y no hubo antagonismo serio entre las dos religiones mientras el antiguo Estado judío existía. El mensaje de ambas tenía como destinatario la Casa de Israel.

Sin embargo, cuando quedó claro que la vasta mayoría de los judíos no iba a convertirse, las incompatibilidades doctrinarias se hicieron obvias y la armonía original entre las dos religiones quedó condenada.

Los israelitas permanecían fieles a tres conceptos, en orden de importancia: la ley bíblica, la visión de un Dios trascendente e incorpóreo y la fe en la llegada de un Mesías que curaría el mundo al final de los tiempos. Su no aceptación de la nueva noción mesiánica del “hijo de Dios” desconcertó a los cristianos, que basaban su fe en las Escrituras hebreas y en sus creencias y, por lo tanto, esperaban persuadir precisamente a los hijos de Israel.

Si el cristianismo era el heredero de la tradición judía, su realización más plena y su continuidad, pues tarde o temprano había que descubrir serios defectos en quienes persistieran en la religión “superada y heredada”. La vitalidad del judaísmo cuestionaba de por sí la legitimidad de la herencia.

Es decir que se reiteraba el síndrome de la judeofobia helenista: el resentimiento (“no nos aceptan”) que debe encontrar justificación ideológica. Tarde o temprano se haría necesario deslegitimar a la religión “heredada” que se negaba a desaparecer.

Como ejemplo de la deslegitimación cabe mencionar que en algunos vetustos diccionarios puede leerse la definición de judío como “persona que aún practica la religión de Moisés”. En esas tres letras (*aún*) hay una carga judeofóbica mayor que en las definiciones que a veces se incorporan al diccionario con “sentido figurado” (*usurero, avaro*).

El adverbio “aún” implica que se trata de una tropa de obcecados, algo así como una especie en extinción. La liturgia cristiana sigue incluyendo

plegarias que se refieren a los judíos en esos términos.⁶¹

Así fue la actitud hacia los judíos por parte de sus detractores, incluso eruditos modernos como el historiador Arnold Toynbee quien calificó al judaísmo como “un resto fósil”.⁶²

Consecuentemente, la Real Academia Española sigue incluyendo en su diccionario las acepciones despectivas de la palabra *judío*, y hace caso omiso de las reiteradas quejas al respecto.⁶³ Su excusa es que aquellas acepciones fueron impuestas por el uso.

En contraste, los diccionarios en otros idiomas han dejado de incluir injurias para no contribuir a su difusión. Además, el diccionario de la Real Academia no exhibe la misma expeditividad en recoger acepciones despectivas de *otros* términos.⁶⁴ La idea ínsita en el “aún” alimenta la actitud displicente de la Iglesia primigenia hacia los hebreos.

Los judíos-cristianos, o sea la minoría de judíos que aceptaron a Jesús como salvador (y a quienes el Nuevo Testamento los ve como un fenómeno temporario)⁶⁵ seguían practicando la religión original, hasta que se produjo la escisión, en dos etapas.

Su disparador fue la demanda por parte de los judíos-cristianos de que los paganos que quisieran convertirse al cristianismo se circuncidaran y siguieran observando las leyes de la Torá. Para dirimir la cuestión, los discípulos de Antioquía encomendaron a Pablo y a Bernabé que viajaran a Jerusalén. Aquí se convocó el concilio del año 50, la primera reunión normativa de la Iglesia, con el objeto de determinar si, para ingresar al cristianismo, los paganos debían aceptar la Ley de Moisés, o si por el contrario les bastaba con bautizarse y creer en Jesús, como finalmente fue aceptado.

Pablo, fundador histórico del cristianismo, estableció que la verdadera salvación proviene de la fe en Jesús como Mesías y no del cumplimiento de los preceptos bíblicos. Es decir que para ser cristiano no era necesario ser judío.

Cuando los judíos-cristianos repararon en que Pablo no hacía distinciones entre judío y gentil, terminaron separándose, ya que no aceptaban que el nuevo mensaje se transmitiera al mundo pagano sin el marco tradicional de la ley hebrea. La asamblea de los rabinos en Yavne,⁶⁶ en el siglo primero, introdujo una bendición adicional en la plegaria central del judaísmo⁶⁷ para pedir que “los sectarios pierdan toda esperanza”, lo que probablemente aludía a quienes habían sido judíos y ahora se identificaban como cristianos.

El debate intra-cristiano continuó, y en el siglo II tuvo como protagonistas a Justino y Marción (ambos muertos c. 160). La fe cristiana comenzaba a validarse por medio de desacreditar a la religión madre. Se ingresaba en la etapa más emocional y dolorosa de la escisión, cuya meta pasaba a ser distanciar al cristianismo de sus raíces hebraicas. Se consumó en el Concilio de Nicea (325).

Con todo, cabe aclarar que, a pesar de la bifurcación, Pablo no reaccionó con maldiciones contra los judíos, ya que había heredado de Jesús el amor por su pueblo. El Nuevo Testamento testimonia que ninguno de los dos habría querido ver a los judíos degradados o destruidos.

Pero gradualmente, mientras el Nuevo Testamento era compuesto, la actitud cristiana hacia los judíos empeoraba y ponía el énfasis en la desjudaización. En términos generales, las secciones más tempranas del texto (las de Pablo, alrededor del año 50) están exentas de la judeofobia que se nota en las partes más tardías (como el Evangelio de Juan, de alrededor del año 100).

Por ejemplo, la “vileza de los judíos” es notable en los *Hechos de los Apóstoles*, que es el relato de la Iglesia después de Jesús.⁶⁸

En la parte primordial del Nuevo Testamento, los cuatro Evangelios, hay un conspicuo contraste entre los tres primeros (llamados *sinópticos*) y el cuarto, el de Juan.⁶⁹ Mientras en los Sinópticos los opositores de Jesús son usualmente los fariseos, escribas, sacerdotes y ancianos, en el Evangelio de

Juan (que no fue escrito en Judea, sino en Grecia) los enemigos son *los judíos*.⁷⁰

Es cierto que el uso del término no es uniforme. A veces *judíos* va en contraste a samaritanos, y por lo tanto es regional y no religioso; en otras partes es una designación de los *líderes* judíos y no de todo el pueblo. Sea como fuere, el problema es que el término es usado para designar a los enemigos de Jesús, y por ello hace que el lector suponga que Jesús no fue judío.

A diferencia de los Evangelios Sinópticos, donde los discípulos y apóstoles son concebidos como judíos, en Juan los judíos escasean, y por ende se los percibe como externos y antagonistas.

Aunque hay varias diferencias más,⁷¹ es primordial entre ellas que los protagonistas del relato sean o no judíos, ya que la crítica de un judío hacia su propio pueblo, por más áspera que fuere, siempre será distinta de la que proviniera desde afuera.

En el año 140 Marción compiló el cánón más antiguo del Nuevo Testamento, y llegó al extremo de rechazar la Biblia Hebrea en su conjunto. Así dio a entender que el judaísmo es una especie de peso nefasto que Jesús vino a eliminar.⁷²

⁴⁰ Por ejemplo Hermann Gunkel y Theodor Mommsen. Ver Peter Schäfer: *Judeofobia*, en inglés, Harvard University Press, 1997, págs. 3-4.

⁴¹ “Sostenida verbigracia” por Charles Journet: *Destino de Israel*, en francés, Egloff, París, 1945, págs. 199-200.

⁴² Amalek ataca a los hijos de Israel (Éxodo 17:8) y se ensaña con los más débiles (Deuteronomio 25:17-18). En cuanto a los otros, Moisés debe castigar al midianita pero no al moabita (Números 26:17) a pesar de que ambos habían atacado. Los exégetas

medievales (por ejemplo Najmánides) explican que el odio de Midián había sido gratuito.

43 Nos referimos a la lucha de la casa real de Ajab e Izebel contra Elías y otros profetas, descrita desde el capítulo 18 del primer libro de Reyes. Esta tesis fue sostenida por el periodista y dramaturgo judeonorteamericano Ben Hecht.

44 Se trataría de Asuero o Ajashverosh, el protagonista del libro de Ester.

45 En cumplimiento del permiso otorgado por el rey Ciro de Persia.

46 Hannah Arendt: *Los orígenes del totalitarismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1981 (1951), tomo 1, pág. 15.

47 La tesis es sostenida entre otros por el mentado sacerdote norteamericano Edward Flannery, cuyo libro *Veintitrés siglos de antisemitismo* ofrece su respuesta desde este título mismo. En su original inglés, empero, el título es *La angustia de los judíos*, y *Veintitrés siglos de antisemitismo* pasa a ser el subtítulo.

48 A comienzos de la era cristiana, la población judía mundial era de cuatro millones. Un millón residía en Judea, y cien mil en Alejandría, donde ocupaban casi la mitad de la ciudad.

49 Citas de los autores alejandrinos y romanos pueden encontrarse en la obra clásica en tres volúmenes de Menajem Stern: *Los autores griegos y latinos sobre los judíos y el judaísmo*, en inglés, Academia de Ciencias y Humanidades de Israel, Jerusalén, 1974 (vol. 1), 1980 (vol. 2) y 1984 (vol. 3).

50 Cuatro siglos después, Filón de Biblos llegó a dudar de si Hecateo se había convertido al judaísmo.

51 Con algunas excepciones como Timágenes y Apián.

52 Maneto llama Osarsiph a una figura que identifica con Moisés.

53 Por ejemplo: Lisímaco, Poseidonio, Apolonio Molon, Apión y Queremón, quien relacionó el Éxodo de Egipto con las migraciones de las tribus de los Hyksos.

54 Lo llamaron “gran charlatán”.

55 Cuando llegaron a Roma se enteraron de que Calígula había sido asesinado, pero su sucesor, Claudio, cumplió con el pedido.

56 *Libro II de los Macabeos*, especialmente el capítulo 6.

57 Como Tíbulo, Ovidio, Quintiliano y Marcial.

58 El primero de ellos por el emperador Constantino y el segundo por el emperador Teodosio.

59 La obligación de rendir homenajes fue anulada en 1847 por el papa Pío IX.

60 Así lo explica Marcel Simon (m. 1986) en su clásico *Verus Israel* (1948) que lleva

por subtítulo “Estudio de las relaciones entre los cristianos y los judíos en el Imperio Romano 135-425”. En el año 135 concluyó la segunda guerra de los judíos contra Roma, liderada por Bar Kojba, y en 425 dejó de funcionar el Sanedrín, que en su última etapa actuaba en Galilea.

61 En la liturgia del Viernes Santo hay plegarias especiales para que “Dios quite el velo de los ojos de los judíos”, o incluso dedicadas a “los pérfidos judíos”.

62 Entre otras respuestas a Toynbee, puede consultarse Maurice Samuel: *El profesor y el fósil*, en inglés, Nueva York, 1956. También los *Discursos y escritos de Yaakov Herzog*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1975, págs. 21-47. Herzog refutó públicamente a Toynbee en la Universidad McGill de Montreal, Canadá, el 31 de enero de 1961.

63 Ver una lista de repudiabiles acepciones en Carlos Benarroch: *Carta abierta a la Real Academia Española*, en OJI # 646, Buenos Aires, junio de 1997, pág. 12.

64 Por ejemplo la voz “nazi”, que se usa como insulto, la Real Academia la circunscribe a su lacónica definición histórica.

65 *Epístola a los Gálatas* 2:11-21.

66 También llamado Concilio de Jamnia, en el que se concluyó el cánón de la Biblia Hebrea.

67 Así se incorporó a la oración de la “Amidá” una décimosegunda bendición, y la plegaria quedó con diecinueve, aunque sigue llamándose “Dieciocho” hasta el día de hoy.

68 No queda claro si la obra es históricamente fundada o si se trata de una mera vilificación de los hebreos producida por el autor Lucas.

69 Ver el *Evangelio de Juan*, sobre todo el capítulo 8. En general se contrasta lo “literal” con lo “espiritual”. Ver Sandmel, op. cit.

70 Franklin H. Littell: *La crucifixión de los judíos*, en inglés, Harper & Row, Nueva York, 1975, pág. 24.

71 Los Evangelios Sinópticos narran mayormente los eventos que llevaron a la muerte de Jesús; Juan parece mostrarnos a Jesús resucitado. En los Sinópticos, las controversias son en torno de lo que Jesús *hace* o *dice*; en Juan, acerca de lo que Jesús *es*. Mientras en los Sinópticos la atmósfera es de Galilea y Judea, en Juan es helénica. El contraste filosófico entre los dos grupos está inspirado en Platón. El reiterado mecanismo consiste en que “los judíos” entienden mal una cuestión, y Jesús procede a resolverla.

72 Ernesto Renán: *Cristianismo y Judaísmo*, Leviatán, Buenos Aires, 1982, pág. 33.

CAPÍTULO 3

LA DEMONIZACIÓN

El Nuevo Testamento y la crucifixión

El debate sobre si puede atribuirse judeofobia al Nuevo Testamento, o sólo a algunas de sus interpretaciones, excede los límites (y el objetivo) de esta obra.

Los argumentos de los teólogos cristianos se extienden desde un extremo —que el Nuevo Testamento es fundamentalmente judeofóbico, como adujo Rosemary Ruether— hasta el otro extremo —que no lo es en absoluto, como adujo Gregory Baum en su primera etapa.⁷³

A primera vista, puede leerse en varios versículos del Nuevo Testamento una descripción positiva de los judíos, atribuyéndoles la salvación (Juan 4:22) o la gracia divina (Romanos 11:28) y, por el contrario, otros párrafos pueden ser usados en el arsenal judeofóbico —y lo fueron—.

En ese sentido, los dos versículos más tenebrosos son el que atribuye a los israelitas en su conjunto la responsabilidad colectiva e histórica por la crucifixión de Jesús: “Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos” (Mateo 27:25); y el que los denomina “hijos del diablo” (Juan 8:44).

Estos dos versículos, junto con las otras imprecaciones proferidas mientras el cristianismo crecía y se individualizaba, eran repetidos y agravados por personas que no tenían contacto con judíos. Jerónimo, Antanasio, Ambrosio,

Amulo, todos reiteran como un eco los orígenes satánicos de los judíos, o que el diablo los tienta, o que son sus socios o instrumentos. De un modo trágico, algunos cristianos afirmaban su propia identidad por medio de descalificar al hebreo.⁷⁴

La *Epístola de Bernabé*, de fines del siglo I, muestra que los judíos distorsionaron la Ley por haberla interpretado literalmente en lugar de buscar su significado espiritual. El texto exhorta a un distanciamiento de los judíos errados y, por ejemplo, enfatiza la necesidad de pasar el Shabat al día domingo.

Como atenuante, tengamos en cuenta que algo similar ocurre con los textos clásicos de *todas* las religiones: pueden encontrarse versículos determinados para satisfacer la voluntad del intérprete de turno.

A veces se atribuye la judeofobia cristiana a la influencia de una corriente específica: el gnosticismo, que presentaba un cristianismo nacido espontáneamente, sin antecedentes o, peor aún, como reacción contra la ley que lo precedía.⁷⁵

El gnosticismo proponía, como contrapartida de la Biblia hebrea, una tradición alternativa: un conocimiento (*gnosis*) que había sido transmitido desde la antigüedad más remota. Esta creencia llegó a atribuir a los judíos encarnar el mal cósmico y ser los instrumentos del poder satánico que usa a la religión judía para dominar la Tierra.

La influencia del gnosticismo en el cristianismo primitivo es indiscutible,⁷⁶ pero tampoco puede negarse que una parte del cristianismo, lejos de atenuar esa influencia, puso el acento precisamente en la maldad inherente de los judíos, por medio de un credo en el que los judíos rechazan (y matan) al salvador de la humanidad, y continúan tercamente una religión que Dios mismo ha decretado obsoleta.

La fuente más reiterada que la judeofobia posterior halló en el Nuevo Testamento es el relato de la crucifixión, aun cuando la narración incluya

evidentes errores históricos. Esos errores no socavan el carácter sagrado del texto para los creyentes, ni tampoco la base teológica del cristianismo. Hablamos aquí en términos exclusivamente *históricos*, cuya importancia amerita un acápite especial.

Según el Nuevo Testamento, durante la Pascua judía (Pésaj) el Sanedrín (que era el cuerpo supremo religioso y judicial de Judea durante el período romano) sometió a Jesús a juicio y lo condenó a muerte. El procurador (una especie de virrey) romano, Poncio Pilato, intentó evitar la aplicación de la pena, pero se sometió al veredicto literalmente “lavándose las manos”, y en consecuencia Jesús fue crucificado por algunos soldados romanos. Este relato adolece de varias imprecisiones, a saber:

1) El Sanedrín nunca se reunía en las festividades hebreas, y muy raramente administraba penas de muerte. El Talmud califica de “devastador” a un Sanedrín que aplicara una pena de muerte cada siete años, a lo que el rabí Eleazar Ben Azariá agregó: “...aun cuando lo haga una vez cada *setenta* años”.⁷⁷ Asombrosamente, en el caso de Jesús el texto exhibe una inaudita ligereza en la aplicación de la pena.

2) Más grave aún: ni siquiera se explicita cuál fue la transgresión que justificó la pena de muerte. *Había* crímenes que la ley bíblica castigaba de ese modo, pero no estaba incluido entre ellos proclamarse “hijo de Dios”, que no implicaba *ningún* tipo de transgresión. Además, los romanos solían grabar en la cruz del reo la índole de su delito. En la de Jesús, INRI (*Jesús de Nazaret, Rey de los Judíos*) alude al crimen político de sedición: nadie podía ser rey, porque el único monarca era el César. Se trata de un crimen *contra Roma*, castigado con un modo de ejecución *romano*.

3) El rol de Pilato es triplemente sospechoso. ¿Por qué el Sanedrín —que

tenía autoridad para ejecutar las penas que imponía— solicitaría ayuda del enemigo romano a fin de “castigar” a un judío? ¿Por qué el Procurador habría de salir en defensa de un judío, cuando era responsable de imponer el orden imperial en Judea, y en esa función ya había hecho crucificar a muchos miles? Por último, el conocido “lavado de manos” de Pilato, es un rito (llamado *netilat iadaim*) que los judíos observan como signo de pureza (por ejemplo antes de comer o al visitar cementerios). Es extraño, pues, que ésa sea la manera de exteriorizar pureza que elige el militar romano a cargo de la represión.

Por lo antedicho, lo más probable es que quienes se “lavarán las manos” fueran los miembros del Sanedrín, en pasivo temor ante la decisión del Procurador. Cabe aclarar que en ese momento la mayoría de los judíos no deseaba rebelarse contra Roma; sólo cuatro décadas más tarde el partido rebelde llegaría a prevalecer. Probablemente, quien anunció la pena de Jesús fue Pilato mismo.

¿Por qué los protagonistas del relato fueron intercambiados? Quizá porque los redactores del Nuevo Testamento tenían en la mira la expansión del cristianismo, y para cumplir con ese objeto en el imperio, la incipiente religión debía eximir de toda culpa al poderoso romano. Al mismo tiempo, podía tranquilamente depositar el pecado en quien no podría defenderse: el vencido pueblo hebreo.

Había una razón más para rematar al judaísmo. Al evangelizar el mundo pagano, a los cristianos no les bastaría el argumento de que Jesús había sido el Mesías, puesto que ello no significaba nada para quienes no creían en la Biblia. El planteamiento debía ser que el cristianismo era la religión original, la verdad universal para la humanidad, lo que sí podía ser entendido por los paganos. Para ello, el cristianismo debía ser el exclusivo poseedor de la historia de Israel, es decir que debía suplantar al judaísmo.

El pueblo al que la Iglesia reclamaba haber reemplazado, continuaba coexistiendo y, más importante aún, se adjudicaba las mismas fuentes de fe y afirmaba su anterioridad y su autoría de la Biblia Hebrea. Había pues que socavarlo.

Una literatura sacra y judeofóbica

Para la mencionada *Epístola de Bernabé* los judíos habían entendido mal lo que dio en llamarse “Antiguo Testamento”, puesto que éste nunca habría constituido una ley que se revelaba para ser cumplida, sino supuestamente una simple prefiguración de la Iglesia.

Así lo resume Ignacio de Antioquía a comienzos del siglo II: “La cristiandad no creyó en el judaísmo, sino que los judíos creyeron en el cristianismo”. Nacía el fértil tema de que la Iglesia era, y *siempre había sido*, el verdadero Israel.

Se desarrolló una literatura antijudía, según la cual la Iglesia precedía al Viejo Israel, remontándose hasta la fe de Abraham e incluso a Adán. La Iglesia empezaba a plantearse como “el eterno Israel” cuyos orígenes coincidían con los de la misma humanidad. La ley mosaica era ergo un desvío, privativo de los judíos, quienes habían sido castigados con esa carga por su inmerecimiento y por su culto al becerro de oro.

La legislación mosaica era así transformada en un yugo impuesto al “Viejo” Israel por sus pecados. Los judíos no sólo eran despojados de su rol providencial de pueblo elegido, sino que además pasaban a ser una nación maldita.

Esta doctrina dio en denominarse *supersesionismo* o Teología de la Suplantación, que deslegitima todo lo judío. Sostiene que el cristianismo vino a reemplazar a un judaísmo que había quedado obsoleto, y que el testamento

es “Nuevo” porque ha venido a sustituir al previo. La ley mosaica es reinventada como belicosa y vengativa y como una pÉrfida testarudez que debe ceder ante una nueva religi3n de amor y desaparecer.

AsÍ, en el arte renacentista los hebreos eran pintados como cristianos. Por ejemplo, en el retrato *Bautismo de Cristo* (1482) de Pietro Perugino, Juan el Bautista sostiene un crucifijo —un sÍmbolo que obviamente apareci3 mucho despu3s de la crucifixi3n—. La mayor parte de la cristiandad no acepta la visi3n extrema del desplazamiento de los judÍos, pero hay muchos prelados que siguen esgrimiéndola pÚblicamente.⁷⁸

Adem3s, tuvo dos importantes derivaciones en el siglo XX. Una de ellas es la visi3n germ3nica de JesÚs, a quien una corriente nazi dentro de la Iglesia⁷⁹ intent3 desjudaizar enteramente. La otra es el antisionismo extremo que transform3 a JesÚs en 3rabe-palestino y endilga a Israel ser algo asÍ como un Estado deicida.⁸⁰ Ambas son rostros de la TeologÍa de la Suplantaci3n. Lamentablemente, tal como la Iglesia del siglo XX no enfrent3 la germanizaci3n de la figura de JesÚs, la del siglo XXI no rebate su palestinizaci3n.

En los primeros siglos, el tratado cristiano m3s completo en contra de los judÍos fue el *Di3logo con Trif3n* de Justino,⁸¹ que explica c3mo las desgracias sufridas por los judÍos eran castigo divino. En ese marco de descalificaci3n, el peor de los mitos fue el del “deicidio” —el asesinato de Dios—, felonÍa de los judÍos.

Fue explicitado por primera vez por Melito, obispo de Sardis, alrededor del aÑo 150: “Dios ha sido asesinado, el Rey de Israel fue muerto por una mano israelita”. Como consecuencia, “Israel yace muerto”, y el cristianismo conquista toda la Tierra.

Esta acusaci3n, repetida por d3cadas y siglos, nunca fue la doctrina oficial de la Iglesia. Pero se arraig3 en tal magnitud en los sermones cristianos, que la Iglesia debi3 proceder a rechazarla oficialmente; lo hizo durante el

Concilio Vaticano II de 1965. Su declaración *Nostra Aetate* dictamina que la muerte de Jesús “no puede ser imputada indistintamente ni a todos los judíos que entonces vivían, ni a los judíos de hoy. No se ha de señalar a los judíos como réprobos de Dios y malditos”.⁸²

El problema es que, aun si se abandona el mito en el sentido literal, hay una manera de absorberlo en las sociedades seculares. Recordemos que los dos motivos principales de la judeofobia a lo largo de los siglos son: que los judíos son secretamente poderosos e intrínsecamente viles.

Ese par de mitos puede bien considerarse la nueva expresión del deicidio, ya que para matar a Dios uno debe de ser satánico e infinitamente poderoso.

El género de la literatura judeofóbica se desarrolló mientras la judería estaba humillada, débil y vencida, cuando no constituía ningún desafío para la cristiandad. En las derrotas de los judíos, en la disolución de Judea, y en las calamidades que subsecuentemente azotaron a los israelitas, muchos cristianos encontraron una confirmación práctica de aquella teología, una ratificación definitiva de su creencia en que Dios estaba disgustado con los hebreos y no deseaba su continuidad. Parecía indudable que el judaísmo sería irreversiblemente absorbido en la nueva religión.

Sin embargo, una vez superados los desastres de los años 70 y 135 (derrotas demoledoras a manos de los romanos), los judíos fueron lentamente recuperando vitalidad e influencia y la reacción cristiana consistió en un nuevo embate literario.

Entre las dos fechas señaladas, el cristianismo se constituyó en un movimiento definitivamente gentil. De acuerdo con Orígenes (s. III, Alejandría, el primer erudito cristiano que estudió hebreo), los cristianos habían cumplido con la Ley aún más que los judíos, puesto que éstos la habían interpretado de un modo fantasioso y creado prácticas vanas; su rechazo de Jesús había resultado en calamidad y exilio: “Podemos afirmar con confianza que nunca serán restaurados a su previa condición, porque

cometieron el más impío de los crímenes al conspirar contra el salvador de la raza humana”.

Muchas polémicas antijudías se escribieron en latín, comenzando por la de Tertuliano en el año 200. Ellas conforman el género literario llamado *Adversus Judaeos*,⁸³ que deterioró más aún la imagen del judío, hasta llegar a su nadir en el siglo IV.

A fines del siglo III se veía al judío como un infiel y un competidor, pero al concluir el siglo IV se había producido una escalada y se lo consideraba deicida, una figura satánica a quien Dios maldecía y por ende el Estado debía discriminar.

El motivo de semejante empeoramiento fue la difusión de la teología que explicaba las miserias de los judíos como un castigo divino por la crucifixión. Cuando el cristianismo se convirtió en la religión dominante en el Imperio (año 323), la judeofobia ya tenía bases muy sólidas. Había sido producto tanto de la mentada necesidad teológica de autoafirmarse, como de la autodefensa frente al peligro de una regresión al judaísmo.

La inevitable propaganda necesitaba asumir que el judaísmo había muerto aun cuando se negara a perecer. La Iglesia no reconocía en el judaísmo una religión distinta sino una distorsión de la única religión verdadera, una perfidia, una rebelión obcecada contra Dios. Así lo escribieron los Padres de la Iglesia, y a veces trataron de imponer esa visión al poder político.

La teología incriminatoria

En el año 338 en Callinicus, Mesopotamia, una horda fue incitada por el obispo local a incendiar la sinagoga. Cuando el emperador Teodosio ordenó reconstruirla y castigar a los incendiarios, la Iglesia se opuso. El arzobispo de Milán, Ambrosio, preguntó en una carta a quién podía importarle el incendio,

si la sinagoga “es una choza miserable, un antro de insania y descreimiento que Dios mismo ha condenado”.⁸⁴ Sólo por negligencia, agrega Ambrosio, él no había hecho destruir la sinagoga de Milán. El poder imperial debía ser puesto al servicio de la fe.

Amenazado en la catedral con la privación de los sacramentos, Teodosio terminó por ceder. Más sinagogas fueron destruidas en Italia, Noráfrica, España, e incluso en la tierra de Israel, en la que un grupo de monjes liderados por Barsauma masacraron a muchos judíos. En el año 414 los judíos fueron expulsados de Alejandría a instancias del Patriarca Cirilo.

En el marco de la literatura *Adversus Judaeos* de esa época, el exponente de la judeofobia más virulenta fue Juan Crisóstomo (m. 407), para quien no había diferencia entre el amor por Jesús y el odio por sus aparentes enemigos. Reprendió a los cristianos de Antioquía porque confraternizaban con

quienes sacrifican a sus hijos e hijas a los demonios, ultrajan la naturaleza, y trastornan las leyes de parentesco... son los más miserables de entre los hombres... lascivos, rapaces, codiciosos, pérfidos bandidos, asesinos empedernidos, destructores poseídos por el diablo. Sólo saben satisfacer sus fauces, emborracharse, matarse y mutilarse unos a otros... han superado la ferocidad de las bestias salvajes, ya que asesinan a su propia descendencia, para rendir culto a los demonios vengativos que tratan de destruir la cristiandad.

En el segundo de sus ocho sermones, Crisóstomo se corrige: no es necesariamente cierto que los judíos devoraran a sus propios hijos, pero igualmente “mataron a Cristo, que es peor”. Es decir que endilgar mendazmente crueldades a los judíos estaría justificado en aras de denunciar un crimen mayor e irreversible.

El problema fundamental, no obstante, no son las meras referencias de Crisóstomo y otros, sino el hecho de que tanto él como los otros judeófobos de la Patrística fueron por siglos (y aún son) venerados como santos.

Juan Crisóstomo (que en griego significa “boca de oro”) es un santo de la Iglesia cuya memoria es venerada todos los días 27 de enero, y que hace una década fue caracterizado por el papa Benedicto XVI como

uno de los Padres más prolíficos, quien hoy sigue vivo también por sus obras... una exquisita sensibilidad humana... un pastor de almas a tiempo completo... Toda intervención suya se orientó siempre a desarrollar en los fieles el ejercicio de la inteligencia, de la verdadera razón, para comprender y traducir en la práctica las exigencias morales y espirituales de la fe... Roguemos al Señor para que nos haga dóciles a las enseñanzas de este gran Maestro de la fe.

Hacia la misma época, Agustín, obispo de Hippo en Noráfrica (m. 430), contribuyó al arsenal judeofóbico con la tesis del pueblo-testigo. Aunque nunca tuvo contactos con judíos, explicó que éstos sobrevivían al solo efecto de probar la verdad del cristianismo. Al igual que Caín, los judíos cargan una marca. No sólo están equivocados, sino que encarnan el vil error. Advierte Agustín: “Sin embargo no deben ser asesinados”.

Tal visión permaneció por siglos. Incluso el principal filósofo cristiano del Medioevo, Tomás de Aquino, sostuvo en 1270 que “los judíos, como consecuencia de su pecado, fueron destinados a esclavitud perpetua; por ende los Estados soberanos pueden tratar sus bienes como su propia propiedad, con la sola provisión de que no los priven de todo lo que es necesario para mantener la vida”. Así lo resumió Angelo di Chivasso a fines de la Edad Media: “Ser judío es un crimen, no punible empero por un cristiano”.

El abismo teológico había crecido y ahondado. Como señala el teólogo anglicano James Parkes:

la Iglesia no clamaba para sí la Biblia Hebrea en su totalidad. Sólo se asignaron los héroes y los caracteres virtuosos de las Escrituras, las promesas y los elogios. Descargaron en los judíos los villanos e idólatras, las amenazas y las acusaciones. Ésta era, supuestamente, la descripción del pueblo judío hecha por Dios. Así lo predicaron

asiduamente en todas sus obras, y desde todos los púlpitos de la cristiandad, domingo tras domingo, siglo tras siglo, siempre que se hablaba de los judíos.⁸⁵

En el *Contra Judaeos* de Agustín, los personajes Caín, Hagar, Ismael y Esaú simbolizan a los judíos que han sido rechazados, mientras que en contraste sus pares Abel, Sara, Isaac y Jacob, prefiguran la elección de la Iglesia.⁸⁶

De este modo, sostener que la judeofobia nació con el cristianismo, no implica pasar por alto la hostilidad de los helenistas egipcios, sino simplemente adoptar las proporciones adecuadas. Si bien es cierto, como explica Marcel Simon, que las actitudes judeofóbicas del mundo pagano sirvieron de fundamento para la judeofobia cristiana, también es irrefutable que ésta fue incomparablemente más intensa y sistemática que su predecesora. La misión de odiar al judío había pasado a entenderse como la voluntad divina.⁸⁷

De la teología a la ley

Hace unos cien años el aristócrata húngaro Jozsef Eötvös solía definir que “antisemita es quien odia a los judíos *más de lo necesario*”. El socarrón aserto no es aplicable al mundo pagano que, aun cuando no careció de judeófobos, en general fue tolerante para con los judíos. En contraste, una vez que el cristianismo prevaleció, la judeofobia fue la norma, una plataforma teológica con sus propias leyes, desprecios, calumnias, animosidad, segregación, bautismos forzados, apropiación de niños, juicios fraguados, pogromos, exilios, persecución sistemática, rapiña y degradación social.

Sobre la base de todo ello, Jules Isaac audazmente tituló su libro de 1956 *Las raíces cristianas del antisemitismo*⁸⁸ e inició así una nueva etapa de la

historiografía sobre el tema.

Jules Isaac supervisaba la enseñanza de historia en el Ministerio de Educación de Francia. En 1943 deportaron y asesinaron a toda su familia; Isaac decidió dedicar el resto de su vida al estudio de la judeofobia. En particular, se propuso refutar tres enseñanzas de la historiografía patrística, a saber: 1) que los judíos son deicidas, 2) que su dispersión fue un castigo divino por no aceptar a Jesús como mesías, y 3) que el judaísmo de marras estaba corrupto. En sus palabras, Jules Isaac emprendió una batalla contra “la enseñanza del desprecio”.

Ahora bien, si ese desprecio se hubiera circunscripto a la teología habría causado a los judíos humillación y pesares, pero no los atroces sufrimientos que padecieron. La teología se tradujo en ley, y la ley generó una acción concreta. La posibilidad de golpear al judío fue penetrando en la conciencia del cristiano como si fuera la descarga de golpes contra el diablo.

En el marco de la ley terrenal, la inferioridad civil del israelita fue sancionada por primera vez en el Código de Teodosio II (año 438), la primera colección oficial de estatutos imperiales que definía al judío como “enemigo de las leyes romanas y de la suprema majestad”. Sobre su base se regularon en adelante los asuntos relacionados con judíos.

Muchos de los edictos papales medievales o “bulas”⁸⁹ fueron abiertamente judeofóbicos, lo que puede verse en los ocho ejemplos que siguen:

- *Etsi non displiceat* (1205, Inocencio III) requiere del rey terminar con las “maldades” de los judíos;
- *In generali concilio* (1218, Honorio III) exige que los judíos usen ropa especial;
- *Si vera sunt* (1239, Gregorio IX) resultó en la frecuente quema de libros sagrados judíos;
- *Vineam Soreth* (1278, Nicolás III) establecía la selección de hombres

- capacitados para predicar el cristianismo a los judíos;
- *Sancta mater ecclesia* (1584, Gregorio XIII) exigía a los judíos de Roma enviar cada sábado cien hombres y cincuenta mujeres para escuchar sermones conversionistas en la iglesia;
 - *Cum nimis absurdum* (1555, Pablo IV) limitaba las actividades de los judíos y prohibía su contacto con los cristianos;
 - *Hebraeorum gens* (1569, Pío V) acusaba a los judíos de magia y otros males, y ordenaba su expulsión de casi todos los territorios papales;
 - *Vices eius nos* (1577, Gregorio XIII) demandaba que los judíos de Roma y otros estados papales enviaran delegaciones a la iglesia.

Esta legislación no siempre era aceptada por reyes y gobernantes. En el año 830, el obispo Agobardo de Lyons, llamado “el hombre más culto de su tiempo”, se alarmó por las relaciones amistosas que privaban entre su grey y los judíos de la ciudad, quienes prosperaban y eran respetados. Agobardo elevó cargos contra los israelitas ante el rey Luis el Piadoso, en los que requería un retorno al Código Teodosiano.

Su iniciativa no fue aceptada: el rey, fiel a la línea de su padre Carlomagno, permaneció bien predispuesto hacia los judíos.

Años después, tampoco el rey Carlos el Calvo se avino a ratificar las normas judeofóbicas del Concilio Eclesiástico de Meaux (845), que era una exigencia del obispo Amulo, sucesor y discípulo de Agobardo.

Luis el Piadoso y Carlos el Calvo fueron los últimos reyes de la era carolingia, durante la que los judíos gozaron de relativa igualdad de derechos. En contraste, hacia el año 950 el emperador bizantino Constantino VII impuso el *Juramentum Judaeorum* a todo judío que estuviera en pleito con no-judíos, un juramento humillante que perduró un milenio.

Tanto el texto como el ritual expresaban una automaldición impuesta, que se ve verbigracia en el *Schwabenspiegel* alemán de 1275: “Sobre los bienes

por los que este hombre te lleva a juicio... ayude Dios que ha creado cielos y tierra... para que si comes seas impuro... y la tierra te trague... sea verdad lo que has jurado... y que siempre permanezcan sobre ti la sangre y la maldición que tu prosapia ha traído sobre sí misma cuando al torturar a Jesucristo dijeron ‘Sea su sangre sobre nosotros y nuestros hijos’: es verdad... Te ayuden Dios y tu juramento. Amén”.

En algunos casos el bochorno se agravaba, como cuando el emperador bizantino Manuel I Commeno (siglo XII) requirió que en el momento de jurar el israelita escupiera en su circuncisión.

La práctica degradante del juramento judaico fue abolida en Francia en 1846.⁹⁰ Juramentos, distintivos y restricciones formaron parte del repertorio judeofóbico medieval. Sería arduo intentar una síntesis completa del martirologio judío durante la Edad Media, ya que abarca diferentes geografías y cronologías. Lo plantearé a continuación por medio de siete prácticas que se concretaron en Europa, a saber: el bautismo forzado, los sermones impuestos, las disputas públicas, la quema de libros hebreos, los guetos, las expulsiones y los genocidios.

⁷³ En su prólogo a una edición subsecuente, Gregory Baum cambió explícitamente de opinión.

⁷⁴ William Nicholls: *Antisemitismo cristiano*, en inglés, Jason Aronson Inc., Londres, 1993, págs. 153-187.

⁷⁵ Ernest Renan sostuvo el supuesto “desvío del cristianismo hacia el gnosticismo... radicalmente opuesto al judaísmo”.

⁷⁶ Los documentos descubiertos en Nag Hammadi confirman la existencia de un gnosticismo precristiano, cuya judeofobia contribuyó a contaminar al cristianismo de hostilidad hacia los judíos.

77 Ver tratado de *Makot* en la Mishná, 1:10.

78 Por ejemplo, en octubre de 2010, en el Sínodo de Obispos en el Vaticano, Cyril Bustrós declaró que “las promesas al pueblo judío fueron anuladas por Cristo... Nosotros los cristianos no podemos hablar de Tierra Prometida para el pueblo judío... La idea de un Dios guerrero que encontramos en el Antiguo Testamento no puede ser aceptado en el cristianismo”.

79 El *Instituto para el Estudio y Erradicación de la Influencia Judía en la Vida de la Iglesia Alemana*, fundado el 6 de mayo de 1939 bajo el liderazgo de Walter Grundmann para reformular los Evangelios.

80 Especialmente desde el Centro Sabeel para la “teología palestina de la liberación”. El Sabeel (“camino” en árabe) funciona libremente en la Jerusalén israelí desde 1990, dirigido por el palestino Naim Ateek, para quien Israel es “el Herodes de hoy en día”.

81 Se presupone que se refiere al maestro talmúdico Rabí Tarfón.

82 *Documentos completos del Vaticano II*, Editorial Mensajero, Bilbao, 1980, pág. 460.

83 Ejemplos de ensayos titulados *Contra los judíos*: Hipólito de Roma, Cipriano, Novatio, Diodoro de Tarso, Jacob de Serugh, Maximino, Cesareo de Arles e Isidoro de Sevilla. Éste es el último vocero de la patrística de Occidente.

84 Jacob R. Marcus: *El judío en el mundo medieval*, en inglés, Atheneum, Nueva York, 1974, págs. 107-108.

85 James Parkes: *Antisemitismo*, Paidós, Buenos Aires, 1965, págs. 194-105.

86 Robert Wistrich: *Antisemitismo, el odio más antiguo*, en inglés, Pantheon Books, Nueva York, 1991, pág. 19.

87 Nicholls, op. cit., págs. 225-257.

88 Jules Isaac: *Las raíces cristianas del antisemitismo*, Paidós, Buenos Aires, 1966.

89 Se llama “bula” al edicto del Papa; de *bullum*, “sello” en latín.

90 Fue abolido gracias a la defensa que hizo Adolphe Crémieux del Gran Rabino Lazar Isidor, opuesto a la práctica.

CAPÍTULO 4

LA PERSECUCIÓN

Imposición de bautismos

Cuando el cristianismo fue dominante en el Imperio romano, multitudes de judíos fueron obligados a bautizarse, y así pasar a la autoridad de la Iglesia. El primer relato detallado se remonta al año 418 en la isla de Menorca.

En 614 el Emperador Heraclio prohibió la práctica del judaísmo en el Imperio bizantino, y hubo una ola de conversiones forzadas; otra en 873 iniciada por Basilio I. Durante las cruzadas, miles de judíos fueron bautizados por la fuerza, especialmente en la región de la Renania. En todos los casos las masas tomaban la ley en sus manos y se imponían a creyentes que se habían preparado para el martirio.

Con todo, la posición oficial de la Iglesia tendió a seguir al papa Gregorio I (m. 604), *Padre de la Iglesia medieval*, en el sentido de que el bautismo no debía ser suministrado por la fuerza.

Sin embargo, no quedaba claro qué era “forzoso”, si acaso incluía el bautismo bajo amenaza de muerte, o cuán “forzoso” era el bautismo bajo el temor de castigos a largo plazo, o el de niños.

Por ejemplo, el 14 de mayo de 576 el obispo de Clermont-Ferrand, después de que una horda destruyó la sinagoga de la ciudad, recomendó a los judíos: “Si estáis dispuestos a creer como yo, convertiros en uno de nuestra feligresía

y seré vuestro pastor; pero si no estáis dispuestos, partid de este lugar”. Alrededor de quinientos judíos de Clermont se convirtieron, y hubo celebraciones en la cristiandad. Los otros judíos partieron a Marsella. ¿Podía definirse aquella conversión como forzada?

En 938 el Papa indicó al arzobispo de Maguncia que expulsara a los judíos de su diócesis si se negaban a convertirse voluntariamente (insistió en que “no se aplicara la fuerza”).

Los casos de niños fueron un dilema adicional. Había que definir a qué edad el bautismo podía considerarse voluntario, y no un vano gesto comprado por bagatelas. El mentado Agobardo en 820 reunió a todos los niños judíos y bautizó a los que le parecieron propensos a aceptar el cristianismo, si sus padres no habían conseguido alejarlos a tiempo.

Otra pregunta se refería a la reversibilidad de las conversiones impuestas. Una de las cláusulas de la *Constitutio pro Judaeis*, promulgada por papas sucesivos entre los siglos XII y XV, declaraba categóricamente que ningún cristiano debía usar la violencia para forzar judíos al bautismo, pero omitía estipular qué debía hacerse en los casos en que la conversión *ya había* sido impuesta: si era válida de todos modos o si el judío podía retornar a su fe.

La respuesta general es que si bien la condena eclesiástica al bautismo forzado se mantuvo invariable, su actitud respecto de problemas post-facto se endureció con el transcurrir de los siglos.

En una carta de 1201, el papa Inocencio III fijó que un judío que se sometía al bautismo bajo amenazas, *de todos modos* había expresado una voluntad de aceptar el sacramento, y por ello le estaba prohibido renunciar a él. Para el cristianismo medieval, el retorno a la vieja fe era una herejía punible con la muerte. Las olas de bautismos forzados eran por lo tanto irreversibles.

Así ocurrió en el reino de Nápoles durante las últimas décadas del siglo XIII, y en España en 1391, a partir de los desmanes que lideró el

archidiácono Ferrant Martínez. Cientos de judíos fueron masacrados y comunidades enteras convertidas por la fuerza, y su trágica secuela fue el fenómeno de los *marranos* (una voz peyorativa para denominar a los *Nuevos Cristianos* y sus descendientes).

Los criptojudíos continuaron practicando el judaísmo parcial y clandestinamente, hasta bien entrado el siglo XVIII. Aún en el año 1747 el papa Benedicto XIV decidió que una vez bautizado un niño, incluso ilegalmente, debía ser considerado cristiano y educado en consecuencia.

En Portugal se asentaron miles de judíos expulsados de la vecina España en 1492. El rey Manuel decidió que para purgar su reino de la herejía no era necesario echar a sus súbditos judíos, quienes podían proveer de un valioso patrimonio económico.

En vez de ello, se embarcó en una campaña sistemática de conversiones forzadas, inicialmente dirigidas contra los niños quienes eran arrancados de los brazos de sus padres en la esperanza de que los adultos los siguieran en la cristianización.

La furia de las conversiones en Portugal explica tanto el hecho de que para 1497 no quedara en el país ni un solo judío abiertamente practicante, como la tenacidad del criptojudaísmo local, incluso hasta nuestra era.

Un nuevo capítulo en la historia del bautismo forzado comenzó en 1543 con el establecimiento de la *Casa de los Catecúmenes* (candidatos a la conversión) primero en Roma y luego en muchas otras ciudades; una década después el Papa impuso un gravamen a las sinagogas a fin de subvencionar a los catecúmenes (el impuesto no se abolió hasta 1810).

El converso potencial era adoctrinado por cuarenta días en la Casa de los Catecúmenes, al cabo de los cuales decidía si convertirse o regresar al gueto. Toda persona a la que por cualquier excusa se le atribuyeran inclinaciones cristianas era pasible de ser internada a fin de que sus intenciones fueran exploradas.

Para agravar las cosas, una superstición popular indicaba que quien lograba la conversión de un infiel se aseguraba el Paraíso. Un tropel de ese tipo de procedimientos se esparció a lo largo y ancho del mundo católico. A mediados del siglo XVIII los jesuitas desempeñaron un rol protagónico en la práctica.

Varios casos fueron notorios. En 1762 una horda se avalanzó sobre el hijo del rabino de Carpentras y lo bautizó en una zanja, por lo que el joven debió abandonar a su familia. En 1783 fueron secuestrados los niños Terracina para ser bautizados, lo que generó una revuelta en el gueto de Roma.

En 1858, la policía papal secuestró de su hogar en el gueto de Bolonia a Edgardo Mortara, de seis años, quien había sido secretamente bautizado por una doméstica que lo creyó mortalmente enfermo. Los Mortara trataron en vano de recuperar a su hijo. Entre los que protestaron el secuestro se encontraban Napoleón III, Cavour y Francisco José. El filántropo Moisés Montefiore viajó al Vaticano en un esfuerzo estéril por convencer al Papa de que ordenara la liberación del niño.⁹¹ La fundación de la *Alliance Israélite Universelle* en 1860 “para defender los derechos civiles de los judíos” fue en parte una reacción frente a este secuestro.

El Papa rechazó los pedidos de clemencia y, sólo en 1870, cuando cesó el poder de la policía papal, el secuestrado salió en libertad. Ya no era Edgardo: el joven había decidido adoptar el nombre papal Pío; era un novicio de la orden de los agustinos y un ardiente conversionista en seis idiomas. Su trágico fin se produjo en Bélgica, donde falleció en 1940, un par de semanas antes de que la invasión alemana alcanzara a imponerle un indeseado retorno a su identidad judía.

Otro modo del secuestro de niños judíos, masivo y más organizado, fue el sistema de los *cantonistas*, instituido por el Imperio ruso por 1830, sobre el que nos extenderemos más adelante. Este sistema involucraba el virtual secuestro de niños judíos a fin de hacerlos servir militarmente durante varias

décadas, con la explícita intención de que abandonaran el judaísmo.

Sermones y disputas

El mentado Agobardo también fue pionero en la imposición de sermones a los judíos. Relata en su *Epistola de baptizandis Hebraeis* (año 820) que ordenó a la clerecía de Lyons predicar todos los sábados en las sinagogas, con asistencia obligatoria de los judíos. El sistema se regularizó con la fundación de la Orden Dominica (1216) que, junto con la Orden Franciscana, fueron adversarios implacables de los judíos durante la Edad Media tardía.⁹²

Una ley de Jaime I de Aragón (1242), que recibió aprobación papal, se refiere a la obligatoriedad de la asistencia a los sermones, y el rey mismo suministró la arenga en la sinagoga. En 1279 el rey Eduardo I impuso la práctica en Inglaterra. El siglo XV encontró, entre los predicadores más destacados, a Vicente Ferrer en España y Fra Matteo di Girgenti en Sicilia.

La práctica se exacerbó a partir de la Contrarreforma, que vino acompañada por una reacción judeofóbica.

En Roma, cien judíos y cincuenta judías eran obligados a asistir regularmente a una iglesia designada para los sermones, pronunciados en general por apóstatas cuyos honorarios eran impuestos a la comunidad judía. La supervisión de bedeles con varas aseguraba que nadie se distrajera.

El filósofo Michel de Montaigne registra que en 1581 escuchó en Roma un sermón de Andrea del Monte, cuyo lenguaje fue tan brutal que los judíos pidieron protección a la curia papal.

En 1630 los jesuitas iniciaron los sermones en Praga, y el emperador Ferdinando II los instituyó en el auditorio de la Universidad de Viena, adonde se obligaba a asistir a doscientos judíos, una parte fija de los cuales debían ser adolescentes.

También la imposición de sermones se extendió durante un milenio. Fue derogada por la Revolución francesa, y al paso de las tropas napoleónicas fue eliminándose, mientras se difundían las ideas revolucionarias. Pero una vez caído Napoleón, se restablecieron los sermones en Italia bajo el gobierno papal, y Pío IX finalmente los abolió en 1846.

Hacia esa época el poeta cristiano Robert Browning trató de reflejar el sentir de los israelitas durante los sermones: "...cuando entró con alaridos el verdugo en nuestra cerca,/ nos aguijoneó como perros hacia el redil de esta iglesia./ Su mano, que había destripado mi talega/ ahora desborda para ahogar mis creencias./ Pecan en mí hombres raros que a su Dios me llevan".

Nos referiremos ahora a la llamada Batalla de los Libros. En 1199 el papa Inocencio III advirtió a los legos que las Escrituras debían quedar bajo interpretación exclusiva del clero. Una ulterior derivación de esa decisión fue la proscripción de la literatura judía. En 1236, el apóstata Nicolás Donin envió desde París un memorando al papa Gregorio IX en el que formulaba treinta y cinco cargos contra el Talmud: que era un libro blasfemo, antieclesiástico, etc. El Papa terminó por enviar un resumen de las acusaciones a los eclesiásticos franceses, y ordenó que se aprovechara la ausencia de los judíos de sus casas mientras rezaban en las sinagogas para confiscar sus libros. Así se procedió el 3 de marzo de 1240. Asimismo, se indicaba a las Órdenes Dominica y Franciscana en París que hicieran quemar en la hoguera los libros en los que se encontraran errores de corte doctrinario. Indicaciones similares se enviaron a los reyes de Francia, Inglaterra, España y Portugal.

Recordemos que el Talmud no empezó a traducirse hasta el siglo XIX, y que su idioma original, el hebreo aramaico, era conocido sólo por los judíos o los estudiosos del tema. Por ello, cuando el hebraísta cristiano Andrea Masio repudió las censuras y quemas de libros judíos, adujo que una condena

cardenalicia sobre ellos era tan válida como la opinión de un ciego sobre la variedad de colores.

Como consecuencia de la circular de Gregorio IX, también se llevó a cabo la primera disputa religiosa pública y obligatoria entre judíos y cristianos, en París, entre el 25 y el 27 junio de 1240.

El Rabí Iejiel debió defender a voces al Talmud, y no logró evitar que un comité inquisitorial lo condenara. En junio de 1242, miles de volúmenes fueron quemados a la vista de las masas. La práctica fue convirtiéndose en norma, y muchos papas posteriores promovieron la quema del Talmud.

Otra disputa famosa fue la de Barcelona en 1263, que concluyó con que Jaime I de Aragón ordenó a los judíos borrar del Talmud las referencias supuestamente anticristianas, so pena de quemar sus libros.

El principal polemizador antijudío de la época, Raymond Martini, escribió en consecuencia *Pugio Dei* (“la daga de la fe”) que sirvió de texto básico para atacar el judaísmo. También la disputa de Tortosa (1413) concluyó restringiendo los estudios judaicos en Aragón. Un nuevo ímpetu a la caza de libros se produjo en 1431 cuando en el Concilio de Basilea, la bula del papa Eugenio IV prohibió el estudio del Talmud.

Los ataques contra esta obra se extremaron durante el período de la Contrarreforma en Italia, a mediados del siglo XVI. En agosto de 1553 el Papa designó al Talmud “una blasfemia” y lo condenó a la hoguera junto con otras fuentes rabínicas.

El 5 de septiembre de ese año, día de *Rosh Hashaná* (año nuevo hebreo), se construyó una pira gigantesca en Campo de Fiori en Roma. Mientras los judíos rezaban en las sinagogas se secuestraron los libros de sus casas, y miles de ejemplares fueron quemados públicamente. Por orden inquisitorial, el procedimiento se repitió en muchas ciudades.⁹³ Unos años después Pío IV canceló la prohibición del Talmud (1564) pero la frecuente confiscación de libros judíos continuó hasta el siglo XVIII.

El Talmud fue probablemente el libro más vilipendiado de la historia humana. A fin de desacreditarlo, Johannes Eisenmenger pasó veinte años estudiando en una *ieshivá* (academia de estudios talmúdicos), tan profundo era su odio por un libro que mantenía al judaísmo viviente. El resultado fue un tratado de dos mil páginas: *Endecktes Judemthum (El judaísmo desenmascarado)* de 1699.

Durante los dos últimos siglos, “expertos” de diversa índole fabricaron una vasta literatura que “revelaba las blasfemias” del Talmud. Hoy en día tal literatura es inútil, ya que el Talmud está al alcance de todos por medio de las muchas traducciones a los principales idiomas.

El “experto” más destacado fue el sacerdote alemán August Rohling, profesor de la universidad alemana de Praga que copió del libro de Eisenmenger y en 1871 publicó *El judío talmúdico*.

Diez años después, el cabecilla de los desmanes judeofóbicos que se orquestaron en Viena, Franz Holubek, fundamentó su inocencia en que “había actuado de buena fe sobre la base del libro de Rohling”. Su exoneración fue un aliciente para más actos de violencia.

Aunque en la corte se demostró que Rohling no sabía siquiera entender ni traducir los párrafos más elementales del Talmud, el éxito de su libraco continuó por medio siglo más.

El último auto-de-fe contra el Talmud (antes de las piras nazis en Europa) fue en 1757 en Kamenets (Polonia) donde el obispo Nicolás Dembowski ordenó la quema de mil copias.

Guetos y expulsiones

Otra práctica judeofóbica medieval fue el establecimiento de barrios para judíos, rodeados de muros que permanecieran sellados de noche y que sólo

podieran traspasarse con permisos oficiales. El término *gueto* con que se los designaba, puede referirse a una refinería de metal (*getto* en italiano) lindera al barrio en Venecia que en 1516 se transformó en residencia obligada de los judíos. O podría derivar del término arameico *guet*, que se refiere a *separación*.

Si bien en muchos casos los guetos se creaban voluntariamente (debido a necesidades de cementerio, o de una premisa para el baño ritual o *mikve*, etc.), la mayoría de ellos fueron consecuencia de la tendencia eclesiástica que desde el siglo IV aislaba y denigraba a los judíos.

La disposición oficial se promulgó recién en el Tercer Concilio Laterano (1179) que prohibió a cristianos y hebreos residir juntos. Guetos famosos hasta la Reforma fueron el de Londres (1276), Bolonia (1417) y Turín (1425).

Del mismo modo que en las anteriores prácticas mencionadas, los guetos se promovieron con mayor virulencia cuando la Iglesia reaccionó contra la Reforma protestante, una reacción que en general agravó la situación de los judíos en las regiones que permanecieron católicas.

Desde la segunda mitad del siglo XVI se establecieron más guetos en Italia y luego en el Imperio austríaco. En Roma los israelitas fueron obligados a trasladarse a un sector donde se les amuralló el 26 de julio de 1555, que coincidió en el calendario hebreo con la trágica conmemoración del 9 del mes de Av.⁹⁴

En los países musulmanes, el gueto comenzó voluntario, y así permaneció bajo el Imperio otomano. Cuando en los siglos XIX-XX se eliminó la obligación de residir en el gueto, la mayoría optó por permanecer en ellos.

En 1796 las tropas republicanas francesas demolieron todas las murallas de los guetos en Italia, pero a la caída de Napoleón (1815) hubo un fallido intento de restablecerlos. Los portones del de Roma fueron finalmente destruidos en 1848, y no volvió a construirse guetos hasta el ascenso del

nazismo en Europa.

El gueto fue central en el devenir de la judeofobia, puesto que fortalecía el estereotipo del judío demoníaco, percibido como un ser tenebroso que, aun si accedía a contactos con los cristianos durante el día, regresaba a la noche a su antro amurallado y a sus prácticas despreciadas y misteriosas.

Además, como a los guetos no se les permitía expandirse, eran en general insalubres y superpoblados. Se suponía que la degradación y humillación del judío llevaría ulteriormente a su cristianización. Por ello, el publicista católico G. B. Roberti exclamó ante un gueto del siglo XVIII que “era mejor demostración del cristianismo que una escuela entera de teólogos”.

Una práctica aún más brutal que las hasta aquí desgranadas fue la de las expulsiones, que también constituyeron una política sistemática a partir del funesto siglo IV. Hubo precedentes en Roma⁹⁵ y en Jerusalén,⁹⁶ pero las expulsiones posteriores incluyeron la remoción de judíos de países enteros y por períodos extensos.⁹⁷

Las expulsiones se producían de acuerdo con el siguiente proceso. Debido a las persecuciones, y a las restricciones laborales, cuando un judío lograba enriquecerse optaba por invertir sus bienes en contante y sonante, y no en bienes inmuebles. Por ello, frecuentemente era utilizado por los reyes como prestamista oficial del cual obtener recursos al contado, con la ventaja adicional de que esas operaciones no estarían sometidas a las limitaciones eclesiásticas en materia de préstamo a interés.

Asimismo, el rey unificaba las actividades financieras por medio de colocar al judío como colector de los impuestos que cobraba a los campesinos. Así, a los ojos de éstos el judío empeoraba su imagen por medio de la odiosa tarea, que era su modo de garantizar su riesgosa existencia.

La realeza protegía a “sus judíos” mientras le resultaban útiles, y hasta tanto no estallara el clamor de los deudores empobrecidos. Cuando el resentimiento de las masas hervía debido a los altos impuestos, el rey

transformaba a los judíos en chivos expiatorios, se unía a la furia popular y echaba mano a la mitología judeofóbica. Se atribuía visos de “buen cristiano” aun cuando sus móviles hubieran sido meramente económicos. Al rey se asociaban comerciantes y artesanos cristianos que repentinamente se veían libres de la competencia de los judíos. Así ocurrió casi en todos los países europeos.

En Inglaterra, durante la guerra civil de 1262, los judíos fueron atacados en muchas localidades; solamente en Londres mil quinientos fueron asesinados. En 1279 todos los judíos de la ciudad fueron arrestados bajo el cargo de que adulteraban la moneda del reino. Después de un juicio, doscientos ochenta fueron ejecutados y el rey Eduardo I ordenó la expulsión de los demás, apropiándose de todas sus posesiones. El plazo para abandonar el reino fue el día de *Todos los Santos* del año 1290. En octubre, dieciséis mil judíos partieron a Francia y a Bélgica; muchos de ellos perecieron apenas cruzado el río Thames en el que un capitán se divertía haciéndolos ahogarse. La readmisión de los judíos en Inglaterra se produjo sólo en 1650.

Francia los expulsó de la mayor parte de su territorio en 1306 (los que eventualmente regresaron, volvieron a ser expulsados en 1394) y no fueron oficialmente readmitidos hasta 1789. De las diversas regiones de Alemania fueron expulsados mayormente durante la Peste Negra, a la que nos referiremos más adelante.

En Rusia la residencia de los judíos estuvo prohibida durante trece siglos, hasta que en 1772 masas judías fueron incorporadas desde Polonia y Lituania recién anexadas. De Lituania habían sido expulsados en 1495, y readmitidos ocho años después. Expulsiones de ciudades específicas hubo varias, como Praga en 1744 o Moscú en 1891.

La más sobresaliente de todas las expulsiones fue la de España, que en 1492 removi6, por un período de virtualmente medio milenio, a casi trescientos mil judíos, la mayor comunidad hebrea de la época.

Hemos expuesto las prácticas que transformaron la vida de los judíos en un calvario. Con todo, el más atroz de los sufrimientos aún no ha sido narrado. Lo descrito hasta ahora fue muchas veces considerado un mal menor, ya que frecuentemente se cernía sobre los judíos la peor acechanza: los genocidios. Así se infiere por ejemplo de los escritos de un conocido filósofo y rabino del siglo XVI, el Maharal de Praga. Éste anota que la era del exilio que a él le había tocado en suerte era tolerable porque el principal sufrimiento se limitaba a las expulsiones.

Del mismo tenor es un poema de Eljanan Helin de Frankfurt de 1692: “Partimos en júbilo y en tristeza; aflicción, debido a la destrucción y la desgracia. Mas nos alegramos de haber escapado con tantos sobrevivientes”. También en *Tevie el Lechero*, la famosa obra de Sholem Aleijem (1894) que devino en *El violinista sobre el tejado*, se habla de las expulsiones con ligereza: la razón por la que usamos sombreros, deduce, es que debemos estar preparados para partir en cualquier momento.

Sin embargo, las expulsiones no sólo significaban ingentes pérdidas de propiedad, sino un debilitamiento de cuerpo y de espíritu. Dejaron una marca indeleble en el pueblo judío y su devenir, con sentimientos de extranjería. Era como si los judíos fueran empujados a los márgenes de la historia. Considérese que después de 1492 no había judíos abiertamente identificados a lo largo y ancho de toda la costa europea del Atlántico Norte, durante un período en el que allí estaba virtualmente el centro del mundo.

Ocho matanzas totales

El martirio de Israel mostró su peor cara en los genocidios, que desde la Antigüedad habían tenido lugar esporádicamente, y desde las cruzadas en el siglo XI fueron sistemáticos. La judeofobia fue superando su crueldad a lo

largo de los siglos, y cada superlativo iba empequeñeciéndose debido a eventos posteriores.

Algunas matanzas bajo dominio cristiano datan ya de los primeros siglos. En Antioquía (ciudad que asumió en el Este la importancia de Alejandría) facciones enfrentadas (los *azules* y los *verdes*) terminaron por inmolar judíos e incendiar la sinagoga de Daphne junto con los huesos de las víctimas (c. 480). El emperador Zenón se limitó a comentar entonces que hubiera sido preferible quemar a los judíos vivos.

Las masacres, que comenzaron ocasionales, devinieron en rutinarias durante la primera mitad del segundo milenio, aquel período durante el que la Iglesia alcanzó el cénit de su poder, y durante el cual los principales genocidios fueron siete. Tuvieron lugar en el transcurso de cada una de las tres primeras cruzadas y de las cuatro campañas judeofóbicas que las sucedieron. Sigue su enumeración, con el año y el nombre de los cabecillas, a saber:

- la Primera Cruzada (Godofredo de Bouillon, 1096);
- la Segunda Cruzada (el monje Radulph, 1144);
- la Tercera Cruzada (Ricardo Corazón de León, 1190);
- los *Judenschachters* (Rindfleisch, 1298);
- los *Pastoureaux* (el fray Pedro Olligen, 1320);
- los *Armleder* (John Zimberlin, 1337), y
- la Muerte Negra (Federico de Meissen, 1348).

Dice Flannery que para encontrar en la historia de los judíos un año más fatídico que 1096, habría que remontarse a mil años antes hasta la caída de Jerusalén, o a casi mil después hasta el Holocausto. Cada mil años, la matanza es demoledora hasta la raíz.

La tragedia comenzó el 27 de noviembre de 1095 en la ya mencionada

ciudad de Clermont-Ferrand. Durante la clausura de un concilio, el papa Urbano II convocó una campaña “para liberar Tierra Santa del infiel musulmán”.

Hordas de caballeros, monjes, nobles y campesinos, se lanzaron sin organización a una aventura hacia el Oriente, pero eventualmente optaron por comenzar la purga de los “infiel locales”, y acometieron ferozmente contra los judíos de Lorena y Alsacia, exterminando a todos los que se negaban a bautizarse.

Corrió el rumor de que el líder Godofredo había jurado no poner en marcha la cruzada hasta tanto no se vengara la crucifixión con sangre judía, y que no toleraría más la existencia de judíos. En efecto, un común denominador de las matanzas enumeradas fue el intento de barrer a la población judía íntegra, niños incluidos.

Los judíos franceses advirtieron del peligro a sus correligionarios alemanes, infructuosamente. A lo largo del valle del Rin, las tropas, incentivadas por predicadores como Pedro el Hermitaño, ofrecieron a cada una de las comunidades judías la opción de la muerte o el bautismo. En Speyer, mientras los cruzados rodeaban la sinagoga, en donde se había refugiado la comunidad presa del pánico, una mujer reinició la tradición de *Kidush Hashem*: la aceptación voluntaria del martirio para gloria de Dios. Cientos de judíos se suicidaron y algunos se sacrificaban aun con sus propios hijos.

En Ratisbona, los cruzados sumergieron a la comunidad judía entera en el río Danubio a modo de bautismo colectivo. Las matanzas se sucedían en Tréveris y Neuss, en las aldeas a lo largo del Rin, en Worms, Maguncia, Bohemia y Praga.

Cuando finalmente los cruzados arribaron a Jerusalén, hallaron a los judíos agolpados en sus sinagogas y procedieron a incendiarlas (1099). Los pocos sobrevivientes fueron vendidos como esclavos, algunos de los cuales fueron

más tarde redimidos por las comunidades judías de Italia. La judería de Jerusalén quedó destruida por un siglo.

En los primeros seis meses de la Primera Cruzada aproximadamente diez mil judíos fueron asesinados; constituían un tercio de las poblaciones judías de Alemania y el norte de Francia.

Medio siglo después estalló la segunda de las siete matanzas mencionadas. En el año 1144 los cruzados perdieron Edessa, y se temió por la suerte del Reino Latino de Jerusalén. El papa Eugenio III convocó la Segunda Cruzada y, una vez más, sus sucesores “judaizaron” la marcha. Se estipuló que no debía pagarse interés sobre el dinero que se tomara de judíos para financiar la cruzada.⁹⁸ En 1146 el monje Radulph exhortó a los cruzados a “vengarse en los que crucificaron a Jesús”. Centenares de judíos de la Renania cayeron ante las hordas incitadas que los aplastaban al grito de *Hep, Hep!*⁹⁹

La brutalidad llegó a Colonia y Wurzburg en Alemania, y a Carenton y Sully en Francia. El célebre maestro Rabenu Jacob Tam fue acuchillado cinco veces en recuerdo de las heridas sufridas por Jesús. La exhortación esgrimida por uno de los cabecillas muestra a las claras que el pretendido celo religioso de estos judeófobos no era sino una máscara para poder descargar sus instintos más sádicos, ideológicamente justificados. Pedro de Cluny (llamado el *Venerable*) solicitó que el rey de Francia castigara a los judíos por “macular el cristianismo. No debe matárselos, sino hacerlos sufrir tormentos espantosos y prepararlos para una existencia peor que la muerte”.

La tregua que se dio a los judíos europeos después de las dos primeras cruzadas, fue contrabalanceada por las persecuciones a las que los sometieron los almohades en España y Noráfrica. Esa tregua de la cristiandad terminó cuando Saladino puso fin al reino cruzado en Jerusalén y, en consecuencia, se lanzó la Tercera Cruzada, a la que se sumaron con entusiasmo el emperador de Alemania y el rey Felipe Augusto de Francia.¹⁰⁰

La novedad de la Tercera Cruzada fue que repercutió en un país que en las

dos primeras había tenido un rol menor: Inglaterra. Las comunidades judías de Lynn, Norwich y Stamford fueron íntegramente destruidas. En York, los judíos se refugiaron en el castillo, al que se puso sitio, y en el que se autoinmolaron a comienzo de la Pascua hebrea.

Para los judíos, las cruzadas pasaron a simbolizar la inveterada hostilidad de la cristiandad. En 1211 trescientos rabinos emigraron a la tierra de Israel, en la certeza de que si permanecían en Europa Occidental pocas serían sus posibilidades de sobrevivir. Flannery rubrica: “Los que decidieron quedarse terminaron lamentando su decisión”.

Al mismo tiempo, el recuerdo de los mártires fue para las generaciones posteriores de judíos una fuente de inspiración. Dios los había puesto a prueba y demostraron ser héroes. Su martirio fue percibido como una victoria, símbolo del pueblo entero. La mayoría de los que se convirtieron por la fuerza pudieron ulteriormente regresar al judaísmo... y terminaron siendo víctimas de las matanzas que estallaron después. En la percepción del cristiano, el judío se había transformado en el blanco preferido, que encarnaba la enemistad a su fe.

Las cruzadas revelaron en toda su dimensión el peligro físico en el que se hallaban los judíos, lo que resultó en dos efectos. En primer lugar se mudaron a ciudades fortificadas en las que serían menos vulnerables (esto puede ser una explicación parcial del ya mentado carácter históricamente urbano de los judíos). En segundo lugar se instituyó para ellos el estatus de “siervos de la cámara real”: debían comprar la protección de emperadores y reyes a un elevado precio. Se consideraban privilegiados si conseguían amparo ante el fanatismo de las masas y la rapacidad de los barones. Pero en poco tiempo la supuesta protección se transformó en un artificio para enriquecer la Corona. Y la teología ayudaba.

El papa Inocencio III proclamó la “servidumbre perpetua de los judíos” y el jurista Enrique de Bracton (m. 1268) definió que “el judío no puede tener

nada de su propiedad. Todo lo que adquiere lo adquiere para el rey”. Hacia el siglo XIII era un buen negocio poseer algunos judíos antes de que fueran eventualmente masacrados. Y las hecatombes que sucedieron a las cruzadas probaron ser aún más tenebrosas.

En 1298 una muchedumbre de Rottingen, incitada por un aristócrata de nombre Rindfleisch, quemó en la hoguera a la comunidad íntegra. Luego los *Judenschachters* (“asesinos de judíos”) atravesaron Austria y Alemania saqueando, incendiando y matando a su paso. Ciento cuarenta comunidades fueron diezmadas; cien mil judíos inmolados.

En el 1306 el rey de Francia hizo arrestar a todos los israelitas en un mismo día, y les ordenó abandonar el país en el plazo de un mes. Cien mil lo hicieron y se asentaron en comarcas vecinas; nueve años después fueron readmitidos... para ser nuevamente masacrados. Un monje benedictino lideró a los *Pastoureaux* (“pastores”) en una especie de cruzada que destruyó ciento veinte comunidades.

En reacción a la matanza de los Pastoureaux en Castelsarrasin y otras localidades, entre el 10 y el 12 de junio de 1320, el vizconde de Tolosa comandó una tropa para detener a los revoltosos y cargó veinticuatro carros con Pastoureaux para encarcelarlos en el castillo de la ciudad. El populacho se solidarizó con los saqueadores, fue en su socorro y los liberó. En efecto, otra característica común de los genocidios es el grado pasmoso de apoyo campesino con el que contaban. Y como es habitual en la judeofobia, lo peor estaba por venir.

En 1336 John Zimberlin, un iluminado que había “recibido un llamado para vengar la muerte de Cristo por medio de matar judíos” lideró a cinco mil enardecidos armados, que usaban bandas de cuero en los brazos (los *Armleder*) y se lanzaron al asesinato de los israelitas alsacianos. En Ribeauville fueron masacrados mil quinientos. Finalmente, el 28 de agosto de 1339 se concluyó un acuerdo entre John Zimberlin y el obispo de Estrasburgo

que puso fin a los desmanes.

El séptimo y último genocidio que mencionamos en la lista fue el de la Muerte Negra. Entre 1348 y 1350 una plaga arrasó con alrededor de un tercio de la población de Europa. ¿Quién podía ser culpable de la plaga sino el archiconspirador y envenenador? Las comunidades judías fueron exterminadas por el populacho enloquecido por tanta muerte.

El emperador Carlos IV dispensó inmunidad a los que atacaran judíos, otorgándoles sus propiedades a los favoritos de la corte... ¡incluso antes de que una matanza tuviera lugar! Por ejemplo, ofreció al arzobispo de Trier los bienes de los judíos “que ya han sido muertos o lo sean en el futuro” y a un margrave de Núremberg la elección de las casas de judíos “cuando la próxima matanza se lleve a cabo”.

Debido a que ulteriormente Hitler superó a todos los genocidios previos, se los tiene poco en cuenta. Del ucraniano Bogdan Chmielnicky pocas veces se menciona su rol de peor genocida. Combatió la dominación polaca de su país asesinando a más de cien mil judíos en 1648-1649, y hasta hoy es reverenciado como héroe nacional de Ucrania.

Así describió su campaña el cronista de la época, Natan Hannover (m. 1663) en su libro *Ieven Metzula (El fango profundo, 1653)*: “A algunos de los judíos les arrancaban la piel y arrojaban su cuero a los perros. A otros les cortaban las manos y los pies y arrojaban a los judíos al camino en donde eran finalmente pisoteados por caballos... Muchos eran enterrados vivos. A los infantes se los mataba en el pecho de la madre; a muchos niños se los despedazaba como pescado... No hubo muerte no-natural que no les infligieran”.

La pregunta es cuán profundo debe de ser el odio que lleve a semejantes atrocidades. La respuesta la provee la mitología judeofóbica que las sostuvo y que hemos de revisar.

91 *Testigos oculares de la historia judía*, editado por Eisenberg, Goodman y Kass, en inglés, UHAC, Nueva York, 1973, págs. 196-198.

92 Wistrich, op. cit.

93 En los Estados papales, en Bolonia, Ravena, Ferrara, Mantua, Urbino, Florencia, Venecia y Cremona.

94 Es la fecha que conmemora la destrucción del Templo de Jerusalén, tanto por obra de los babilonios en el 586 AEC como por mano de los romanos en el año 70.

95 Tres veces: en 139 AEC, en 19 EC por Tiberio, y en 50 EC por Claudio.

96 Los judíos tuvieron prohibida la entrada a Jerusalén entre los años 135 y 638.

97 Por ejemplo, para fines del siglo XIII, ya habían sido expulsados de Inglaterra, Francia y Alemania.

98 Desde el siglo XIII el término *cruzada* se aplicó a toda campaña de la que la Iglesia se veía políticamente beneficiada.

99 Esta consigna, que probablemente era la abreviatura del latín *Jerusalén se ha perdido*, fue un popular lema judeofóbico; así se denominaron los tumultos en 1819 de los que hablaremos más adelante.

100 Felipe Augusto ya había hecho quemar en Bray a cien hebreos, como castigo por el ahorcamiento de uno de sus oficiales que había asesinado a un judío.

CAPÍTULO 5

LA MITOLOGÍA

La ambivalencia vaticana

Antes de penetrar en la mitología que sustentó la violencia, caben algunas reflexiones preliminares.

El sufrimiento que venimos estudiando fue condensado en un libro de 1558 del médico Josef Ha-kohen, quien bajo el bíblico título de *El valle de lágrimas* (1558) refiere “las penas que cayeron sobre nosotros desde el día del exilio de Judea de su patria”. Tres preguntas pueden formularse acerca de esas lágrimas.

La primera: por qué los judíos siempre sufren. Respuesta: si al decir *por qué* aludimos a las causas de la judeofobia, bueno, precisamente ése es el tema de este libro, y esperamos llegar a explicaciones al final. Pero si el *por qué* sugiere que debe de haber cierta paranoia en hallar a los judíos siempre como víctimas, nuestra respuesta es que la judeofobia es en efecto una enorme patología social que consiste en el odio hacia los judíos y, por ende, siempre los tuvo como víctimas principales. Persistió por milenios exterminando, alcanzó hace ochenta años un genocidio de seis millones —un tercio de la población judía mundial— y sigue con vitalidad para continuar.

La segunda pregunta es si la gigantesca magnitud de la judeofobia acaso significa que *todo el mundo* los odia (u odió). La respuesta es negativa; no

todo el mundo está enfermo de judeofobia, pero no es la parte sana el objeto de nuestro estudio, aun cuando sea mayoritaria.

La tercera pregunta es si el clero de la Iglesia medieval era unánime en su letal postura judeofóbica. Otra vez, la respuesta es no. Incluso en períodos en los que la postura teológica de la Iglesia era judeofóbica, en el plano individual hubo eclesiásticos que rechazaron la violencia contra los judíos. Desde antaño hay ejemplos de obispos y sacerdotes que intentaron proteger a las víctimas.

Cuando la sinagoga de Ravenna fue incendiada (519), Teodorico ordenó que la población católica la reconstruyera y flagelara a los incendiarios. Durante la primera cruzada el Obispo Comas salvó a los judíos de Praga. En la segunda, Bernardo de Clairvaux defendió activamente a los judíos que eran asesinados.

El problema, sin embargo, es que los judeófobos más virulentos de la Iglesia fueron y son reverenciados; el crimen de la judeofobia se cometía con virtual impunidad.

Por ejemplo, el fray Juan Capistrano (m. 1456) instó a la abolición de los derechos de los judíos en Nápoles y otras ciudades, incluyendo la cancelación de las deudas que cristianos hubieran contraído para con ellos. Más tarde, debido a sus actividades en Breslau, muchos judíos fueron torturados y quemados vivos; otros fueron empujados al suicidio. La abolición de los derechos de los judíos en Polonia, por Casimiro IV, también fue resultado de las maniobras de Capistrano, quien inició una ola de desmanes antijudíos. Ni siquiera les permitió a los judíos escapar ese destino: fue el responsable de un edicto papal que prohibía el transporte de judíos a la tierra de Israel. Durante su vida, recibió tanto el mote de “azote de los judíos” como el cargo de Inquisidor papal. Más de dos siglos después de su muerte fue canonizado y, desde entonces, cada 28 de marzo los católicos veneran su memoria.

El mensaje de la Iglesia era, cuando menos, incoherente. Difundía la

enseñanza del desprecio, pero ocasionalmente intentaba detener a los despreciadores que se apresuraban a cometer horrendos crímenes. Su intento era tardío e insuficiente.

Esta postura nunca varió radicalmente. Por ello, uno de los primeros historiadores del Holocausto, Raul Hilberg, fue capaz de trazar una tabla que muestra cómo cada una de las principales Leyes de Núremberg de la Alemania nazi tenía su precedente en la legislación eclesiástica.

La declaración de la Conferencia de Obispos Holandeses de 1995 significó un punto de inflexión en la historia de la Iglesia, al admitir que hay un sendero directo que une la teología del Nuevo Testamento con Auschwitz.

También durante la Segunda Guerra Mundial la posición del Vaticano reflejó la habitual ambivalencia, cuando sus reservas acerca del nazismo se limitaron a proteger a católicos “no-arios”. Es cierto que las encíclicas de la Iglesia y sus pronunciamientos rechazaban el dogma racista, ergo cuestionaban como erróneas las tesis nazis, pero siempre omitieron criticar, o siquiera mencionar, el ataque específico contra los judíos.

En 1938 Pío XI supuestamente condenó a los cristianos judeofóbicos, pero esta condena fue omitida por todos los diarios de Italia que informaron sobre el mensaje papal. Su sucesor, el germanófilo Pío XII, ya desde 1942 había recibido información sobre el asesinato de judíos en los campos. A pesar de ello restringió todos sus pronunciamientos públicos a expresiones muy cuidadosamente formuladas de simpatía por “todas las víctimas de la injusticia”.

La neutralidad y el silencio del Papa continuaron incluso cuando en 1943 los alemanes cercaron a ocho mil judíos de Roma. Mil de ellos, mayormente mujeres y niños, fueron transportados a Auschwitz. Por otro lado, con la anuencia papal, más de cuatro mil judíos encontraron refugio en muchos monasterios de Roma (algunas decenas en el Vaticano mismo).¹⁰¹

Sin duda, el Papa no tenía autoridad ni fuerza para detener el Holocausto,

pero podría haber salvado miles de vidas si hubiera adoptado públicamente una posición contra el nazismo. Hitler, Goebbels y muchos otros cabecillas nazis, murieron como miembros de la Iglesia Católica, y nunca fueron excomulgados (lo que contrasta, verbigracia, con el hecho de que el presidente Juan D. Perón fue excomulgado cuando en 1955 atacó la influencia de la Iglesia, pocos meses antes de ser derrocado). Ningún nazi fue jamás excomulgado por sus crímenes.

Josef Tiso, jefe del partido judeofóbico *Hlinka* en Eslovaquia, fue un sacerdote católico. Regentó el régimen nazi de su país y ordenó las deportaciones de los israelitas locales a las cámaras de gas “para liberar a la nación eslovaca de sus pestes”. También fueron católicos un cuarto de los miembros de las SS, así como casi la mitad de la población del Gran Reich Alemán.

La Iglesia no era del todo impotente. La resuelta reacción del episcopado alemán contra el programa nazi de eutanasia social logró que virtualmente se suspendiera el plan. En contraste, los hebreos jamás avivaron en las autoridades eclesiásticas la compasión que despertaron los insanos y los discapacitados. Respecto de los judíos, la Iglesia estuvo interesada más en salvar sus almas que sus cuerpos. En muchos casos las cancillerías diocesanas llegaron a proveer al régimen nazi de los registros de las iglesias, que incluían datos personales acerca del marco religioso del que provenían sus feligreses.

Cuando las deportaciones de los judíos alemanes comenzaron, en octubre de 1941, el episcopado se limitó a interceder por los que se habían convertido al cristianismo. Los obispos recibieron informes sobre la matanza en los campos de muerte, pero su reacción pública se limitó a vagos pronunciamientos que eludían incluso el término *judíos*.

Hubo, por supuesto, excepciones, como la del prelado berlinés Bernhard Lichtenberg, quien rezó públicamente por los judíos (y falleció camino a

Dachau). Muchos se salvaron gracias a clérigos menores, monjes y laicos católicos. Pero no hubo una oposición resuelta ante el odio desatado.

En ese sentido, una Iglesia excepcional fue la holandesa, que ya en 1934 prohibió la participación de católicos en el movimiento nazi. Ocho años después los obispos protestaron públicamente ante las primeras deportaciones, y en mayo de 1943 prohibieron la colaboración de policías católicos en las cazas de judíos, aun a costa de que debieran perder sus puestos.

El hecho de que tanta muerte atroz los había visitado invitó a la reflexión de Máximo Kahn, un intelectual escapado de Alemania a la Argentina, que escribió en 1944: “La muerte de los judíos es, quizá, la más enigmática de todas las muertes; ciertamente es la más acusadora. Durante dos mil quinientos años se ha venido matando a los judíos en vez de permitir que mueran... Se empezó a matar judíos con tanto éxtasis que la muerte natural ya no les causó terror... los judíos se agarraron a la muerte natural como si fuera vida, como si fuera luz del sol, canto de pájaros, fragancia de flores o amor. Nada les pareció tan apetecible como poder morir sin huellas de homicidio en el cuerpo. Su vida se convirtió en esperar la muerte. Es de extrañar que la palabra *judío* no se haya vuelto sinónimo de *moribundo*... el judaísmo es una salud incurable”.¹⁰²

Ahora sí, analicemos el armazón mitológico que sostuvo al océano de odio. Hubo tres mitos medievales clave, por medio de los que la judeofobia fue transmitida.

El libelo de sangre

Una de las expresiones máximas de histeria colectiva y crueldad humanas, el llamado *libelo de sangre* es la acusación de que los judíos asesinan a no-

judíos a efectos de utilizar su sangre en la Pascua u otros rituales. Hubo cientos de libelos, que en general seguían el mismo esquema, a saber:

- 1) se hallaba un cadáver (usualmente el de un niño, y más frecuentemente cerca de la Pascua cristiana),
- 2) los judíos eran acusados de haberlo asesinado para usar ritualmente su sangre,
- 3) los principales rabinos o líderes comunitarios eran detenidos y se los torturaba hasta que confesaban que en efecto eran culpables del crimen,
- 4) el resultado era la expulsión de toda la comunidad de esa comarca, tormentos para una buena parte de sus miembros, o bien el exterminio expedito de todos ellos.

Generación tras generación, israelitas fueron torturados en Europa, y comunidades enteras fueron masacradas debido a este mito. A fin de entender la enormidad del libelo, tres aspectos son indispensables:

- a) La ignorancia de los gentiles con respecto a la religión hebraica (que prohíbe totalmente la ingestión de sangre).
- b) En el Medioevo, el pan de la comunión creaba una atmósfera emocional, en la que se sentía que el niño divino se escondía misteriosamente en el pan compartido. Fray Bertoldo de Regensburg solía preguntar: “¿quién quisiera morder la cabeza, la mano o el pie del bebé?”. En este contexto, el libelo podría considerarse como una especie de proyección colectiva: se le atribuía a otro la práctica de ingerir sangre humana.
- c) Según una superstición difundida en Alemania, la sangre era curativa, incluso la de cadáveres.

En ese país ocurrió el primer caso, en Wurzburg en 1147,¹⁰³ cuando se

difundió que un niño cristiano había sido supuestamente crucificado por judíos (el motivo de la cruz explica por qué los libelos ocurrían generalmente en la época de la Pascua).

En Múnich (1286) se enfatizó que los judíos odiaban la inocencia del niño porque detestaban la pureza. Así narró los hechos el monje Cesáreo de Heisterbach: “El niño cristiano cantaba *Salve regina* y como los judíos no pudieron interrumpirlo, le cortaron la lengua y lo despedazaron a hachazos”.

Del siguiente modo ampliaron la explicación ciudadanos de Tyrnau en 1494: “Los judíos necesitan sangre porque creen que la sangre del cristiano es un buen remedio para curar la herida de la circuncisión. Entre ellos tanto los hombres como las mujeres sufren de la menstruación... Además tienen un precepto antiguo y secreto, por el que están obligados a derramar sangre cristiana en honor de Dios, en sacrificios diarios, en algún lugar”.

En Inglaterra, en el caso de Norwich (1148), “los judíos compraron al niño mártir William antes de la Pascua y lo atormentaron como a nuestro Señor, y durante el Viernes Santo lo colgaron en una Cruz”. Esa descripción se reitera en Gloucester (1168) y en Lincoln (1255).

En 1290, los judíos fueron expulsados de una Inglaterra enrarecida por la difusión de los libelos. Un siglo después de la expulsión, cuando ya no había judíos, Geoffrey Chaucer recoge la calumnia en uno de sus prólogos a los *Cuentos de Canterbury*.

El primer libelo español data de 1182 en Zaragoza, y allí el asunto terminó por incluirse en la ley. El *Código de las Siete Partidas* (1263) reza: “Hemos oído decir que en ciertos lugares durante el Viernes Santo los judíos secuestran niños y los colocan burlescamente sobre la cruz”. Como la de Inglaterra, también la expulsión de España fue precedida por una atmósfera hostil debida a los libelos. El de La Guardia tuvo lugar en 1490-1491, y de inmediato se instituyó el culto del Santo Niño mártir.

Más detalles fueron agregándose a la historia, que asumió grandes

proporciones. En España, cada siglo engendró una obra literaria que reiteraba el tema. En 1583 Fray Rodrigo de Yepes escribió la *Historia de la muerte y glorioso martirio del Santo Inocente, que llaman de La Guardia* (¡después de casi un siglo sin judíos!) y el argumento sirvió de base para la obra de Lope de Vega *El Niño Inocente de La Guardia*.

En el siglo XVIII José de Canizares lo adaptó en *La Viva Imagen de Cristo* y Gustavo Adolfo Bécquer (1830-1870) en *La rosa de pasión*. En 1943 fueron republicados por Manuel Romero de Castilla bajo el título de *Singular suceso en el Reinado de los Reyes Católicos*.

En Italia, un caso crucial constituyó una especie de crónica anunciada. Durante la Cuaresma de 1475, el franciscano Bernardino da Feltre anunció que los pecados de los judíos pronto serían revelados. El Jueves Santo un niño llamado Simón desapareció, y al poco tiempo su cadáver fue encontrado al lado de la casa del jefe de la comunidad israelita. Todos los judíos, hombres, mujeres y niños, fueron arrestados. Diecisiete de ellos fueron sometidos a torturas durante quince días, después de los cuales terminaron por “confesar”. Uno de los judíos murió durante los tormentos, seis fueron quemados en la hoguera, y a los dos que aceptaron convertirse se los estranguló. Al principio el papa Sixto IV detuvo los procedimientos judiciales, pero en 1478 su bula *Facit nos pietas* aprobó el juicio. El patrimonio de los judíos ejecutados fue confiscado y a partir de entonces, los judíos tuvieron prohibida la residencia en Trento (hasta el siglo XVIII se les prohibía aun el paso por la ciudad). El niño Simón fue beatificado.

Después de este éxito, fray Bernardino urdió escenarios similares en Reggio, Bassano y Mantua, e instó a la expulsión de los judíos de Perugia, Gubbio, Ravenna y Campo San Pietro. Sus últimas víctimas fueron los judíos de Brescia, en 1494, el año de su muerte. Al poco tiempo el propio Bernardino fue beatificado, y la Iglesia demoró cinco siglos en anular la beatificación de Simón, en 1965.

No obstante, la posición de la Iglesia y de los monarcas fue en general contraria a los libelos. Después del de Fulda (1235), el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Federico II de Hohenstaufen, decidió clarificar el caso definitivamente a fin de proceder: si los judíos eran culpables se los mataría a todos; si eran inocentes, se los exoneraría públicamente. Las autoridades del clero, como no fueron capaces de llegar a una decisión concluyente declararon: “Creemos necesario... dirigirnos a gente que alguna vez fue judía y se convirtió al culto de la fe cristiana; ya que ellos, como oponentes, no guardarán silencio sobre nada que puedan saber sobre este asunto entre los judíos”.

En consecuencia, el emperador solicitó de reyes de Occidente que enviaran “judíos conversos al cristianismo, decentes y estudiosos, para tomar parte de un sínodo”, que finalmente se expidió así: “No puede hallarse, en el Antiguo ni en el Nuevo Testamento, que los judíos requieran de sangre humana. Por el contrario, esquivan la contaminación con cualquier tipo de sangre”. El documento, que cita de varias fuentes judías, agrega que “hay una alta probabilidad de que aquéllos para quienes está prohibida incluso la sangre de animales permitidos, no pueden desear sangre humana”.

Otro pronunciamiento escrito fue el del papa Inocencio IV en 1247: “Algunos cristianos acusan falsamente... que los judíos llevan a cabo un rito de comunión con el corazón de un niño asesinado; y en cuanto se encuentra el cadáver de una persona en cualquier sitio, se les hace recaer maliciosamente la responsabilidad”.

Pero la desaprobación de papas y emperadores no impidió que los casos de libelos se multiplicaran, sobre todo en Polonia, en donde el *Consejo de las Tierras*, órgano representativo de los judíos, envió un delegado al Vaticano y logró que el cardenal Lorenzo Ganganelli (más tarde papa Clemente XIV) emprendiera otra investigación exhaustiva. Ganganelli se sumó a quienes se pronunciaron contra el libelo: “Debe comprenderse con cuánta fe viviente

deberíamos pedirle a Dios como el salmista ‘líbrame de la calumnia de los hombres’. Espero que la Santa Sede tome medidas para proteger a los judíos de Polonia, del mismo modo en que San Bernardo, Gregorio IX e Inocencio IV obraron en defensa de los judíos de Alemania y de Francia”.

La proliferación del libelo a pesar de las pruebas y reclamos en contra, puede explicarse por el hecho de que al judeófobo la verdad lo tiene sin cuidado, y en aras de poder matar impunemente se aferrará a cualquier excusa mentirosa. Un caso adicional bastará para ejemplificar ese mecanismo.

Durante el Año Nuevo, los judíos hacen sonar en las sinagogas un Shofar o cuerno de carnero. A fin de adquirir uno, Raphaël Lévy partió en 1669 de la aldea francesa de Boulay, donde cumplía funciones rabínicas, hacia la ciudad de Metz. La desaparición de un niño cristiano en una aldea vecina fue suficiente para que Raphaël fuera detenido. El tribunal de Metz lo encontró culpable de haber matado al niño con propósitos rituales, lo condenó a morir en la hoguera y exigió la expulsión permanente de los judíos de la ciudad... a pesar de que ínterin ¡el cadáver del niño fue hallado, devorado por lobos! Lévy fue quemado en Metz el 17 de enero de 1670. Ulteriormente, el Consejo Real de Luis XIV admitió que se había tratado de “un error judicial”.

El libelo en tiempos modernos

Desde el siglo XVII, la ocurrencia de los casos de libelo de sangre se trasladó a Europa Oriental. En 1636 en Lublin, la viuda Feiguele se mantuvo firme ante el tormento. A partir del siglo XIX, judeófobos hicieron conspicuo uso del libelo para incitar a las masas en varios países, incluida Siria, en donde el affaire de Damasco de 1840 introdujo el mal en el mundo musulmán. Allí el influyente cónsul francés Ratti-Menton, se sumó a los

libelistas mientras toda la comunidad era arrestada y torturada, en el contexto de la pugna de las potencias occidentales para influir en el Medio Oriente (los católicos de Siria estaban por entonces legalmente bajo protección francesa).

En los tiempos modernos, el principal perpetuador del libelo de sangre fue Rusia, donde se diseminó sin pausa avalado por los zares, quienes en general tuvieron una actitud mucho peor que la de papas y reyes medievales.

El primer caso en Rusia fue próximo a Vitebsk, en la Pascua de 1799. Cuatro judíos fueron arrestados después de que el cadáver de una mujer fue encontrado cerca de una taberna judía. Apóstatas proveyeron a la corte de extractos de una traducción distorsionada de literatura rabínica. Pese a que los acusados terminaron siendo liberados por falta de pruebas, el poeta Gabriel Derzhavin incluyó la sospecha en su *Opinión elevada al zar acerca de la organización del estatus de los judíos en Rusia*: “En estas comunidades se hallan personas que perpetran el crimen, o por lo menos protegen a perpetradores, de derramar sangre cristiana, de lo que los judíos fueron sospechosos en varias épocas y en diferentes países. Si bien opino que tales crímenes, incluso si a veces fueron cometidos en la antigüedad, eran llevados a cabo sólo por fanáticos ignorantes, creo apropiado no pasarlos por alto”.

Entre 1805 y 1816 ocurrieron más casos y, para evitar su mayor propagación, el ministro de asuntos eclesiásticos, A. Golistyn, envió el 6 de marzo de 1817 una circular a los jefes de gobernaciones, donde explicita que los monarcas polacos y los papas invariablemente invalidaron los libelos, y las cortes los refutaron. La circular ordenaba que “de aquí en adelante los judíos no sean acusados de asesinar niños cristianos sin evidencia, sobre el mero prejuicio de que necesitan de sangre cristiana”.

A pesar de la circular oficial, el zar Alejandro I terminó por dar instrucciones para que las acusaciones se revivieran en Velizh. El juicio duró diez años, y aunque los judíos fueron finalmente exonerados, cabe imaginarnos la atmósfera que generaba un juicio tan largo sobre un tema tan

escabroso. El zar Nicolás I se negó a firmar la circular de Golistyn, considerando que “hay entre los judíos salvajes fanáticos o sectas que requieren sangre cristiana para su ritual”. El libelo recibía así un sello oficial, y ocurrieron más casos en Telz, Kovno (1827) y Zaslav, Volhynia (1830).

Después del caso de Saratov (1853) se designó un nuevo comité especial para investigar, que incluyó teólogos, orientalistas y apóstatas. Revisaron manuscritos hebreos y publicaciones y concluyeron que no había evidencia alguna del uso de sangre cristiana entre los judíos. Sin embargo, en los años setenta recrudeció la judeofobia, y el libelo fue motivo habitual en la propaganda literaria y la prensa. En alguna medida estas obras remedaban las que se habían publicado en Alemania y Francia, en las que “algunos expertos demostraban” la veracidad del libelo, a saber: *El misterio de la sangre entre los judíos de todos los tiempos*, de H. Desportes (1859), prologada por Edouard Drumont; y *El Talmud en la teoría y en la práctica*, de Konstantin C. Pawlikowski (1866).

Dos ejemplos de esta literatura en Rusia son: *Sobre el uso de sangre cristiana por sectas judías con propósitos religiosos* (1876) de H. Lutostansky, que agotó varias ediciones, y *El Talmud desenmascarado* de J. Pranatis, que sigue publicándose. Contra algunos de los calumniadores se iniciaron juicios de difamación. Pero las acusaciones de crimen ritual continuaban.

Al fortalecerse la extrema derecha (*Unión del Pueblo Ruso*) en la Tercera Duma o parlamento, las autoridades necesitaron de nuevos casos que justificaran la judeofobia reinante. Uno muy notorio fue el Caso Beilis (1911-1913), fraguado por el ministro de justicia Shcheglovitov, que despertó la oposición de decenas de intelectuales rusos, entre ellos Vladimir Korolenko y Máximo Gorki. La eventual exoneración de Beilis fue una derrota para el régimen pero, otra vez, la atmósfera de veneno judeófobo se imponía con el mero juicio, independientemente de sus resultados.

Cuando los nazis asumieron el poder, utilizaron el libelo en su propaganda. El 1 de mayo de 1934 el periódico *Der Stuermer* dedicó al tema una edición horrorífica con ilustraciones. Se reanimaron las investigaciones y los juicios (en Memel 1936, Bamberg 1937 y Velhartice 1940). Hombres de ciencia alemanes colaboraron en la difusión.

Heinrich Himmler propuso la creación de una estación de radio dirigida al mundo anglohablante, para la que “habría que contratar personas que escucharan los comunicados difundidos por la policía y por los tribunales ingleses cada vez que anuncien que se ha perdido un niño. Podríamos proclamar entonces por radio que, en tal lugar, un niño ha sido degollado por los judíos seguramente con fines rituales... Pienso que podríamos activar considerablemente la propaganda judía en inglés, y tal vez en ruso, sirviéndonos de la acusación de asesinato ritual”.¹⁰⁴

Fuera de Alemania (donde, en cifras globales, ocurrieron un tercio de todos los libelos) hubo cuatro casos en el siglo XX. El primero de ellos fue el caso Hilsner (así se llamaba el acusado, un joven vagabundo). Thomas Masaryk, fundador y primer presidente de la moderna Chequia, tuvo una activa participación “no para defenderlo a Hilsner sino para defender a los cristianos de la superstición”. Masaryk fue duramente atacado, y su cátedra universitaria fue suspendida, debido a manifestaciones de estudiantes. Este caso también creó una ola de tumultos judeofóbicos en Europa, orquestados por el “especialista” vienés Ernst Schneider. El hijo de Thomas, Jay Masaryk sentenció que “todo judeófobo es un asesino potencial que debería estar en la cárcel”.

En 1960 un periódico soviético de Daguestán afirmó que los judíos devotos necesitaban sangre humana para sus ritos.

En la Rusia actual, el creciente nacionalismo generó cierta nostalgia por la época zarista. En ese contexto, en 2010 una corte ordenó reabrir la investigación del asesinato del zar Nicolás II y de su familia, ocurrido un

siglo antes.

El 27 de noviembre de 2017, el comité ministerial a cargo se expidió, y una de las responsables, Marina Molodtsova, declaró que llevarían a cabo “un examen psico-histórico para indagar si el regicidio fue un acto de asesinato ritual”. Ante ello, el obispo Tijón Shevkunov de la Iglesia Ortodoxa Rusa aseguró que “de acuerdo con un abordaje riguroso a la versión del asesinato ritual, una buena parte de la comisión eclesiástica no tiene dudas de que eso se trató”.

Los libelos ahondaron el estereotipo satánico del judío y reiteremos que el problema no era que la Iglesia lo difundiera. Por el contrario, vimos que usualmente se oponía, y en general trataba de detener las matanzas, pero con su característica ambivalencia. Los niños “mártires” eran reverenciados como santos, tales como en los casos de San Hugh de Lincoln, el Santo Niño Mártir de La Guardia y Simón de Trento. Año tras año, durante siglos, los cristianos honraban la memoria de los puros inocentes que habían sido supuestamente asesinados en espantosos rituales judaicos.¹⁰⁵

La hostia y la peste negra

En el Cuarto Concilio Laterano de 1215 fue reconocida oficialmente la doctrina de la transustanciación, según la cual la hostia (galleta usada en la ceremonia de la Eucaristía) se transforma en el cuerpo de Jesús. Los protestantes más tarde modificaron la doctrina y consideran que se trata sólo de *un símbolo* del cuerpo (no Jesús en persona, como establece el dogma católico).

Según el mito de la profanación de la hostia los judíos secretamente la robaban de las iglesias para torturarlas y reeditar los sufrimientos de Jesús. Obviamente en esta superstición había una mayor escalada de irracionalidad,

puesto que los judíos claramente descreían de toda transubstanciación. Sin embargo, la acusación trajo más persecución y matanzas. De los cuarenta casos principales, la mayor parte se perpetró en Alemania y Austria.

El mito se basaba en los supuestos poderes sobrenaturales de la hostia, y en el prejuicio de que los judíos anhelaban renovar en Jesús los sufrimientos de la Pasión. Su perfidia era tal, se aducía, que no abandonaban los tormentos aun cuando de la hostia emanaran sangre o sonidos, o si echaba a volar. (La emanación de “sangre” puede explicarse por un honguillo de color escarlata que se forma en comida rancia en lugares secos. Se lo denomina *Micrococcus prodigosus*).

La primera supuesta profanación fue en Belitz (cerca de Berlín) en 1243. Un grupo de judíos y judías fueron quemados en la hoguera en lo que pasó a denominarse *Judenberg* (monte de los judíos). Debido a la protección de los papas en Italia hubo pocos casos, pero el mito se expresó en el arte, como la *Desecración* de Paolo Uccello (m. 1475), pintada para el altar de la *Confraternidad del Santo Sacramento* en Urbino. El arte también lo reflejó en Inglaterra, aunque de allí los judíos fueron expulsados antes de que se difundiera la idea de hostias desecradas. La acusación se incluyó en el drama *Sacramento de Croxton* (1491) escrito dos siglos después de la expulsión.

Otros casos famosos fueron el de París de 1290 y el de Bruselas de 1370 que llevó a la destrucción de la judería belga, se celebró en una fiesta especial y todavía se lo ve grabado en las reliquias de la Iglesia de Santa Gudule. El de Knoblauch en 1510 resultó en treinta y ocho ejecuciones y la expulsión de los judíos de Brandenburgo.

Por lo menos dos casos son aún celebrados localmente: el de Deggendorf, Bavaria, que data de 1337, y el de Segovia de 1415, que supuestamente había producido un terremoto y resultó en la confiscación de esa sinagoga española y la ejecución de los líderes judíos.

Precisamente en España el Infante don Juan de Aragón patrocinó algunas

acusaciones. En la de Barcelona de 1367 varios sabios (como Hasdai Crescas, Nisim Gerondi e Isaac B. Sheshet) se hallaban entre los arrestados con la comunidad entera: hombres, mujeres y niños encerrados en la sinagoga por tres días sin comida. Como no confesaron, el rey ordenó su libertad, y sólo tres judíos fueron ejecutados. Diez años después hubo casos en Teruel y Huesca.

El caso de Lisboa de 1671 se produjo cuando ya no había judíos en Portugal. Por lo tanto, cuando la hostia de la iglesia de Orivellas fue aparentemente robada, un edicto real ordenó la expulsión de... todos los *Nuevos Cristianos*. El último caso de supuesta desecración fue en 1836 en Bislad, Rumania.

El último mito de la trilogía que estamos tratando fue la ya mentada Peste Negra. Entre 1348 y 1350 una epidemia múltiple (bubónica, septicémica y neumónica) causada por el bacilo *Pasteurella pestis*, arrasó a casi cien millones de personas, un tercio de la población europea. En centros de densidad poblacional, como monasterios, la tasa de mortandad era superior. La reacción popular fue extrema: o bien se buscó refugio en el arrepentimiento y las súplicas a Dios, o bien lanzándose al libertinaje y el vandalismo. Las dos actitudes se combinaron y ambas arremetieron contra los judíos, quienes fueron acusados de envenenar los pozos de agua para destruir la cristiandad. Miles de judíos fueron masacrados.

La primera acusación fue en septiembre de 1348 en Castillo de Chillon del lago de Ginebra. Los judíos “confesaron” que la plaga había sido diseminada por un judío de Savoy guiado por un rabino que había preparado el veneno. Las matanzas se extendieron desde España hasta Polonia, destruyendo trescientas comunidades. Los llamados *Flagelantes* expiaban sus pecados matando judíos a su paso.

El papa Clemente VI salió en defensa de las víctimas con una bula que definió la plaga como “pestilencia con que Dios aflige al pueblo cristiano”.

Sin embargo, la mayoría de la población la veía una peste artificial, deliberadamente fraguada, y ella era la forma más simple de entenderla. Después de todo, podía sospecharse de que en algún momento se vengarían de los numerosos judeocidios perpetrados.

Las matanzas de la Peste Negra se cometieron especialmente en Alemania; al principio el emperador Carlos IV salió en defensa de las víctimas, pero terminó por sumarse al fervor de las hordas y concedió “perdón por cada transgresión que incluyera el asesinato y destrucción de judíos”. En prevención, los israelitas eran frecuentemente asesinados aun antes de que la plaga llegara.

En Maguncia, seis mil de ellos fueron llevados a la hoguera, y en Estrasburgo dos mil más fueron quemados en una pira gigantesca en el cementerio. El mito de los judíos envenenando pozos agravó su imagen diabólica, y después de la Peste Negra su estatus se había deteriorado por doquier.

Hubo en la Edad Media otros mitos que armaron el arsenal judeofóbico, pero ninguno fue mortífero como los tres mencionados. Por ejemplo, el mito del *Judío Errante*, una figura de la leyenda cristiana condenada por Jesús a vagar hasta su segunda venida, debido a que lo había desairado o golpeado en su camino a la crucifixión. Dio lugar a muchos cuentos aun hasta el siglo XX. Nació aparentemente en Bolonia en 1233, cuando peregrinos del monasterio de Ferrara relataron que habían visto a un judío en Armenia que había presenciado la Pasión de Jesús, lo ofendió, se arrepintió y se convirtió al cristianismo. Los nombres del Judío Errante varían en idiomas y tradiciones: Cartaphilus, Buttadeus, Votadio, Juan Espera en Dios, Ajasuerus, Isaac Laquedem, y Der ewige Jude. Se transformó, en efecto, en símbolo del pueblo todo, culpable y errante en el mundo. Ese mito influyó arte y literatura, pero no fue excusa para genocidios.

En contraste, la mentada trilogía fue utilizada para justificar el máximo

sadismo, y transformó la voz *judío* en sinónimo de *diabólico*. El arte medieval muestra al judío con cuernos, cola, cara satánica, postura grotesca, en compañía de puercos y escorpiones.

En el siglo XVI se produjo el cisma en la Iglesia que dio origen al protestantismo. La Reforma protestante fue precedida por la llamada *Batalla de los libros*, que tuvo como epicentro los argumentos judeofóbicos de Johannes Pfefferkorn contra el Talmud. Uno de los objetivos de la Reforma fue recuperar las raíces hebreas del cristianismo. Pero resultó infundada la esperanza en que la nueva Iglesia respetaría a los judíos que no deseaban convertirse.

La rama protestante del cristianismo, iniciada por Martín Lutero en 1517, sostenía entre sus principios devolver el cristianismo a sus fuentes hebreas, en lugar de basarlo en la interpretación helenística. En efecto, al comienzo hubo muchos protestantes que se acercaron al judaísmo, algunos de ellos en la expectativa de que los judíos finalmente aceptarían la fe en Jesús si ésta se les presentaba con amor y con énfasis en su origen hebraico. Pero también aquí, cuando esas expectativas probaron ser infundadas, la reacción fue judeofóbica.

El último libro de Lutero, *Sobre los judíos y sus mentiras* (1543), llama a los judíos “el Anticristo. Es más difícil convertirlos a ellos que al mismo satán”. Lutero exhortó a la violenta expulsión de los judíos de toda Alemania y aconsejó a los nobles de Europa:

Primeramente, sus sinagogas deben ser incendiadas, y lo que no sea consumido por el fuego que sea cubierto de inmundicia... Así sea hecho en honor de Dios y del cristianismo; que Dios vea que los cristianos no toleramos ni aprobamos tal mentira pública, maldición y blasfemia contra Su hijo y Sus cristianos. En segundo lugar, sus hogares deben ser igualmente derribados y destruidos. Porque perpetúan lo mismo que hacen en sus sinagogas. Colóqueselos en establos. En tercer lugar, priveselos de sus libros de oraciones y del Talmud, en los que se enseña idolatría, mentiras, maldiciones y

blasfemias. En cuarto lugar, debería prohibirse a sus rabinos enseñar, bajo amenaza de muerte... La furia de Dios contra ellos es tan grande que están cada vez peor... Para resumirlo, estimados príncipes y nobles que tenéis judíos entre vuestras posesiones, si mi consejo no os es suficiente, buscad otro mejor para que vosotros, y todos nosotros, seamos libres de esta insoportable carga diabólica, los judíos.¹⁰⁶

Quien esto escribió era y es un reconocido teólogo, fundador de una nueva corriente religiosa mundial, y considerado por muchos como el padre del idioma alemán moderno. El más depravado de los jefes nazis, Julius Streicher, arguyó en su defensa durante los juicios de Núremberg que no había hecho sino cumplir con los consejos de Lutero.

Con todo, el protestantismo generó corrientes filojudaicas importantes, en contraste con el catolicismo donde la homogeneidad judeofóbica fue mayor, particularmente en la Península Ibérica.

¹⁰¹ Nicholls, op. cit., págs. 351-360.

¹⁰² En el prólogo a *Nietzsche y los judíos* de Richard M. Lonsbach, Ediciones Imán, Buenos Aires, 1944, págs. 7-9.

¹⁰³ En algunos textos se refiere el de Norwich, Inglaterra, como el primer caso.

¹⁰⁴ Silvano Santander: *El gran proceso*, Ediciones Silva, Buenos Aires, 1961, pág. 82.

¹⁰⁵ Hay países que continúan la veneración hasta hoy en día, siendo el 24 de marzo la fecha para venerar a “San Simón de Trento” y “San Guillermo de Norwich”, “muertos por judíos fanáticos en Semana Santa”.

¹⁰⁶ Jacob R. Marcus: *El judío en el mundo medieval*, en inglés, Atheneum, Nueva York, 1974, págs. 167-169.

CAPÍTULO 6

ESPAÑA Y EL PARADIGMA FANTASMAL

El Islam

Debido a que una buena parte de la judeofobia islámica aconteció en la Península Ibérica, y que la Reconquista de España de manos de los invasores a fines de la Edad Media abrió una era paradigmática en la historia de la judeofobia, comenzamos este capítulo sobre España con una referencia a la religión de Mahoma.

Como el protestantismo, también el Islam comenzó procurando su validación en los judíos y, frustrado por su rechazo, enfermó de judeofobia.

Sin embargo, a diferencia del cristianismo, el Islam no emergió del seno del judaísmo. Su fundador no fue judío ni se atribuyó consumir las profecías de Israel. Por ello, su careo con la judería careció de tensiones teológicas.

Cuando el Islam se expandió, los judíos que se encontraron bajo su égida, si bien no estuvieron exentos de degradación e inseguridad, su vida pocas veces incluyó las torturas, expulsiones y hogueras que les propinó el dominio cristiano. Con cierta ingenuidad lo expresó a principios del siglo XVII un importante comentarista del Talmud: “Mientras los reyes de Ismael son misericordiosos, Esaú y su descendencia nos han maltratado generación tras generación”.¹⁰⁷

El Islam nació en el siglo VII en Medina, de cuya comunidad judía

Mahoma adoptó varias observancias para la nueva religión: la plegaria en dirección a Jerusalén (que posteriormente fue reemplazada por La Meca), las leyes dietéticas (por ejemplo, la prohibición de ingerir cerdo) o el ayuno del Día del Perdón (substituido por el del mes de Ramadán).

A pesar de este acercamiento, Mahoma no logró que los judíos lo aceptaran como un profeta, y entonces se volvió contra ellos. Su frustración de ese momento fue registrada en el Corán, y así proveyó a millones de musulmanes durante siglos de una antipatía hacia los judíos que se suponía divinamente inspirada.¹⁰⁸

El Pacto de Omar del año 720 fue el código legal musulmán que prescribía el tratamiento que se debía a los Dhimmis (monoteístas no islámicos), quienes debían aceptar su inferioridad ante el musulmán: cederle su asiento o vestir atuendos diferentes, y abstenerse de cabalgar o de hacer pública su religión.¹⁰⁹ A veces ello no bastaba: durante el siglo XI el califa Hakim ordenó que los judíos llevaran colgadas del cuello pelotas de más de dos kilos que les recordaran el becerro de oro que sus ancestros habían idolatrado.

De todos los países árabes donde residieron, los judíos se vieron obligados a emigrar, incluido el Yemen, que albergó una antiquísima comunidad hebrea y nunca fue gobernado por una potencia europea. En 1679 casi todos los judíos yemenitas fueron expulsados de las ciudades y aldeas, y la sinagoga de la capital, Sana, fue convertida en mezquita.¹¹⁰ Cuando Turquía ocupó el Yemen en 1872, y requirió poner fin al hábito de niños musulmanes de arrojar piedras sobre los judíos, obtuvo como respuesta que no podía prohibirse lo que era una antigua costumbre religiosa llamada *Ada*. Hasta que los remanentes judíos partieron del Yemen en 1948, estaban obligados a vestir como mendigos, y a los niños se les imponía el Islam si quedaban huérfanos.

Según vimos, el mito del libelo de sangre fue introducido en el mundo árabe en Damasco en 1840. Sólo después de una condena internacional, se

liberó a los israelitas que sobrevivieron a las torturas, y el libelo se popularizó. Los judíos eran frecuentemente marginados (especialmente en Egipto y en Siria) so pretexto de que bebían sangre musulmana.

Un ministro de defensa de Siria, Mustafá Tlas (m. 2017), fue autor de *La Matzá de Sion*, libro de 1983 en el que reafirmó el libelo y que fue recomendado por el delegado sirio a la Comisión de Derechos Humanos de la ONU.

El Islam no presentó una postura unánime con respecto a los judíos. Como en otros textos religiosos, puede encontrarse en el Corán suras que garantizan la convivencia con el pueblo hebreo, y otras que instigan la judeofobia. No depende tanto del texto, como del ánimo interpretativo de su lector.

Curiosamente, los israelitas fueron socios del primer Estado islámico. Al gobernar Medina durante los diez últimos años de su vida, el mismísimo Mahoma estableció, fiel al Corán, un Estado consultivo, que no se basaba en la ley coránica sino en la llamada *Constitución de Medina (Dastur al-Medina, 622)*. Trataba a las minorías con igualdad, y gobernaba por consentimiento.

En su condición de líder político, Mahoma gobernaba de acuerdo con un convenio tripartito.¹¹¹ Aun cuando podría haber establecido que la verdad revelada por Alá era suficiente como constitución política, prefirió buscar consenso.

También es cierto, por otra parte, que el Corán es citado para agredir a los no-musulmanes. Una sura exhorta a “combatir y matar a los infieles doquiera los encuentres... ¡Anuncia a los infieles un castigo doloroso!”,¹¹² y a lo largo de catorce siglos de historia el Islam ha albergado la Yihad de muchos musulmanes para expandir su territorio hasta lo que Samuel Huntington denominó sus “fronteras sangrientas”.

Pero no es menos cierto que otra sura avala la tolerancia: “No debe haber coacción en materia religiosa”¹¹³ y una más que aprueba del pluralismo: “Os

hemos creado de un varón y de una hembra, y hemos hecho de vosotros pueblos y tribus, para que os conozcáis unos a otros”.¹¹⁴

Los textos pueden utilizarse según la intención de quien los consulta. Fue el Islam de los almorávides en Córdoba, España, el que permitió el desarrollo en libertad del judaísmo de Maimónides; y fue el Islam de los almohades en Córdoba el que en 1148 impuso la persecución y exilio del mismo Maimónides y de miles de judíos y cristianos por igual.

Una de las máximas autoridades en estudios Islámicos de todas las épocas, Bernard Lewis, estimula el optimismo: “La versión del Islam como un credo fanático e intolerante no es representativa de la corriente principal del Islam a través de los siglos, que rechaza el régimen despótico y arbitrario en favor de un contrato para gobierno consensuado... que exige tolerancia desde el verso coránico, y que recoge la temprana tradición de que ‘la diversidad en mi comunidad es misericordia divina’. Un paso adicional es el ideal sufí de diálogo entre los diversos credos para el cumplimiento de aspiraciones compartidas... El estudio de la historia islámica y de su vasta literatura política alienta a creer que en el futuro será posible desarrollar instituciones democráticas...”.¹¹⁵

Ahora bien, dada la exacerbación de la judeofobia islámica a partir de la entronización de los ayatolás en Irán en 1979, cabe acotar el optimismo, y distinguir más agudamente entre el Islam —la religión de Mahoma— y el *islamismo*: la fanática corriente que pretende imponer la versión más sanguinaria del Islam en el planeta entero.

Paralelo a los otros dos totalitarismos del siglo XX —el nazifascismo y el comunismo—, el islamismo tiene una visión de hegemonía mundial y, en su impulso homogeneizador, incluye un visible componente judeofóbico. El islamismo exalta tanto las características más violentas del Islam como las fuentes judeofóbicas en las que puede cimentar su odio.

Sin embargo, este parcial secuestro del Islam puede perfectamente terminar

en el momento en que el islamismo retroceda, como ocurrió con los otros dos imperios totalitarios. La moderación del Islam por parte de nada menos que el reino de Arabia Saudita a partir de 2017, parecería encaminarlo en esa dirección.

A fin de analizar la judeofobia en la modernidad, lo haremos por medio de seis paradigmas, ejemplificados en sus respectivos países: España (el fantasmal), Francia (el socioeconómico), Alemania (el racial), Rusia (el conspiracional), EE. UU. (el anti-inmigratorio) y Argentina (el del desplazamiento). Las características señaladas en cada modelo coexisten en todos ellos, pero en cada caso una de ellas es más determinante y nos permite explicarlo más claramente.

Un país obsesionado

A pesar de su profundidad e intensidad, la judeofobia española fue menos examinada que la de otros países occidentales.¹¹⁶ En varios estudios sobre las actitudes judeofóbicas en diversos países europeos,¹¹⁷ España resultó ser el país peor colocado: el 21 por ciento de los entrevistados eran judeófobos. El informe de la Unión Europea señaló a España como la fuente principal de la judeofobia, lo que como era de preverse fue rechazado por la prensa española, que es precisamente la fuente más activa del odio.

Hasta hace por lo menos una generación, una buena parte de los españoles fueron educados en una atmósfera que en algún momento transmitía mitos y prejuicios judeofóbicos. A pesar de que pocos de ellos habían visto un judío con sus propios ojos, “matar judíos” era ampliamente considerado un inocuo juego de niños. En muchas aldeas españolas, la judeofobia es rampante. En ciertas fiestas que se transmitieron de generación en generación, la efigie de un judío es ridiculizada, golpeada, o simbólicamente muerta.¹¹⁸

Además de tradiciones, el vocabulario español incluye ejemplos sorprendentes de expresiones judeofóbicas, que en otros idiomas fueron erosionadas por la corrección política moderna. El diccionario de la Real Academia Española¹¹⁹ incluye en “sinagoga” una reunión con propósitos ilícitos, y bajo “judiada” una acción ruin.

Una buena parte de los españoles permanecían hasta hace no mucho tiempo inconscientes de la presencia de los judíos en su país (menos del medio por mil de la población) y la palabra *judío* frecuentemente les evocaba estereotipos del pasado. Un profesor madrileño ha compilado unos treinta dichos populares en español, en los que la palabra *judío* sigue siendo utilizada de modo peyorativo.¹²⁰

A las voces ofensivas de su vocabulario, reservadas para los judíos, los antisionistas españoles han agregado a la nómina “Israel” y “lobby judío”.

Editorial Espasa Calpe se disculpó por el uso de términos judeofóbicos en su cuarta edición del Diccionario de Sinónimos. Pero las definiciones de su enciclopedia no cambiaron mucho. La versión multimedia del año 2000 define así los términos “judío” y “sionista”:

Judío: Relativo al judaísmo (...) Los judíos esperan su Mesías (...) La capital judía es Tel Aviv (...) Peyorativo: avaro, usurero, préstamo judío.

Sionista: adjetivo. Relativo al sionismo. Agrupación sionista, terrorismo sionista.

Sustantivo: perteneciente a esta ideología: los sionistas han expresado oposición a la independencia de Palestina.

Los lexicógrafos saltean que los sionistas son precisamente los únicos que *han logrado* la independencia de Palestina y que fueron las más reiteradas *víctimas* del terrorismo.

Los medios españoles perpetraron una especie de lavado de cerebro que privó a los lectores de la información elemental acerca del conflicto en el Medio Oriente. Su meta era reclutar a España para “la causa”, objetivo en el

que están empeñados los corresponsales en (contra) Israel.

El lector y el televidente españoles fueron regularmente “informados” de “la espiral de violencia” que siempre tiene a los judíos como provocadores. El adoctrinamiento fruteció: el español promedio, además de sentir por Israel una antipatía que no le reserva a ningún otro país, cree ingenua o maliciosamente que Palestina fue alguna vez un país árabe independiente, que el alambre de la cerca antiterrorista israelí es un muro racista de hormigón, que el sionismo es un pérfido movimiento con aspiraciones mundiales, que Jerusalén es una ciudad árabe ocupada, que el sheik Ajmed Yasín era un líder espiritual, que el gobierno de Israel es terrorista y el islamismo es un problema menor.

En 2004, los atentados islamistas en Atocha no lograron quebrar la línea judeofóbica. Las barras de fútbol *Ultrasur* exhibían impunemente carteles contra los “Judíos bastardos”, el memorial del Holocausto fue destruido en Barcelona, Zaragoza canceló una presentación del agregado cultural de Israel, la alcaldía de Oleiros usó dinero público para exhibir dibujos judeofóbicos, y *Casa del Libro* incluyó *Mi Lucha* de Hitler entre sus best sellers.

Sin embargo, comenzaron las fisuras en la uniformidad de los medios, y un enemigo de Israel como el diario *El País* comenzó por lo menos a debatir con mayor soltura el fenómeno judeofóbico. Dos días después de los ataques en Atocha, *El País* publicó un artículo en el que se condenaban los ataques terroristas, y curiosamente se explicitaba por primera vez en ese diario la validez de la condena aun *si los civiles asesinados son israelíes*.

En varios aspectos la judeofobia española se destaca respecto de sus paralelas en Occidente. Uno de ellos es que se infiltró en todas las capas de la sociedad, incluso entre sus más renombrados intelectuales. Con la excepción de Miguel de Cervantes (cuya ascendencia judía es admitida por historiadores), los principales autores de la Edad de Oro de los siglos XVI y XVII expresaron discrecionalmente sentimientos judeofóbicos. Tirso de

Molina, Lope de Vega, Alonso Castillo Solórzano y Calderón atacaban a supuestos judaizantes que raramente se defendían.¹²¹ Francisco de Quevedo opaca con oscuridad propia, por medio de su *Execración contra la blasfema obstinación de los judíos*¹²² de 1633, en la que pide del rey Felipe IV que

...perezcan, todos y todas sus haciendas. Escoria es su oro; hediondez es su plata, peste su caudal. Jesucristo Nuestro Señor nos enseñó en naciendo a huir del oro de los judíos... Los judíos hacen con nosotros lo que Satanás hizo con Cristo. Quevedo concluye con la esperanza “en la total expulsión y desolación de los judíos, siempre malos y cada día peores, ingratos a su Dios y traidores a su rey”.¹²³

Su competidor literario, Luis de Góngora, era objeto de un curioso vituperio: “Yo te untaré mis versos con tocino,/ porque no me los muerdas, Gongorilla,/... ¿Por qué censuras tú la lengua griega,/ siendo sólo rabí de la judía, cosa que tu nariz aún no lo niega?”. Quevedo procuraba que los judíos fueran expulsados y no lo plagiaran, aunque éstos ya habían sido expulsados de su país hacía más de un siglo.

Además de ello, la judeofobia fue en España más oficial que en otros lugares. Libelos de sangre y sermones impuestos hubo en muchos países, pero en España fueron aprobados por el Estado (como en Rusia seis siglos después).

La mayor parte de los españoles son ingenuos acerca de la perseverancia de los prejuicios antijudíos en su país, un fenómeno que puede explicarse de varios modos.

Primeramente, los españoles tienden a relacionar la judeofobia exclusivamente con la Shoá, y por ende son reacios a percibirla salvo que se exprese con violencia extrema.

En segundo lugar, la judeofobia está tan incorporada que aun en conversaciones públicas no chirría. En otras sociedades no es habitual que alguien admita públicamente odiar a los judíos.

Hasta hace poco, el modo más fácil de revelar la judeofobia española era leer sus diarios principales o mirar la televisión, donde había un sistemático cuadro de deslegitimación de Israel. No *crítica*, sino descalificación. La mitología judeofóbica que había hecho del judío un ser vengativo y sanguinario, réprobo y deicida, se reeditaba con respecto al país judío.

Agreguemos que la más sobresaliente de todas las expulsiones de judíos jamás habida fue sin duda la de España, que en 1492 afectó durante medio milenio a casi trescientos mil judíos —la mayor comunidad hebrea de la época, que había producido filósofos, astrónomos, poetas, médicos y notables contribuciones al Siglo de Oro español—. La principal ejecutora de la expulsión, la reina Isabel, sigue siendo objeto de especial veneración, y hay un movimiento para hacer de ella una santa.

En procura de la homogeneidad

La boda entre Isabel y Fernando en 1469 unificó los tronos de Castilla y Aragón, y a partir de entonces la homogeneidad nacional se transformó en un objetivo de la Corona, obstaculizado por la presencia de los judíos, y más tarde por la de los conversos.

Al comienzo, los Reyes Católicos continuaron usando funcionarios judíos y conversos, pero posteriormente requirieron del Papa que extendiera al reino las actividades de la Inquisición. En 1480 dos dominicos fueron designados inquisidores y en los seis años siguientes más de setecientos conversos fueron quemados en la hoguera.

Más tarde, el confesor de la reina Tomás de Torquemada fue elevado a inquisidor general, e impuso el terror a los hebreos, de aldea en aldea. En una década, la Inquisición condenó a trece mil conversos, hombres y mujeres.

En Granada, el último bastión del poder musulmán en España, los Reyes

Católicos hicieron su entrada triunfal el 2 de enero de 1492, y se reafirmó la marcha hacia la completa unidad religiosa. La presencia de miles de conversos que se mantenían secretamente fieles al judaísmo demostraba que la segregación y la restricción de derechos no habían bastado: debía alejarse a los Nuevos Cristianos de toda influencia judía.

Allí en Granada se firmó el edicto de expulsión, y en mayo comenzó el gran éxodo. A partir de ese instante, la vieja preocupación acerca de los Nuevos Cristianos pasó a ser una obsesión contra quienes habían permanecido en la Península una vez que los judíos fueron expulsados.

Se les prohibió a sus descendientes ejercer cargos públicos, así como la pertenencia a corporaciones, colegios, órdenes, e incluso la residencia en ciertas ciudades. Los roles públicos fueron reservados en exclusividad a los cristianos de “ascendencia impecable”, es decir, quienes no eran sospechosos de antepasados judíos.

Judíos ya no quedaban, por lo que el odio judeofóbico necesitó de otro receptáculo en el que descargar: los Nuevos Cristianos lo proveyeron. Con el transcurso del tiempo, fueron redoblándose los esfuerzos para desenterrar todo resabio de antepasados “impuros” que hubiera sido pasado por alto. Es notable que dos eminentísimos hispanos como Cristóbal Colón (“Colón el judío”, según lo llama Unamuno) y Miguel de Cervantes Saavedra no habrían pasado los exámenes.

En Portugal, la discriminación legal entre Viejos y Nuevos Cristianos no fue abolida oficialmente hasta 1773. España fue más lejos: hasta 1860 se exigía pureza de sangre para ingresar en la academia militar. La más prestigiosa de sus escuelas, la de San Bartolomé de Salamanca, se ufanaba de rechazar todo candidato sobre el que hubiera el más mínimo rumor de contar con antepasados judíos.

Como nadie podía estar absolutamente seguro de tener “pureza de sangre desde tiempo inmemorial”, la mancha era negociable por medio de testigos

sobornados, genealogías barajadas y documentos falsificados. Como escribió Rafael Cansinos Assens:

Con el Edicto de Expulsión de 1490 desaparecen los judíos de España y de su literatura... El judío, que hasta entonces sólo fue figura episódica en poemas y narraciones, perderá toda opción a la calidad de protagonista y la literatura española perderá también la oportunidad de incorporar ese elemento étnico que enriquecería la variedad de su elenco humano. El judío desaparece, se borra de la conciencia de los españoles.¹²⁴

En 1812 las Cortes de Cádiz promulgaron la celeberrima constitución consagrada por el liberalismo, y que durante el siglo XIX sirvió como modelo para las constituciones hispanoamericanas. Se creaba un parlamento, y se limitaban los poderes de la monarquía, la nobleza y la Iglesia.

Es cierto que la constitución fue abolida por Fernando VII (quien regresó como rey con la derrota de Napoleón) pero, de todos modos, influyó mucho en la historia posterior, durante la que se intentó plasmar los ideales de Cádiz que habían llevado a suprimir la Inquisición y proteger los derechos individuales.

Sin embargo, en lo referido a la libertad religiosa, el artículo 12º es explícitamente antiliberal: “La religión de la Nación española es y será perpetuamente la católica, apostólica, romana, única verdadera. La Nación la protege por leyes sabias y justas y prohíbe el ejercicio de cualquiera otra”.

Llama la atención que a pesar de que en España no había habido judíos por más de tres siglos, un acalorado debate los tuvo por protagonistas durante las sesiones de enero de 1813.¹²⁵ Así se enfrentaron los monárquicos católicos y los liberales:¹²⁶

...no sólo son necesarias leyes civiles, sino que son imprescindibles tribunales que velen por la pureza de la fe. Las Leyes de Partida¹²⁷ se invocan en vano; moros y judíos no se

aterrorizaron hasta que apareció la Inquisición. Desde el tiempo de los romanos, los hebreos fueron desterrados de España; maquinaron peligrosas revoluciones y fueron castigados por los reyes godos (Sisebuto los expulsó) y está averiguado que ellos fueron la causa de la perdición de España.

Sus riquezas les hicieron gratos a los reyes y grandes, y se les abrió la puerta por la ley misma de Partidas a las honras y empleos nacionales. El pueblo les miró siempre, sin embargo, con horror, los hizo distinguirse... fueron señalados para impedir que continuasen enlazándose con las familias cristianas; bien quería la ley que se convirtiesen para admitirlos a los empleos y tratarlos como españoles; pero jamás se fió de su conversión y tanto moros como judíos se creyeron (o mejor, fueron creídos) por unos enemigos encubiertos con el manto de la religión. Ocuparon, sin embargo, los puestos más honrados y prelacías; fueron dignos de ellos algunos... y a pesar de la predicación de San Vicente Ferrer, se hallaba tan empinada la herejía de los judíos que según dice un célebre escritor, en tiempos de los Reyes Católicos, que los letrados estaban a punto de predicar la ley de Moisés. Las continuas quejas que a pesar de la ley de Partidas llegaban a sus oídos (los de los Reyes Católicos), les obligó en fin a buscar el único remedio en el establecimiento de la Inquisición... El odio de los enemigos de Cristo fue terrible, y se encendió sobremanera encubierto con la más negra hipocresía; entre ellos se hallaban obispos y magistrados... Todo esto no bastó, y fue preciso al cabo purgar a los dominios españoles de esta raza de enemigos, arrojándolos de España. Estremece el horror de sus delitos... No es posible desarraigar del todo las reliquias de un antiguo pueblo como el judío, que conserva aún la lengua española y se confunde fácilmente con los españoles... No puedo ocultar que el informe parece propender a la confusión de cristianos viejos y cristianos nuevos, destruyendo las pruebas del estatuto y limpieza de sangre que se han establecido con notable contradicción de los manchados con sospechas de sangre judaica.

La respuesta liberal fue:

No puedo comprender, señor, la razón por qué nos inspiran desde la niñez una aversión mortal a los hebreos... Los hijos de Israel —dice un profeta— permanecerán muchos años sin rey, sin templo, sin altar, sin sacerdocio, sin sacrificio. Ellos son el testimonio auténtico y eterno de las Sagradas Escrituras. Se glorian aún justamente de traer su origen de la sangre de Abraham y el mismo Jesucristo se anuncia en el Evangelio hijo de

Abraham según la carne. Y no valdría más instruir a nuestra juventud en las verdades eternas, que no en la hedionda cantinela: “Dámelo judío, dártelo quemado”... Si algún hebreo oculto se descubre entre nosotros y delinque, castíguesele según las leyes del Estado; pero no se le cuelgue de la garrucha, no se le aplique el potro, no se le arroje a las hogueras sólo por ser hebreo.

Espectral presencia

En 1837 el ministro Juan Álvarez de Mendizábal expropió el patrimonio de la Iglesia, y sus oponentes, a fin de “difamarlo”, le rebuscaron ancestros judíos.

Unos veinte años después, leemos una prueba adicional de que, más que “desaparecidos de la conciencia española”, estaban presentes como fantasmas. El rumor de que regresarían al país enfureció a León Carbonero y Sol (m. 1902), un influyente carlista, catedrático de lengua árabe en Sevilla, quien así se expresó:

Hace ya algunos días que varios periódicos de la corte, dieron la noticia que los judíos de Prusia iban a presentar una petición a la asamblea constituyente para que se derogaran las leyes patrias sobre su expulsión.

No extrañamos en verdad que en esta época en que la España parece un cadáver en putrefacción, salgan a la luz pública esos gusanos hediondos, esa raza maldita, que por más que se afane, no podrá borrar de su frente el execrable anatema que la redujo a vivir errante, sin templo, sin ministros, sin patria, ni hogar y siempre perseguida, y siempre odiada donde quiera que ponga su planta inmunda.

Mucho se engañan los judíos si creen que los españoles hemos olvidado sus antiguas traiciones y alevosías, sus insurrecciones y sus engaños, sus estafas y sus latrocinios, sus iniquidades y su ferocidad salvaje. Mucho se engañan si creen puede ser compatible con el pueblo católico español, la raza que robaba los niños, y después de atormentarlos bárbaramente, los mutilaba y crucificaba, si es que no ponían fin a su existencia con suplicios que horrorizan en la historia de esos mártires de la inocencia, que veneramos en

nuestros altares.

La raza judía que desprecia y vilipendia a Jesucristo, que con palabras sacrílegas ultraja a su Santísima Madre, a la Madre de los españoles, no puede jamás tener existencia legal en el pueblo eminente y exclusivamente católico.

La venida de los judíos a España, sería el principio de nuevos males... y a sus provocaciones, y a sus manejos, se debería ver reproducidas aquellas tristes noches del Alcalá de Toledo y de las juderías de Sevilla, de Córdoba y otras ciudades.

En el orden político fueron siempre fomentadores de todo tumulto, de toda insurrección, en el orden moral fueron urdidores de tramas y de calumnias, falaces en su trato, faltos de buena fe y nada cuidadosos de la honra; en el orden religioso son los crucificadores de Nuestro Señor Jesucristo, son los despreciadores de su Santísima Madre; en el orden comercial, son usureros, estafadores y piratas de los pueblos.

La raza judía no aumenta el comercio ni la riqueza de las naciones que los acogen... porque es como los chalanes y rateros que ven a las ferias donde hay movimiento comercial, para aprovecharse de la sencillez de los incautos.

¿Habría quien se interese por esa raza de maldición? ¿Habría quien olvide lo que fueron? ¿Habría quien desconozca lo que son? ¡Ah! no, no es posible, pero si tal sucediera... si llegara por desgracia el día en que se atrevieran a vivir entre nosotros como en los siglos medios, de temer es que a tal día, sucediera una noche toledana, y responsables serían ante Dios, los que contribuyeran con su imprudencia a despertar en el pueblo español aquellos odios que produjeron escenas tan lamentables.

El pueblo católico español ha recibido con indignación esa noticia... El pueblo católico español maldice a esa raza despreciable, el pueblo católico español protesta contra sus osadas pretensiones.¹²⁸

Los judíos fantasmales asustaban, y los de carne y hueso aún esperaban ser redescubiertos en España.

Rafael Cansinos Assens (m. 1964) es conocido por haber hurgado en los supuestos orígenes judíos de su familia, aparentemente motivado por el senador Ángel Pulido.¹²⁹ Cansinos escribió varias novelas y ensayos en los que se refiere a aspectos literarios e históricos de la experiencia judía.

Lo notable es que incluso Cansinos, bien predispuesto hacia los judíos, no

pudo condenar inequívocamente la judeofobia, ni siquiera en una época en la que ésta atacaba con virulencia.

En su libro *Los judíos en la literatura española* (1937),¹³⁰ Cansinos estudia los personajes de nueve autores españoles de los últimos tres siglos,¹³¹ y soslaya la judeofobia en todos ellos. Peor aún, se asocia a ella.

Dice Cansinos: “...lo que se ha querido castigar aquí es la soberbia judaica... lo que a los castellanos indignaba (era) la soberbia de la grey judaica... el judío aspira a ser más, a dominar, a imponerse. Tiene un sentido imperialista de la vida... la ausencia de judeofobia es evidente”.¹³²

Entre las obras escrutadas por Cansinos se incluye *La rosa de la pasión* (1864) de Gustavo Adolfo Bécquer, que revive el mito del deicidio y el libelo de sangre. En este relato todo lo judío es repelente, y Cansinos no trepida en contagiarse al caracterizar al protagonista: “Era rencoroso y vengativo como todos los de su raza (judía)”. Y concluye que el autor “no es antisemita”.¹³³ Con la excepción de un solo caso (el de Juan Pujol),¹³⁴ Cansinos blanquea en su libro a todos los judeófobos.

La reconsideración positiva de los judíos españoles tuvo un protagonista: el senador Ángel Pulido, cuya obra *Espanoles sin patria* (1905) se refiere con simpatía a los sefarditas. Ante esta repentina conciencia de la existencia judía, el nacionalismo español reaccionó con ambivalencia. Por un lado, bregaba por proteger a la hispanidad católica de los hábitos extranjerizantes; por el otro, reclamaba como parte de la nación a los sefarditas, portadores del lenguaje de la patria. El idioma ladino es, en efecto, según Julián Marías, “la más asombrosa prueba de fidelidad... basta para probar que los judíos de España eran españoles”.¹³⁵

Incluso el ideólogo del franquismo, Ernesto Giménez Caballero, apoyó el eventual retorno de los sefardíes a España. Junto con ello no abandonó la clásica ambivalencia, y en 1939 publicó una antología de artículos de Pío Baroja bajo el título de *Comunistas, judíos y demás ralea*, donde el

comunismo es presentado como una “cruzada de la raza judía contra el mundo europeo” y aunque los sefardíes son considerados talentosos para el arte y abiertos de espíritu, el judío occidental resulta ser “la vanguardia del comunismo... con demasiado amor al poder para tener afición a la ciencia o al arte... cree que está destinada para él la soberanía de los pueblos. Tiene una gran idea de superioridad, un profundo desprecio por los demás y es hombre de pocos escrúpulos”.

El vilipendio, tan incorporado a la conciencia española, produjo notables distorsiones culturales. El traductor al español de *El mercader de Venecia* no percibió la humanización del judío que aparece en la obra y que quebró los estereotipos de su época. Por ello tradujo muy libremente, para no perturbar los prejuicios del lector español, y enfatizó en Shylock los aspectos más infames. Cuando por ejemplo ante la corte judicial Antonio se declara dispuesto a “perdonarle media fortuna (a Shylock) bajo la (primera) condición de que ahora mismo se haga cristiano”, Marcelino Menéndez Pelayo opta por atenuar la gravedad del bautizo impuesto y traduce que la condición es “que abjure de sus errores y se haga cristiano” (“abjurar de sus errores” es un agregado personal del traductor).

La ambivalencia prejuiciosa, sincera o afectada, continuó durante las cuatro décadas del régimen franquista, cuando el catolicismo había vuelto a ser la religión oficial, y España caía nuevamente en la homogeneidad cultural.

Por un lado, era difícil preservar en la modernidad los mismos mitos acerca del israelita demoníaco que caracterizaron la mentalidad medieval. Por otro lado, la judeofobia aún estaba activa y había que justificarla. En su actitud con respecto a la cuestión judía, el régimen de Franco exhibió una personalidad dividida. Desde ese tiempo, “la conspiración judeo-masónica” era una habitual referencia, que aún perdura en la Península bajo el mote de “lobby judío”.

Después del 11-S, el mito de que “los judíos estaban detrás del atentado” fue popular en medios y en Internet. Igualmente, diez días después del atentado en Atocha del 11-M, Juan Carlos Gea publicaba en un diario asturiano un reportaje que le atribuía el ataque terrorista al Estado de Israel.

Los medios españoles repiten el mito del control judío mundial con una frecuencia inadmisibles en otros países. El actor Antonio Banderas lo sostuvo en el programa *El Canto del Loco*,¹³⁶ y la actriz Marisa Paredes (presidenta de la Academia Española de Arte y Cinematografía) declaró a *Europa Press*, en abril de 2002, que Roman Polanski había ganado el Oscar por *El pianista*, debido a las intrigas del “lobby judío”.

En diciembre de ese año, Alex Navajas y Alex Rosal denunciaban en *La Razón* el “ataque a la Iglesia” del “lobby israelí” (se referían a los casos de pedofilia en los que se habían visto involucrados muchos sacerdotes).

El 18 de noviembre de 2017 murió en Buenos Aires el fiscal general español José Manuel Maza, debido a una insuficiencia renal por su diabetes. Dos días después, el ex fiscal Ramiro Grau publicó¹³⁷ que era necesario averiguar si no lo habían matado los judíos argentinos que “son los que realmente mandan allí” o, en su defecto, si no fue el Estado de Israel debido a que el finado se oponía a la separación de Cataluña. Entre los países occidentales, sólo en España puede una personalidad pública desplegar impunemente semejante grado de judeofobia.

¹⁰⁷ La glosa *Jidushei Agadot* del rabí Samuel Edels (“Maharshá”, m. 1631), en el tratado talmúdico Baba Batra pág. 74b.

¹⁰⁸ Del Corán, las menciones negativas acerca de los judíos pueden tomarse de las *suras* 2:61, 2:97, 5:64 y 5:78. Las menciones positivas aparecen en las *suras* 10:91 y 44:29-30.

109 León Poliakov: *Historia del antisemitismo*, Muchnik Editores, Buenos Aires, 1980, tomo 2, págs. 56-57.

110 La mezquita aún existe y es llamada “mezquita de la expulsión”.

111 Firmado por tres grupos: los *Muhajirun* (inmigrantes musulmanes en La Meca), los *Ansar* (musulmanes locales) y los judíos.

112 La sura *Al-Tauba* o *El arrepentimiento*, aleya 85.

113 La sura 2, *Al-Baqarah*, *La vaca*, aleya 256.

114 La sura 49, *Al-Hujurát* o *Las habitaciones privadas*, aleya 13.

115 Bernard Lewis: “La democracia y los enemigos de la libertad”, en inglés, *Wall Street Journal*, 28 de diciembre de 2003.

116 Hace medio siglo un libro central sobre el tema, el de Koppel Pinson, se concentró en Rusia, Polonia, Francia y Alemania. En los años 1980, Jacob Katz escribió sobre el odio antijudío hasta el Holocausto, tratando los casos de Alemania, Francia y Austria-Hungría. Más recientemente, el libro de Meyer Weinberg sobre judeofobia dedica capítulos a los referidos países, y a la Argentina, Bulgaria, Egipto, Etiopía, Italia, Rumania y los Estados Unidos. Robert Wistrich agrega la ex Unión Soviética y los países islámicos. Albert Lindemann analiza nueve de estos países. Pierre Birnbaum e Ira Katznelson consideran Holanda y Turquía. Notablemente, España es omitida en la mayoría de las antologías sobre judeofobia. Debo agregar con espíritu autocrítico que también en las primeras ediciones de este libro faltó el capítulo de España. Para el lector interesado, hemos compensado la falta con la publicación de nuestro libro *España descarrilada* (Inédita Ediciones, Barcelona, 2004).

117 Uno de ellos fue difundido a fines de 2002 por la Liga Anti-Difamación (ADL), y en él España resultó ser el peor colocado, tanto entre los cinco estudiados como entre otros cinco países considerados dos meses antes. El segundo fue un informe presentado el 31 de marzo de 2004 por el presidente del Parlamento europeo Pat Coz, efectuado por el Centro Europeo para el Monitoreo del Racismo y la Xenofobia (la agencia oficial que denuncia el racismo en la Unión Europea).

118 En 1999, un diario de León publicaba fríamente un artículo que hablaba de una tradición pascual en la que cafeterías ofrecían una limonada con cuya botella se podía matar judíos. El cronista lo llamaba “expresión inofensiva” y pasaba a citar la receta de la bebida.

119 Vigésima segunda edición, 2001.

120 José Manuel Laureiro: *El refranero, sabiduría popular?*, inédito, Madrid, 2002.

121 Uno de ellos, Felipe Godínez, pronunció la oración fúnebre en honor de Lope de Vega a pesar de haber sido satirizado por éste debido a su pretendido origen hebreo.

122 El título completo es *Execración por la fe católica contra la blasfema obstinación de los judíos que hablan portugués y en Madrid fijaron los carteles sacrílegos y heréticos, aconsejando el remedio que ataje lo que, sucedido, en este mundo con todos los tormentos aún no se puede empezar a castigar*.

123 Francisco de Quevedo: *Execración contra los judíos*, Crítica, Barcelona, 1996, págs. 33, 38 y 44.

124 Rafael Cansinos Assens: *Los judíos en la literatura española*, Pre-Textos, Valencia, 2002, pág. 31.

125 Ver Enrique Tierno Galván: *Actas de las Cortes de Cádiz* (antología), Madrid, 1964, segundo volumen, págs. 1026-1229.

126 En las voces respectivas de los diputados Hermida y Ruiz Padrón.

127 Se refería al código de Alfonso X de 1265.

128 *La Cruz*, revista religiosa de España y demás países católicos, publicada con censura y aprobación de la autoridad eclesiástica, Sevilla, noviembre de 1854, tomo II de 1854, págs. 623-627.

129 *La introducción a la última edición de la obra citada de Cansinos*, por Jacobo Israel Garzón, Pre-Textos, Valencia, 2001, pág. 8.

130 El libro fue publicado en la Argentina en 1937, y en una nueva edición en Valencia, 2001.

131 Son ellos: García de la Huerta, Gustavo Adolfo Bécquer, Benito Pérez Galdós, Isaac Muñoz, Adolfo Reyes, Vicente Blasco Ibáñez, Antonio Cases, Juan Pujol y Concha Espina.

132 Cansinos Assens, op. cit., págs. 45, 47 y 48.

133 Ibid, pág. 51.

134 La novela *El hoyo en la arena* (1924) de Juan Pujol Martínez (m. 1967), calificada por Gonzalo Álvarez Chillida de “burdamente antisemita”. Ver Álvarez Chillida: *El antisemitismo en España: la imagen del judío, 1812-2002*, Marcial Pons, Madrid, 2002, pág. 312.

135 Julián Marías: *India, Israel*, Alianza Editorial, Madrid, 1969, pág. 91.

136 En TV1 el 12 de febrero de 2006.

137 En *Alerta Digital* del 20 de noviembre, y en la página personal de Grau.

CAPÍTULO 7

FRANCIA Y EL PARADIGMA SOCIOECONÓMICO

Una nueva judeofobia

Hasta aquí hemos visto el desarrollo de la mitología judeofóbica en tres etapas: la Antigüedad (los judíos son leprosos, adoradores de asnos, misántropos, haraganes y deicidas), la Edad Media (el sufrimiento judío atestigua la verdad cristiana; los judíos beben sangre y envenenan pozos). La principal diferencia entre los mitos paganos y los cristianos es que aquéllos eran básicamente culturales y éstos fueron teológicos: la premisa pasó a ser “Dios los odia”.

¿Habría salvación? Pareciera que sí, puesto que en el horizonte se vislumbraba el fin de los mitos y la discriminación, del desprecio, la calumnia y las leyendas crueles. El siglo XVIII, de las Luces, traía una atmósfera de racionalismo y enciclopedismo, en la que los librepensadores desechaban las supercherías y postulaban una religión de la razón para un mundo de confraternidad. Sin embargo, sorprendentemente, en cuanto a los prejuicios judeofóbicos, lejos de superarlos los reforzaron.

Del enciclopedismo podría haberse concluido que el modo de corregir esa y otras taras sociales era la educación, como sostuvo la máxima de Émile Zola: “Los judíos como están hoy son la obra de nuestros mil ochocientos

años de imbécil persecución”.¹³⁸ La judeofobia era un problema de los gentiles que éstos podrían resolver con ilustración. No pudieron, porque algunos de los responsables de educar e iluminar fueron judeófobos.

El principal de los autores de la famosa *Encyclopédie* (1765), Denis Diderot, señaló como virtud de los judíos que son el pueblo más antiguo y que nunca había sido politeísta pero, al mismo tiempo, los consideró “ignorantes y supersticiosos”. Paul D’Holbach fue más lejos. En *L’Esprit du Judaïsme* (1770) sostiene que el judaísmo, maligno por naturaleza, es el origen corrupto del cristianismo. Moisés fue a sus ojos el más perjudicial de cuantos legisladores hubo, transmisor de misantropía y parasitismo. El Dios de los judíos era sanguinario y los llevaba al genocidio; los patriarcas, lascivos y mentirosos; los profetas, fanáticos; la idea mesiánica, insana; los judíos, el pueblo más vil. Resulta paradójal que, después de dos milenios de sufrir bajo el yugo cristiano, ahora venían a culpar a los judíos por haber *creado el cristianismo*.

No faltaron excepciones a la regla de la judeofobia librepensadora, como Montesquieu y Rousseau. En términos generales, el primero favoreció el otorgamiento de igualdad de derechos a los judíos y se solidarizó con su sufrimiento (“el judaísmo es una madre que dio a luz a dos hijas que le dieron mil golpes... si no quieres comportarte cristianamente, hazlo por lo menos como un ser humano”). Pero, por otra parte, advirtió que “dondequiera haya dinero, hay judíos”.

La actitud desprejuiciada de Jean-Jacques Rousseau fue más clara, y adoptó consistentemente una postura favorable a los judíos.

El peor de los judeófobos iluministas fue Voltaire, enemigo de la Iglesia y de la superstición. Su *Diccionario filosófico* arremete en más de un cuarto de sus entradas contra “el pueblo más imbécil de la faz de la Tierra, enemigos de la humanidad, el más obtuso, cruel, absurdo...”. Los hebreos, que constituían sólo el uno por ciento de la población, son motivo de la entrada más larga del

libro:

la nación más singular que el mundo ha visto; aunque en una visión política es la más despreciable de todas, sin embargo a los ojos de un filósofo vale la pena considerarla. ... De un breve resumen de su historia resulta que los hebreos siempre fueron errantes o ladrones, esclavos o sediciosos. Son todavía vagabundos sobre la Tierra, aborrecidos por todos los hombres... Si preguntas cuál es la filosofía de los judíos, la respuesta será breve: no tienen ninguna... Los judíos nunca fueron filósofos ni geómetras ni astrónomos.

No es posible que Voltaire ignorara quiénes habían sido Maimónides o Spinoza, pero la judeofobia tiene la facultad de torcer el razonamiento del más razonable de los hombres. Voltaire, además, toca el nervio mismo de la judeidad, porque si hubo un área en la que los judíos podían exhibir grandes logros, era y es la educación. Sin embargo, escribe Voltaire: “Estuvieron tan lejos de tener escuelas públicas para la instrucción de la juventud, que ni siquiera tienen un término en su idioma que exprese esa institución... Su estadía en Babilonia y Alejandría, durante la que podrían haber adquirido sabiduría y conocimientos, sólo los entrenó en la usura...”. Este gran racionalista llegó hasta a ratificar el peor libelo: “Vuestros sacerdotes siempre han sacrificado vidas humanas con sus sacras manos”.

Algunos historiadores sostienen que Voltaire en realidad deseaba atacar a la Iglesia, y lo hacía por medio de agredir a los judíos. Sin embargo, Voltaire no tuvo reparos en embestir directa y abiertamente contra la Iglesia cuando así le plugo. Nunca necesitó hacerlo por interpósita persona. Firmaba sus cartas con el lema “destruyan al infame” (en referencia a la Iglesia) salvo aquellas cartas que envió al judío Isaac de Pinto, donde firmaba *caballero cristiano de la cámara del rey muy cristiano*.

Su Diccionario concluye: “En suma, encontramos en ellos solamente un pueblo ignorante y bárbaro, que ha unido largamente la más sórdida avaricia,

con la más detestable superstición; y el más insuperable odio por cada pueblo por el que son tolerados y del que se enriquecen. Empero, no debemos quemarlos”.

Tal como el mentado abuso que hizo de Lutero el nazi Julius Streicher, también el comisario de cuestiones judías del gobierno nazi de Vichy en Francia, Xavier-Vallat, adujo en su defensa en el juicio de 1947 que sus crímenes se basaban en la obra de Voltaire, quien fue considerado fundador de la judeofobia secular moderna.¹³⁹

La judeofobia, bastante común entre los librepensadores dieciochescos franceses, no lo fue entre los ingleses. Prohombres como John Locke y John Toland fueron pioneros de la Emancipación hebrea, que se concretó plenamente en Inglaterra en 1858.¹⁴⁰

Mientras la judeofobia medieval rechazaba del judío su *existencia*, la judeofobia moderna rechazaba su Emancipación, que se le otorgara igualdad de derechos. El hombre medieval habría argumentado que “el judío no es como nosotros”; el moderno habría espetado que el judío es temible precisamente porque “se atreve a ser como nosotros”.

Sanedrín y dominio

Hasta la Revolución francesa, estaba bastante difundida la visión de los judíos predicada por Jacques Bossuet: “Un pueblo monstruoso, sin hogar ni país. Alguna vez fue el más feliz del mundo, hoy es el objeto de mofa y de odio de todo el mundo; desdichado, sin ser compadecido por ello, en su miseria se transformó por alguna maldición en burla de incluso los más moderados”.

El estereotipo comenzó a ser sacudido a partir de la noche del 14 de julio de 1789 con la caída de la Bastilla, cuando comenzaban a derrumbarse en

Europa Occidental las murallas del gueto —mental y físico—.

Entre los cuarenta millones de franceses, residían unos cincuenta mil judíos, la mitad de ellos en Alsacia, mayormente ortodoxos. Allí estallaron de inmediato los primeros saqueos judeofóbicos, y en el Cuaderno de Quejas local (*Cahiers de Doléances*) se incluyeron reclamos contra los israelitas.

El 26 de agosto se promulgó la *Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano*, pero sorprendentemente su aplicación a los judíos se demoró porque la Asamblea Nacional revolucionaria debatió durante dos años si realmente cabía extenderles la *libertad, igualdad y fraternidad*.

Recién en enero de 1790 se les concedió igualdad ante la ley, y de modo muy parcial, puesto que comenzó aplicándose exclusivamente a los judíos portugueses de Bayona y Burdeos (al resto de ellos se le otorgaron derechos sólo a fines de 1791 cuando la revolución se extremó con la captura del rey).

Mientras el pueblo no viera a los judíos como hermanos, la Emancipación “por decreto” probaba ser un búmeran. Al respecto escribió Max Nordau: “El sentimiento del pueblo se oponía, pero la filosofía de la revolución ordenaba que se pusieran los principios por encima de los sentimientos. Los hombres de 1792 nos emanciparon por dogmatismo”.¹⁴¹

El jacobino Robespierre clamaba por una solución inmediata: “Los defectos de los judíos provienen de las humillaciones a las que los habéis sometido”. La reacción contrarrevolucionaria lo acusaba de haber sido sobornado por dinero israelita. Hippolyte Taine fue más lejos y definió la victoria de los jacobinos como “triunfo de los judíos” —después de todo, éstos se veían beneficiados por la revolución—.

El ascenso de Napoleón unos lustros después modificó la situación, puesto que el líder asumió el deber de hacer, de los judíos, buenos franceses.

Presionado por las mencionadas quejas que llegaban desde Alsacia, Napoleón convocó a una *Asamblea de Notables Judíos* que sesionó por casi un año desde julio de 1806, integrada por ciento once rabinos y líderes

comunitarios.

Debieron responder doce preguntas acerca de los hábitos judaicos, sobre los siguientes temas: poligamia, divorcio, exogamia, patriotismo francés, la relación con los no-judíos, obediencia a la ley, designación de rabinos y marco de su autoridad, profesiones prohibidas y legitimidad de la usura.

Se esperaba que las respuestas provistas cobraran validez legal durante los últimos meses de las sesiones, ergo se solicitó a setenta y un asambleístas — mayoritariamente rabinos— que promulgaran leyes religiosas para que fueran aceptadas por todos los israelitas. El grupo fue denominado “el Sanedrín napoleónico”.

Napoleón no había previsto que la judeofobia francesa descargaría su oposición a la Emancipación hebrea justamente contra ese Sanedrín, el representante de la integración a Francia.

En 1807 el canónigo jesuita Agustín Barruel de la Catedral de Notre-Dame alertó al gobierno acerca de un complot judío internacional “que transformaría las iglesias en sinagogas”, y que le había sido revelado por un personaje llamado Simonini, del que hasta hoy se ignora si realmente existió.

El error de denominar a la convención “Sanedrín” colaboró con la patraña, puesto que Barruel esgrimía el absurdo de que finalmente salía a la luz el Sanedrín de la antigua Judea, que supuestamente había venido actuando escondido durante quince siglos. Durante ese lapso, los judíos habrían gobernado el mundo subrepticamente (el fabulador no parecía notar que por lo visto se había tratado de un gobierno ineficaz en extremo, puesto que les había tocado sobre todo el rol de víctimas).

Napoleón disolvió abruptamente su Sanedrín, sin percibir que se había echado a correr el primer mito judeofóbico de la modernidad: la conspiración judía mundial. Los aires pre-emancipatoriales regresaron con su peor cara.

Si bien es cierto que el término “Sanedrín” fue equívoco (puesto que insinuaba poderes legislativos y judiciales), también es claro que se trató de

un mero detonante arbitrario y no de una *causa* de la judeofobia moderna (la judeofobia en cada época encuentra sus pretextos).

En 1808 el Emperador promulgó el llamado *Decreto Infame* que prohibía a los judíos por diez años el ejercicio del comercio y requería permisos especiales¹⁴² para ciertas transacciones.

El papa Pío VII le creyó a Barruel, y tanto en los Estados papales como en Alemania, apenas Napoleón fue derrocado (1815) se revirtió la Emancipación. Esos pocos años habían suscitado una gran ola de asimilación, cuya vanguardia actuó en Berlín. Según el exagerado cálculo del historiador Hugo Valentín (en su libro *Anti-Semitismo*) “más judíos alemanes se bautizaron entre 1800 y 1818, que en los previos 1800 años juntos”. Los judíos golpearon con insistencia las puertas de la sociedad gentil, renuente a abrirlas.

En Francia varios filósofos convirtieron la reacción judeofóbica en una ideología. François Fourier (m. 1837) consideraba al “comercio la fuente de todos los males, y los judíos son la encarnación del comercio”. Sostenía que había sido un gran error emancipar a los esclavos y a los judíos —“la nación más despreciable”—.

Su discípulo Alphonse Toussenel escribió en dos volúmenes *Los judíos, reyes de la época* (1845), inspirador de una judeofobia rural conservadora que devino en movimiento político.

De semántica y entelequias

Vale detenernos en la advertencia de Toussenel de que utilizaba el término “judío” en el sentido de *banquero, usurero*. A los efectos prácticos, sin embargo, Toussenel aprobó abiertamente la persecución que los judíos habían sufrido hasta ese momento, *todos ellos* en bloque.

Para los perseguidores no había habido distingo entre las diversas profesiones ejercidas por las víctimas. Pero la manipulación semántica de Toussenel incluía bajo el epíteto *judío* incluso a los países protestantes.

Se trata de un juego de palabras bastante empleado a partir de entonces. Es cierto que Toussenel era también antiprotestante, pero el hecho de que acusara a los judíos de todo aquello que le disgustaba ilustra la esencia de la judeofobia. Si bien censuraba la influencia protestante, en ningún caso propuso destruir a los protestantes en masa.

En el mismo sentido, es incorrecto aseverar que D'Holbach era tanto judeofóbico como era anticristiano, o que Stalin era tan judeofóbico como antirreligioso, o que Hitler era similarmente anticomunista. Una cosa es expresar reservas sobre *ideas*, y otra muy diferente es atacar a un grupo que encarnaría todo “mal” detestado por el agresor, sin considerar lo que los miembros de ese grupo dijeran o hicieran.

La judeofobia opera muchas veces de ese modo. En una primera etapa un intelectual denuesta “la mentalidad judía” o “el espíritu judío”, refiriéndose a una entelequia por él imaginada que saltea a los judíos de carne y hueso que lo rodean. Pero éstos son los que reciben los golpes en la segunda etapa, cuando la judeofobia pasa a la acción de mano de politiqueros y revoltosos. Por ejemplo, se ha dicho del libro de Felipe Robles Dégano (m. 1939) *La conspiración judía contra España* que “no expresa su repulsa de judíos reales, sino su repugnancia por la democracia, el cosmopolitismo humanista, y la plena libertad intelectual —todos ellos considerados valores judíos subversivos—”.¹⁴³

Un segundo método usual en la judeofobia es revelar el supuesto carácter definitivo de una entelequia original. En la Francia del siglo XX, el filósofo postmodernista Jean-François Lyotard (m. 1998), si bien estuvo exento de judeofobia cayó en una abstracción que la facilita. Así actúa la judeofobia en uno de sus primeros estadios: fabrica una supuesta “mentalidad judía” o

“espíritu judío”, que luego servirá de excusa, en una segunda etapa, para descargarse contra los judíos de carne y hueso.

En su libro *Heidegger y los judíos* (1990), Lyotard vacía el concepto “judíos” de sus contenidos tradicionales y endilga al grupo ser emblemáticos del post-modernismo.¹⁴⁴ Para Lyotard, esta idea terminó siendo antipática para Occidente, y por ello habría germinado la judeofobia.

Lyotard aclara que su referencia a “judíos” no alude a valores nacionales ni religiosos: no al sionismo, ni a la religión o el pensamiento judíos. “Lo más real sobre los judíos es que, en cualquier caso, Europa no sabe qué hacer con ellos. Los cristianos exigen su conversión, los monarcas los expulsan, las repúblicas los asimilan, los nazis los exterminan”. Son “el Otro radical” de Occidente. Lyotard se opone al término “judeocristiano” ya que para él los judíos son inasimilables. En una especie de reivindicación del “Judío Errante”, exalta lo apátrida por sobre lo raigal.

Por ello, a pesar de su aparente filojudaísmo, la construcción de una “esencia judía” sobre la base de parámetros concebidos por el autor lleva potencialmente la carga de la hostilidad. Transformados en símbolo, los judíos pueden con mayor facilidad ser objeto de la agresión.

Generalizar a los judíos en un concepto simbólico corre siempre el riesgo de desviar esa entelequia y castigar al pueblo que supuestamente la encarna.

El tercer ardid apela a la paranoia. Se enumeran judíos que son banqueros, editores de diarios, industriales, etcétera, y después se los amontona en una pretendida red de poder, aduciendo que éste es patrimonio de un grupo solapadamente coordinado: *los judíos*.

El desatino es parecido al de quien atribuyera poder financiero a “los gordos” en vista de que muchos banqueros están pasados de peso, o al de quien clamara contra una prensa poseída por los miopes al descubrir que muchos periodistas usan lentes. Se hace resaltar a algunos israelitas que están en posiciones elevadas y se estimula la sospecha de que actúan en secreta

logia: *los judíos*.

De este modo se soslaya que los “acusados” sobresalen de modo individual, y no como judíos, y que no forjan planes de dominación en conjuras sinagogales.

A pesar de su absurdidad, la influencia del mito pervive y, gracias a la acendrada mitología, al acusador no le es necesario aportar datos. Es suficiente incriminar a los judíos de cualquier problema, con el objetivo de colocarlos en el ubicuo banquillo del acusado.

Una candidez parecida asiste a quien, sin albergar sentimientos hostiles, supone que “a veces” la judeofobia puede tener cierta razón, en vista de tal o cual conducta de algunos individuos, soslayando que ningún odio de grupo puede jamás estar en lo cierto de momento que ataca a *todos*. Sería como argüir que por momentos los maridos golpeadores pueden estar justificados porque se han revelado ciertas inconductas femeninas.

Durante el siglo XIX, escritores franceses como Chateaubriand o Alfred de Musset repetían en sus obras los viejos prejuicios. Alfred de Vigny escribe en *Journal d'un poète* (1856): “Esta raza oriental viene directamente de los patriarcas... tiene aptitudes superiores que la llevan a la cumbre en los negocios, las letras y las artes... Cien mil israelitas se han establecido entre treinta y seis millones de franceses y ya reciben, incesantemente, los primeros premios en los liceos... Ha sido preciso reducir el número de aquéllos a quienes se permitirá concurrir a los exámenes públicos”.

La paranoia judeofóbica en Francia llegó a su clímax con el libro *Francia judía* (1886) de Edouard Drumont, en donde se “demostraba” cómo Francia estaba subyugada por *los judíos*. En poco tiempo alcanzó centenares de ediciones; su autor fundó en 1889 la Liga Antisemita y a los pocos años fue elegido diputado.

El estereotipo de judíos presentados como dominadores de una nación fue repetido frecuentemente por nacionalistas de muchos países.

La judeofobia francesa explotó con el affaire Dreyfus, cuya génesis puede retrotraerse a una quiebra empresarial estrepitosa que lo precedió en un lustro: el colapso en 1889 de la Compañía del Canal de Panamá.

La construcción del canal se consideró un servicio público (y no una empresa privada, como lo era) debido a que sus empréstitos siempre habían sido respaldados por el Parlamento galo. Por ello, la bancarrota de la Compañía del canal fue percibida también como una debacle de la política exterior de la Tercera República Francesa.

A primera vista, difícilmente podría usarse esa caída por parte de los judeófobos, ya que no había ni un judío entre los miembros sobornados del Parlamento, ni tampoco en el Consejo de Administración de la Compañía.

Pero los judeófobos se las ingenian para encontrar el enlace propicio, y notaron que dos judíos (Cornelius Herz y Jacques Reinach) habían distribuido sobornos entre los camaristas.

Ante la denuncia, Reinach se suicidó, pero antes de ello alcanzó a entregar al diario judeofóbico de Edouard Drumont (*La Libre Parole*) una lista de los parlamentarios sobornados. El pasquín saltó a la popularidad con una tirada de trescientos mil ejemplares.

La lista de culpables fue publicada en fragmentos, de modo que centenares de políticos amanecían diariamente con el alma en un hilo. Drumont declaraba que el escándalo de Panamá “había tornado visible lo invisible” y, como Reinach se encontraba entre los incriminados por el fraude del empréstito, los ataques judeofóbicos no tardaron y arremetieron contra la actividad de Bolsa de “los judíos”.

En 1894, en el marco de la enrarecida atmósfera, fue repentinamente arrestado el capitán Alfred Dreyfus —el único militar judío de rango en Francia—. Se lo acusaba de traición.

El affaire Dreyfus

Las “pruebas” contra Dreyfus se reducían a un memorando (el “bordereau”) aparentemente enviado al agregado militar de la embajada alemana en París, y que había caído en manos del servicio de inteligencia francés. En efecto, no hubo más “pruebas” de la traición que un papelucho hallado por el empleado de limpieza en el cesto de basura del coronel Von Schwarzkoppen, en la embajada alemana, y que decía: “sin noticias... maniobras... la pieza se ha... Madagascar... voy a salir”.

Así y todo, la corte marcial dictaminó expeditamente la culpabilidad de Dreyfus. La historia del rápido veredicto, el bochorno de la degradación y el encarcelamiento del acusado en la Isla del Diablo, y ulteriormente su rehabilitación en 1906, constituyeron una traumática experiencia tanto para Francia como para el mundo judío.

Durante esa década, líderes franceses de alta jerarquía fueron probados cómplices de un enorme escándalo judeofóbico.

Los franceses se dividieron en dreyfusistas (en general los liberales y los socialistas) y anti-dreyfusistas (los monarquistas y la Iglesia). Ambos grupos percibían que no estaba en juego el mero destino de Dreyfus, sino el de Francia como país. Así lo expuso un diario anti-dreyfusista, cuando en julio de 1899 cayó el gabinete y era inminente el regreso de los exiliados Dreyfus y Émile Zola (quien por defenderlo había sido encontrado culpable de calumnias).

Dreyfus fue reintegrado a su cargo militar, pero permaneció arrestado para que el Consejo de Guerra se tomara su tiempo en expedirse. Mientras el ejército se oponía a toda revisión del caso, el diario *L'Eclair* aseveró: “En este supuesto proceso no se trata de saber si el miserable individuo a quien se ha traído de la Guayana por exigencias del aparato escenográfico, es culpable o inocente... Se trata de saber si los judíos y los protestantes... son o no

dueños del país”. Al año siguiente escribía el ministro de Guerra, Gastón Gallifet: “No olvidemos que la gran mayoría del pueblo de Francia es antisemita”.

El populacho violentaba las sinagogas y saqueaba las tiendas de los judíos. Los atacaba en las calles bajo el grito de “Muerte a los judíos”. Cada triunfo dreyfusista, como artículos en *L’Aurore* y revisiones del Tribunal de Rennes, era seguido por más violencia callejera.

Las aulas de la Universidad de Rennes fueron destrozadas después de que cinco profesores se declararon favorables a una revisión. El 18 de enero de 1898 hubo manifestaciones judeofóbicas en Burdeos, Marsella, Clermont-Ferrand, Lyon, Nantes y Rouen. Al día siguiente, disturbios estudiantiles en las dos últimas y en Toulouse.

Bajo la dirección de Jules Guérin (fundador y dirigente de una *Ligue Antisémita*), el populacho adoptó una estructura militar. Max Régis (quien más tarde como alcalde de Argel, instigó pogromos en los que varios judíos fueron asesinados y algunas judías violadas) animó a la vociferante canalla a “regar el árbol de la libertad con la sangre de los judíos”. El dominico Didon convocó a los estudiantes del *Collège D’Arcueil* a “desenvainar la espada, aterrorizar y cortar cabezas”.

La casa del profesor Victor Basch (encargado de la causa para conseguir un nuevo proceso) fue saqueada por dos mil personas guiadas por tres clérigos, y el prefecto de policía de Rennes le sugirió dimitir porque no podía garantizar su seguridad. Los jesuitas presentaban así la cara más judeofóbica del clero.¹⁴⁵ (Cabe mencionar que de acuerdo con los estatutos jesuíticos de 1923, todo novicio debía probar que carecía de sangre judía hasta la cuarta generación, y que tal exigencia era considerada moderada, ya que los estatutos de 1608 estipulaban *cinco* generaciones).

El abogado de Dreyfus, Fernand Labori, fue víctima de un frustrado intento de asesinato, nunca aclarado. El editor dreyfusista de *La Bataille* fue

golpeado en la vía pública. En una fecha tan tardía como 1908 Dreyfus fue abiertamente atacado en la calle,¹⁴⁶ y el Tribunal parisino que absolvió a su asaltante se permitió aclarar que disentía con la absolución de Dreyfus. Se produjo además una violencia verbal igualmente incendiaria.

Trescientos clérigos crearon el *Memorial de Henry*, una suscripción pública en *La Libre Parole* para construir un fondo a beneficio de Madame Henry —la viuda del coronel Henry, uno de los inculpadores de Dreyfus que terminó por suicidarse después de confesar su fraude—.

Un grupo de notables propuso abiertamente que, a modo de prueba bélica, un reciente cañón fuera descargado sobre los cien mil judíos del país. Entre los suscriptores de la “propuesta” figuraban más de mil oficiales, cuatro generales en servicio y el propio ministro de Guerra, general Mercier. En la lista no faltaban incluso intelectuales como Paul Valéry.

El diario *La Civiltà Cattolica* (que aún hasta fines del siglo XIX difundía el libelo de sangre y mantuvo su judeofobia incluso después de la Segunda Guerra Mundial) se sumó apasionadamente a los anti-dreyfusistas y pregonaba que los judíos fueran excluidos del cuerpo nacional en Francia, Alemania, Austria e Italia.

El aspecto más abrumador no fue la probadísima inocencia de Dreyfus, y ni siquiera que se lo persiguiera por judío, sino la violenta reacción de las masas bajo el grito de “muerte a los judíos”, atizado por la simple inculpación de un militar desconocido bajo un cargo relativamente menor.

Que algo así pudiera ocurrir en el país de la igualdad de derechos generó estupor entre los israelitas por doquier y mostró que la asimilación al medio no los inmunizaba contra la judeofobia. A esa conclusión llegó un periodista vienés, Theodor Herzl, que se había trasladado a París a fin de cubrir el affaire Dreyfus y quien, parcialmente debido a los eventos que le tocó presenciar, decidió fundar la Organización Sionista Mundial en 1897.

Según Hannah Arendt, el cierre del caso Dreyfus marcó el fin de la

judeofobia política clerical. Mediante el Ejército, los jesuitas habían intentado imponerse al poder civil y allanar el camino para un incruento golpe de Estado. En efecto, cuando los israelitas comenzaron a buscar la igualdad en el Ejército, se toparon con la implacable oposición de los jesuitas a todo oficial inmune al confesionario.

La Iglesia gozó en aquellos años de popularidad, debido al escepticismo generalizado que veía en la Tercera República y en la democracia la pérdida del orden y la seguridad. Para muchos, el sistema jerárquico de la Iglesia se figuraba como la salida del caos. Los más firmes defensores de la Iglesia conformaron lo que dio en llamarse “catolicismo cerebral” o “católicos sin fe”, quienes en adelante liderarían el monarquismo y el nacionalismo duro. No creían necesariamente en los dogmas teológicos, pero admiraban de la Iglesia su estructura autoritaria y reclamaban más poder para ella.

Esta línea fue formulada primeramente por Drumont, y respaldada durante cuarenta años por los monarquistas de *Action Française* comandados por Charles Maurras.

Los ecos del affaire Dreyfus reverberaron en Francia por toda una generación. Durante la Segunda Guerra Mundial se reconocían en la grieta que dividió al gobierno de Vichy de las fuerzas de *Francia Libre*.

Fue llamativo que el máximo líder de esta última, Charles de Gaulle, quien se había opuesto a los judeófobos, en 1967 tildó a los judíos de “pueblo elitista y dominador”.

Esta expresión pública provenía de nada menos que el presidente de Francia, y apenas veinte años después de que él mismo había combatido al régimen que había asesinado a un tercio de los “dominadores”.

En Francia, la judeofobia fue mayormente económica y política, y produjo el mito moderno de que los judíos gobiernan todo.

Hoy en día, con la masiva inmigración de países musulmanes, la judeofobia francesa ha alcanzado nuevos picos, y muchos judíos se esfuerzan

por pasar inadvertidos. Como en la Edad Media, vuelven a huir de los suburbios hacia las grandes ciudades para hallar protección.

En la periferia parisina de Bagneux fue vandalizada la placa en memoria de Ilan Halimi, el joven que en 2006 fue secuestrado, torturado durante tres semanas y asesinado por judío. En 2012 se perpetraron cuatro asesinatos en el colegio hebreo de Toulouse (incluidos tres niños), y en 2015 un atentado contra el mercado kosher de París con cuatro víctimas fatales.

Los judíos van transformándose en “refugiados internos”, amenazados en sinagogas y escuelas, y aun en sus casas. Entre 2005 y 2015 hubo en Francia más de cuatro mil ataques judeofóbicos denunciados.

En 2017 Sarah Halimi fue asesinada en Belleville, París, al grito de “Alá es grande”. En el suburbio de Seine Saint-Denis golpearon a una familia judía dentro de su hogar. Los barrios judíos históricos se van vaciando y los niños judíos deben dejar los colegios estatales e ir a los privados.¹⁴⁷ Según un estudio de septiembre de 2017 el 60% de los judíos de Francia temen ser físicamente atacados en la calle.¹⁴⁸

¹³⁸ Émile Zola: *Yo acuso*, Leviatán, Buenos Aires, 1980, pág. 7.

¹³⁹ Por Arthur Herzberg. Recuérdese además que durante el gobierno de Pétain en Francia (1942) el historiador francés Henri Labroue recopiló los textos judeofóbicos de Voltaire bajo el título de *Voltaire antijuif*.

¹⁴⁰ Ese año el barón Lionel de Rothschild ocupó su lugar en el Parlamento bajo un juramento especial.

¹⁴¹ Shlomo Avineri: *La idea sionista*, La Semana Publicaciones, Jerusalén, 1983, pág. 121.

¹⁴² El Decreto se aplicó sólo parcialmente y cuando expiró en 1818, el rey Luis XVIII no lo renovó.

143 Ver Shlomo Ben-Ami: *España y el legado sefardí*, publicado por la sección latinoamericana del Centro Educativo Sefaradí, Buenos Aires, 1991, pág. 19.

144 Con la misión de permanecer en el exilio, con el fin de difundir la moral kantiana.

145 La excepción a la judeofobia entre los jesuitas fue el padre Charles Louvain, quien incluso denunció los *Protocolos de los Sabios de Sion*.

146 Ocurrió cuando, a instancias del presidente Clemenceau, se trasladó al Panteón el cuerpo de Émile Zola.

147 Varias organizaciones han ayudado a 400 familias judías a cambiar a sus hijos a colegios privados. Ver Jérôme Fourquet y Sylvain Manternach: *¿El año que viene en Jerusalén?*, en francés.

148 El estudio fue llevado a cabo en 2017 por la Fondapol (*Fundación para la Innovación Política*), establecida en Francia en 2004 para promover la integración europea.

CAPÍTULO 8

ALEMANIA Y EL PARADIGMA RACIAL

Un país problemático

El racismo moderno, si bien alcanzó su cenit en Alemania, fue inaugurado por un libro francés. En su *Ensayo acerca de la desigualdad de las razas humanas* (1853) Joseph De Gobineau sostiene que las diferencias físicas entre las razas humanas conllevan jerarquías intelectuales y morales.

Para conservar la perspectiva, aclaremos que la novedad de Gobineau se redujo a desarrollar la teoría, puesto que el racismo como prejuicio es tan antiguo como la civilización. Ya Platón y Aristóteles arguyeron que los griegos habían nacido para ser libres y los bárbaros eran esclavos naturales.

La tradición antirracista, por su parte, fue una contribución judía difundida por el cristianismo. Su primer ejemplo es provisto en el Talmud, que explica que Adán es el único ancestro humano para que nadie pueda jamás atribuir superioridad a sus antepasados.¹⁴⁹

Aunque el prejuicio racial fue omnipresente en la historia europea, en el siglo XVIII se formalizó a partir de los estudios antropológicos. Carl von Linné emparejaba el color de piel con tendencias mentales y morales, y según el matemático Georges-Louis Leclerc (conde de Buffon) el hombre blanco era la norma, “el rey de la creación”, mientras los negros constituían una raza degenerada. Este “racismo científico” incluyó a nada menos que Voltaire,

quien vio en los negros una especie intermedia entre el blanco y el mono. En este contexto dieciochesco, los judíos encajaban como una nación *sui generis*, aunque incluida en la raza blanca.

El siglo XIX complicó las especulaciones, debido a que las luchas nacionales provocaron que los estudios raciales acrecentaran el número de supuestas razas y subrazas.

Alemania exhibió un mayor énfasis en la cuestión racial, debido a dos razones: las numerosas divisiones políticas internas que incrementaban el fervor nacionalista y el hecho de que la mayoría de los monarcas europeos eran de ascendencia germánica.

El filósofo Johann Fichte enseñaba que el alemán era la lengua original de Europa (*Ursprache*); y que los alemanes eran la nación original (*Urvolk*). Incluso fuera de Alemania hubo algunos partidarios de este “Germanismo” o “Teutonismo”, como el escocés Thomas Carlyle.

Ahora bien: la visión de Fichte no se limitaba a la superioridad alemana, y reflexionaba especialmente acerca de los judíos: “¿Darles derechos civiles? No hay otro modo de hacerlo sino cortarles una noche todas sus cabezas y reemplazarlas por otras cabezas que no contengan un solo pensamiento judío. ¿Cómo podemos defendernos de ellos? No veo alternativa sino conquistar su tierra prometida y despacharlos a todos allí. Si se les otorgan derechos civiles van a pisotear a los otros ciudadanos”.

Junto a la antropología y la filosofía, había otra disciplina académica que estimulaba a los racistas: la lingüística. Ya desde los descubrimientos de William Jones en 1786 y la *Ley de Grimm* de 1822, se dedujo, de la afinidad descubierta entre el sánscrito, el griego y el latín, que los idiomas *indoeuropeos* registraban un origen común. Se tuvo por cierto que las lenguas europeas derivaban del sánscrito, y que las naciones que las hablaban eran *arias* (que en sánscrito significa “noble”).

Quede claro, sin embargo, que ningún lingüista pensaba en términos de

etnias, y el filólogo Friedrich Müller (quien acuñó el término *ario*) se opuso al “robo” que consistía en trasladar lo “ario” hacia la etnología.

Müller se veía a sí mismo como “autor de la ciencia del lenguaje” y en 1888 advertía sobre un peligroso desvío: “He declarado una otra vez que si digo *arios*, no quiero decir sangre, huesos, pelo ni cráneo. Me refiero a quienes hablan una lengua aria. Para mí, un etnólogo que habla de raza aria, sangre aria, ojos y cabello arios, peca tanto como un lingüista que hablara de diccionario dolicocefálico o de una gramática braquicefálica”.¹⁵⁰

Sus protestas fueron pocas y tardías, y la enorme distorsión seguía en marcha: el concepto de *raza aria* se divulgaba sin pausa.

La contrapartida de la pretendida *raza aria* fue la “semita”, de la que supuestamente derivaban las naciones que habían hablado lenguas semíticas en la Antigüedad. Christian Lassen argüía que “los semitas carecen del equilibrio armonioso entre todos los poderes del intelecto, tan característico de los indogermánicos”.

Todas las creaciones del espíritu humano (con la posible excepción de la religión) fueron paulatinamente atribuidas a los “arios” y por ello los alemanes (los “arios más puros”) debían eludir mezclarse con “las razas inferiores”. Debido a esa pretendida “pureza teutónica”, los estudiosos alemanes habían optado por la denominación *indogermánica*.

A pesar de su ulterior degeneración racista, la matriz de la judeofobia moderna en Alemania fue, otra vez, el resentimiento social. El mito de la raza vino a justificarlo.

El más grande de los estados alemanes, Prusia, había concedido igualdad a los judíos en 1812, pero la revirtió tres años después a partir de la caída de Napoleón y la Restauración.¹⁵¹

Varios académicos rechazaron la Emancipación israelita, como el filósofo Jakob Fries (denominado por Goethe “el enemigo más salvaje de los judíos”), quien sugería tratarlos como lo había hecho el faraón, “destruyendo raíz y

rama”.

Las *Burschenschaften* estudiantiles escuchaban aquellos juicios lapidarios y decidieron no aceptar miembros judíos, a los que acusaban de financiar la política conservadora de Metternich.

Las ciudades en las que los comerciantes se veían afectados por la rivalidad de los hebreos¹⁵² aprovecharon la resistencia a la Emancipación y optaron por despojar a los judíos de los derechos civiles recién adquiridos.

Finalmente también Prusia dio el paso atrás, y se generó un debate en toda Alemania sobre la utilidad de aceptar a los judíos en la sociedad. Éstos aprendían con dolor, como habían aprendido en Francia, que la judeofobia no se neutralizaba por medio de decretos gubernamentales, ni por doctrinas iluministas, ni por asimilación.

Las ásperas disputas, en 1819, estallaron en desmanes judeofóbicos en Baviera, bajo el grito de ¡*Hep, hep, muerte a los judíos!* Comenzaron el 2 de agosto en Wurzburg, cuando muchos estudiantes procedieron a destruir las ventanas de los hogares judíos. La policía logró restablecer el orden pero la violencia se extendió a otras localidades bávaras, y luego a Cracovia, Praga y Copenhague, hasta que fueron reprimidos por las tropas.

Las autoridades adujeron que la Emancipación de los judíos creaba malestar en el pueblo, y por ello resolvió desposeerlos de sus derechos adquiridos. Durante la primera mitad del siglo XIX se hicieron muchos esfuerzos para racionalizar el odio.

Bruno Bauer en *Die Judenfrage* (1843) denuesta el “espíritu nacional judío”: todos los sufrimientos de los judíos se debían a su exclusivismo. Al negar el cristianismo —argüía—, el judaísmo había rechazado el universalismo y el progreso, y se había convertido en religión estéril y anquilosada. (En su vejez Bauer saltó a la extrema derecha, y pasó a acusar a los judíos de provocar las revoluciones de cada país).

Por su parte, el compositor Richard Wagner escribió *La judería en la*

música (1850) que abre con una sincera pregunta: “Debemos explicarnos por qué nos repele la naturaleza y personalidad de los judíos... Para comprender nuestra repugnancia instintiva por la esencia primaria del judío, consideremos primero cómo fue posible que el judío deviniera en músico...”.

Las justificaciones “científicas” no provenían sólo desde lo sociológico. Un pionero que había pasado inadvertido fue Karl Grattenauer, quien en 1803 había ofrecido una explicación de vanguardia de por qué los israelitas tienen mal olor: hay un *fedor judaico* producido por cierto *amonium pyro-oleosum*. Edouard Drumont lo recogió en su mentado best seller *Francia Judía*. Al desgarnar una a una todas las posibles degeneraciones del alma y del cuerpo, y endilgarlas a los judíos, no olvida señalar que “el judío huele mal. Aun los más encopetados despiden un olor que indica la raza y que les ayuda a conocerse entre sí”.¹⁵³

La ciencia era utilizada para justificar el odio. El método se repite hasta hoy, abusándose del prestigio de la razón y la ciencia. Pero claro, “cuando un hombre de ciencia encuentra un líquido que se dilata al congelarse, no dirá que *los líquidos* se dilatan al congelarse; mientras que cuando un judeófobo tropieza con un judío cobarde proclama, de inmediato, que *los judíos* son cobardes. Y sentirá la satisfacción de haber dado una forma abstracta y universal, y por consiguiente la forma de una verdad incontrovertible, a un sentimiento deleznable y apriorístico”.¹⁵⁴

Más allá de estereotípicos determinados, durante la segunda mitad del siglo XIX se difundió la creencia general de que los judíos constituyen una raza separada, “oriental”. En Alemania, tal premisa se tradujo también al mundo de la política.

El gobierno de Bismarck entendió cínicamente que la judeofobia podía servir para completar la unificación de Alemania. Como ironizó en retrospectiva Israel Zangwill (1920): “Si no hubiera judíos, habría que inventarlos para uso de los políticos... son indispensables como antítesis de

una panacea; causa garantizada de todos los males”.

En el siglo XIX, cuando Alemania se unificaba en un solo país, la judeofobia también fue un instrumento de autoafirmación nacional. A los teólogos y políticos los inquietaba la *Judenfrage*, la “cuestión judía”, y exageraban la importancia de los judíos hasta darle unas proporciones tan fantásticas que en debates parlamentarios¹⁵⁵ llegó a afirmarse que el “problema judío” afectaba al mundo entero.

En 1832 un escritor ya bautizado¹⁵⁶ comentaba en una carta la obsesión alemana: “Lo he experimentado cientos de veces y sin embargo sigue siendo nuevo para mí. Algunos me culpan por ser judío, otros me perdonan, un tercer grupo me alaba, pero todos piensan en el asunto. Es como si estuvieran hechizados en este mágico círculo judío, del que ninguno puede salir”.¹⁵⁷

En las tres últimas décadas del siglo XIX hubo mil doscientas publicaciones dedicadas “a investigar el problema judío”.¹⁵⁸

El camino al infierno

No fue una sublevación popular, como en Francia, ni tampoco una evolución gradual como en Inglaterra, lo que había empujado a Alemania a la igualdad jurídica de todos sus ciudadanos. En el Imperio alemán forjado por Bismarck en 1871, el catalizador para la democracia y la reforma legal fue la decisión tomada desde la cúpula con la mira puesta en modernizar el país.

Por ello el pueblo alemán no veía la modernización como un logro propio, sino como la imposición gubernamental de modas foráneas que maculaban el sacro espíritu germánico y que provenían mayormente de la recelada Francia.

El progreso se asociaba a lo extranjero, y también a los judíos, quienes pasaban a ser vistos no sólo como un elemento extraño, sino como uno que arrastraba a Alemania a una senda ignota y nociva.

La extranjeridad del judío estaba tan difundida, que aun la mismísima idea de que fueran seres humanos les resultaba a veces radical. Se citaban argumentos medievales sobre la naturaleza diabólica de Israel, y muchos opinaban que la posibilidad de emancipar a los judíos constituía un despropósito: la igualdad ante la ley no podría mejorarlos, porque en rigor no existía ningún método idóneo para lograr una mejora.

Se forjaba el ethos alemán como lo anijudaico, en un eco de lo que le había ocurrido al cristianismo casi dos milenios antes. Durante el cuarto de siglo que sucedió a la Revolución francesa, es decir durante la *reacción* frente a ella, vastos sectores veían en los ideales revolucionarios una amenaza contra la patria.

Para colmo, la amenaza se concretó en Jena en 1806, cuando las temidas ideas subversivas derrotaron a Alemania encarnadas en Napoleón, quien procedió a reorganizar Alemania sobre las ruinas del Sacro Imperio Romano Germánico. Los reorganizados se resistían.

Un dato que podía agravar el prejuicio de que “los judíos estaban detrás de la revolución” es que a comienzos de la década de 1870 los dos máximos paladines del socialismo (Marx y Lassalle) eran de origen israelita.

Había una potencial contrapartida ante ese prejuicio: también eran judíos los líderes del partido nacional-liberal que apoyaba a Bismarck (Eduard Lasker y Ludwig Bamberger). Pero este dato, lejos de neutralizar el estereotipo antijudío, lo fortalecía: “Los judíos dominan”. Siempre vistos como un bloque peligroso, no había nada que los hebreos pudieran hacer para escapar de la hostilidad.

La Argentina de los últimos años exhibió un síndrome similar. A pesar de que era clarísimo que había y hay judíos de ambos lados de la grieta política (tanto como de la mayoría de las ideas), los judeófobos pueden señalar esa diversidad como una “prueba” del supuesto dominio: “Están en todas partes”.

A fines del siglo XIX se establecieron en Alemania partidos políticos

abiertamente judeofóbicos sobre la base de tres fundamentos, a veces combinados: el económico, el religioso y el del “Volk” (nacional-racial).

El concepto emergente de “Volk” no significaba sólo “pueblo” sino la unión de un pueblo con su esencia trascendente.¹⁵⁹ Un siglo después, Hitler incorporó esta noción a su “ideología”.

El judío, que en el Estado cristiano había sido un extraño, ahora se sorprendía con que continuaba siéndolo en el nuevo Estado del pueblo alemán —del Volk—, un Estado que podía tolerarlos como súbditos pero no como ciudadanos.¹⁶⁰

El concepto del Volk contaba con una ventaja adicional: era una manera de resistir la idea de la igualdad, ligada a Francia y a la revolución: nunca había igualdad entre los pueblos.

La autoestima alemana renacía, y se forjaba un complejo de superioridad nacional que demandaba un antagonista ubicuo y manifiesto, que simbolizara lo antinacional. Ningún grupo podía cubrir ese rol mejor que el judío.

Lo alemán pasaba a presentarse como el carácter noble y puro del trabajador, mientras el judío se dibujaba como el urbano especulador.

La propaganda de aquellos partidos del Volk seducía, aun cuando al principio no abundaran en afiliados.

El paradigma judeofóbico que se gestaba en Alemania se diferenciaba del francés en que, mientras en Alemania y Austria-Hungría el uso político de la judeofobia fue una reacción inmediata al otorgamiento de Emancipación a los judíos, en Francia, por el contrario, ya habían transcurrido ochenta años desde la Emancipación cuando los judeófobos se organizaron.

En suma, en Alemania la campaña contra la Emancipación y los derechos de los judíos forjó la identidad nacional. Antes del último cuarto del siglo XIX, la judeofobia era una norma cultural que se expresaba rutinariamente. Le faltaba convertirse en una fuerza política instituida.

El primero en introducir el uso de la judeofobia como catalizador para un

movimiento de masas fue Adolf Stoecker en Berlín. Empezó la cruzada como una artimaña para atraer votos. Su *Partido de Trabajadores Cristiano-Socialistas* (1878) había fracasado con una plataforma de mera ética social cristiana, y por lo tanto decidió convertirla en un programa judeofóbico. Con apoyo de los conservadores, Stoecker fue electo al Reichstag e inspiró al movimiento estudiantil a partir del *Verein Deutscher Studenten* de 1881. Hacia esa época se creaba la *Liga de los Antisemitas* del mentado Wilhelm Marr, que no estaba dedicada a lo socioeconómico sino más bien a lo étnico.

Pese a su avance, estos grupos carecieron de respetabilidad hasta que se las otorgó Heinrich von Treitschke, un renombrado académico que tildó a todo exceso antijudío de “reacción brutal y natural del sentimiento nacional alemán contra un elemento extranjero”.¹⁶¹ Treitschke acuñó la máxima *Die Juden sind unser Unglück!* (“¡los judíos son nuestra desgracia!”) que, medio siglo después, fue adoptada como lema por los nazis.

En 1882 se reunió en Dresden el *Primer Congreso Antijudío*, azuzado por un libelo de sangre en Tisza-Eszlar, con delegados de Alemania, Austria y Hungría, que establecieron la *Alianza Antijudía Universal*. Hubo más congresos en Chemnitz 1883, Kassel 1886 y Bochum 1889.

Los más pendencieros terminaron por escindirse del partido de Stoecker (el extremismo siempre puede estirarse) y, en 1886 un judeófobo per se, que no ofrecía al electorado nada más que odio antijudío, fue elegido al parlamento. Estimulado, Otto Boeckel fundó a los pocos años el *Partido Popular Antisemita*, y en 1893 dieciséis candidatos judeófobos fueron electos al Reichstag. Dos años después, por primera vez en la historia, ascendió al poder un partido con una plataforma abiertamente judeofóbica: el *Partido Social Cristiano* de Viena, cuyo líder, Karl Lueger, recibió durante su ejercicio como burgomaestre de la ciudad la visita de un joven admirador llamado Adolf Hitler.

También a principios de esa década se propuso la doctrina de la judeofobia

racial. Para su iniciador, Eugen Dühring, “habrá un problema judío aun si cada judío le da la espalda a su religión y se une a una de nuestras principales iglesias... Son precisamente los judíos bautizados los que penetran más profundamente... los judíos deben ser definidos solamente en base de la raza”.

En 1899, Houston Chamberlain (yerno del compositor Richard Wagner) elaboró cabalmente la antítesis ario-semita en su libro *Los fundamentos del siglo XIX*, voluminoso manual favorito de los académicos judeófobos, donde se explicaba cómo, desde la misma Antigüedad “...los arios cometieron el fatal error de proteger a los judíos [bajo el rey persa Ciro] y así permitieron que el germen de la intolerancia semítica esparciera su veneno por la Tierra durante milenios, una maldición contra todo lo que es noble y una vergüenza para el cristianismo”.

No todos los racistas coincidieron en reclutar al cristianismo para la causa judeofóbica. Por ejemplo, los neopaganos Alfred Rosenberg y Walter Darré criticaron a esa religión “típicamente semítica, que socava el espíritu germánico por medio de una mentalidad de esclavos”.

Ése fue su problema conceptual: qué es ario y qué es semita. Nunca lo resolvieron, y por ello se circunscribieron a la perogrullada de que todo lo bueno era “ario” y lo malo era “semita”.

Para Chamberlain, por ejemplo, el ideal era el nórdico rubio y dolicocefalo, categoría en la que no dudó en incluir nada menos que a Dante Alighieri, e incluso al Rey David y a Jesús.

Pero lo bueno y lo malo variaban según los gustos de cada uno de ellos, por lo que, por ejemplo, Goethe era para Chamberlain un “ario perfecto y puro”; para Fritz Lentz, un “híbrido teutónico-asiático”; y para Otto Hauser, “un mestizo, puesto que en el *Fausto* hay centenares de versos lastimosamente malos”.

Sin duda, aquí radica la paradoja de este racismo alemán: en la vastísima

literatura acerca del “veneno judío”, y a pesar de la enorme infraestructura montada para combatirlo, no se dio jamás una definición *racial* del judío. Nunca llegaron más allá de definirlo como alguien cuyos abuelos profesaron la religión judía. Así y todo, sin definiciones ni racionalidad, algunos fanáticos construyeron sistemas escatológicos muy elaborados en los que la lucha entre la raza aria y la semita reflejaba la lucha final entre la divinidad y las fuerzas diabólicas.

Las dificultades para definir quién era judío derivaban de que la judeofobia precedió a la ideología racista de fines del siglo XIX, pero luego se encaramó en ella.

Paul Anton de Lagarde (m.1891) nunca defendió el racismo, y sin embargo sostuvo que los judíos debían ser íntegramente aniquilados porque constituían “una carga repulsiva sin uso histórico”. De hecho, fue el primer intelectual en aprobar la destrucción física de los judíos.¹⁶²

En 1900 la existencia de una raza aria era tenida por la mayoría como una verdad científica, y ya se había instalado un enorme esquema teórico que denunciaba la “influencia judía” en el arte, las leyes, la medicina, la filosofía, la literatura, etc.

Un ejemplo particularmente escandaloso (aunque menor) fue la obra del campeón mundial de ajedrez Alexander Alekhine, *Ajedrez ario contra ajedrez judío* (1941) en la que se sostiene que los judíos juegan al ajedrez de un modo distinto: hiperdefensivo y oportunista.¹⁶³

Los hebreos pasaron a ser, por doquier, el símbolo de lo que estaba mal. Incluso, peor que símbolos, se los veía como agentes activos de lo malo, y por ello inspiraban miedo y amenazaban el orden natural. Iba generándose una nueva conceptualización del “problema judío” que, a su vez, implicaba diversas clases de “soluciones”. La condición de “venenosos” de los judíos, repetida hasta la náusea, se fue transformando en verdad indiscutible.

Dada la nueva concepción, el bautismo ya nada podía solucionar, y

empezaba a ser visto como una maniobra judía engañosa. A fines del siglo XIX casi todos sentían el “apremiante peligro judío”. Lo que no quedaba claro era cómo debían hacerle frente.

En la práctica, cualquiera de las soluciones que se ofrecían respondía a algún tipo de eliminación del judío, y las diversas opiniones se referían a *qué tipo de eliminación* sería la más eficaz. Los alemanes percibían que el “grave problema” judío debía resolverse para salvaguardar la patria, y todos iban tomando una postura frente a él.

De las veintiocho “soluciones propuestas al problema judío”, la gran mayoría sostenían que los judíos nunca cambiarían, y las dos terceras partes proponían su exterminio físico.¹⁶⁴ Lo que no había surgido aún era un líder que pudiera concretar el designio. El caldo de cultivo estaba preparado para el estallido del odio, pero la Primera Guerra Mundial lo mantuvo a fuego lento, hasta que concluyó con un escenario preparado para lo peor.

La judeofobia racial privó a los judíos de toda salida posible, y algunos encontraron una única reacción como vía.

El auto-odio

Décadas antes de los escritos racistas, miles de judíos habían dejado de lado su tradición, incluso muchos nacidos en familias religiosas y educados en el marco de la *ieshivá* talmúdica que abandonaron cuando conocieron la cultura alemana.

Hijo de uno de ellos fue el máximo poeta Heinrich Heine, para quien “el judaísmo no es una religión sino una desgracia” y quien se bautizó (“pero no me convertí”, aclaraba). El escritor Moritz Saphir fue aún más lejos: “El judaísmo es una deformidad de nacimiento, corregible por cirugía bautismal”.

Cuando la Emancipación se revirtió en Alemania, aquellos judíos

desesperados por asimilarse fueron nuevamente confrontados con un odio sistemático que no les permitía ninguna vía de entrada plena a la nación alemana. Apareció entonces un fenómeno singular: el llamado “auto-odio judío”, la sensación de autodesprecio que algunos sintieron por el hecho de su origen. El término no se ajusta a muchos casos (a los que correspondería más el de “judeofobia de judíos”), pero seguimos utilizándolo por razones bibliográficas. Así se tituló el libro de Theodor Lessing que en 1930 examinó las biografías de seis judíos¹⁶⁵ que odiaron su ascendencia. Algunos se suicidaron en consecuencia, incluido el conocido psiquiatra y filósofo austríaco Otto Weininger.

Precedentes no faltaban, puesto que la judeofobia de judíos había existido marginalmente desde la Antigüedad. Por ejemplo Tiberio (sobrino de Filón) hizo masacrar a sus correligionarios. También en la Edad Media hubo algunos casos notables: Petrus Alfonsi, Nicholas Donin, Pablo Christiani, Avner de Burgos, Guglielmo Moncada y Alessandro Franceschi.

Pero en el pasado, ante todos ellos se había ofrecido la opción de la apostasía, y aun la posibilidad de unirse al sector más judeofóbico de la Iglesia a fin de perseguir a los judíos.

La novedad de la nueva etapa judeofóbica en Austria y Alemania del siglo XX fue que hizo desaparecer toda escapatoria y empujó al auto-odio judío hasta abismos similares a los que de la judeofobia gentil. Sus protagonistas fueron marginales en la vida judía, pero conformaron una curiosidad que merece mención.

La *Organización de Judíos Nacional-Alemanes* fue establecida para apoyar “el renacimiento nacional alemán” (nazismo) en el cual esperaban cumplir un rol como israelitas (finalmente recibieron ese rol en Auschwitz).

Uno de los seis casos examinados por Lessing fue el periodista vienés Arthur Trebitsch, quien se convirtió al cristianismo, publicó un libro judeofóbico y ofreció sus servicios a los nazis de Austria. Sintió que todo ello

era insuficiente, y escribió:

Me fuerzo a no pensarlo, pero no lo logro. Se piensa dentro de mí... está allí todo el tiempo, doloroso, feo, mortal: el conocimiento de mi ascendencia. Tanto como un leproso lleva su repulsiva enfermedad escondida bajo su ropa y sin embargo sabe de ella en cada momento, así cargo yo la vergüenza y la desgracia, la culpa metafísica de ser judío. ¿Qué son todos los sufrimientos e inhibiciones que vienen de afuera en comparación con el infierno que llevo dentro? La judeidad radica en la misma existencia. Es imposible sacudírsela de encima. Del mismo modo en que un perro o un cerdo no pueden evitar ser lo que son, no puedo yo arrancarme de los lazos eternos de la existencia que me mantienen en el eslabón intermedio entre el hombre y el animal: los judíos. Siento como si yo tengo que cargar sobre mis hombros toda la culpa acumulada de esa maldita casta de hombres cuya sangre venenosa me contamina. Siento como si yo, yo solo, tengo que hacer penitencia por cada crimen que esta gente está cometiendo contra la germanidad. Y a los alemanes me gustaría gritarles: ¡Permaneced firmes! ¡No tengáis piedad! ¡Ni siquiera conmigo! Alemanes, vuestros muros deben permanecer herméticos contra la penetración. Para que nunca se infiltre la traición por ningún orificio... Cerrad vuestros corazones y oídos a quienes aun claman desde afuera por ser admitidos. ¡Todo está en juego! ¡Permanezca fuerte y leal, Alemania, la última pequeña fortaleza del arianismo! ¡Abajo con estos pobres pestilentes! ¡Quemad este nido de avispas! Incluso si junto con los injustos, cien justos son destruidos. ¿Qué importan ellos? ¿Qué importamos nosotros? ¿Qué importo yo? ¡No! ¡No tengan piedad! Se los ruego.¹⁶⁶

Incluso durante el Holocausto, la francesa Simone Weil (m. 1943) manifestó su admiración por Hitler y denostó “la cruel religión” —el judaísmo—, y la norteamericana Gertrude Stein (m. 1946) opinó que “Hitler merecía el Premio Nobel de la Paz por haber terminado con los conflictos en Alemania”.

Los voceros del auto-odio son una ínfima minoría entre los judíos, pero su voz hace ecos precisamente por lo excepcional. Hoy en día, al igual que la judeofobia en su conjunto, se expresa mayormente contra el país judío. Un

caso notable en los EE. UU. es Noam Chomsky (quien llegó a salir en defensa de los neonazis) y aun en el moderno Israel el auto-odio ha generado algunos personeros, desproporcionadamente citados por los medios europeos. Entre ellos destacan Israel Shahak (m. 2001), quien veía en el judaísmo la raíz de todos los males, Ilán Pappé (uno de los promotores de la patraña de la “limpieza étnica” supuestamente perpetrada por Israel) y el músico Guilad Atzmón, en rigor el único que se autodefine como antisemita y utiliza incluso motivos bíblicos para insultar a los judíos.¹⁶⁷

Volviendo a Alemania, si consideramos cuán hondamente habían penetrado allí los postulados judeofóbicos raciales, se entiende el meteórico crecimiento del nazismo, también facilitado por la simplicidad de las posturas maniqueas que seduce a las masas.

De veinte mil afiliados en 1923, el Partido Nazi recibió en 1930 dos millones y medio de votos, elevando a sus representantes en el Reichstag de 12 a 107. Dos años después ya eran 230. Cuando ascendieron al poder en 1933, el dogma judeofóbico era una mitología filtrada en todos los órdenes de la vida y sirvió eventualmente para justificar el Holocausto.

Explica Daniel Jonah Goldhagen: “Aceptamos sin dificultad que los pueblos analfabetos creían que los árboles estaban animados por espíritus... que los aztecas creían que los sacrificios humanos eran necesarios para que saliera el sol... ¿por qué no podemos creer igualmente que muchos alemanes, aún en el siglo XX, suscribían a creencias absurdas... tendían al ‘pensamiento mágico’¹⁶⁸?”. La superstición de Alemania era que los judíos no son seres humanos.

Siglos de odio acumulado se descargaron contra una población indefensa atrapada en Europa. El judío ya no era el chivo emisario, ni siquiera un miembro de una raza inferior. Era el culpable de todo mal: la inflación, el crimen, la derrota alemana en la Gran Guerra¹⁶⁹ —todo—. El judío era el destructor inherente, el envenenador de la pureza. Y era incorregible. Sólo

restaba una “Solución Final”, que el eslogan nazi explicitó procazmente: *¡Juda Verrecke!* (¡judería, pereced!).

*Lo que el Holocausto **no** fue*

Es insuficiente describir al Holocausto como el exterminio de seis millones de judíos durante la Segunda Guerra Mundial. Si bien la cifra se impone por lo abrumadora, no fue menos importante la sistemática deshumanización que acompañó a este genocidio sin precedentes. La Shoá fue una bisagra moral de la historia no sólo por la dimensión de la matanza sino por la perversa destrucción de la dignidad humana.

Hitler fue entronizado como Canciller el 30 de enero de 1933, y sucedieron días caóticos. La violencia a mansalva pasó a ser la rutina. Los esbirros de la SA recorrían las calles a la caza de judíos simplemente para golpearlos, amparados en el anuncio de Hermann Göring de que la policía no debía proteger a los enemigos del Reich.

Las agresiones fueron parcialmente difundidas por la prensa y embajadas extranjeras. En un informe del cónsul general de los EE. UU. se lee que “siete judíos han sido llevados a las barracas de las tropas de asalto, en donde se les obligó a azotarse unos a otros, incluso un padre y su hijo”.¹⁷⁰ Los meses siguientes no vieron mengua en el terror desatado.

El 20 de julio de 1933, trescientos comerciantes judíos fueron apiñados en Núremberg y “se les hizo marchar por las calles al son de una banda de la SA. Los más ancianos que no se movían rápidamente eran pateados por los nazis mientras la gente los abucheaba desde la vereda... El mismo día, en Stuttgart, a las 5 de la mañana, cuatrocientos miembros de la Asociación de Beneficencia Judía, hombres, mujeres y niños, de entre doce y ochenta años de edad, fueron acorralados en sus hogares que habían sido allanados. Los

obligaron a lamer las calles sucias y a arrancar césped con sus manos mientras los escupían e insultaban. Cuando un anciano se protegió de un mirón que le arrancaba la barba, fue duramente golpeado. El *Manchester Guardian* y otros diarios británicos informaron de este incidente”.¹⁷¹

La intimidación fue la constante durante los años siguientes, y a partir del 12 de marzo de 1938 se extendió a Austria. Sobre los judíos había descendido una nube de pánico en el medio de arrestos, golpizas y degradación. Hacia principios de abril, cuando decenas de miles ya habían sido arrestados, la ola de suicidios aumentaba.

Al respecto declaró Goebbels: “Se habla de suicidios masivos de judíos en Viena. No es verdad. El número de suicidios permanece sin cambios. La diferencia es que antes los que se suicidaban eran alemanes, y ahora son judíos. No podemos proteger a cada judío vienés con un agente policial especial para evitar que se suicide”.¹⁷²

Si el trato era brutal contra los judíos vieneses —quienes no se distinguían del resto de los austríacos ni de los invasores alemanes—, fue demoledor el horror que estalló en la Polonia invadida, en donde la mera vista de muchos judíos locales con sus atavíos tradicionales, y la conspicua impunidad del escenario, encendieron al rojo vivo la saña de los agresores.

Frente a tres millones de víctimas desarmadas, irrumpió en Polonia un millón de soldados y policías adoctrinados en que era saludable infligir a los judíos cualquier salvajada. Todo soldado con algún interés por “la cuestión judía” podía lanzarse contra ellos bajo absoluta impunidad.¹⁷³ Los “interesados en el tema” abundaban; el odio actuaba una vez más como fuerza motivadora.

Las diversiones más difundidas eran arrancar las patillas de los hebreos, o pasearse en carretas empujadas por las víctimas. Muchos soldados enviaban a sus familias fotografías de sus hazañas.

Otro entretenimiento consistía en instalarse en un departamento o casa de

judíos y obligarlos, sin distinción de edades o sexo, a bailar sin ropas al son de un fonógrafo. La secuela optativa era la violación, aun cuando implicaba los riesgos de un castigo por “crimen contra la raza”.

Atrapaban en la calle a judías para hacerles limpiar los acantonamientos y cuarteles con sus ropas interiores. Las adolescentes, detenidas al azar en la vía pública, debían lavar los pies de sus cancerberos y después beber el agua sucia.

Los conquistadores de Polonia se divertían removiendo las barbas de ancianos, u obligándolos a hacer gimnasia y aporreándolos. Después de las primeras semanas de pillaje y espanto, la administración civil alemana trasladó su guerra contra los israelitas al terreno legal, por medio de proclamas, decretos y anuncios.¹⁷⁴

Mientras todo ello ocurría, los estallidos de barbarie eran glorificados por el cine y festejados por los diarios, cuyos titulares informaban que “los judíos polacos son obligados a trabajar” o “los judíos de Varsovia rinden cuentas”. En las iglesias polacas la liturgia denunciaba la “perfidia judaica” para que los creyentes pudieran maldecir a “los enemigos del Señor”.

La judeofobia no era un simple lema en el programa nazi. No constituyó una parte más de su política; no fue una pose ni una moda. Era el núcleo, lo fundamental.

Con argumentos judeofóbicos se explicaban todos los males sociales, y se concitaba el apoyo de quienes deseaban ver encarnada en seres tangibles la causa de todo problema. Se trató de una especie de fórmula mágica con la que se hizo añicos el sistema legal, se afianzó la dictadura y se involucró al pueblo alemán en los crímenes más atroces.

Optar por una política judeofóbica significa canalizar todas las furias y frustraciones de una sociedad contra un grupo específico elegido de antemano: *todos los judíos tienen la culpa de todo*. El judeófobo no se limita a tergiversar los defectos de individuos judíos, sino que identifica esos

defectos, expresa o tácitamente, como *judaicos*.

Las agresiones contra los hebreos no fueron un fenómeno colateral, sino una bola de nieve que terminó por abarcar a la sociedad alemana en su conjunto, con el agravante de que cada denuncia contra la agresión era presentada como *la causa* de la agresión.

De este modo, cuando la prensa mundial comenzó a publicar noticias del horror, Hitler lo redobló “en reacción ante la propaganda judía hostil”.

Se empezó por expulsar inmediatamente a los judíos de todos los cargos oficiales o semioficiales. El alcalde de Berlín, Fritz Elsas, quien en su juventud se había convertido al cristianismo, fue expeditamente despedido y ulteriormente asesinado por los nazis.

Al poco tiempo se implementó el primer boicot oficial de todos los médicos, abogados y comerciantes judíos (1 de abril de 1933). La propaganda judeofóbica penetraba por doquier, y cualquier tendencia o pensamiento no deseado eran presentados como influidos por judíos; toda oposición era descripta como judía. La eliminación y la destrucción física de los malvados genéticos terminaban siendo justificables a los ojos de la mayoría.

En ese contexto, quien se opusiera a Hitler era por definición un judío, o su secuaz o su títere. Por ende, cualquier medida que se tomara, por más violenta que fuera, siempre se llevaba a cabo bajo el eslogan de la judeofobia. Desde la prohibición de los partidos políticos y sindicatos, hasta la campaña contra la Liga de las Naciones. El enemigo al que se combatía era uno, y sólo uno.

Las víctimas eran acusadas de crímenes extravagantes con los que se justificaban acciones extremas y se preparaba psicológicamente el terreno para medidas aún peores. Antes de que concluyera el fatídico 1933, los judíos alemanes eran hombres desesperados, mujeres sollozantes y niños aterrorizados.

A mediados de 1935 se generó una nueva escalada: el partido nazi instruyó

el despliegue de carteles a lo largo de Alemania, en los que se advertía a los israelitas que no debían entrar a restaurantes o baños públicos, y a veces a ciudades enteras. De este modo, se creaba la impresión de que estaba cumpliéndose con el pedido del pueblo alemán. Era el pueblo el que supuestamente clamaba para que los legisladores tomaran riendas en el asunto.

El 15 de septiembre el Reichstag promulgó las Leyes de Núremberg¹⁷⁵ que, según sus autores,¹⁷⁶ “tratan de la separación de la sangre judía y alemana desde un punto de vista biológico... la ley tiene como principal objeto la prevención de más mezcla de sangre con judíos”. En rigor, esas leyes prohíben tres acciones: los casamientos y relaciones extramaritales con judíos; el empleo en casas judías de mujeres “de sangre alemana menores de 45 años”, y el uso de la bandera de Reich por parte de judíos.

El siguiente momento crucial fue la *Noche de los Cristales* (Kristallnacht, el 10 de noviembre de 1938), que puede considerarse un Holocausto en miniatura: ultrajes, asesinatos, saqueos y violaciones. Los judíos corrían presas del pánico mientras hordas de nazis los perseguían. Más de cien fueron asesinados, treinta y cinco mil arrestados (y posteriormente enviados a los campos de exterminio); siete mil quinientos negocios saqueados y seiscientas sinagogas incendiadas, mientras los altoparlantes anunciaban: “Se requiere de todo judío que decida colgarse, que tenga la amabilidad de colocar en su boca un papel con su nombre, para ser identificado”.

La bola de nieve ya no se detendría, y el paso siguiente fue agitar “la necesidad de arianizar la propiedad judía” (confiscarla) y de imponer un impuesto de “fugitivos del Reich” a todos los emigrantes, mientras ya acechaba la amenaza de destrucción total.

Hitler la explicitó el 30 de enero de 1939 en el Reichstag, al vaticinar que en caso de una guerra todos los judíos de Europa serían exterminados.¹⁷⁷ Al respecto, es indudable que Hitler *sabía* que estallaría una guerra, porque ya

había expuesto sus preparativos.¹⁷⁸ Por ello, se deduce de su vaticinio que estaba dispuesto a concretar la segunda parte de la afirmación.

Primero, los israelitas fueron presentados como sub-humanos. La política de “arianización” les permitía vivir bajo las condiciones que ese estatus les confería. Luego se esgrimió la peor noción: no ya sub-humanos sino *anti-humanos*, cuyo exterminio era percibido como una necesidad cada vez más urgente.

Comenzó a plasmarse con el asesinato de los judíos de Alemania y los países conquistados, y luego se intensificó hasta el paroxismo en una búsqueda desenfrenada de judíos por doquier para ser exterminados, salvo en los casos excepcionales en los que se decidió temporariamente usarlos como fuerza de trabajo.

A los niños alemanes se les enseñaba a odiar a una edad en la que el odio puede ser incorporado al juego, a fin de probar hasta dónde puede hacerse sufrir a otro niño, hasta dónde se puede golpear y humillar sin que los adultos obren de freno. En los recreos los niños se ponían en fila ante la cantina donde se repartía una taza de leche y un pedazo de pan. Cuando llegaba el turno de una alumna judía, el profesor gritaba “¡Sigue, judía! ¡El próximo”. No se *eximía* a los niños judíos de pararse en la fila de la leche, sino que se los obligaba a aguardar su turno para ser públicamente rechazados. Así los niños no-judíos aprendían cómo conducirse frente a un niño judío.¹⁷⁹

Los adultos no sólo no detenían la crueldad, sino que la estimulaban y premiaban. Se burlaban de los niños judíos, los acosaban, los golpeaban.

Los niños fueron rápidamente afectados por las discriminaciones, ya que se les prohibió asistir a cines, zoológicos, bibliotecas y centros de deporte. Se les prohibió viajar y fueron objeto de toques de queda.¹⁸⁰

En la etapa siguiente, la de la concentración en guetos, la situación de los niños era desesperante. Hambrientos y enfermos, se dejaban morir en las calles, o eran muertos por balas de soldados alemanes que no trepidaban en

disparar contra infantes.¹⁸¹ Un testigo recuerda la vida de los niños en el gueto y “sus rostros distorsionados por el dolor... una niña me dijo que quería ser un perro, porque a los alemanes les gustan los perros. Los niños jugaban en el gueto, y en sus juegos reflejaban toda la tragedia. Jugaban a cavar sepulturas; hacían un pozo, colocaban allí a un niño y lo llamaban ‘Hitler’. Jugaban a ‘alemanes y judíos’, con los alemanes enojados golpeando a los niños que hacían de judíos. Jugaban a los funerales”.¹⁸²

Es importante detallar el horror, para que el Holocausto no quede reducido a “los mataron”. No fue una matanza, ni siquiera un genocidio sin precedentes, sino un plan macabro y sádico para deshumanizar a un grupo patentemente indefenso.

¹⁴⁹ Tratado talmúdico de Sanedrín 4:5.

¹⁵⁰ Friedrich Max Müller: *Biografías de las palabras y el hogar de los arios*, Longhams, Green & Co., Ltd., Londres, 1888, pág. 89, citado en Louis Snyder, *Enciclopedia del Tercer Reich*, ediciones Wordsworth, Londres, 1998, pág. 234 (ambos en inglés).

¹⁵¹ El Congreso de Viena (1815) aclaró que los derechos de los judíos se conservarían si hubieran sido “otorgados *por* los diversos Estados”, lo que limitaba la resolución original que mantenía todos los derechos otorgados *en* los Estados —que es una cláusula más amplia—.

¹⁵² Por ejemplo, Frankfurt, Bremen, Lubeck y Hamburg.

¹⁵³ Edouard Drumont: *La Francia Judía*, traducida por el presbítero Rafael Pijoan, Barcelona, 1889, págs. 37-38.

¹⁵⁴ Ernesto Sabato: “Judíos y antisemitas”, revista *Comentario* No. 39, IJACI, Buenos Aires, pág. 7.

¹⁵⁵ Los debates parlamentarios acerca de la Emancipación judía que tuvieron lugar en el Estado de Renania.

156 Ludwig Börne, quien pese a haber sido bautizado seguía considerándose a sí mismo judío, y así lo veían los demás.

157 Citado por Daniel Jonah Goldhagen: *Los verdugos voluntarios de Hitler*, Taurus, Madrid, 1997, pág. 94.

158 Goldhagen, op. cit., pág. 96. La mayoría de esas investigaciones fueron explícitamente judeofóbicas.

159 Según la definición del historiador George Mosse.

160 Así lo había planteado Christian Rühs (m. 1820) a principios del siglo XIX, y así fue plasmado en las Leyes de Núremberg de 1935.

161 Hermann Cohen, el padre del neokantismo, inició en 1879 un retorno a sus raíces, debido precisamente a la publicación de un panfleto de von Treitschke. Cohen le respondió en *Una confesión sobre la cuestión judía*, donde admite que “aunque había creído en la posibilidad de la integración, retornaba ahora la antigua ansiedad”.

162 Wistrich, op. cit., pág. 59.

163 Los tres artículos aparecieron en alemán en el *Pariser Zeitung* a partir del 21 de marzo de 1941. Para su versión castellana, ver Lincoln R. Maiztegui Casas, en la revista *Jaque* de Madrid, 1992. Nos hemos extendido en el tema en nuestro libro *La humanidad y el ajedrez* (2011).

164 Las cifras emergen de la investigación de Klemens Felden sobre 51 escritores y publicaciones judeofóbicas de Alemania entre 1861 y 1895. En efecto, de las 28 que proponían “soluciones”, para 19 había que exterminar físicamente a los judíos.

165 Fueron ellos Walter Calé (1881-1904), Maximilian Harden (1861-1927), Paul Reé (1849-1901), Max Steiner (1888-1971), Arthur Trebitsch (1880-1927) y Otto Weininger (1880-1903).

166 Theodor Lessing: *El autoodio judío*, en alemán, Berlín, 1930, págs. 238-246.

167 Sobre el auto-odio, ver nuestro “De judeofobia israelita y judeofilia cristiana”, *El Catoblepas* número 28, junio de 2004, y sobre el fenómeno en Israel, ver “La gran contrición”, *El Catoblepas* número 97, marzo de 2010.

168 Goldhagen, op. cit., págs. 51-52.

169 Tal acusación es llamada “la teoría de la puñalada en la espalda”.

170 El cónsul era George Messersmith y la sucesión de hechos está en Arthur D. Morse: *Mientras seis millones morían*, en inglés, Ace Publishing, Nueva York, 1967, pág. 90.

171 Morse, op. cit., pág. 127.

172 Morse, op. cit., pág. 168.

173 El detalle de la brutalidad que sigue en la página, está tomado de “Breviario del odio”, págs. 61-62, que cita testimonios diversos de una serie de artículos de Michel Mazor: “La ciudad engullida”, en los números 34-36 de *Mundo judío*, París, agosto-octubre de 1950.

174 Gerhard Schoenberner: “La estrella amarilla-La persecución de los judíos” en *Europa 1933-1945*, en inglés, Bantam Books, Nueva York, 1973, págs. 39-40.

175 “Las leyes de Núremberg” en *El Holocausto en documentos*, editado por Yitzhak Arad, Yisrael Gutman y Abraham Margaliot, Yad Vashem, Jerusalén, 1996, págs. 83-88.

176 Wilhelm Stuckart y Hans Globke fueron los autores de la *Ley de la Protección de la Sangre*. Ver *La estrella amarilla*, pág. 17.

177 La filmación de este famoso discurso está accesible en Youtube.

178 Los preparativos se desprenden del Memorando Hossbach: los detallados protocolos de su reunión del 5 de noviembre de 1937 con los líderes del ejército del Reich y los de la política exterior.

179 Israel Gutman: *Holocausto y memoria*, Centro Zalman Shazar y Yad Vashem, Jerusalén, 2003, pág. 51.

180 Dwork, Deborah: *Niños con una estrella: la juventud judía en la Europa nazi*, en inglés, Yale UP, New Haven, 1991, pág. 27.

181 Milton Meltzer: *Nunca olvidar: los judíos del Holocausto*, en inglés, Collins, Nueva York, 1976, págs. 85-86.

182 Ludwik Hisfeld en Meltzer, op. cit., págs. 86-87.

CAPÍTULO 9

LA SHOÁ Y EL NEGACIONISMO

El sadismo en acción

Mucho más que ideología, el nazismo fue una justificación de los más viles instintos. Algunos de los casos de los perpetradores son elocuentes. Explicitarlos no responde a un recurso morboso, sino a la necesidad de mostrar por qué la Shoá fue única. A nuestro juicio, el sano pudor que usualmente evita los detalles que siguen, ulteriormente facilita la banalización de este genocidio.

Ilse Koch fue una bibliotecaria a quien apodaron “bruja de Buchenwald”. Cuando se encontró con veinte mil esclavos a su disposición, comenzó a fabricar artefactos con sus pieles. Bajo su cama fueron halladas decenas de pieles humanas. Tenía además un zoológico de osos, que eran alimentados diariamente con judíos a los que Ilse arrojaba para presenciar cómo eran devorados.

El pasatiempo de Paul Bredow en Sobibor consistía en tirar al blanco baleando a prisioneros, para lo que fijó una cuota diaria de cincuenta judíos asesinados con su pistola. Irma Grese se regodeaba en remociones de senos sin anestesia, y estuvo a cargo de dieciocho mil prisioneras, golpeándolas sin pausa. Hacía asesinar a niños de dos años de edad tomándolos de los pies y quebrándoles las cabezas contra los vagones que los habían traído.

Los prisioneros de Treblinka recordaban que fueron obligados por Josef “Sepp” Hirtreiter a presenciar cómo colgaban de los pies a mozalbetes desnudos y los azotaban prolongadamente hasta que Hirtreiter les pegara el tiro de gracia.¹⁸³ Alice Orłowski dirigía sus latigazos a los ojos de los presos: el prisionero ya no podía trabajar y moría en atroz agonía. Ella misma se dedicaba a rellenar los huecos que quedaban en las cámaras de gas —con niños pequeños—.

Kurt Franz era cocinero y tenía un perro grande de nombre Barry al que entrenó para morder a los prisioneros hasta matarlos, y que respondía al grito de “¡Hombre, ataca a ese perro!”.¹⁸⁴ Los perpetradores de la barbarie no fueron la excepción sino la norma.

Todas estas muestras de sadismo se potenciaban cuando era ejercido por una masa frenética. La mañana del 9 de noviembre de 1938 comenzó para los hebreos de Baden-Baden una pesadilla que duró un día entero. A las 7 de la mañana un agente policial se apersonó en el hogar de Artur Flehinger, un ex docente del bachillerato, y le ordenó acompañarlo a la estación policial. Las calles de la ciudad estaban vacías, a excepción de otros judíos que también habían sido intimidados a apersonarse en la policía. Cuando Flehinger arribó se encontró con otras cincuenta víctimas de la redada. La Kristallnacht había estallado.

Las SS ordenaron a ochenta arrestados alinearse en el patio; allí permanecieron hasta el mediodía, cuando les ordenaron marchar por las calles de la ciudad hacia la sinagoga, flanqueados por la policía. Centenares de habitantes de la ciudad se lanzaron a insultar a los prisioneros, mientras saqueaban sus hogares y tiendas.

Cuando ya estaban en la rampa que conducía a la sinagoga, más alemanes los insultaban, escupían y burlaban. Les ordenaron entrar en el recinto con las cabezas descubiertas, y una vez adentro escuchar a un oficial de la SS que desde el púlpito leía de *Der Stuermer* obscenidades judeofóbicas. Debían

responder a coro: “Es cierto, somos gente repugnante”.

Les ordenaban leer secciones de *Mein Kampf*, y luego los apaleaban delante del resto “por leer mal”. Los obligaron a cantar marchas nazis durante muchas horas. Después los subieron a camiones y los trasladaron a Dachau.

Apenas fueron retirados del lugar, la masa de mirones incendió la sinagoga. Arrojaron a las llamas al jazán (cantor) de la sinagoga, que fue salvado por un bombero díscolo.

Un inciso separado merecen los experimentos médicos. A los prisioneros judíos en los campos (niños incluidos) se les obligaba a someterse como conejillos de Indias a horripilantes experimentaciones sin anestesia, que terminaban en la muerte, desfiguración o permanente discapacidad de las víctimas.

El médico a cargo en Auschwitz fue Eduard Wirths; en Mauthausen fue Aribert Heim. Destaca Josef Mengele, quien experimentó en Auschwitz con cerca de mil quinientos pares de mellizos, de los que no sobrevivió ni el diez por ciento. Sus pruebas incluían literalmente coser a mellizos para que se desarrollaran como siameses, y la inyección de productos químicos en los ojos para ver si se podía cambiar el color.

En Ravensbruck se estudiaban huesos y músculos, trasplantándolos de unos pacientes a otros. En Baranowicze se inmovilizaba a niños en una silla, y se golpeaba sus cabezas con martillos mecánicos para ver cómo se desarrollaba la demencia.

En experimentos para prevenir la hipotermia, los prisioneros eran introducidos en agua helada por cinco horas para ver los efectos del frío. En Dachau, Ernst Holzlöhner y Sigmund Rascher congelaban prisioneros para probar la resistencia de los uniformes de la Luftwaffe. En sus informes concluyen que “los experimentados aúllan como perros cuando tienen mucho frío”.¹⁸⁵

Los resultados fueron difundidos en un coloquio “médico” de 1942,

después de que murieron unos cien experimentados. El propio Rascher examinaba los cerebros de los prisioneros abriendo sus cráneos mientras estaban vivos.

También en Dachau, Hans Eppinger probaba los efectos del agua marítima dando de beber cantidades a los prisioneros.

Allí se investigaba la inmunización contra la malaria por medio de inyectarla en pacientes sanos. Una vez infectados, se probaban en ellos diversas drogas. Más de mil personas fueron utilizadas.

Herman Stieve investigaba las reacciones corporales de las prisioneras después de que fueran informadas de que serían ejecutadas. Bruno Weber probaba intercambiando la sangre entre distintos prisioneros, y usaba barbitúricos para revisar formas de control mental.

En algunos casos ni siquiera se fingía la motivación de obtener nuevos conocimientos médicos. Heinrich Berning observaba cómo podían degradarse distintas funciones del cuerpo, Victor Brack probaba con rayos X, Arnold Dohmen inyectaba a niños con hepatitis, y Hans Eisele practicaba distintos tipos de amputaciones.

Karl Gebhart infligía heridas en las mujeres y aplicaba sulfanilamida sobre la lesión para verlas morir. Hans Wilhelm Koning daba terapias de electroshock antes de gasear a sus pacientes. Otros médicos no experimentaban directamente sino que usufructuaban el “trabajo” de otros. Julius Hallervorden usaba los cerebros en sus experimentos en el *Instituto Karl Wilhelm para Investigación del Cerebro*; Ernst Holzloehner era profesor de la Universidad de Keil y escribió un trabajo de investigación titulado *Experimentos del congelamiento con seres humanos*.

El nazismo reveló a la judeofobia como coraza para los peores instintos — el deseo de destruir y humillar—. Tal como lo había definido Max Nordau hacia 1883: la judeofobia “es sólo una máscara, un pretexto cómodo para la manifestación de despreciables pasiones”.¹⁸⁶ Por ello consideraba que no

podría superarse por medio de “leyes emancipadoras”.

El Holocausto en síntesis

La pregunta de cuál fue el hito que desató la Shoá¹⁸⁷ tiene varias respuestas válidas, a saber:

1. La publicación de *Mi Lucha* de Hitler (julio de 1925);
2. su ascunción como jefe del gobierno (30 de enero de 1933);
3. la promulgación de las Leyes de Núremberg (15 de septiembre de 1935);
4. la *Noche de los Cristales* (10 de noviembre de 1938);
5. la invasión a Polonia (donde residía la mitad de los judíos asesinados, 1 de septiembre de 1939); o
6. la conferencia de Wannsee en la que se coordinó la “Solución Final” (20 de enero de 1942).

Cualquiera que sea el momento definido como inicio, a partir de entonces una nación entera, la muy civilizada, se transformó en el brazo ejecutor de la más brutal judeofobia, cuya mitología llevó así a la devastación de seis millones de vidas de judíos —un tercio del total mundial—.

Los disfraces de la judeofobia caían y se desnudaba su esencia: instintos sádicos descontrolados, protegidos por la ley, por el Estado y por el silencio del mundo.

En efecto, tanto la conferencia internacional de Evian (1938), como la de Bermuda (1943), no pudieron proveer a los judíos de un solo sitio en el que refugiarse.¹⁸⁸ Las puertas de la tierra de Israel permanecieron selladas por el Imperio británico, que devolvía a Europa los barcos cargados de refugiados judíos, o los hundía y así condenaba a miles de fugitivos a ahogarse.

Millones de judíos habían rechazado o postergado las propuestas sionistas de emigración, y confiaban en que la seguridad del pueblo hebreo sería defendida por los ideales liberales de Europa, por una legislación justa y por democratas por doquier. Pero terminaron por descubrir con estupor que incluso sus vecinos y amigos no-judíos no pudieron protegerlos, ni siquiera esconderlos.

Hubo, sí, miles de “justos entre los gentiles” que se solidarizaron con los perseguidos, algunos incluso a riesgo de sus vidas. Pero a pesar de ellos, el panorama global fue de tétrica desilusión para los que creyeron que la judeofobia podía superarse.

La opresión de los judíos se desbarrancaba a niveles cada vez peores: desde la legislación discriminatoria hasta la exclusión de empleos de los que subsistir, desde actos de violencia contra individuos en las calles hasta campañas contra negocios de judíos, desde deportaciones y degradación hasta el exterminio.

La mayoría de los gentiles cubrieron sus ojos por miedo o desidia, cerraron sus puertas a los que buscaban refugio y, con demasiada frecuencia, fueron partícipes del asesinato, arrebatando a las víctimas sus pertenencias y delatando sus escondrijos. Aún más que durante las matanzas medievales, los alemanes tuvieron éxito en el genocidio debido a la abrumadora cooperación que recibieron de los ciudadanos de los países ocupados.

Los pedidos de los judíos del exterior fueron virtualmente desoídos, incluida la solicitud de que se bombardearan los hornos crematorios de Auschwitz, o las vías férreas que conducían a ese lugar en el que un millón y medio de hebreos fueron asesinados después de inenarrables sufrimientos. Los ejércitos aliados se negaron al bombardeo por temor de que sus propios ciudadanos sintieran que habían sido arrastrados a una “guerra judía”.

Mientras para Alemania exterminar a los judíos era un asunto primordial, para los Aliados salvarlos era una cuestión secundaria. Una marcha fue

convocada en Nueva York¹⁸⁹ bajo el lema de *Detener a Hitler ahora*. Jaim Weizmann (el científico que devino en primer Presidente de Israel) suplicó a los Aliados:

El mundo ya no puede aducir que los datos siniestros son desconocidos o que no estén confirmados. En este momento las expresiones de simpatía sin intentar actos concretos, son una burla hueca en los oídos de los que mueren. Las democracias tienen un claro deber ante ellos.

Ese deber no fue cumplido. Se anteponían reparos y objeciones que facilitaron el catastrófico resultado.

Hubo tres países que se plantaron colectivamente ante el nazismo, y se negaron a entregar las víctimas a los nazis: Dinamarca, Finlandia y Bulgaria.

Cuando Hitler ordenó que los judíos de Dinamarca (algo menos de ocho mil) fuesen arrestados para su deportación,¹⁹⁰ el gobierno organizó clandestinamente su traslado a Suecia, país que era neutral en el conflicto.¹⁹¹ Murieron en total sesenta judíos daneses, o sea el 0,7% del total.

Finlandia no fue invadida, pero Alemania le requirió “resolver su problema judío”. Sólo siete hebreos (de un total de dos mil) fueron entregados a los nazis.¹⁹² En Bulgaria¹⁹³ casi ningún judío fue asesinado. Las leyes judeofóbicas impuestas por los alemanes no fueron cumplidas y, cuando en enero de 1943 llegó Eichmann a Bucarest para coordinar la deportación de los judíos, los arzobispos se opusieron y abrieron las iglesias para refugio. Los 48.000 hebreos búlgaros sobrevivieron la guerra (casi todos ellos se radicaron en Israel).¹⁹⁴

Hemos utilizado el término “racistas”, conscientes de que llamar *racismo* a la “ideología” nazi resulta en desjudaizar el Holocausto. Sólo en lo que concernía a los judíos fueron los nazis consistentemente “racistas”. Sus principales aliados fueron pueblos teóricamente inferiores, uno por latino y otro por oriental: Italia y Japón. Encontraron aliados en otro pueblo

supuestamente “semita”: los árabes.

En efecto, en mayo de 1943 el líder de los árabes de Palestina, Hajj Amin Al-Husseini, visitó al jerarca nazi Alfred Rosenberg, y éste le prometió que daría instrucciones a la prensa para limitar el uso de la voz “anti-semitismo” porque sonaba al oído como si incluyera el mundo árabe, que era mayormente germanófilo.

Husseini, iniciador del nacionalismo árabe-palestino, participó del golpe pronazi en Irak en 1941, y residió en Alemania por el resto de la guerra. Reclutó a los voluntarios musulmanes para el ejército alemán y exhortaba al Reich a extender la “solución final a Palestina”.¹⁹⁵

El hecho es que el odio nazi se focalizó en los judíos con la virtual exclusión de toda otra “raza” (también la de los romaníes o gitanos que, si bien fueron asesinados en masa, en la visión de los nazis no pasaron de ser marginales).

No fue debido al racismo que los nazis odiaban a los judíos, sino al revés: para ejercer su demencial judeofobia utilizaron argumentos racistas.

Así lo resumen Prager y Telushkin: “Casi toda ideología y nacionalidad europea había estado saturada con odio contra el judío cuando los nazis consumaron la ‘solución final’. En las décadas y siglos que la precedieron, elementos esenciales del pensar cristiano, socialista, nacionalista, iluminista y post-iluminista habían considerado intolerable la existencia de los judíos. En un análisis final, todos se habrían opuesto a lo que Hitler hizo pero, sin ellos, Hitler no podría haberlo hecho”.¹⁹⁶

El rol específico de la Iglesia fue objeto en 1997 de un simposio vaticano bajo el título de *Raíces de antijudaísmo en círculos cristianos*. Allí tanto el teólogo Georges Cottier como la autoridad vaticana, el padre Remi Hoeckman, convocaron a un “histórico examen de conciencia por parte de los cristianos, a fin de que el fin del milenio coincida con el fin del desprecio que los cristianos han tenido por el judaísmo y los judíos”.

Obviamente, los judíos no fueron las únicas víctimas del nazismo. También fueron asesinados unos 200.000 romaníes (gitanos); otro tanto de discapacitados mentales o físicos (mayormente alemanes que vivían en instituciones), y millones de personas de otras naciones. Entre dos y tres millones de prisioneros soviéticos de guerra fueron asesinados o murieron por causa de hambre, enfermedad, abandono o maltrato.

Otro blanco de los alemanes fue la intelectualidad polaca. Millones de ciudadanos polacos y soviéticos fueron deportados para el trabajo forzado y murieron en deplorables condiciones. Además, los nazis asesinaron a decenas de miles de opositores y disidentes.

Con todo, y aun teniendo muy en claro el padecimiento de los no-judíos, sigue siendo insoslayable el hecho de que el judío fuera visto por los nazis como el enemigo primigenio. Quien haga el ejercicio de quitar la mención del judío de la plataforma del nazismo, de sus mítines y de su cosmovisión, se quedará sin el mensaje nazi. Por ello, los intentos artificiales por “universalizar” el Holocausto llevan a lamentables distorsiones.

En suma, no llamamos Holocausto a toda la vastedad de agresiones y crímenes del nazismo, sino a la singular destrucción de seis millones de judíos, que fue parte de un plan intransigente para exterminar a la única población para la que no había ninguna escapatoria.

Usamos deliberadamente la palabra “destrucción”, que excede los conceptos de asesinato o matanza. La destrucción implicaba medios de interminable tortura psicológica y física, de aterrorizar a niños y de aumentar el sufrimiento tanto como fuera posible, por doquier y gratuitamente; de poner a una población entera en el estatus de insectos con cuya lenta destrucción valía entretenerse sardónicamente. El Holocausto no fue menos que eso.

Las perversiones

Sin profundizar en ellas, cabe enumerar las ocho principales distorsiones y tergiversaciones del Holocausto,¹⁹⁷ la **negación** (“no hubo Holocausto”), la **minimización** (“las cifras de los muertos fueron abultadas”),¹⁹⁸ el **blanqueamiento** (niega las responsabilidades del genocidio), la **desjudaización** (por medio de enfatizar otras matanzas nazis, omite que ninguna de ellas había tenido como objeto el exterminio sistemático y total), el **equiparacionismo** (equipara la Shoá con otras matanzas menores), la **inversión** (culpa a los propios judíos de la Shoá), la **banalización** (pone al Holocausto a la altura de conflictos cualesquiera) y la **supresión** (objeta la memoria de la Shoá).

La primera y más importante de ellas, el Negacionismo, está unida al antisionismo por un puente conceptual. Si el Estado judío no tiene justificación (como arguye el antisionismo) debe de ser porque el sufrimiento judío es una maliciosa fantasía (como plantea la Negación del Holocausto o NH).

Otra variante extrema es la inversión del Holocausto: el mito de que los judíos (todos o algunos de ellos, habitualmente “los sionistas”) se asociaron con los nazis para exterminar judíos. La expuso por ejemplo Lenni Brenner, muy difundido en la otrora Unión Soviética, y en Occidente Jim Allen, cuyo drama *Perdition* fue presentado en 1987 en el *Royal Court Theatre* de Londres.

Acaso la peor de todas las formas que cabe en la categoría de las perversiones (aunque no lo es propiamente) es la *justificación* del Holocausto. No es habitual en Occidente, ya que se considera muchas veces punible por ser una apología del crimen.

Por ejemplo, en 2009 en Canadá se emitió el veredicto de un juicio que llevaba varios años, a partir de una declaración pública de que los judíos son

“una enfermedad que va a dominarnos... eran dueños de casi toda Alemania, por lo que Hitler ascendió para asegurarse de que no se apoderaran de Europa. Por eso hizo freír a seis millones de esos tipos para que no controlen el mundo”. La Shoá era presentada como una necesaria cirugía para salvar a la humanidad. Al agresor¹⁹⁹ se le inició juicio por incitación al odio, y fue absuelto ya que el juez no identificó ninguna “intención de promover el odio”. (Es curioso el procedimiento de circunscribir las penas al exclusivo criterio de la intencionalidad).

Alentado por la benignidad de las leyes que protegen su “libertad de expresión”, el incitador aún insiste en que “los judíos causaron la Segunda Guerra Mundial”, y se permite aclarar enseguida que “no los odia... sino que odia lo que le hacen a la gente”.

Infrecuente como es, la aprobación pública del Holocausto volvió a tener lugar en 2013 en otro caso digno de análisis. La televisión holandesa²⁰⁰ transmitió un programa de pocos minutos duración en el que seis adolescentes de quince años de edad declaran, con simpatía y persuasión, que los israelitas merecen el destino que Hitler les reservó. Admiten no conocer a ninguno de ellos, lo que no les impide “saber” que encarnan el mal. Terminan apostando 50 euros a que nunca modificarán su sentimiento. Ninguno de los entrevistados tuvo reparo en argüir que los inenarrables padecimientos provocados por Hitler fueron apropiados: “Por algo los odiaba”, declaran, para agregar la norma es que *todos* odien a los judíos, por lo menos “así es en el colegio”.

El entrevistador²⁰¹ se había propuesto ingenuamente mostrar la escasa conciencia que los jóvenes tienen sobre la Shoá pero, una vez destapada la olla de odio e ignorancia, el programa televisivo se le fue de las manos hacia la intolerancia desenfrenada.

También en 2013, en el marco de un evento organizado por la Universidad Autónoma de México, la uruguaya Raquel Rodríguez negó la historicidad del

Holocausto, acusó al “poder judío mundial” y agregó que “si lo de las cámaras de gas fuera cierto ya se tendría la suerte de que no hubiera judíos en el planeta”.²⁰²

En este caso no sólo hay justificación del Holocausto sino también su *promoción*. La promoción del Holocausto no necesariamente reivindica lo ocurrido en la Segunda Guerra Mundial (usualmente opta por minimizarlo o negarlo). Puede incitarse al exterminio de los judíos sin mencionarse los intentos previos de perpetrar dicha matanza. Lo que tienen en común la promoción y la justificación es que en general no implican una *distorsión* de lo ocurrido, sino una aprobación criminal.

Llamamientos al aniquilamiento de los judíos fueron muy comunes en el mundo árabe hasta hace poco,²⁰³ y el liderazgo iraní concentró sus exhortaciones genocidas contra el Estado de Israel, denominado “tumor canceroso” (Khamenei), “una afrenta contra la humanidad” (Ahmadineyad), o “una vieja herida a ser removida” (Rouhani).

Toda la gama de aproximaciones judeofóbicas al tema del Holocausto cabe bajo la expresión “perversiones” acuñada por Lucy Dawidowicz,²⁰⁴ que incluyen: minimizar la Shoá, blanquear a sus perpetradores, o desjudaizarla (como si sus víctimas no hubieran sido los judíos).

Para explicar el negacionismo (la campaña que aduce que durante la guerra no hubo matanzas de judíos o que éstas fueron un nimio detalle), recordemos que en toda narración histórica hay tres estratos: *los hechos, su análisis y su interpretación*.

Los hechos son eventos empíricamente demostrables; su análisis es la descripción de la naturaleza de los mismos, resolviéndolos en sus partes; finalmente, la interpretación es el intento de darles significado. Los hechos son objetivos; el análisis lo es menos, y la interpretación menos aún.

Las corrientes históricas revisionistas, por su parte, constituyen una escuela de historiadores que cuestionan *la interpretación* de los eventos históricos; es

decir que desafían la versión aceptada de sus causas o consecuencias. Como tal, el revisionismo es una parte legítima del esfuerzo del investigador, ya que alienta a examinar una y otra vez el pasado y así a entenderlo mejor.

Ahora bien, nada tiene que ver con ese esfuerzo la corriente del negacionismo, que engañosamente se presenta como “revisionista” a pesar de que saltea el procedimiento de revisar la documentación, y en lugar de ello se lanza directamente a las conclusiones.

Los negacionistas parten de la absurda conclusión de que el Holocausto jamás ocurrió, y desde ese punto inventan los eventos hacia atrás, a fin de adaptarlos a su conclusión predeterminada. En otras palabras, revierten la metodología del historiador, quien siempre está dispuesto a que el resultado de su investigación difiera del vislumbrado en un comienzo. Ejemplificaremos su procedimiento.

Como los hechos nunca concuerdan con la suposición negacionista, necesitan un método abarcador que no se detenga en refutar datos, sino que descalifique *todo el cuadro* en conjunto. Ello no es fácil, ya que los hechos convergen en que los nazis tenían un plan para exterminar a los judíos; que en buena medida lo concretaron, y que dejaron tras de sí evidencias cuantiosas de su intento.

Para rechazar el cuadro general, los negacionistas necesitan plantear una conspiración que pretendidamente arrasa con todas las evidencias. Encuentran un complot de “la judería organizada” o de “los sionistas”, y a partir de esa plataforma pasan a sostener varios desatinos, a saber:

- Que los testigos sobrevivientes mienten, incluso cuando su testimonio esté corroborado por documentos y otras fuentes;
- Que toda admisión por parte de los perpetradores fue falsificada, u obtenida por tortura o por miedo;
- Que todos los documentos que dejaron los nazis fueron falsificados;

- Que todas las fotografías son falsas;
- Que las palabras utilizadas por los nazis tienen un significado distinto del acostumbrado.

La NH niega eventos que han sido demostrados objetiva y empíricamente, y lleva a dos consecuencias visibles: un embate contra la democracia, al alentar el nazismo; y la hostilización de los judíos, por medio de insinuar que son paranoicos, que falsean la historia con una gran patraña, que tienen el gran poder necesario para hacerlo, y que siempre se presentan como víctimas.

En todo ello consiste el negacionismo, y no en un debate histórico de qué ocurrió.

Presentar al negacionismo como una simple “negación de hechos históricos”, o como una lid en la que deban debatir historiadores, es una manera de instalar la difamación.

De todos los eventos de la historia, el único sobre el que los negacionistas disparan sus “dudas” es precisamente uno de los más documentados. Como no son historiadores, pueden sueltamente negar, sin aportar más prueba que su militancia, y a partir de ella tratan de colocar a los historiadores profesionales en el banquillo de quien debe dar explicaciones.

Historia del negacionismo

Un rastreo de la NH nos lleva al Holocausto mismo. En 1942 los alemanes crearon secretamente el Comando 1005, encabezado por Paul Blobel, con la tarea específica de borrar todo rastro de las matanzas. Al año siguiente, por lo menos dos cabecillas nazis (Martin Bormann y Heinrich Himmler) prohibieron explícitamente toda mención pública de la “Solución Final”.

Durante la guerra, el objetivo del negacionismo se limitaba a asegurar el

desconocimiento de las víctimas para asesinarlas sin resistencia. Una vez concluida la guerra se inició el negacionismo propiamente dicho, con la meta de blanquear el nazismo y zaherir a los judíos.

Sus dos promotores fueron franceses, ubicados en la extrema derecha y en la extrema izquierda respectivamente: Maurice Bardèche —cuñado de uno de los líderes de la judeofóbica *Action Française*— y Paul Rassinier —miembro de un grupo de trotskistas y anarquistas que descalificaron la evidencia del Holocausto por considerarla, curiosamente, “propaganda estalinista”—.²⁰⁵

El negacionismo se consolidó con dos libros muy difundidos. El primero²⁰⁶ sostenía que no había habido Holocausto ni intento alguno de matar judíos. La demencial tesis causó furor porque se asociaba al mundo académico. El segundo fue *La guerra de Hitler* (1977) de David Irving, un historiador amateur para quien el genocidio se produjo “sin el conocimiento de Hitler ni su consentimiento”.

Para catalizar el éxito, un tal Willis Carto, de vieja militancia nazi, fundó en California el pseudoacadémico²⁰⁷ *Instituto para la Revisión Histórica*.²⁰⁸ En 1979 lanzó la primera de sus convenciones negacionistas, y al año siguiente comenzó a publicar el trimestral *Journal of Historical Review*, enviado sin cargo a doce mil historiadores norteamericanos.

David Irving adujo que se basaba “en nueva evidencia” para su libro, pero como única novedad ofreció sólo un dato menor de la biografía de Hitler. En las casi mil páginas de su libro muestra cómo Hitler era bondadoso con los animales y con sus secretarias, que fue probablemente “el más débil líder de Alemania en este siglo” y que nunca hizo asesinar judíos ni procuró hacerlo. La matanza se habría producido a sus espaldas, por iniciativa de las autoridades medias debido a una incorrecta interpretación por parte de la SS sobre la judeofobia de Hitler quien, en palabras de Irving, fue “el mejor amigo de los judíos en el Tercer Reich”.²⁰⁹

Dos libros de David Irving²¹⁰ motivaron sendas acciones judiciales que

terminaron por descalificarlo, ya que perdió ambas y debió pagar daños y costas. Durante los juicios se probó su virulenta judeofobia y el carácter puramente propagandístico de su obra. Tal fue el dictamen de los tribunales británicos a partir del año 2000, de los que emergió como heroína la historiadora Deborah Lipstadt.

Adicionalmente, el 20 de febrero de 2006 Irving fue sentenciado por un tribunal austríaco a tres años de prisión por negacionismo, que en Austria es un delito punible.

Aunque obviamente la “tesis” de Irving es demasiado ridícula como para refutarla, cabe alertar sobre el método que emplea. Lucy Dawidowicz lo ejemplifica con una de las “pruebas” de Irving: la transcripción de una llamada telefónica de Himmler a Heydrich²¹¹ durante la que el primero dijo: *Transporte de judíos de Berlín / No liquidar.*²¹²

De estas dos líneas (tomadas de un total de cuatro, escritas a mano) Irving concluye que Hitler, enterado de que Himmler tramaba el asesinato de judíos, se apresuró a detenerlo, y por ello Himmler obedientemente llamó a Heydrich para que se cumpliera la orden de “no liquidar”. Por varios motivos, la “explicación” de Irving carece de todo sentido.

En primer lugar, porque Himmler siguió matando judíos *después de esa fecha*. Resultaría extraño que ordenara “no liquidar” exclusivamente para *ese* transporte específico.

En segundo lugar, si Himmler ocultaba a Hitler que hacía matar judíos (antes y después de la mentada llamada), es raro que en este caso específico le transmitiera la información.

Irving ni siquiera cuenta qué ocurrió finalmente con el referido transporte: si las víctimas regresaron a sus hogares, o si de todos modos fueron liquidadas al poco tiempo.

Las tres preguntas antedichas son fácil y rápidamente respondidas si se leen los dos primeros renglones de la transcripción (reiteramos que Irving cita

sólo los dos últimos renglones de un total de cuatro). El mensaje completo decía así: *Arreste al Dr. Jekelius / Probablemente es el hijo de Molotov / Transporte de judíos de Berlín / No liquidar.*²¹³

Ahora el cuadro es claro. Himmler llamó a Heydrich para darle la específica información de que en el transporte iba un tal Jekelius (probablemente el hijo del ministro de Exteriores soviético). La orden consistía en que una vez que se detuviera a Jekelius, no debía ser liquidado (quizá se especulaba con intercambiarlo por prisioneros alemanes). Jekelius podía ser incluido en el transporte de los judíos procedente de Berlín pero, a diferencia del resto de los transportados, se ordenaba “no liquidar”.

A partir de eliminar la mitad del texto, Irving lo presenta como si Hitler estuviera preocupado por detener la matanza de judíos. Para colmo, agrega incoherencia a su malicia, ya que se contradice a sí mismo. Porque si fuera cierto que Hitler era el responsable de la llamada de Himmler, ello querría decir que Hitler *estaba al tanto* de que a los judíos se los mataba y por ello quiso evitar este caso en particular.

Los libros de Irving gozaron de recensiones en prestigiosos medios de prensa internacionales y llegó a ser testigo por la defensa en el desdichado juicio contra el negacionista Ernst Zündel (1988), en el que declaró que las cámaras de gas eran una patraña. Sus mentiras fueron finalmente desarticuladas por Deborah Lipstadt,²¹⁴ quien durante un lustro había acopiado los “datos” provistos por el “historiador”.

La NH nos plantea un serio dilema: perdemos al refutar sus argumentos (ya que de este modo los legitimamos como “opinión para abrir el debate acerca del Holocausto”), pero también perdemos si *no* les contestamos (“los judíos carecen de argumentos”). Los métodos para confrontar el fenómeno merecerían un volumen especial que escapa del marco que nos impusimos para este libro.

Mencionamos sí, los cuatro niveles de la NH, en orden de la sofisticación

de sus argumentos: 1) el Holocausto nunca ocurrió; 2) las cifras fueron infladas; 3) no hubo ningún plan sistemático de exterminio; 4) Holocaustos se producen en todas las guerras, y debido a una etnolatría típica de judíos, éstos cacarean sólo el propio genocidio como si fueran los monopolizadores del dolor.

La NH es un fraude peligroso, porque al blanquear los crímenes del nazismo hace posible su reedición, y porque disemina el odio bajo la excusa de “libertad de expresión”. En rigor, hay muchos argumentos para limitarles esa libertad, puesto que transgreden doblemente la ley: por apología del delito y por incitación a la violencia.

La NH devino en una política explícita y prioritaria del poderoso régimen petrolero de los ayatolás iraníes. Uno de los motivos de ello es que la NH permite blandir el mito propagandístico del control judío mundial. La patente realidad de la Shoá constituye de por sí un crudo mentís a la superchería de que los hebreos rigen el mundo. Por ello, quien quiere alimentar el odio con la teoría de la conspiración, necesita banalizar el Holocausto o negarlo expeditamente.

El presidente de Irán se ha trazado el explícito designio de “borrar del mapa” al Estado hebreo y, para ello, requiere eliminar el Holocausto de la conciencia pública y “probar” que los judíos no han sufrido sino que, sólo gracias al dominio que ejercen, han podido imponer “la gran mentira de su padecimiento”.

La NH ha expandido la mitología judeofóbica. A leprosos, adoradores de asnos, deicidas, pueblo testigo, asesinos de niños, bárbaros, virus racial, explotadores, confabuladores internacionales y racistas, se agrega el de “inventores de Holocaustos”.

183 Arad, *ibid.*, pág. 262.

184 El perro era amistoso mientras su dueño no lo azuzaba con el grito de guerra. Ver Donat, Alexander (editor): *El campo de la muerte de Treblinka*, en inglés, Biblioteca del Holocausto, Nueva York, 1979, pág. 313.

185 Silvano Santander, *op. cit.*, pág. 64.

186 En el segundo párrafo de *Las mentiras convencionales de la civilización* (1883), un notable éxito traducido a quince idiomas, proscrito en Rusia, y prohibido y quemado públicamente en Austria. Ver nuestro *Max Nordau y la política en Célebres Pensadores*, Universidad ORT Uruguay, 2007.

187 Nos hemos extendido en el Holocausto y sus circunstancias en nuestro *Desde el juicio a Eichmann*, Universidad ORT Uruguay, Montevideo, 2014.

188 *El Holocausto en documentos*, Yad Vashem, Jerusalén, 1996, pág. 107.

189 El 1 de marzo de 1943, organizada por el rabino Stephen Wise en el Square Gardens.

190 El 1 de octubre de 1943.

191 Unos pocos judíos daneses enviados por la Gestapo a Teresienstadt, fueron ulteriormente devueltos a Dinamarca.

192 El arzobispo y el Partido Social Democrático protestaron contra esa entrega, y el gobierno no reincidió. En el año 2000, Finlandia pidió disculpas.

193 Al estallar la guerra, Bulgaria se declaró neutral. Dos años después fue un satélite del Eje nazi. En septiembre de 1944, el ejército soviético penetró en Bulgaria y ésta pasó a combatir contra Alemania.

194 Sobre precisiones acerca de daneses y búlgaros, ver Jacob Robinson: *Y lo torcido se enderezará*, en inglés, Macmillan, Londres, 1965, págs. 255-256. Por ejemplo, no es cierto que el rey danés se colocara una estrella amarilla, ni que el búlgaro prohibiera el traslado de hebreos a los campos. Sí es cierto, por otra parte, que Bulgaria y Finlandia se negaron a entregar a sus judíos y ello no resultó en la invasión de Alemania a esos países. Hungría, por el contrario, fue invadida cuando el presidente Horthy se mostró reacio a enviar a los israelitas húngaros a Auschwitz.

195 Sobre el rol de los palestinos (y del Imperio británico) en la generación del conflicto en Medio Oriente, ver Marcos Israel: *Antisemitismo y conflicto árabe-israelí*, Ediciones B, Montevideo, 2014, págs. 27-55.

196 Dennis Prager y Joseph Telushkin: *¿Por qué a los judíos?*, en inglés, Simon & Schuster, Nueva York, 1983, pág. 168.

197 Nos basamos en Manfred Gerstenfeld: *El abuso de la memoria del Holocausto*, en inglés, Jerusalem Center for Public Affairs y el ADL, Jerusalén, 2009.

198 O, como lo expresó el político francés Jean-Marie Le Pen, “el Holocausto fue un pequeño detalle de la guerra”.

199 El juez Wilfred Tucker, el 23 de febrero de 2009. El nombre del agresor es David Ahenakew.

200 El programa fue transmitido el 4 de marzo en el canal 2 de la TV holandesa.

201 Mehmet Sahin, doctorante de la Universidad Libre (“Vrije”) de Ámsterdam.

202 El evento tuvo lugar el 22 de enero de 2013, organizado por el programa de posgrado en Derechos Humanos de la Universidad Autónoma. El director del programa exhortó a México a romper con Israel.

203 Manfred Gerstenfeld, op. cit., pág. 20.

204 Publicada en *Commentary*, octubre de 1989.

205 El primer libro de Paul Rassinier: *Desenmascarando el mito del Holocausto*, 1964, recopilaba sus artículos desde 1948.

206 Arthur Butz: *La patraña del siglo XX* (1977). Butz es profesor asociado de ingeniería eléctrica y computación en la Universidad de Northwestern, que defendió su libro por “libertad académica”. Ver Kenneth Stern: *La negación del Holocausto*, en inglés, AJC, Nueva York, 1993, pág. 11.

207 Aunque el instituto convoca a profesores, sus miembros carecen de títulos en historia. Rassinier estudió geografía, Butz ingeniería electrónica, Faurisson literatura, etc.

208 Fundado por el *Liberty Lobby*, el grupo neonazi más activo de los EE. UU. El *Institute for Historical Review* está localizado en Torrance, California.

209 Así volvió a expresarse Irving en un discurso a principios de septiembre de 1983 ante el IHR en Anaheim, California. Ver Deborah Lipstadt, op. cit., pág. XV (la introducción).

210 *La muerte del General Sikorski* (1967), y *La destrucción del convoy PQ 17* (1969).

211 Era el 30 de noviembre de 1941 a las 13.30 y Heydrich se encontraba en Praga.

212 Judentransport aus Berlin / keine Liquidierung.

213 Verhaftung Dr. Jekelius / Angebl ich Sohn Molotovs / Judentransport aus Berline / keine Liquidierung.

214 En su libro *Negando el Holocausto: el creciente asedio sobre la verdad y la memoria*, en inglés, Free Press/MacMillan, Nueva York, 1993.

CAPÍTULO 10

RUSIA Y EL PARADIGMA CONSPIRACIONAL

El cantonismo

Hemos dicho que en la época moderna el país con más libelos de sangre fue Rusia, con el agravante de que, en contraste con los papas y monarcas de Occidente, los zares estimularon la calumnia en juicios que se reiteraban en decenas de aldeas.

Hasta el siglo XIX la presencia de judíos en el reino moscovita no había sido tolerada. Cuando Iván IV el Terrible anexó la ciudad de Pskov a su territorio, dio la orden de que los judíos que no se dejaran bautizar fueran ahogados. Se sabe de un caso en 1738 en que se acusó a un judío de convertir a un ruso al judaísmo, y ambos fueron quemados en la hoguera en San Petersburgo. Cuando cuatro años después le fue solicitada la admisión de judíos con propósitos comerciales, la zarina Elizabeth Petrovna replicó: “No acepto beneficios de los enemigos de Cristo”. Dos décadas más tarde Catalina II la Grande formuló una invitación a los extranjeros para que se radicaran en el país, pero explicitó: “Todos, excepto los judíos”.

El gran cambio se produjo con la partición de Polonia a fines del siglo XVIII, porque el mayor bloque de israelitas quedó impensadamente bajo dominio ruso. Durante el siglo XIX la mitad de los judíos del mundo vivían en Rusia —aproximadamente cinco millones de un total de diez—. La

judeofobia era agravada por los sucesivos juicios de asesinato ritual, cualesquiera que fueran los veredictos finales. Los judíos tenían prohibido residir fuera de la *Zona de Residencia* estipulada para ellos.

Las peores víctimas de la judeofobia zarista fueron los niños, mayormente debido al sistema de reclutamiento promulgado en 1827, conocido como *Cantonismo*. La ley establecía que la edad de conscripción obligatoria sería los doce años, bajo el pretexto de excluir a quienes sostenían a sus familias.

El objetivo verdadero lo aclaraba la propia ley, al fijar que “los menores judíos serán colocados en establecimientos de entrenamiento preparatorio para servir en el ejército del zar por veinticinco años durante los cuales serán guiados a fin de aceptar el cristianismo”. Los niños así reclutados se llamaban cantonistas (“cantones” eran las barracas de entrenamiento) y se los disciplinaba bajo amenaza de hambre y castigos corporales.

Sobre los hombros de los líderes comunitarios judíos se depositaba la responsabilidad de alcanzar altos cupos de adolescentes. Éstos provenían de los hogares más carenciados, de los que eran arrancados para siempre.

Cada comunidad era obligada a recurrir a bravucones llamados *jápers* (“secuestradores” en idioma ídish) que arrebataban a los niños ante los gritos de padres y vecinos. Desde los ocho años de edad, los niños eran aprisionados en el edificio de la comunidad y de allí los recogía el ejército. El sistema se hizo más riguroso durante la Guerra de Crimea (1854), cuando la cuota se fijó en treinta conscriptos por cada mil judíos y las bandas de *jápers* acechaban para cazar a sus víctimas.

De la *Zona de Residencia*, los niños eran transferidos hasta Siberia, en viaje de varias semanas. El pensador ruso Alexander Herzen registró su encuentro con un convoy de cantonistas en 1835, cuando recibió del oficial a cargo la siguiente explicación: “Un muchachito judío es una criatura debilucha y frágil... no está habituado a marchar en ciénagas por diez horas diarias, ni a comer galleta entre gente extraña, sin madre ni padre que lo

mimen; por ende tosen y tosen hasta que se tosen enteros a la tumba... Ni la mitad llegará a destino; mueren así nomás como moscas... Ya dejamos un tercio en el camino” dijo, señalando la tierra.²¹⁵

Durante las tres décadas en que se impuso el cantonismo, cuarenta mil niños judíos fueron reclutados. El mentado nombre bíblico *Be-emek Ha-Bajá*, *En el valle de Lágrimas*, también fue el título de una novela del escritor ídich Mendele Mojer Sforim (m. 1917) en la que se narra el horror del cantonismo. Del mismo modo, Peretz Smolenskin y otros escritores incluyeron páginas escalofrantes sobre el tema.

Una vez en las barracas, los niños que sobrevivían eran entregados a sargentos que habían sido entrenados para “influir” en la religión de los mancebos. Los “educadores” usaban hambre, privación de sueño, azotes y varios otros tormentos hasta que alcanzaba a los niños el bautismo o la muerte. Después de la ceremonia, los jovencitos debían cambiar sus nombres, eran registrados como hijos de padrinos designados y comenzaban el entrenamiento propiamente dicho. Sus nuevos camaradas frecuentemente les hacían recordar su origen judío por medio del maltrato y la humillación. El zar Nicolás I definía el cantonismo como “el método para corregir a los judíos del reino”.

Un efecto colateral del sistema fue que muchos padres, reticentemente, optaban por enviar a sus hijos a escuelas públicas o a colonias agrícolas, ya que así se los eximía de la conscripción. Por ello el gobierno decidió que fueran financiadas por el *impuesto de vela*, un gravamen sobre las velas para rituales judíos, como recordatorios y casamientos.

La deplorable situación de los judíos de Rusia los llevó a creer que un zar con nuevas ideas personificaría un promisorio amanecer. El hombre fue Alejandro II, cuya política liberal se conoce como la *Era de las Grandes Reformas*, y es todavía llamado el *Zar Libertador* en la historiografía rusa. En lo que se refiere a los judíos, el cantonismo fue abolido y la *Zona de*

Residencia mitigada. Como escribe Chaim Potok en su historia de los judíos, los iluministas judíos en Rusia supusieron que alboreaba la Emancipación según el modelo occidental “y el baile comenzó”.²¹⁶ Pero no calcularon que el proceso liberador desataría un violento contragolpe.

El fin del baile

Ya avanzados en el tema de la judeofobia, casi podemos prever lo que ocurrió: como en Francia y Alemania, los judíos ingresaron en las artes y el periodismo, fueron abogados y dramaturgos, críticos y compositores, pintores y poetas. De súbito se los percibió notorios y ubicuos en la vida política y cultural del país. Y no a todos los gentiles los entusiasmó esta imprevista participación judía en la vida de la patria.

Los literatos comenzaron a incluir estereotipos judíos repulsivos, que poblaban las obras de Lermontov, Gogol y Pushkin. Dostoievsky fue más lejos y en *La Cuestión Judía* (1873) justificó la repulsa, acusando a los judíos de “explotadores, chupasangres de la población que los rodea, en especial de los pobres e ignorantes campesinos... Los rusos, ciudadanos del único país donde el cristianismo es aún fuerza dominante, son considerados por los judíos como bestias de carga”. Para él, los judíos, sentados sobre sus bolsas de oro, tramaban contra Rusia desde el Oeste. Pero “el baile” continuaba.

La prensa y la literatura judías florecieron, especialmente en hebreo y en ídish; también en ruso. Zvi Dainow publicó en hebreo un sermón en honor del zar, y Lev Levanda llamaba a los judíos a “despertar bajo el cetro de Alejandro II”. Súbitamente se apagaron las luces. El 31 de marzo de 1881 fue una de las fechas más fatídicas de la historia judía. Marcó el mayor éxodo de judíos de la historia, ya que a partir de ese momento dos millones de ellos establecieron las comunidades judías de los EE. UU., de la Argentina y

Latinoamérica, y de la tierra de Israel.

El asesinato de Alejandro II fue el trampolín para una furibunda reacción judeofóbica, so pretexto de que la célula revolucionaria que asesinó al zar incluía a la joven judía Hesia Helfman.

El nuevo y precario régimen convocó a las masas culpando a “los judíos” del regicidio. Las viejas formas de la judeofobia rusa (*Zona de Residencia*, cantonismo, etc.) fueron reemplazadas a partir de Alejandro III por otras más temibles como los *pogromos* (“embestida” en ruso): ataques del populacho contra la población indefensa, con saqueos, incendios, violaciones y asesinatos. El baño de sangre inspirado por el gobierno ocurrió en tres olas de furor creciente, y dejó decenas de miles de muertos, e incontables mutilados y heridos.

El primero de los pogromos tuvo lugar en abril de 1881 en Yelizavetgrad. El nuevo ministro de Interior, conde Nicolás Ignatiev, los denominó “actos de justicia espontánea del pueblo ruso explotado”.

Por un lado, los grupos revolucionarios redoblaron su accionar; por el otro, surgieron organizaciones reaccionarias para combatirlos, con el propósito de revertir la liberalización de Alejandro II. Entre ellas la *Liga Sagrada*, la *Unión del Pueblo Ruso*, las *Centurias Negras*, la *Nobleza Unificada*. Su lema era “Golpea al judío y salva a Rusia”.

En cuanto a los bolcheviques y anarquistas, muchos aceptaron los pogromos, en los que veían un medio para despertar al pueblo, que eventualmente se volcaría contra el régimen. Su lema revolucionario era “¡Golpea a la burguesía y al judío!”.

Del siguiente modo informó Ignatiev al zar acerca de la violencia desatada: “Durante los últimos veinte años los judíos gradualmente ganaron el comercio y la industria... hicieron todos los esfuerzos para explotar a la población general... Así han fomentado una ola de protesta, que cobró la infortunada forma de violencia... La justicia exige normas severas que

alteren las relaciones entre los habitantes generales y los judíos, y protejan a los primeros de la dañina actividad de los últimos”.

Estas “normas severas” fueron conocidas como las *Leyes de Mayo*, decretos “temporarios” que se aplicaron a los judíos por casi cuatro décadas (hasta la revolución de 1917) y que les prohibían residir fuera de ciertas ciudades y aldeas (cien en total) y cancelaban todo contrato de compraventa con judíos en las áreas prohibidas. De este modo, los comerciantes rurales se libraron de la competencia de sus colegas judíos, y los policías fueron dotados de un instrumento permanente de extorsión y maltrato a los judíos que aún vivían en regiones vedadas.

Gracias a la presión internacional, un decreto proyectado fue abortado: la expulsión de todos los judíos a las planicies de Asia Central. Pero una restricción que sí se agregó en la nueva Rusia fue el *Numerus Clausus* (“números cerrados”) para estudiantes judíos (esta práctica restrictiva prevaleció en otros países, incluso en los EE. UU.).

En julio de 1887 el Ministerio de Educación estipuló para los establecimientos secundarios y terciarios, un tope de 10% de judíos en las ciudades de la Zona de Residencia, 5% fuera de ella, y 3% en Moscú y Petersburgo. A veces estos topes incluían aun a judíos que se habían convertido al cristianismo.

Uno de los propulsores de estas restricciones fue el conde Constantino Pobedonostev, cuyas responsabilidades eran las de un ministro de religión. Pobedonostev opinaba que los judíos tenían más talento que los rusos, y por ello temía que los dominaran y bregaba por la total rusificación. De él se dice que vaticinó su destino: “Un tercio morirá, un tercio emigrará y un tercio se asimilará”.

Los Protocolos

Hubo otra faceta de la judeofobia rusa que tuvo vasta influencia a largo plazo: el modo que encontró para autojustificarse. La *Ojrana*, policía secreta del zar, procuraba explicar ideológicamente sus acciones por medio de un libro que actualizara la vieja tradición demonológica. Había buenos precedentes.

El primero de ellos, según vimos, era la obra en cinco tomos del abate Barruel (el que frustró el *Sanedrín* de Napoleón) en la que “mostraba” que la detestada Revolución francesa había sido la culminación de una milenaria conspiración secreta.

Tres libros que emparentaban la conspiración con los judíos aparecieron en 1869: uno alemán (*El discurso del rabino* de Hermann Goedsche), uno francés (*El judío, el judaísmo y la judaización de los pueblos cristianos* de Gougenot des Mousseaux)²¹⁷ y uno ruso (*El libro del Kahal* de Jacob Brafman).

Una fuente adicional que se citaba era inglesa, y no surgía de textos judeofóbicos sino de una travesura literaria. En un párrafo de la novela *Coningsby* (1844) de Benjamín Disraeli, un judío aristocrático de nombre Sidonia refiere cómo durante sus travesías por Europa en busca de un préstamo, comprobaba que en cada país el ministro al que entrevistaba era indefectiblemente judío. Sidonia concluye con el siguiente comentario: “Ya ves, entonces, mi querido Coningsby, que el mundo está gobernado por personajes muy diferentes de los que imaginan quienes no están detrás del escenario”.²¹⁸ Quien parecía alertar sobre “el peligro” era nada menos que la pluma de un judío que llegó a ser primer ministro del Reino Unido. (Cabe aclarar que quienes citaron el texto para “demostrar el poder de los judíos”, omitieron cuidadosamente el hecho de que los varios ministros mencionados en la novela, en rigor, no eran judíos).

El mito del dominio judío mundial reaparece hacia 1850 en muchos diarios alemanes que penetraban en las “raíces misteriosas” de la revolución de 1848.

La novela *Biarritz* de Goedsche refiere, en el capítulo titulado *En el cementerio judío de Praga*, una reunión secreta nocturna durante la Fiesta de las Cabañas, en la que los delegados de las doce tribus de Israel planeaban una vez por siglo la toma del planeta.

Otra publicación en alemán, que por 1875 ya iba por la séptima edición, fue *La conquista del mundo por los judíos*, de un tal Millinger (alias Osman-Bey). Allí se señalaba como fuente del mal a la *Alliance Israélite Universelle* (aunque había sido fundada en 1860, se la presentaba como si fuera de una milenaria antigüedad). El autor augura que “En un mundo sin judíos las guerras serán menos frecuentes porque nadie lanzará a una nación contra la otra; cesarán el odio entre las clases y las revoluciones, porque los únicos capitales serán nacionales, que jamás explotan a nadie... Tendremos ante nosotros la Edad de Oro, el ideal del progreso en sí... ¡Arrojad a los judíos al África! ¡Viva el principio de las nacionalidades y de las razas! La *Alliance Israélite Universelle* sólo puede ser destruida mediante el exterminio total de la raza judía”.

En vista de que varios suponían que el centro de la confabulación se localizaba en la *Alliance* de París, en esta ciudad la *Ojrana* zarista instaló al agente Orgeyevsky con el objeto de “documentar” las siniestras actividades judías.

El ministro Peter Stolypin descartó varias propuestas por considerarlas “propaganda inadmisibles para el gobierno”, pero finalmente aceptó un panfleto del místico Sergei Nilus escrito en 1902. El mamotreto supuestamente contenía los “verdaderos” protocolos del congreso efectuado en Basilea un lustro antes (el Primer Congreso Sionista Mundial) que, aunque supuestamente había fingido el propósito de establecer un hogar nacional para los hebreos, en realidad lo habían convocado para llevar a cabo un siniestro plan de dominación mundial. En esos *Protocolos de los Sabios de Sion*, los rabinos y líderes expresan sin pudor su sed de sangre,

maquinaciones y ansias de poder.²¹⁹

Durante los primeros quince años, los *Protocolos* tuvieron poca influencia. Su suerte cambió cuando salió publicado un artículo en el *Morning Post* de Londres (el 7 de agosto de 1917), que sugería la existencia de un gobierno judío secreto e internacional. Los rusos decidieron enviar copias de los *Protocolos* a numerosos diarios europeos para “corroborar” la hipótesis.

El éxito de la patraña no tuvo precedentes. Millones de ejemplares se vendieron en más de veinte idiomas. En los EE. UU. su gran mentor fue el magnate del automóvil Henry Ford, quien hace un siglo difundió la mentira en su diario *The Dearborn Independent*. También *The Spectator* londinense requirió en 1920 que se designara una Comisión Real para revisar si existía o no una confabulación judía internacional para destruir el cristianismo.

De ser probada su existencia, esgrimía la prensa, “se justificará nuestra cautela para admitir judíos a la ciudadanía... Debemos arrastrar a los conspiradores a la luz, y mostrarle al mundo cuán malvada es esta plaga social”.

¿Suena parecido al Sínodo de Conversos del año 1235? ¿Beben los judíos sangre cristiana? ¿Nos dominan secretamente? La Comisión Real nunca fue erigida, gracias a que un corresponsal del diario *The Times*, Philip Graves, descubrió casualmente la novela sobre cuya base se habían fraguado los *Protocolos*.

Se trataba de una sátira contra Napoleón III escrita medio siglo antes: *Diálogos en el infierno* (1865) de Maurice Joly, en la que los franceses (no los judíos) acumulaban poder. De sus 2560 renglones, 1040 habían sido copiados literalmente por Nilus, palabra por palabra.

El fraude había sido desenmascarado. El editorial del *Times* del 18 de agosto de 1921 fue una resonante admisión del macabro error. Los *Protocolos* eran falsos y la conspiración judía mundial un nuevo mito judeofóbico.

Sin embargo, a pesar de la evidencia, tal como había sucedido con el libelo de sangre y con el caso Dreyfus, el hecho de que la patraña fuera racionalmente desenmascarada no disminuyó el odio. Los *Protocolos* siguieron difundiéndose, y se creía en ellos apasionadamente. Aun en 1992 salió en primera página del diario *Sovetskaia Rossiia* una serie de artículos de Yoann (Metropolitano Ortodoxo Ruso de Petersburgo) que denunciaba los *Protocolos* como un complot judío del que Rusia era el primer blanco.

Segunda gran frustración

La apertura de Alejandro II constituyó un *déjà-vu* que hace recordar las esperanzas avivadas por el Iluminismo un siglo antes, después de más de un milenio de judeofobia cristiana. ¿Qué vemos ahora en el horizonte? Parece nuevamente la salvación de los judíos de las garras de viejos mitos, la discriminación y el desprecio, las mentiras y leyendas. Es la Rusia del siglo XX en cuyo aire flota el racionalismo, y en la que los revolucionarios que luchan por la igualdad se mofan de las supersticiones del pasado y planifican la religión de la razón en un mundo de confraternidad. La revolución bolchevique pondría fin a la discriminación y la violencia de los zares... pero, oh sorpresa, muchos de sus portaestandartes mostraron ser judeófobos.

Entre ellos, los teóricos del anarquismo parecían propugnar la destrucción del viejo régimen entero, salvo su judeofobia. Así escribía en 1847 el francés Pierre Proudhon: “Esta raza lo envenena todo al entrometerse por doquier. Exigid su expulsión de Francia, a excepción de los hombres casados con mujeres francesas. Prohibid las sinagogas, no los admitáis en ningún empleo, procurad la abolición final de esta secta... El judío es el enemigo de la raza humana. Uno debe devolver esta raza al Asia o exterminarla... Por fuego o expulsión el judío debe desaparecer... Lo que los pueblos de la Edad Media

detestaban por instinto, yo detesto por reflexión, y de modo irrevocable”.

El principal teórico de la revolución, Carlos Marx, nació en una familia israelita pero fue bautizado a los seis años porque su padre Hirschel (hijo, yerno y hermano de rabinos) cambió su nombre por Heinrich y se convirtió cuando un edicto prusiano de 1817 prohibió a los judíos ejercer la abogacía. Heinrich fue uno de los miles que se bautizaron debido a la reversión post-napoleónica de la Emancipación.

El primer ensayo publicado por Carlos Marx se tituló *La cuestión judía* (1844) y fue una respuesta al libro homónimo de Bruno Bauer. Mientras éste condicionaba la Emancipación de los judíos a que abjuraran de su religión, para Marx, por el contrario, la apostasía no era suficiente. La única manera de eliminar la religión era la eliminación del Estado.

A los efectos de ver qué es el judaísmo, arguye Marx, hay que detenerse en la práctica y no en la teoría: “La nacionalidad quimérica del judío es la del comerciante... La base secular del judaísmo es la necesidad práctica, el interés propio. ¿Cuál es el culto mundano del judío? El chalaneo. ¿Cuál es su dios mundano? El dinero. La sociedad burguesa crea continuamente judíos... La emancipación del chalaneo y del dinero, y consecuentemente del judaísmo real, será la autoemancipación de nuestra era”.²²⁰

Por todo ello, era inútil hablar de Emancipación; la sociedad burguesa es enteramente judía porque está sometida al dinero. La emancipación humana es, en el libro de Marx, un sinónimo de la abolición del judaísmo.

Hemos trazado dos contrastes. Uno, el del enciclopedismo con el contexto medieval del que provenía; otro, el del socialismo con su telón de fondo zarista. La pregunta es por qué estos dos movimientos, que se postulaban como voceros del racionalismo y la confraternidad, estuvieron infestados de la judeofobia que caracterizaba al viejo orden.

Aparentemente, las sociedades europeas estaban tan saturadas por siglos de odio antijudío, que fueron incapaces de producir un iluminismo o un

socialismo libres del mal. En un abarcador estudio, el historiador Zosa Szajkowski no pudo encontrar una sola palabra en defensa de los judíos en la literatura socialista francesa entre 1820 y 1920, aun cuando la mitad de ese lapso estuvo repleta de seiscientos pogromos. Saint-Simon fue la notable excepción de la judeofobia izquierdista en Francia, ejemplificada en los mentados casos de Toussenel, Fourier y Proudhon.

Los escritos y biografía de Marx nos permiten reflexionar sobre cuatro aspectos de la judeofobia, a saber:

A) Los judeófobos inflan la importancia de los judíos de los que disgustan, y enfatizan su judeidad aun cuando sea virtualmente inexistente. Así, para los nazis el comunismo era una ideología judía, y lo “probaban” con el desjudaizado Marx. También el anarquista Mikhail Bakunin (quien adhería al viejo mito de los judíos como “nación de explotadores”) tachaba a Marx de “Moisés moderno”.

Contrariamente, cuando el judeófobo reconoce judíos en la causa de la que aprueban, saltean expeditamente su judeidad. Así, los regímenes estalinistas frecuentemente ocultaron el origen judío de Marx.

B) Como los judíos eran acusados desde ambos flancos del mapa político con argumentos contradictorios, no tenían ninguna posibilidad de salir airosos de la acusación (como cuando se les censura a un tiempo el ser avaros y ostentosos, o entrometidos y muy cerrados). A pesar de su sufrimiento bajo los estados cristianos, los judíos fueron ulteriormente vistos por muchos librepensadores como el germen culposo del cristianismo. Del mismo modo, la judeofobia de Marx y los marxistas no disuadió a los judeófobos anticomunistas de acusar a “los judíos” de haber creado el marxismo. Por esta razón, durante la guerra civil que siguió a la revolución bolchevique, las bandas de combatientes anticomunistas en Ucrania asesinaron a cincuenta mil

civiles judíos.

C) Otro rasgo típicamente judeofóbico de Marx fue pasar por alto tanto el sufrimiento de los judíos como la existencia del odio antijudío en su época. Su antagonismo se expresó en ensayos y en correspondencia privada. Nunca emitió una palabra de solidaridad para las víctimas de los pogromos, cuya inmigración a Londres comenzó mientras Marx vivía allí. Este “humanismo selectivo” es una característica de los judeófobos de izquierda, judíos y no-judíos por igual. En 1891 la reunión de la Segunda Internacional Socialista en Bruselas (que incluyó a muchos delegados judíos) rechazó una moción de condena a la creciente judeofobia.

En suma, si se desea desenmascarar tendencias judeofóbicas, se debe preguntar al sospechoso si en su opinión la judeofobia realmente existe en el presente. Una respuesta negativa es muy elocuente.

D) Marx también ejemplifica un fenómeno que exacerba la judeofobia, que dio en llamarse *judío ajudaico*,²²¹ concepto que define a un revolucionario radical quien no tiene conexión alguna con el judaísmo pero es percibido como “el judío” por la sociedad que aspira a destruir.

El judío ajudaico simpatiza con todos los perseguidos, siempre y cuando *no lo sean por judíos*. Así lo definía una carta de Rosa Luxemburgo: “¿Para qué vienes a mí con tus penas judías? Me siento cerca de las desdichadas víctimas de las plantaciones de caucho en Putumayo, o de los negros del África con cuyos cuerpos los europeos juegan a la pelota... No tengo en mi corazón un rincón reservado para el gueto: me siento en mi hogar en todo el mundo, doquiera que haya nube y pájaros y lágrimas humanas”. En retrospectiva, esos judíos del gueto en 1916 habrían gustosamente cambiado su destino con los trabajadores brasileños o africanos. Como ironizó Irving Howe “aun en el más cálido de los corazones hay un lugar frío para los

judíos”.

215 *Testigos oculares de la historia judía*, en inglés, editada por A. Eisenberg, Grad Goodman y A. Kass, UHAC, Nueva York, 1973, págs. 182-183.

216 Chaim Potok, su historia de los judíos: *Wanderings*, Hutchinson, Londres, 1978, págs. 376-377.

217 Recibió, “por su coraje”, la bendición papal de Pío IX.

218 Capítulo XV del libro tercero.

219 La historia completa de cómo se fraguó el libro fue explicada por Norman Cohn: *El mito de los Sabios de Sion*, Editorial Candelabro, Buenos Aires, 1967.

220 Carlos Marx: *La Cuestión Judía*, Editores Dos, Buenos Aires, 1970, págs. 141-147.

221 Tal es título del libro de Isaac Deutscher publicado de 1968, un año después de la muerte de su autor.

CAPÍTULO 11

EL COMUNISMO

Lenin, Trotsky, Stalin

A diferencia de Marx y otros socialistas sobre los que venimos reflexionando, el arquitecto de la revolución bolchevique, Vladimir Lenin, demostró estar exento de judeofobia. Al oponerse a las persecuciones zaristas, afirmó que “ningún grupo nacional en Rusia está tan oprimido y perseguido como el judío”. De este modo, Lenin pasó un doble examen: la admisión pública del sufrimiento israelita y la predisposición a combatir la judeofobia.

Una tercera prueba de la que salió airoso es que nunca usó políticamente el odio antijudío. Por ejemplo, en sus discusiones con el *Bund* (partido socialista judío) Lenin no endilgó a la judeidad de sus opositores ser causa (ni parte) del problema. Ni siquiera cuando una joven hebrea atentó contra su vida.

Sin embargo, la actitud personal de Lenin fue eclipsada por el establishment comunista, que desde el comienzo negó específicamente a los judíos el derecho de autodefinirse. Sólo a ellos se les prohibió toda aspiración nacional. Y no nos referimos a la religión, ya que en el terreno religioso el judaísmo no tuvo el monopolio de la hostilidad comunista.

El idioma hebreo fue declarado subversivo y se envió a prisión a quienes lo enseñaran o estudiaran. Más aún, el gobierno comunista destruyó

sistemáticamente la vibrante vida comunitaria judía en Rusia.

En cuanto a León Trotsky, que a cargo del Ejército Rojo aseguró la supervivencia del régimen bolchevique, mantuvo una línea de indiferencia con respecto a los judíos. Sus escritos testimonian que fue consciente de la judeofobia, pero la consideraba un mero resabio de la ignorancia medieval. Para enfrentarla, simplemente había que elevar la conciencia de las masas hasta que se produjera la revolución general.

Esa postura monolítica no varió siquiera cuando fue testigo de la ola de pogromos y habría podido contribuir a detenerlos. Refiriéndose a sí mismo como judío, se opuso a la autodefensa porque “separaría a los hebreos del resto del pueblo”. Podía entenderse que debían dejarse matar hasta tanto triunfara la revolución.²²²

Durante el caso Beilis de crimen ritual, en 1912, Trotsky expresó su “náusea... El antisemitismo en Rusia se ha vuelto un medio de gobierno, una política de Estado”. Ya no se trataba de resabios medievales. Y al poco tiempo, en viaje por Rumania, denuncia que “el país se manifiesta a través de la cuestión judía... Está penetrado por el odio a los judíos... que es una religión”.

En diciembre de 1938 Trotsky escribió un vaticinio del Holocausto: “El número de países que expulsa a los judíos crece sin parar y el número de países que pueden aceptarlos decrece... Podemos, sin dificultad, imaginar lo que espera a los judíos... su exterminio físico”. Sin embargo, su dogmatismo pudo más que su presagio y Trotsky resistió la propuesta de autoprotección judía por considerarla “separatista”.²²³ La revolución, sólo la revolución y nada más que la revolución, sería panacea para los problemas, la judeofobia incluida.

La obvia contradicción entre diagnosticar una urgencia apremiante y sugerir como terapia una estrategia que demoraría cuando menos varios lustros, no pareció perturbarlo, ni siquiera cuando llegó a la conclusión de

que la persistencia de la judeofobia en Rusia no se debía a la incapacidad de la revolución para combatirla, sino a una decisión de reivindicarla. A pesar de ello “la salvación del pueblo judío —escribió— está inseparablemente ligada al derrumbe del sistema capitalista”.

Entre los comunistas la judeofobia devino en “el socialismo de los tontos”,²²⁴ con la salvedad de que, por primera vez, un movimiento judeofóbico insistía en que *no lo era*: sus acciones antijudías se cometían bajo el epíteto de *antisionista*.

Desde 1919 el sionismo fue definido como *movimiento contrarrevolucionario*. Junto con él fueron prohibidas las centenares de escuelas judías del país. Los ejecutores de la obra de destrucción fueron principalmente las fieles *Ievseksia* (*secciones judías* del Partido Comunista). Después de la muerte de Lenin en 1924, José Stalin se transformó en dictador de Rusia por tres décadas. Durante ese lapso la judeofobia soviética se desembozó.²²⁵

El nuevo “problema judío” consistía en que un grupo con características de *pueblo* no respondía a la definición marxista de tal, ya que no podía exhibir con claridad territorio e idioma en común. Como era habitual en el comunismo, si la realidad desafiaba la ideología, pues había que embestir contra la realidad.

Para solucionar “el problema”, además de prohibir la autodefinición de los judíos, se propuso el traslado del grupo a Birobidzhán, un área de 35.000 km² en el lejano Este. Por medio de imponer la mudanza, el gobierno podría detener la expansión japonesa (el territorio linda con Manchuria) y al mismo tiempo conseguiría cosechar el apoyo financiero de los judíos del exterior. Asimismo, las *Ievseksia* veían en Birobidzhán una alternativa contra el sionismo. El 28 de marzo de 1928 se tomó la decisión y unos días después comenzó la migración inducida.

Ese año se prohibió toda publicación en hebreo y muchos escritores judíos

fueron arrestados, mientras en Birobidzhán se establecían, en idioma ídich, varias escuelas, un teatro y un periódico. Mil quinientos judíos comunistas fueron importados desde el exterior. A pesar de la propaganda, los israelitas nunca llegaron a ser ni el diez por ciento de la población general de la región.²²⁶

En 1930 las *Ievseksia* ya habían conseguido la destrucción de la mayor parte de la vida cultural judía en la URSS; por ende, pasaron a ser innecesarias para el régimen y se procedió a su expedita eliminación. Sus líderes, fieles estalinistas de larga data, fueron ejecutados (incluido el jefe Simón Dimanstein) o murieron en la cárcel (como el editor de su diario, Moishe Lirvakov).

Como vimos en el caso alemán, ni siquiera la respuesta del auto-odio salvó a los intelectuales judíos. Osip Mandelshtam, uno de los más valorados poetas rusos de la historia, a pesar de haberse declarado “alérgico a los olores judíos y a los sonidos de la jerga judía” fue arrestado en 1934 y murió en un campo de detención del lejano Este. Ese año se le otorgó a Birobidzhán el estatus oficial de *Región Autónoma Judía* y el mentor del proyecto, Mijail Kalinin, predijo que “en una década será el único baluarte de la cultura nacional judía socialista”. Dos años después, las purgas de Stalin fueron acompañadas por una nueva escalada judeofóbica. Los ataques antijudíos dejaron de ser condenados, y el gobierno se lanzó a la liquidación final de las instituciones israelitas y de sus líderes. Fue un golpe del que ni siquiera Birobidzhán se repondría.²²⁷

Previsible final

A pesar de todo, una circunstancia congeló temporariamente la animosidad soviética. El nazismo entronizado no cesaba de fustigar a los comunistas

como “lacayos judíos”, lo que por reacción generó una línea oficial antijudeofóbica de parte del Kremlin.

Entre 1934 y 1939 la URSS expresó “sentimientos fraternales para con el pueblo judío en reconocimiento a su participación en el socialismo”, e incluso mencionaba el origen judío de Marx (un dato que se sustrajo de la *Enciclopedia Soviética* a partir de 1952).

La calidez se apagó abruptamente, esta vez no por el asesinato de un zar, sino por la firma en 1939 del pacto nazi-soviético que llevó a la Segunda Guerra Mundial una semana después.

Stalin reemplazó a su principal diplomático (Litvinov, de origen judío) por Molotov (con quien los alemanes estuvieron dispuestos a firmar el tratado) y se comprometió ante Hitler a que el resto de los judíos encumbrados en Rusia también serían suplantados.

El Kremlin felicitaba al Tercer Reich por “su lucha contra la religión judía”, y la prensa y radio soviéticas escondieron sistemáticamente los informes acerca de la brutalidad judeofóbica del nazismo. Aun los comunistas alemanes que habían huido, fueron extraditados a Alemania, judíos incluidos.

Algunos ilusos o mentirosos argumentaron que esas medidas eran un ardid de Stalin para ganar tiempo y así armarse para la inevitable guerra. Pero ostensiblemente los partidos comunistas por el mundo abandonaron toda crítica a los males del fascismo o a la judeofobia nazi.

Por ello, cuando un par de años después Rusia fue invadida por Alemania, los soviéticos debieron esforzarse en recuperar la opinión pública mundial. Dos meses después de la invasión organizaron el *Comité Anti-Fascista Judío* (CAFI) conformado por figuras públicas e intelectuales. El 24 de agosto de 1941 los medios rusos anunciaban que “los representantes del pueblo judío se reunieron a fin de convocar a nuestros hermanos judíos en el mundo para ayudar el esfuerzo bélico soviético”.

A pesar de este gran giro, la condena soviética al nazismo se limitaba a vituperar “el asesinato de gente pacífica e inocente” pero se negó consistentemente a presentar a los judíos como blancos predilectos de los nazis. Por lo menos 200.000 judíos morían combatiendo en el Ejército Rojo, y muchísimos eran distinguidos por su heroísmo, pero no generaron “sentimientos fraternales para con el pueblo judío”. Los jefes estalinistas no interrumpieron la ejecución de militares judíos, quienes sólo después de la muerte de Stalin fueron rehabilitados post mortem.

El CAFI, encabezado por Salomón Mijoels, publicaba una revista en ídich, emitía un programa de radio, y en 1943 viajó en campaña recaudatoria a los EE. UU., Inglaterra y otros países. Las comunidades judías por doquier los recibieron con entusiasmo ya que su visita marcó el reinicio de los lazos entre los hebreos soviéticos y el resto de la judería, lazos que se habían cortado con la revolución bolchevique.

Una vez concluida la guerra, y a pesar de que las atrocidades nazis fueron reveladas al mundo, la ocultación del martirio judío continuó impávida. Toda referencia a que la ocupación alemana de la URSS había perjudicado especialmente a los judíos era censurada por los voceros oficiales soviéticos para evitar “tensiones étnicas”. Los libros y películas acerca de la Segunda Guerra ignoraron constantemente la existencia del Holocausto, virtualmente hasta el punto de la negación. En una película rusa de casi una hora que se exhibía a quienes visitaban Auschwitz-Birkenau (allí habían sido asesinados un millón y medio de judíos), la palabra *judíos* no era pronunciada ni una sola vez.

El escritor ídich Vasili Grossman preparó un *Libro Negro* de los crímenes nazis contra los judíos en tierra soviética, pero el libro fue prohibido después de que hubo ingresado en la imprenta. Al régimen no le bastó negar el Holocausto (por omisión), sino que llevó esa política hasta el ultraje cuando usaba las atrocidades nazis precisamente para incrementar la judeofobia, por

medio de vincular el nazismo con el sionismo.

En las Naciones Unidas, los delegados de la Unión Soviética y Polonia no solamente se opusieron a que la Declaración de los Derechos Humanos incluyera la condena de la judeofobia, sino que propusieron que el texto condenara como crímenes raciales “el sionismo, el nazismo y el neonazismo” (en ese orden).²²⁸

En cuanto al CAFI, sus publicaciones fueron finalmente prohibidas, y en enero de 1948 su presidente Mijoels fue asesinado por la policía secreta soviética. Ese año se perpetraron nuevas purgas para poner punto final a toda actividad judía. En Birobidzhán mismo se clausuraron el teatro y las escuelas ídish. La población judía de la *Región Autónoma Judía* había llegado entonces a 30.000 personas, y comenzó su rápida e irreversible disminución. El gran plan de emigración judía pasaba a la historia.

El CAFI fue liquidado con todas las instituciones sobrevivientes, el embate contra el sionismo recrudesció, y se lanzó una caza de brujas contra los nuevos enemigos, los *Cosmopolitas*.

Para fines de 1948, los escritores judíos y las figuras públicas más prominentes ya habían sido arrestados. Durante un juicio secreto en 1952, fueron acusados de conspirar para separar la península de Crimea de la URSS y crear allí “una república judía burguesa que serviría de base militar para nuestros enemigos”. Veintiséis escritores judíos, muchos de ellos leales estalinistas, fueron ejecutados el 12 de agosto de 1952. Desde entonces y hasta el derrumbe de la Unión Soviética, en esa fecha se expresaba en las diversas comunidades hebreas del mundo el *Día de Solidaridad con los Judíos de la URSS*.

Los años negros

El término *Cosmopolitas* se aplicó peyorativamente en la URSS a los intelectuales judíos, a partir de noviembre de 1948, que fue el año pico del chauvinismo ruso en su lucha contra la influencia occidental. El uso del término comenzó en el diario *Pravda*, en denuncias contra los “que no tienen patria” (¡en el país del internacionalismo!). “Patriotas” rusos acudían a “desenmascarar” israelitas en las artes y las letras. Primero revelaban los nombres verdaderos de los judíos que usaban seudónimos, luego abultaban su influencia real, y finalmente “mostraban” cómo los judíos escondían su identidad detrás de nombres rusos para difundir desprecio por Rusia (ejemplo de este “desprecio” podía ser simplemente opinar que escritores rusos habían sido influidos por poetas *Cosmopolitas* como Heine o Bialik).

Esta campaña fue el primer ataque oficial contra los judíos soviéticos como grupo. Aunque atemperó en mayo de 1949, se la considera el comienzo de los llamados *Años Negros* que se extendieron hasta la muerte de Stalin, y durante los que fueron arrestados también los principales rabinos (Epstein, Lev, Lubanov, etc.), muchos de los que murieron en campos de trabajo.

La judeofobia fue un importante instrumento de la política estalinista durante la Guerra Fría, y se extendió más allá de las fronteras de la URSS. En Checoslovaquia, en 1952 fueron detenidos catorce jefes del Partido Comunista bajo acusación de conspirar contra el Estado. Once de ellos eran judíos, incluido el secretario general del partido, Rudolf Slansky. El *Proceso Slansky* fue supervisado por agentes moscovitas especialmente enviados a Praga. Por primera vez en la historia, un foro comunista con autoridad proclamó abiertamente la existencia de una conspiración judía internacional.

Se reiteraba con pertinacia el origen judío de los acusados y se atribuían sus supuestos crímenes a esa causa primera. La fiscalía los estigmatizaba como *sionistas*, aun cuando todos los acusados siempre se habían opuesto al sionismo. Durante el juicio, se atribuyó la crisis económica checa a “los judíos”.

En la Praga de 1952, la embajada de Israel pasó a ser baldonada como un centro mundial de espionaje y de subversión anticheca. El pequeño país judío era presentado como poseedor de ocultos designios de dominio mundial. Ocho de los acusados fueron ejecutados y los tres restantes condenados a prisión perpetua. Cientos de judíos checos fueron arrojados a la cárcel, en muchos casos sin que siquiera mediara incriminación; otros eran enviados a campos de trabajo. (A fines de la década del cincuenta las víctimas del *Proceso Slansky* fueron rehabilitadas, pero las acusaciones contra el sionismo y el Estado de Israel no fueron rectificadas). Así y todo, también en el estalinismo, como había ocurrido con la judeofobia previa, lo peor aún estaba por venir.

El 13 de enero de 1953, doce médicos (nueve de ellos judíos) fueron arrestados en Moscú y acusados de complotar para envenenar a los máximos líderes comunistas. El juicio resultante fue un eco de las acusaciones medievales, pero se interrumpió bruscamente cuando Stalin murió el 2 de marzo. Más tarde se informó que el dictador había previsto utilizar el *Complot de los Médicos* para expulsar a Siberia a cientos de miles de judíos. Lidia Timashuk, la radióloga que había “descubierto” el complot, recibió la Orden de Lenin en mérito a su “heroísmo”.²²⁹

El heredero de Stalin, Nikita Krushev, atenuó la locura de su predecesor, pero no se privó él mismo de exhibir actitudes judeofóbicas. En 1958 admitió que el proyecto de Birobidzhán había fracasado, y atribuyó el fracaso a la “aversión judía hacia el trabajo colectivo y a la disciplina grupal”.

Su política de *desestalinización* denunció las purgas y la brutalidad del tirano, pero no incluyó la judeofobia entre los vicios por corregir. En 1961, siete de los ocho discursos grabados de Lenin fueron comercializados; el único omitido fue el que condenaba la judeofobia. Lo mismo ocurrió con la publicación de las obras completas de Gorki, Leskov y otros, de las que se excluyó celosamente toda reprobación del prejuicio antijudío.

La judeofobia comunista se autodefinió en general como *antisionista*, y difundió en efecto una grotesca caricatura, según la cual el propósito del sionismo no era asegurar un hogar nacional para los judíos en Israel, sino conspirar para dominar el planeta.

Las diatribas contra el sionismo se exacerbaron y exhibieron un tono antijudío más procaz. En 1963 la *Academia Ucraniana de Ciencias* publicó el virulento libro *Judaísmo sin adornos* de Trofim Kichko, que remedaba el estilo de los *Protocolos*.

Además, durante ese año y el siguiente muchos judíos fueron víctimas de juicios públicos por “crímenes económicos” (especialmente el “crimen de la especulación”). De los ciento diez condenados a muerte, setenta fueron judíos. En uno de esos juicios en Ucrania, doce personas fueron declaradas culpables. La mitad de ellos (los no-judíos) fueron enviados a prisión; los seis judíos fueron fusilados.

A partir de la *Guerra de los Seis Días* (1967) los medios de prensa soviéticos continuamente se refirieron al Estado judío como un Estado nazi. Uno de los promotores del veneno, Iury Ivanov, escribió en 1969 *¡Cuidado, sionismo!*, libro que fue bienvenido por la prensa soviética como “el primer trabajo científico y fundamental sobre este tema”. A fin de persistir en la propaganda, en 1983 se fundó en Moscú el *Comité Antisionista*, que en apenas un lustro sacó a la luz 48.000 publicaciones antisionistas.

Después del comunismo

La peculiaridad de la judeofobia post-comunista en Rusia es que no es privativa del populacho. Intelectuales de renombre, científicos y exdisidentes la difundieron en diarios importantes. Un grupo de estos escritores, llamados los *prosistas de la aldea* (entre ellos, Valentin Rasputin, Vasily Belov y

Victor Astafiev), sostuvieron que “los judíos instalan un clima corrupto, que poluciona la pureza del alma rusa honesta y buena”.²³⁰ El matemático Igor Shafarevich (m. 2017) atribuyó la intrínseca maldad de la moderna sociedad tecnológica (la denomina *rusofobia*) a la mentalidad judía. Según él, el judío encarnaba la civilización urbana, antítesis de la Rusia virtuosa y tradicional.

Los argumentos de la judeofobia rusa post-comunista fueron que “los judíos” mataron al zar e instigaron la revolución de 1917 y el terror subsecuente. Su ya conocido método es resaltar hasta el absurdo la presencia de, por ejemplo, alguien como Lazar Kaganovich en el Politburó comunista.

Cabe agregar que la desproporcionada presencia de un 15% de judíos en el liderazgo bolchevique (que en países como Hungría fue aun muy superior) tiene claras explicaciones que exceden el marco de este libro. No obstante, vale la aclaración de que la mayoría de los judíos aceptaron resignadamente al hostil régimen zarista, o bien fueron mencheviques —socialdemócratas—.

Otros mitos judeofóbicos de la Rusia post-comunista actual son: que “los judíos”²³¹ destruyeron la biología en Rusia, y que “los judíos” demolieron los monumentos históricos de Moscú en la década de 1930.²³²

En enero de 2005, cinco mil ciudadanos rusos, incluidos matemáticos, intelectuales y ajedrecistas, enviaron un pedido a la Fiscalía del Estado (llamado “La carta de los cinco mil”) para que investigara a la religión judía por “anticristiana e inhumana”. A mediados de ese año, el fiscal Vladimir Ustinov ordenó una investigación del *Shulján Aruj*, código legal judaico²³³ redactado en 1542.

La maniobra facilitó a veinte parlamentarios de la Duma (de 450 miembros) promover nada menos que la prohibición de todas las organizaciones judías de Rusia. Los veinte incluían a fascistas, comunistas y también algunos miembros del partido *Rodina* (“madre patria”) que combina los ideales socialistas con el nacionalismo.²³⁴

El fiscal Ustinov citó a declarar al rabino de Moscú, Zinovy Kogan, a fin

de que Rusia determinara si el código judío debía ser prohibido por “incitación racial”.

El cinismo de la agresión no consistió exclusivamente en que se revisara una literatura de medio milenio de antigüedad sino, fundamentalmente, en que se revisaran *exclusivamente* libros hebreos.

Si la iniciativa inquisitorial de Ustinov hubiera abarcado el Nuevo Testamento, el Corán, la Patrística, la charía islámica y la literatura venerada por religiones mucho más grandes y poderosas que la judía, los neo-oscuroantistas podrían haber notado que en esos volúmenes podría reconocerse alguna “incitación” contra otras religiones. Especialmente, agreguemos, contra los judíos, quienes fueron víctimas de constantes persecuciones y matanzas debido precisamente a quienes los “investigaron” con obsesión y saña.

La trampa no logró que se clausuraran las instituciones judías de Rusia. Al contrario, probablemente las robusteció y las acusaciones fueron finalmente archivadas. Pero el daño irreparable consistió en inyectar veneno antijudío, sedimentar más y más los viejos prejuicios y enconos, y dejar al judío siempre en el rol de acusado.

En cuanto a otros tipos de izquierda allende la frontera rusa, cabe una referencia a la *Nueva Izquierda*, que atrajo a miles de estudiantes y jóvenes europeos y norteamericanos desde la rebelión en Berkeley de 1964 hasta después del mayo francés de 1968 que llevó a la caída del presidente Charles de Gaulle.

La *Nueva Izquierda* nunca tuvo una doctrina coherente (iban desde el maoísmo hasta el anarquismo, *hippieísmo*, etc.), pero su aspecto judío fue paradójicamente doble: una notable desproporción en el liderazgo²³⁵ (que a veces llegaba hasta más de la mitad); y, junto con ello, un antisionismo virulento y obsesivo.

La *Nueva Izquierda* presentó a los árabes como el Tercer Mundo oprimido

por Israel, y a éste como “representante de la tecnología occidental y un lacayo del imperialismo”. Aclaremos que los culpables de esa postura maniquea no fueron los mentores de esta corriente.

De los dos más destacados, Herbert Marcuse y Jean-Paul Sartre, este último protestó contra el prejuicio de que “Israel es imperialista con sus *kibutzim*, y los árabes son socialistas con sus Estados feudales”. No obstante, esa caricatura fue la norma entre los jóvenes del movimiento, y en alguna medida continúa vigente.

Un país en el que la *Nueva Izquierda* antisionista se extremó fue Alemania. Hacia 1969 la SDS estudiantil interrumpía los actos públicos en los que debía aparecer el embajador de Israel. A fin de ese año, terroristas de la *Nueva Izquierda* intentaron hacer estallar el salón de la comunidad judía de Berlín durante un homenaje a las víctimas del nazismo. En panfletos titulados *Shalom y Napalm* pregonaban la destrucción del Estado de Israel, y exigían a la izquierda alemana terminar con sus sentimientos de culpa con respecto del pueblo judío, que generaban según ellos un “antifascismo neurótico y retrovisor”. Los líderes Ulrike Meinhof y Dieter Kunzelmann terminaron por unirse a los terroristas árabes, y de esa asociación resultó, entre otros atentados, el famoso secuestro hacia Uganda del avión de Air France (1976). Sólo los pasajeros judíos fueron retenidos en Entebbe, hasta que los rescató la fuerza aérea israelí.

[222](#) Ante el nuevo pico de violencia del pogromo de Kishinev (durante la segunda semana de abril de 1903) Trotsky rechazó la autodefensa hebrea para no “colaborar con levantar barreras entre razas, religiones y nacionalidades... (ya que) el objetivo del socialismo es barrerlas”.

[223](#) Ver nuestro “Dos enfoques de la urgencia”, en *El Catoblepas* 42, agosto de 2005,

pág. 5.

224 La difundida expresión *Der Antisemitismus ist der Sozialismus der dummen Kerle*, se atribuye habitualmente a August Bebel, aunque probablemente la acuñó Ferdinand Kronawetter.

225 Entre otras fuentes al respecto, el odio personal de Stalin por los judíos es evidente en las memorias de su hija.

226 Salvo el año récord de 1941.

227 En 1996, novecientos judíos de Birobidzhán se trasladaron a Israel. La población judía de Birobidzhán alcanza unos pocos centenares. Robert Weinberg, *La Sion olvidada de Stalin*, en inglés, University of California Press, Berkeley, 1998.

228 Fue el 14 de octubre de 1965. Ver Emanuel Litvinoff: *Antisemitismo soviético: el juicio de París*, en inglés, Wildwood House, Londres, 1974, pág. 2.

229 Roy A. Medvedev: *Que la historia juzgue*, en inglés, Vintage Books, Nueva York, 1973, págs. 494-495.

230 Henry H. Weinberg, “Antisemitismo intelectual en Rusia hoy”, en inglés, mensuario *Midstream*, junio-julio 1994, págs. 19-21.

231 Y no, por ejemplo, el agrónomo Trofim Lysenko, que no era judío y sí fue responsable del retroceso de la ciencia en Rusia.

232 La referencia es en este caso al arquitecto Moisei Ginsburg.

233 Compilado por el rabino José Caro (oriundo de Toledo) en la ciudad de Safed, en Israel.

234 Esa inclusión motivó al presidente del partido, Dmitri Rogozin, a pedir ulteriormente disculpas.

235 Como Daniel Cohn-Bendit en Francia.

CAPÍTULO 12

EL ANTISIONISMO

La forma actual de la judeofobia

Es notable cómo un Estado, que cabe siete veces en el más pequeño de los países sudamericanos; más pequeño que la menor de las provincias argentinas, y cuya creación constituyó una apremiante necesidad, ha despertado una hostilidad tan sostenida.

La llamada “causa palestina”, que en rigor constituye una campaña para eliminar Israel, logró concitar una popularidad desproporcionada a la urgencia de sus objetivos declarados y a la virulencia de sus conocidos medios.

De las docenas de pueblos sin Estado que hay en el mundo (cachemires, tamiles, ibos, kurdos, neocaledonios, etc.), curiosamente, sólo los palestinos gozaron de enorme simpatía internacional. De los cien millones de refugiados producidos por diversos conflictos desde la Segunda Guerra Mundial, menos del uno por ciento de ellos ha despertado una perpetua atención mundial: los refugiados árabes de las guerras contra Israel, quienes son los que con mayor facilidad podrían haber sido absorbidos en los vastísimos territorios con los que cuentan los países árabes.

Incluso organismos para la defensa de los derechos humanos como *Amnesty International* se apresuran más en denostar a Israel que a los

regímenes totalitarios que son sus enemigos y que perpetran contra esos derechos los abusos más intolerables.

El antisionismo es la forma más persistente de la judeofobia contemporánea. Mucho se ha escrito acerca de en qué medida se trata propiamente de odio antijudío. En pocas palabras: ¿se puede ser antisionista sin judeofobia? El antisionismo descalifica los sentimientos y aspiraciones nacionales de los judíos (y sólo de ellos) y considera a Israel (y sólo a Israel) un Estado ilegítimo.

No nos referimos a las posturas críticas con respecto a políticas específicas de Israel. Estas críticas *no* implican antisionismo ni su componente judeofóbico. Los desacuerdos políticos con algún gobierno de Israel no son nuestro tema, sobre todo si el contradictor también expresa su disenso con otros gobiernos.

Es dable señalar que con frecuencia se trasladan contra Israel los clásicos prejuicios judeofóbicos.²³⁶ Tal característica de la judeofobia fue aceptada por la definición de “antisemitismo” adoptada por la Unión Europea el 1 de junio de 2017:²³⁷ el antisionismo es la forma habitual de la judeofobia actual.

Nuestra materia es la *deslegitimación* del Estado judío, su vilipendio intransigente, la convicción de que Israel no tiene derecho a la existencia. Lo notable es que, en rigor, Israel es uno de los pocos Estados, si no el único, cuya creación era indispensable para salvar millones de vidas.

Aun cuando desde un punto de vista estrictamente teórico, se podría ser antisionista y no judeofóbico, es patente que el antisionismo propone acciones que llevarían a la muerte de millones de judíos.

Muchas veces incluso los propios voceros del antisionismo dejan claro a qué se refieren. Yakov Malik, embajador soviético en la ONU, se quejó en 1973 de que “los sionistas se han presentado con la absurda ideología del Pueblo Elegido” (es bien sabido que el sionismo no tiene nada que ver con el concepto bíblico de Pueblo Elegido; el judaísmo sí).

La autodefinición de *antisionistas* es socialmente más aceptable para los judeófobos de hoy, después de que la judeofobia quedara tan desnuda en la Segunda Guerra. Martin Luther King lo entendió muy bien cuando desechó la distorsión de atacar a los judíos bajo el rótulo de “antisionismo”: “Cuando la gente critica al sionismo, quieren decir a los judíos... ¿Qué es antisionista? Es negarle al pueblo judío un derecho fundamental que con justicia reclamamos para la gente del África y que le acordamos libremente a todas las otras naciones del globo. Es discriminación contra los judíos. En suma: es antisemitismo. A no equivocarse, cuando la gente critica al sionismo, se refiere a los judíos”.²³⁸

El antisionismo comparte las características de la judeofobia que mencionamos al comienzo. Ha transformado a Israel en “el judío” de los países. Despoja a los judíos, y sólo a ellos, del derecho a la autodeterminación, y se propone imponerles peligros muy concretos para los cuales el antisionista no ofrece ninguna solución.

Mecánica mental del antisionista

A fin de enero de 2009, la Primera Secretaria de la embajada noruega en Arabia Saudita, Trine Lilleng, envió mensajes desde el correo electrónico de su embajada en los que equiparaba la Shoá con la contraofensiva israelí “Plomo Fundido” en Gaza. “Los nietos de los sobrevivientes del Holocausto —escribió Lilleng— hacen a los palestinos exactamente lo mismo que los alemanes les hicieron a ellos”.

Seis millones de judíos exterminados sádicamente eran equiparados a un enfrentamiento militar que había cobrado unas mil vidas. La misma comparación se repetía en decenas de medios periodísticos en el mundo entero, con el agravante de que sólo las batallas en las que se ve involucrado

el país de las víctimas de la Shoá son inmediatamente equiparadas al genocidio nazi. Y en esta ocasión lo hacía una diplomática europea en funciones.

No hay otro Estado para el que los medios desenvainen con tanta facilidad el paralelismo con los nazis. Para el poeta británico Tom Paulin, sólo los soldados israelíes son “SS.” Para José Saramago, sólo las víctimas de Israel podrían compararse con las de Auschwitz. Sólo con el Estado hebreo se tiende a descalificar al país en su conjunto —y no a una política determinada— debido a sus errores o defectos, reales o imaginarios.

Un ilustre amigo de Israel en Cataluña, Vicenç Villatoro, notó en el portal del principal diario que, de sus muchos foros, solamente el que se refiere a Israel advierte a los opinantes que se abstengan de lenguaje ofensivo. Hoy en día, casi todo artículo de opinión o noticia que involucre a Israel o el pueblo judío, recibe numerosas respuestas judeofóbicas por parte de los lectores.

También las universidades son inundadas por esta curiosa judeoadrenalina. Ámbitos en donde uno espera la meditación calmosa y el intercambio respetuoso de ideas, cuando se trata de Israel son sacudidos por climas de histórica hostilidad.

En 2002, *The Guardian* de Londres publicó un artículo intitulado “Israel no tiene derecho a existir”. Entre los casi doscientos países que hay, a ningún otro un diario importante podría dedicarle un titular tan franco. Sólo a Israel se le exige autojustificarse y se le niega el derecho de defenderse.

Un escritor hispanoamericano que ejemplifica esa maniquea visión es Mario Vargas Llosa. Se trata de un hombre de derechas que cifra en un comunista sus esperanzas de paz, lo alaba ideológicamente y lo define como uno de “los justos”. En una serie de artículos publicados en octubre de 2005, el peruano declama el sufrimiento de los palestinos, las limitaciones a su transporte, su rezago, los controles que incomodan sus vidas. *El muro*, *Ratoneras humanas* y *El horror* son algunos títulos de la despiadada

tergiversación de los hechos y las caricaturas de judíos brutales. Aun en el único artículo dedicado “a la sombra del terror” —que podría haber constituido el único amistoso para compensar a seis hostiles— termina por prevalecer la palabra comprensiva para quien se mata para ganar el Paraíso matando a otros.

El único problema que existe según Vargas Llosa es “la ocupación”; nunca lo es el impulso destructor muchas veces presente en el islamismo, una mezcla de fascismo, misoginia, medioevo y esclavitud que ha declarado la guerra a Occidente, con Israel como blanco predilecto.

El antisionista oye que el terrorismo palestino ha destruido una generación de niños de su propio pueblo sometiéndolos a la enseñanza del odio; que ha superado al canibalismo al alentar a sus jóvenes a autoinmolarse para matar; o que ha atacado y ataca deliberadamente a niños y civiles. Ante ello ofrece como lacónica respuesta que “Israel ocupa”.

Y bien, Israel no ocupa sino que administra territorios en disputa, sobre los que puede esgrimir derechos históricos pero está dispuesto a negociar. Pero además, y principalmente, aun si la “ocupación” fuera real, se trataría de un diferendo jurisdiccional que en ningún caso puede excusar las peores violaciones de los derechos humanos.

El antisionista infiere más o menos así: si Israel es el gran mal, toda mentira acerca de su conducta pasa a ser un detalle menor, y finalmente es válida como arsenal. Para embestir a Israel es legítimo esgrimir todo argumento, sea verdadero o falso.

En este procedimiento, la mecánica mental del antisionista revela una vez más que es heredera directa de la judeofobia medieval. Recordemos el argumento de Crisóstomo, quien opinó que si bien no era necesariamente cierto que los judíos devoraran a sus propios hijos —como él había sostenido—, de todos modos “mataron a Cristo, que es peor”.

Es decir que endilgar mendazmente crueldades a los judíos estaría

justificado en aras de denunciar el irreversible crimen mayor. Así, una vez refutados todos y cada uno de los argumentos del antisionista, éste terminaría limitándose a reiterar que Israel ocupa, y que eso es lo peor. Es una especie de Estado deicida.

Que Israel no libra ninguna guerra de exterminio contra los palestinos es demostrable con sólo abrir los ojos. Los palestinos son el colectivo más mimado y privilegiado de toda la región, y su crecimiento demográfico es constatable. A pesar de ello, hay unos 150 millones de europeos que prefieren tragar la pavorosa mentira del “Israel genocida” como si fuera un veredicto que no admite pruebas en contrario.

Israel es un Estado que ha ayudado generosamente a casi toda nación que ha sufrido desastres naturales, sea Nepal, Turquía, Ruanda, Ceilán, Indonesia, México, Siria, etc. Un Estado que ha desarrollado la agricultura y la medicina de una buena parte de los países africanos e hispanoamericanos. No es perfecto, porque ninguna creación humana lo es. Pero sorprenden quienes, de entre doscientos Estados, eligen sólo uno para revisar su piedad y su certificado de inmaculada concepción. Sobre todo si justamente es el que se defiende de un terrorismo en una magnitud contra la que ninguna nación del mundo debió enfrentarse.

El obsesivo boicot

Las expresiones del antisionismo son muy variadas. Desde el boicot árabe, que hasta el día de hoy suele excluir a Israel de los mapas, hasta las caricaturas que presentan al israelí como el estereotipo repelente que aspira a dominar el mundo.

A partir de 2005, el más influyente grupo boicoteador responde a las siglas BDS.²³⁹ Su fundador, Omar Barghouti, sostuvo que “la solución es la

eutanasia de Israel”. Anualmente, el BDS organiza semanas de anti-israelismo en los campus universitarios de varios países.

Uno de foros más lamentables del antisionismo fue el de las Naciones Unidas.

Casi dos tercios de las resoluciones de su Asamblea General fueron contra Israel, una desproporción a todas luces sospechosa.²⁴⁰ El sionismo fue el único movimiento nacional permanentemente difamado en la ONU. El 10 de noviembre de 1975 fue declarado “racista”, cuatro años después “hegemonista”, y en abril de 1982 se aprobó dos veces por votación que Israel “no es Estado de paz”. Este epíteto constituía el paso previo a la expulsión de Israel del seno de la ONU. La judeofobia pretérita anhelaba expulsar al judío de la humanidad; la contemporánea quiso hacer lo propio expulsando al Estado judío de la familia de las naciones.²⁴¹

Aunque durante 2017 la ONU pareció atenuar su retórica anti-israelí, en la práctica continúa. Sólo en un día, el 30 de noviembre de 2017, la Asamblea General aprobó seis resoluciones contra Israel, incluyendo una que niega los lazos entre Israel y el Monte del Templo (donde se halla el Muro Occidental o “de los Lamentos”).

A veces las deliberaciones en la ONU tuvieron el estigma de similitud con mitos medievales, como cuando se acusó a Israel de envenenar a escolares secundarias árabes.²⁴²

Agreguemos que en la ONU se condenó el rescate de los civiles secuestrados en Entebbe (1976) y, aunque fue creada en 1945 para promover la paz, la ONU rechazó los *Acuerdos de Camp David* (1979), que eran el primer tratado de paz entre Israel y un país árabe después de cinco guerras.

Hasta el momento de la invasión iraquí de Kuwait (1990) no hubo en la ONU ninguna censura contra Estados árabes, a pesar de que éstos habían llevado a cabo decenas de guerras, usos de armas químicas, expulsiones, ejecuciones públicas y vítores a secuestros de aviones, matanzas de

deportistas o escolares, etc. Hasta 1967, cuando Jerusalén Oriental estaba en manos árabes, la ONU se mantuvo silenciosa ante la destrucción de cincuenta y ocho sinagogas de la ciudad y la profanación del cementerio judío del Monte de los Olivos. Sólo a partir de la administración israelí de la ciudad, la ONU emite obsesivamente condenas contra esta administración, la más liberal que jamás haya tenido la ciudad. El reconocimiento estadounidense de que Jerusalén es la capital de Israel (lo es desde 1949), el 6 de diciembre de 2017, provocó una reunión especial del Consejo de Seguridad en la que se ventilaron condenas hasta la náusea. Por el contrario, las exhortaciones a destruir Israel dejan a la ONU indiferente.

El delegado del Irán de los ayatolás llegó a ocupar en Ginebra la vicepresidencia del *Comité de la ONU para los Derechos Humanos*.

Además de la ONU, otro marco proverbial para reescribir la historia del sionismo fueron las agencias internacionales de noticias, que presentaron al movimiento nacional judío como si fuera una aberración imperialista destinada a despojar a una nación pacífica y milenaria.

Pocas veces se menciona en la prensa que jamás hubo un Estado árabe palestino, que Jerusalén nunca fue capital de pueblo alguno salvo de los hebreos, y que hasta avanzado el siglo XX la mera denominación de *palestinos* era aceptada sólo por los judíos, ya que los árabes de la zona entendían que eran parte de la Siria del Sur.

En 1977 lo aclaró Zoher Mossein, jefe de la Oficina de Operaciones Militares de la *Organización para la Liberación de Palestina*: “No hay diferencia entre jordanos, palestinos y libaneses; somos miembros de una sola nación. Solamente por razones políticas nos cuidamos de enfatizar nuestra identidad como palestinos, ya que un separado Estado de Palestina será un arma adicional para luchar contra el sionismo”.

La tendencia de la prensa es, en términos generales, consistentemente antisionista. En lugar de presentar al sionismo como un movimiento para

recuperar una parcela de tierra para un pueblo perseguido, lo presentan como si fuera una despiadada aventura colonial.

Las principales redes de información, como Reuters, la BBC o la CNN, han contribuido con esta fantasía, cada una por sus motivaciones. Una prestigiosa publicación como la *National Geographic* dedicó su edición de 1992 a *Los Palestinos* atribuyéndoles una historia de cinco mil años en una “Palestina” pre-israelita. Recordemos que la palabra *Palestina* fue acuñada por los romanos en el siglo II y por lo tanto es un anacronismo hablar, por ejemplo, de “Palestina en la época de Jesús”. En esa época, sólo había *Judea*.

La noción de que Jesús fue palestino, es sencillamente risible. Jesús era un judío en su tierra. Se regía por el idioma y el calendario que rigen hoy en Israel; estudiaba el mismo libro de los israelíes de hoy, practicaba su misma religión y asumía su misma historia. Si fue palestino, debería llamar la atención que nunca se hubiera enterado.

Lo antedicho no presupone como explicación que la mayoría de las agencias noticiosas sean judeofóbicas. Presupone que, lamentablemente, la judeofobia todavía vende muy bien, y los medios de difusión lo saben²⁴³ y no trepidan en transmitir el odio a las generaciones aún impolutas.

Israel es presentado usualmente como el agresor, aun cuando se hable de las formas en que Israel *se defiende*. La única manera de explicar este vicio es partiendo de la base de que, para quien ofrece la “información”, la *mera existencia* de Israel es un acto de agresión. Israel es atacado, censurado o resentido, no por lo que hace o deja de hacer, sino por lo que es.

Debido a que es un Estado judío, absorbe en sí mismo la milenaria corriente de odio judeofóbico, que ahora se descarga específicamente contra el judío de entre los países, usualmente trasladando los mismos mitos con que se atacaba a los judíos en el pasado.

El mito del dominio mundial es habitual en la propaganda palestina. El editor de la agencia noticiosa palestina, Nasser Laham, lo reiteró en televisión

en diciembre de 2017: “Los judíos gobiernan en Wáshington”. El gobierno iraní también lo difunde, aunque en general se cuida de la “corrección política”. Así, en 2008 el presidente de Irán sustituyó una palabra en su discurso en la Asamblea de la ONU: “Los sionistas dominan las finanzas y los medios”.

Antes, la mera existencia del judío individual requería disculpas y explicaciones. Hoy la exigencia es para con la nación en su conjunto.

Recordemos una vez más a Shakespeare y a la humanización del judío por medio del monólogo en el que Shylock explica por qué recela de Antonio:

Me ha arruinado... se ha reído de mis pérdidas y burlado de mis ganancias, ha afrentado a mi nación, ha desalentado a mis amigos y azuzado a mis enemigos. ¿Y cuál es su motivo? Que soy judío. ¿El judío no tiene ojos? ¿El judío no tiene manos, órganos, dimensiones, sentidos, afectos, pasiones? ¿No es alimentado con la misma comida y herido por las mismas armas, víctima de las mismas enfermedades y curado por los mismos medios, no tiene calor en verano y frío en invierno, como el cristiano? ¿Si lo pican, no sangra? ¿No se ríe si le hacen cosquillas? ¿Si nos envenenáis no morimos? ¿Si nos hacéis daño, no nos vengaremos?

El proceso humanizador aún le es esquivo a Israel, que bien podría parafrasear a Shylock:

Me ha condenado, me censura, me difama. Me advierte cuando me defiendo, y me reta cuando me atacan. Me llama ocupador aunque anhelo desesperadamente dejar de serlo. Me llama belicista aunque daría todo por la paz. Me llama nazi para lacerarme. Me denigra aunque soy tan democrático como ellos. No me quiere cerca ni en el dolor ni en la alegría. ¿Y cuál es el motivo de Europa? Que soy un país judío. ¿El país judío no tiene ojos, intereses, políticas y politiquerías, virtudes y defectos, ejército, miserias y logros? ¿Si nos ponen bombas, no morimos y lloramos? ¿Si matan a nuestros niños, no quedamos desgarrados para siempre? ¿Si se levantan para destruirnos, no nos permitiréis que nos defendamos?

Junto con lo expuesto, téngase en cuenta que la definición de “sionismo” que esgrimen muchos antisionistas es tan amplia, que no da lugar a casi ningún judío a escapar de ella. Ser judío, y por ende sentir algún tipo de mancomunidad con los otros judíos, incluidos por supuesto los judíos de Israel, es de por sí ser sionista, ergo pecaría de “racismo”.

Verdad: el conflicto de Oriente Medio no puede reducirse exclusivamente a la judeofobia. Pero analizarlo sin este componente sería similarmente ingenuo. La judeofobia considera a los judíos, a pesar de su exigua cantidad, un grupo poderoso y peligroso al que hay que frenar. Los judeófobos de hoy en día vuelcan ese mismo sentimiento contra el Estado de Israel.

Israel es el país número uno en cuanto a presencia proporcional de corresponsales extranjeros en su seno. Estos periodistas están en general obsesionados por mostrar el rigor de la respuesta israelí ante la agresión, soslayando por completo *qué tipo de acción* provocó la reacción.

El odio disfrazado de crítica

A veces la judeofobia se esconde tras una pretendida “crítica” a Israel. Existen por lo menos tres criterios objetivos para diferenciar una de la otra, a saber: la obsesión, el vocabulario utilizado y el maniqueísmo.

La obsesión. Sólo la conducta del hebreo es monitoreada con lupa por el judeófobo. Por un lado, pasa por alto conflictos que cobran cientos de miles de vidas, y atrocidades y excesos cometidos por muchas naciones. Por el otro, magnifica como si fuera una hecatombe cualquier muerte atribuible a Israel.

Al respecto, un artículo de hace medio siglo pareciera haber sido escrito ayer. Así clamaba el filósofo Eric Hoffer (m. 1983):

Lo que está permitido a otras naciones, les está prohibido a los judíos. Otras naciones erradican a cientos, incluso millones de personas, y no hay ningún problema de refugiados. Rusia lo ha hecho, Polonia y Checoslovaquia lo hicieron, Turquía deportó a un millón de griegos, y Argelia a un millón de franceses. Indonesia arrojó ¿cuántos chinos? —y nadie habla de refugiados—. Pero en el caso de Israel, los árabes, que escaparon por voluntad propia, se hicieron refugiados eternos.

El segundo criterio es el del **vocabulario** soez en el que se desborda el judeófobo. Inconsciente de su odio, no puede evitar que, después de plantear un supuesto problema (como “la ocupación”), dispare describiendo a Israel como “país nazi”, “cáncer de Oriente Medio”, “apartheid”, y otros epítetos que reserva en exclusividad al país judío, el único que le genera una adrenalina que lo eyecta desde la discusión razonada hacia el vituperio.

Lo que de otro Estado se percibe como una operación militar, buena o mala, cuando la realiza Israel se le achaca de inmediato ser “limpieza étnica” o “matanza feroz”.

Al respecto, cuando el historiador Arnold Toynbee se refirió a los refugiados palestinos, adujo que es “un desastre mayor que el perpetrado por los nazis”.

En abril de 2016, el novelista Michel Chabon declaró que la presencia israelí en los territorios que administra desde 1967 es... “la injusticia más grave que jamás he visto en mi vida”. En esos días el representante palestino en la ONU, Riyad Mansour, equiparó su situación a la destrucción del gueto de Varsovia por parte de los nazis. Tales hipérboles no conllevan “crítica” alguna, sino una sistemática demonización del Estado judío.

En 2002 terroristas palestinos se apoderaron de la Iglesia de la Natividad en Belén. El ejército israelí, para evitar irrumpir en un recinto sagrado para la cristiandad, se apostó fuera de la iglesia a la espera de que los terroristas se rindieran. Uno de los diarios más importantes de Europa publicó una

ilustrativa caricatura, en la que el Niño Jesús pregunta a la Virgen “si lo van a matar otra vez”. Pocas veces un dibujo concentró tanta judeofobia. Israel se defendía con máxima cautela y, lejos de cosechar encomios, era presentado como el Estado de los deicidas.

El principal diario sueco²⁴⁴ publicó en 2009, sin fuentes ni pruebas ni posteriores disculpas, que Israel trafica con los órganos de los jóvenes palestinos, un libelo que se difundió velozmente por el mundo árabe.

De modo similar, mientras el sacerdote nicaragüense Miguel D’Escoto presidía la Asamblea General de la ONU, declaró en 2008 que “amaba a Israel a tal punto que no permitiría que crucifiquen a los palestinos”. Israel se defiende de los que anuncian que han de destruirlo y, además de ser vituperado por ello, pasa a ser demonizado como deicida, nazi o genocida.

La hipérbole de sus “críticos” delata la ausencia de un disenso racional y revela en su lugar la presencia del odio disfrazado de campaña justiciera. Además, no es el sufrimiento de los palestinos lo que motiva al “crítico”. Cuando Jordania mató a miles de ellos o cuando Kuwait expulsó a decenas de miles, no se escuchó ninguna voz de condena. No son los palestinos los que motivan las críticas, sino el dudoso placer de castigar a Israel.

El tercer criterio para distinguir crítica de odio es el **maniqueísmo**: todo lo que haga Israel será, según el judeófobo, malo por definición. Y como Israel siempre cargará con las culpas, las agresiones contra los israelíes pasan olímpicamente inadvertidas. Miles de israelitas que sufrieron los atentados de suicidas en discotecas y fiestas de cumpleaños fueron soslayados hasta el regodeo. El judeófobo es incapaz de ver alguna injusticia o atropello que agreda al país hebreo.

En 2014 Michael Gove esgrimió dos verdades en el Parlamento británico: que la judeofobia es un “virus mutante y letal” resurgido últimamente bajo la forma del boicot contra Israel, y que la equiparación de las acciones de Israel

con la maquinaria genocida del nazismo es un modo de negar la realidad del Holocausto.

Estas dos aseveraciones resumen la judeofobia contemporánea y, si hubiera que sintetizarlas aún más, podrían englobarse bajo el título del libro clásico de Robert Wistrich: *Una obsesión letal* (2010).

En efecto, de puro obsesivos, los judeófobos no notan que boicotean siempre a un solo país, implícitamente el peor de los doscientos existentes. Otra vez por obsesivos, cuando despotrican contra su ubicuo boicoteado lo hacen en un lenguaje tan hiperbólico que los delata en su irracionalidad.

El antisionismo no sólo es la forma más difundida de la judeofobia actual, sino que además obra como un dique contra el progreso humano. Así, en la península arábiga se sigue esclavizando a niños en fastuosas carreras de camellos; en muchos países se somete diariamente a decenas de púberes a una horrorosa amputación llamada clitoridectomía; se decapita y flagela; golpear a las mujeres sigue siendo legitimado con un aura de celo religioso; y se practica el asesinato de doncellas por honor familiar. Todo ello bajo la excusa de que Israel es la causa de todos los males que padecen las sociedades árabes.

El libro *Un castigo cruel e inusual* (2006) de la egipcia Nonie Darwish denuncia las peores prácticas del mundo islámico. Un hombre puede desposar a una pequeña de cualquier edad y desflorarla cuando la niña cumple nueve años. La familia de la chiquilla casada recibe una dote y ella pasa a ser esclava de quien la adquirió. No puede obtener divorcio, ni siquiera en casos de abuso. Aun para demostrar que ha sido violada, necesita de cuatro testigos varones. Y en casos de violación, puede ser devuelta a su familia, la que en ese caso debe restituir la dote. El marido tiene derecho de aporrear a cualquiera de sus cuatro esposas, o también a las permitidas “esposas temporarias” adicionales. La mujer debe a su macho obediencia y sumisión

incondicionales.

El libro de Nonie Darwish no se contenta con denunciar esa tragedia, sino que además clama contra el intento de imponer las crueles prácticas citadas también en Occidente. Pero el antisionista ve sólo “el problema judío”, y arrastra hacia esa perversa escala de valores a muchos de los foros internacionales. Concretamente, la Comisión sobre el Estatus de la Mujer de la ONU, condenó a Israel, el 24 de marzo de 2017, como el único país que viola los derechos de las mujeres.

[236](#) Kaplan, E. y Small, C.: “Anti-Israel Sentiment Predicts Anti-Semitism in Europe” (2006). *The Journal of Conflict Resolution* # 50, 4, p. 548.

[237](#) Basada en la definición elaborada en 2015 en Budapest por el Comité Internacional sobre Antisemitismo, y aprobada por el Parlamento europeo.

[238](#) Martin Luther King Jr. en Seymour Lipset: *El socialismo de los tontos*, en inglés, ADL, Nueva York, 1969, pág. 7.

[239](#) En inglés: “boicot, desinversión y sanciones” (contra Israel).

[240](#) Hasta 1990, 97 de las 175 resoluciones del Consejo de Seguridad de la ONU fueron condenatorias de Israel, así como 429 de las 690 resoluciones de la Asamblea General.

[241](#) La declaración que equiparaba sionismo con racismo fue anulada en 1994.

[242](#) El 23 de agosto de 1983.

[243](#) Marcos Israel analiza un buen ejemplo en *Antisemitismo y conflicto árabe-israelí*, Ediciones B, Montevideo, 2014, pág. 21.

[244](#) Diario *Aftonbladet* del 17 de agosto de 2009.

CAPÍTULO 13

EE. UU. Y EL PARADIGMA ANTI-INMIGRATORIO

De Leo Frank a las Olimpíadas

A partir de la creación de los Estados americanos, los israelitas fueron prestamente activos en ellos. No hizo falta su Emancipación legal como en Europa donde, según vimos, la judeofobia moderna fue una reacción contra el otorgamiento de derechos; la reacción fue prematura en España, inmediata en Alemania, tardía en Francia, y constante en Rusia.

En las Américas no hizo falta otorgar derechos porque sus repúblicas se crearon sobre la base de la igualdad jurídica, por lo tanto no hubo “resistencia a la Emancipación que generara judeofobia”. No hubo que absorber ni reciclar ninguna demonización medieval, por lo que el fenómeno antijudío puede entenderse parcialmente como un vicio importado.

En Norteamérica, en términos generales, antes de la independencia de las colonias los hebreos no sufrieron agresiones físicas, y otras minorías fueron más atacadas. Hubo, sí, algunos incidentes, tal como que en 1654 el gobernador holandés de New York (por entonces New Amsterdam), Peter Stuyvesant, intentó expulsar a los judíos.

Asimismo, durante la Guerra de Secesión norteamericana desde ambos bandos se acusó a “los judíos” de ayudar al enemigo, y el 17 de diciembre de

1862, Ulysses Grant (el victorioso general de la Unión y décimooctavo presidente de los EE. UU.) ordenó la expulsión de todos ellos de Tennessee. La llamada *Orden General Número 11* fue revertida por el presidente Lincoln, pero sólo una vez que ya se había efectivizado en varias ciudades.

La judeofobia americana, decimos, no fue una respuesta contra la Emancipación; fue una reacción contra la ola inmigratoria, debido a la brecha cultural que se había abierto entre la población nativa y los millones de inmigrantes.

Este tipo de judeofobia apareció a fines del siglo XIX. Según vimos, en 1881, con el estallido de los pogromos en Rusia, comenzó el éxodo más grande de la historia. En 1890 habían ingresado a los EE. UU. más de un millón y medio de judíos, y por 1920 ya eran tres millones. Parte de la población veterana receló de los recién llegados.

Henry Adams (bisnieto del segundo presidente americano) escribía: “La atmósfera judía me hace sentirme aislado. Los judíos van a controlar completamente las finanzas y el gobierno de este país, o estarán muertos”. En la novela *Las columnas del César* (1890), Ignatius Donnelly narra que los judíos toman el poder para vengar sus padecimientos.

Esta animosidad tuvo como corolario ideológico al *Restriccionismo* o movimiento antiinmigratorio. Uno de sus mentores, Madison Grant, fue autor de *El paso de la gran raza* (1916), en el que endilgó a los judíos “el mestizaje de la nación”. El movimiento logró en 1924 la limitativa Acta de Inmigración.

Pero reiteramos: en las Américas, la hostilidad antijudía nunca fue la norma. La judeofobia es una dolencia europea que no logró arraigarse en el nuevo continente.

Los presidentes y líderes estadounidenses expresaron con frecuencia su gran estima por el pueblo judío. Los padres fundadores de los EE. UU. compartían las raíces de los puritanos ingleses quienes, a partir de su amor

por la Biblia, revaloraron de ella su idioma, su tierra y su nación. Cuando la Rusia zarista se negó a emitir visas de visita a judíos norteamericanos y dio maltrato a los pocos que las obtuvieron, el gobierno estadounidense respondió cancelando en 1911 un viejo Tratado Ruso-Americano.

Las pocas similitudes que hubo entre la judeofobia americana y la europea exhibieron siempre una escala mucho más pequeña en la primera. Por ejemplo, el “Affaire Dreyfus americano” tuvo lugar en 1913 en Atlanta, cuando el ingeniero Leo Frank fue acusado de asesinato con la sola evidencia del testimonio del principal sospechoso del crimen.

La *Jeffersonian Magazine* exigía la ejecución del “abominable, perverso judío de Nueva York” y su editor creó la *Orden de los Caballeros de Mary Phagan* (tal era el nombre de la asesinada) para boicotear todos los negocios judíos de Georgia.

Dos años después de comenzado el juicio, Frank fue arrancado de su celda y linchado. Se trató del primer caso de asesinato judeofóbico en los EE. UU., y el último hasta los desmanes de Crown Heights en 1991, en los que algunos norteamericanos de color arremetieron contra judíos al azar (mataron a uno) en “venganza” porque un niño negro había muerto atropellado cuando un conductor (judío ortodoxo) perdió el control de su auto.

El caso de Leo Frank y su corolario se disiparon en la Primera Guerra Mundial, que fortaleció la unidad nacional. Pero la posguerra volvió a destapar la judeofobia, debido al temor de los estadounidenses de que los valores y estilo de vida tradicionales fueran amenazados por la inmigración masiva, la creciente población urbana y el liberalismo religioso.

El Ku Klux Klan (racista, anti-católico y judeofóbico) llegó contar en 1924 con cuatro millones de miembros. A la sazón los *Protocolos de los Sabios de Sion* eran difundidos por Henry Ford, cuya campaña fue clausurada en 1927 con un pedido público de disculpas.

En 1922 la discriminación en la educación fue tema de debate nacional

cuando la Universidad de Harvard anunció que estaba considerando un sistema de cuotas para estudiantes judíos. Aunque el plan fue abandonado, las cuotas se aplicaron por medios velados en muchas instituciones terciarias, a fin de limitar el muy alto número de judíos que asistían a ellas (aun para 1945 Dartmouth College admitía abiertamente que imponía un sistema tácito de cuotas para estudiantes judíos).²⁴⁵

El acceso de judíos también fue limitado en grandes bancos, compañías de seguro, empresas públicas, hospitales, estudios jurídicos y planteles académicos universitarios. Esta restricción dio en llamarse judeofobia “cortés”, que tuvo un impulso en los años treinta con el argumento de que “los judíos dominaban el gobierno de Franklin Roosevelt, causaban la gran depresión económica, y querían arrastrar a los EE. UU. a la Segunda Guerra contra una admirable Alemania que surgía”.

El principal vocero de esa corriente fue el sacerdote Charles Coughlin, cuyo programa semanal de radio atraía a millones de personas. Cuando en 1942 se supo claramente del Holocausto, la Iglesia ordenó a Coughlin cesar toda actividad no-religiosa. (Es notable cómo ecos de esas voces se escucharon en los EE. UU. a principios de la década de 1990, cuando el líder republicano Patrick Buchanan acusaba a “los judíos” de arrastrar al país a una guerra contra Irak).

Un aspecto de la judeofobia estadounidense fue encarnado por Avery Brundage, un filonazi que presidió el Comité Olímpico de los EE. UU.

En 1936 el ministro de Propaganda Joseph Goebbels usó las Olimpiadas de Berlín para disfrazar al nazismo de fraternal. Ningún país se avino a boicotear la aberración, y apenas dos días después de concluidas las competencias, la enloquecida maquinaria se reinició con furor y el mismísimo director de la villa olímpica, Wolfgang Fürstner, se suicidó porque se revelaron sus supuestos “ancestros judíos” y por ello se le despojó de su rango de capitán.

En aquellos días, Avery Brundage demandó, en nombre del Comité

Olímpico, que “nadie se involucrara en el altercado judío-nazi”, con la excusa de que había “una conspiración judeocomunista” contra las Olimpiadas.

El trágico corolario se produjo muchos años después, en 1972, cuando once atletas israelíes fueron torturados y asesinados por terroristas palestinos en las Olimpiadas de Múnich. A la sazón, Brundage había ascendido a presidente del Comité Olímpico Internacional, y no sólo impidió que se suspendieran los juegos de la masacre, sino que al otro día, durante el servicio en memoria de los atletas asesinados, y ante 80.000 espectadores, ni siquiera mencionó a las víctimas, y se limitó a alabar la fortaleza del movimiento olímpico y a pedir que la alegría continuara.

Durante las décadas posteriores, el Comité Olímpico se negó a homenajear oficialmente a los atletas ultimados, y en agosto de 2012 recibió por ello el elogio de la delegación palestina. No hubo siquiera un minuto de silencio por los asesinados.

En los EE. UU. de la década del cuarenta, se colocó a la vanguardia aislacionista el *Comité por América Primero*, que incluyó al héroe de la aviación Charles Lindbergh. Aun en 1944 una encuesta pública mostró que un cuarto de los estadounidenses veían en los judíos “una amenaza”. Pero, a partir de la Segunda Guerra, la judeofobia americana descendió notablemente.

Un párrafo especial merece la comunidad afro-norteamericana. A pesar de la activa participación de israelitas en el movimiento civil por los derechos de los negros a mediados del siglo XX, el movimiento de *Poder Negro* generó fricciones en las relaciones con los judíos. Surgió una forma americanizada del Islam que atrajo a millares de negros en busca de identidad, precisamente en el período de guerra entre el mundo islámico y el Estado judío.

Uno de sus líderes más extremos fue Stokely Carmichael (m. 1998), quien adoptó el nombre africano de Kwame Ture. Nacido en Trinidad, fue de los primeros *Panteras Negras* y luego líder del *Poder Negro* que exhortaba a una

revolución en los EE. UU. Renunció al partido en 1969 porque rechazaba que se admitieran blancos. Ese año se radicó en Guinea y fue líder del panafricanismo. Al año siguiente (el 14 de abril de 1970) el *New York Times* citó su ignominiosa declaración: “Nunca he admirado a un hombre blanco, pero Hitler fue el más grande de entre todos ellos”. Expresiones similares de odio se escuchan por parte de Louis Farrakhan²⁴⁶ y otros jefes del grupo *Nación del Islam*.

Los herederos de la carga judeofóbica actual son mayormente los miembros del grupo *Black Lives Matter*, creado en 2013 y cuya ideología ha penetrado en una parte del Partido Demócrata con un orden del día claramente hostil.

El visible desplazamiento de la judeofobia desde los sectores más conservadores hacia la izquierda, es un fenómeno general que no es privativo de los EE. UU. En el mundo entero la izquierda es hoy el albergue predilecto de las pasiones judeofóbicas, y los ejemplos abundan en Gran Bretaña, la Unión Europea y Latinoamérica.

En esta última, en algunos países es más claro el parecido con el escenario europeo: la judeofobia fue más profunda que en el Norte. Los fundadores de los Estados latinoamericanos no se educaron como, en el Norte, en el amor puritano por la Biblia y por su pueblo, sino en un ambiente nutrido por la Iglesia inquisitorial española. Un caso especial lo constituye Chile, en donde las fuerzas del odio antijudío son promovidas especialmente desde la comunidad árabe.²⁴⁷

Con todo, en el Sur, el odio antijudío fue casi siempre marginal, y la excepción del caso argentino no casualmente se dio en el país más europeizante del continente.

La Argentina en el siglo XIX

Los judíos fueron explícitamente invitados a la Argentina por decreto presidencial del 6 de agosto de 1881, que dispuso el envío a Europa de un agente que atrajera a quienes huían de los pogromos.²⁴⁸ Hubo algunas reacciones hostiles contra esa invitación, incluida la de nada menos que Domingo F. Sarmiento, en *El Diario* de 1888. Aun así, sería exagerado atribuirle judeofobia sobre la base exclusiva de aquellos párrafos que, si bien fueron extremos,²⁴⁹ fueron también excepcionales.

El verdadero comienzo de la judeofobia es literario e importado, y está relacionado con la novela *La Bolsa*, publicada en 1891 en el diario *La Nación*.²⁵⁰

Más aún: su gravedad reside, mucho más que en la novela propiamente dicha, en su glorificación por parte de algunos escritores argentinos, a tal punto que el texto fue durante varias décadas una lectura obligatoria en las escuelas.²⁵¹

El colapso económico argentino de 1888, cuyo epicentro geográfico fue el palacio de la Bolsa de Comercio, fue el tema central de la novelística de marras.²⁵² De una decena de novelas que se publicaron alrededor de 1890,²⁵³ la primera y más famosa es *La Bolsa* de Julián Martel, que discurre sobre el cambio étnico que acompañaba a la transformación de Buenos Aires en una urbe cosmopolita. Su pretencioso subtítulo es en efecto *Estudio Social*.

Buenos Aires ya no era una pequeña aldea sino una ciudad febril, que también producía en esos años una literatura novedosa: el modernismo, la corriente europeizante de la poesía hispanoamericana.

Julián Martel, seudónimo de José María Miró (1867-1896), había nacido en el seno de la rama pobre de una familia aristocrática. Sus estrecheces se reflejan en las del personaje Ernesto Lillo, quien trabaja de corredor de bolsa para mantener a su madre viuda. Martel también se acercó a la Bolsa a los veinte años de edad en la esperanza, entonces muy difundida, de rápido enriquecimiento. Perdió su poco dinero y dos años después, vencido y

bohemio, se incorporó voluntariamente al ejército. En 1888 ingresó al diario *La Nación* donde apareció su novela²⁵⁴ —un clásico de la judeofobia argentina que amerita un resumen argumental—.

El protagonista es el doctor Glow, exitoso abogado y padre de dos hijos pequeños que se ve seducido, como muchos, por las operaciones bursátiles. Cae en red de fraudes y empresas imaginarias y, cuando está por quebrar, su esposa Margarita propone esquivar a los acreedores poniendo el patrimonio a su nombre. Por honor, Glow rechaza la maniobra y, desesperado, arriesga la última suerte en el hipódromo. Ya en la ruina y enfermo, recibe una carta de su corredor, el mentado Lillo, quien anuncia su partida al Brasil para rehacer su vida después de haberse fundido. Glow enloquece, y en su alucinación la Bolsa se le acerca como un monstruo amenazante.

El estilo de la novela fue denominado “moralismo declamatorio —e irreal— de los malos textos escolares”.²⁵⁵ El autor moraliza, sea por boca de sus personajes o por intervención directa, e incrusta largos párrafos para compartir con el lector su interpretación de los hechos que narra. Así, Glow repite las imprecaciones del judeófobo francés de marras, Edouard-Adolphe Drumont:²⁵⁶ “la raza semita, arrastrándose siempre como culebra, vencerá, sin embargo, a la raza aria”.

Sergio Bagú atribuye a la novela “una filosofía superficial y lacrimógena del fenómeno social de la Bolsa, que hace recordar la filosofía de la miseria y del conventillo que iba a aparecer en muchos tangos, treinta años después”.²⁵⁷ Otro de sus defectos es la metamorfosis súbita a la que Martel somete a sus personajes. Glow pasa de ser un especulador irresponsable a una víctima. Otro defecto es que define de antemano a los victimarios.

La baja calidad de la obra fue puesta de relieve por los mejores críticos, que rescataron exclusivamente su carácter documental.²⁵⁸ Bagú concluye que la novela “no puede incluirse entre las obras de la gran literatura realista argentina del siglo XIX. No creemos que deba utilizarse en los

establecimientos de enseñanza sin una crítica adecuada, porque lo contrario sería estimular el mal gusto literario y alimentar el prejuicio y el rencor entre grupos nacionales y religiosos de nuestro país. Creemos sí que este injerto racista que aparece en sus páginas, sin parangón en la producción de su época, sin arraigo ni explicación en la vida argentina de entonces, es suficiente para negarle todo carácter representativo dentro de la literatura nacional”.²⁵⁹

A pesar de su impericia, *La Bolsa* fue comparada con grandes obras, como las de Émile Zola y Honoré de Balzac,²⁶⁰ y muchos la exaltaron, en una muestra de lo que denominaremos la “judeofobia embolsada”.²⁶¹

En el “estudio social” de Martel, los inmigrantes son “parásitos de nuestra riqueza... El oro es corruptor. Allí donde el dinero abunda, rara vez el patriotismo existe. El cosmopolitismo, que tan grandes proporciones va tomando entre nosotros... nos trae, junto con el engrandecimiento material, el indiferentismo político, porque el extranjero que viene a nuestra tierra, naturalícese o no, maldito lo que le importa que estemos bien o mal gobernados... Se nos ha contagiado este culpable egoísmo importado”.

Dentro de los pérfidos extranjeros, los judíos sobresalen porque traman apoderarse del país y destruirlo moralmente. Son acusados de un modo general, sin necesidad de incluir ningún protagonista judío. No lo hay, probablemente porque en su breve vida Martel no conoció ni a uno solo. Arremete contra el imaginario que ha importado de la literatura judeofóbica francesa.

Explica Diana Guerrero: “A lo largo de todo el libro se suceden las ofensas, insultos y calumnias más desagradables a los judíos. Martel introduce de ese modo una corriente de antisemitismo que va a seguir siendo característica de muchos de nuestros escritores nacionalistas posteriores”.²⁶²

La judeofobia embolsada

Los judíos como grupo aparecen en la novela desde el primer capítulo de la primera parte. Un francohablante se acerca a Glow en el patio de la Bolsa: “Se observaba esa expresión de hipócrita humildad que la costumbre de un largo servilismo ha hecho como el sello típico de la raza judía... Vestía con el lujo charro del judío, el cual nunca puede llegar a adquirir la distinción que caracteriza al hombre de la raza aria, su antagonista. Llamábase Filiberto Mackser... Iba acompañado de un joven, compatriota y correligionario suyo, que ejercía el comercio de mujeres... Era además, presidente de un club de traficantes de carne humana...”.

Sobre Mackser sabremos que “aquel semita era un enviado de Rothschild, el banquero inglés, que lo había mandado a Buenos Aires para que operase en el oro y ejerciese presión sobre la plaza... Mackser tenía la consigna de acaparar, de monopolizar, con ayuda de un fuerte sindicato judío, a cuyo frente estaba él, las principales fuentes productoras del país”. Explica Martel que Mackser “evitaba siempre encontrarse con Carnelli, teniendo un lance personal con el italiano, que estaba destinado a ser su víctima, suerte reservada a todo el que tenga la mala fortuna de entrar en lucha con los judíos”.

A partir de esa escena, no hay más mención de los israelitas hasta la segunda parte, reaparecen sólo en el capítulo titulado *Jacob Leony, el judío y algunos tipos más*. Se trata de un personaje marginal pero útil para comentar que “Leony, al casarse con la heredera en cuestión, no hizo sino seguir la costumbre judía, que consiste en acaparar la riqueza por todos los medios, siendo el matrimonio uno de los principales y más explotados”.

Nuevo mutismo de hebreos y el autor los trae sólo para el desquicio final, en la discusión entre Glow y Granulillo quien, en otra inesperada transfiguración, pasa de ser un sujeto ruin a un versado apologista de los

israelitas, y un enemigo del “odio de raza, ese odio inveterado, cruel, sin motivo...”. Termina por dictaminar: “No reconozco esa diferencia que se pretende establecer entre unos pueblos y otros...”.

Nunca podría el lector identificarse con el antirracismo aportado por el personaje más deshonesto, sobre todo porque el bueno del doctor Glow es quien lo refuta, con citas literales de *La France juive* de Edouard Drumont:

la sociedad francesa está sometida al yugo judío. La América, y especialmente la República Argentina, está amenazada del mismo peligro... ¿Por qué no trabaja el judío?... Vampiro de la sociedad moderna, su oficio es chuparle la sangre. Él es quien fomenta la especulación, quien aprovecha el fruto del trabajo de los demás... Banquero, prestamista, especulador, nunca ha sobresalido en las letras, en las ciencias, en las artes, porque carece de la nobleza de alma necesaria, porque le falta el ideal generoso que alienta al poeta, al artista, al sabio...

Al acusarlos de “envenenar a media América Latina con vinos de Burdeos” y de “monopolizar el tráfico de carne humana, la esclavitud de la mujer”, Glow concluye que “es necesario creer en la predisposición hereditaria. La ciencia moderna ha hecho profundas investigaciones al respecto, acreditadas por numerosos ejemplos que no dejan lugar a dudas”.

Lo que no deja lugar a dudas es la lección de la novela, su ponzoña judeofóbica tristemente novedosa en la Argentina, importada del clima que precedió al affaire Dreyfus de 1894. A pesar de ello, el libro fue glorificado al punto de haber sido impuesto en la educación argentina.

La judeofobia embolsada consiste en macular al judío por medio de ensalzar inmerecidamente a quienes lo atacan. Así operó una larga apología de Heidegger que no mencionaba sus servicios al nazismo,²⁶³ o la difusión de la música de Wagner, la poesía de Ezra Pound o la narrativa de Céline, sin ninguna reserva, en ninguna etapa del panegírico, sobre la judeofobia.

Consiste en un método por omisión, que pone de relieve las virtudes de los

más conocidos judeófobos soslayando su vicio, y los incautos terminan heredando el aprecio puro. La consecuencia inevitable es que en algún momento emergerá la judeofobia vulgar y reconocible.

La crítica de la novela *La Bolsa* es un ejemplo emblemático de la judeofobia por omisión. Llegó a elevarse la novela a ser “el mejor documento literario de la época”.²⁶⁴ Ricardo Rojas extremó la apología: “Es una creación típica argentina, señalando las causas donde realmente estaban... Merece una lectura más asidua y la inscripción de su nombre al frente de una escuela”.²⁶⁵

No sorprenderá que la consecuencia fuera que uno de los empalagados por el elogio a Martel justificara también su judeofobia.

Así, la edición de 1975 con resúmenes históricos y notas explicativas de Luis R. Lescano, comienza por el aplauso meramente literario y luego se refiere al aspecto moralista de la novela, al que denomina “Denuncia honesta. Testimonio certero”.

Enseña Lescano: “A cargo de la pareja Glow-Granulillo, Martel colocará el diálogo sobre el semitismo, tema caro para él. No creemos que el autor fuera antisemita. Sus observaciones sagaces... la suciedad de la mayoría de las operaciones bursátiles, en fin, todo el movimiento advertido, estudiado, comentado, debió brindarle la seguridad de que eran consecuencia de la actuación de un grupo humano determinado. Tuvo la valentía de identificarlo”.²⁶⁶

Es decir que Martel sí era judeofóbico... pero debido a que los judíos se lo tienen merecido. Lescano recoge sin vueltas la tradición que le han tendido los admiradores que lo precedieron y concluye con naturalidad: “Nadie puede negar la inconducta moral, la apetencia de revancha de los israelitas... Los judíos de Martel piensan que la mejor venganza que pueden inferir a los cristianos es despojarlos de cuanto poseen”. El veredicto ha sido pronunciado.

Lescano intenta luego moderarse: “Mas Martel coloca con similares características a los cristianos que frecuentan la Bolsa. No concede la salvación a ninguno de los que atentaron contra el orden moral. Ya cristianos, ya judíos. Juez implacable resulta”. Pero omite que los vicios de los cristianos no son atribuidos a su cristianismo, mientras que los judíos son los malos debido a su judaísmo... porque “nadie puede negar la inconducta moral de los israelitas”. Los críticos anteriores soslayaron la judeofobia y no la condenaron. Por eso uno menos sagaz se sumó abiertamente a ella.

En suma, “sobre *La Bolsa* se ha creado una superestructura de docencia y crítica encomiástica más grave que la misma novela que, sin el culto creado alrededor de ella, estaría destinada al olvido y al repudio”.²⁶⁷

De las letras a la violencia

Las tensiones con el judío real, con el inmigrante, se reflejaron en el hecho de que los sectores más conservadores usaron el mismo epíteto de “ruso” tanto para los judíos como para los revolucionarios de Rusia. Este uso se difundió especialmente cuando fue asesinado el jefe policial de Buenos Aires, Ramón Falcón, quien había reprimido duramente la manifestación del Primero de Mayo de 1909.

Ese año Falcón fue baleado por Simón Radowitzky, un anarquista de diecisiete años de edad recién inmigrado y, para el caso, doblemente “ruso”. A pesar de que la comunidad judía (de la que Radowitzky estaba totalmente desvinculado) hizo todo lo posible por distanciarse del hecho, hubo un ataque físico indiscriminado contra judíos el 15 de mayo de 1910, en plenos preparativos para celebrar el centenario de la Revolución de Mayo, y en la violencia tuvo un rol central el barón italiano Antonio De Marchi, de la exclusiva “Sociedad Sportiva Argentina”.

La creciente judeofobia se expresó unos años después. Durante 1918 las conferencias callejeras del sacerdote Dionisio R. Napal (m. 1940) convocaban a los Círculos de Obreros Católicos²⁶⁸ a una cruzada judeofóbica, introduciendo la noción de que “la revolución rusa era judía”. En 1919 estallaron los desmanes, enmarcados en la llamada *Semana Trágica*, que había comenzado con la represión de una huelga. Ese año la *Liga Patriótica* fue fundada por el abogado rosarino Manuel Carlés.²⁶⁹

El periodista ídich Pedro Wald fue detenido acusado de tramar un “gobierno maximalista judío en la Argentina”. Al salir de la cárcel torturado escribió la novela *Koshmar* (pesadilla). Así relató los episodios del 9 de enero de 1919:

...salvajes eran las manifestaciones de los niños bien que marchaban al grito de “¡Mueran los judíos! ¡Muerte a los extranjeros y maximalistas!”. Refinados, sádicos, torturaban y programaban orgías... Detienen a un judío y luego de los primeros golpes comienza a brotar un chorro de sangre de su boca; acto seguido le ordenan cantar el himno nacional. No lo sabe; lo liquidan en el acto... No se selecciona. Pegan y matan a quien encuentran...

El 10 de enero de 1919 fueron asaltados los locales de las organizaciones *Avangard* y *Poalei Tzion* y la Asociación Teatral Judía (IFT). Todo fue arrojado a la calle y quemado, mientras la guardia civil azotaba y robaba. La policía montada observaba cómo ardían en la noche muebles, biblioteca y archivos. Entre otros testimonios reveladores, dos son elocuentes, de un israelita y un cristiano.²⁷⁰ Escribió el primero, José Mendelson:

Jinetes de la policía arrastaban a los viejos judíos desnudos por las calles de Buenos Aires, les tiraban de sus encanecidas barbas, y cuando ya no podían correr al ritmo de sus caballos, su piel se desgarraba raspando contra los adoquines, mientras los sables y látigos de los hombres de a caballo golpeaban sus cuerpos... En el Departamento Central de Policía pegaban espaciosamente. Cincuenta hombres, ante el cansancio de azotar, se

alternaban para cada judío... En la comisaría séptima los soldados, vigilantes y jueces, encerraron a los judíos en los baños, donde los torturadores tiraban en forma salvaje de sus bocas, mientras la policía argentina y los soldados les orinaban en la boca...

El segundo testigo presencial fue Juan Carulla:

Oí que estaban incendiando el barrio judío y hacia allí me dirigí. Al llegar a la Facultad de Medicina, me tocó presenciar el primer pogromo en la Argentina. En medio de la calle ardían piras formadas con libros... se luchaba dentro y fuera de los edificios... se acusaba a un comerciante judío de hacer propaganda comunista pero el cruel castigo se hacía extensivo a otros hebreos bajo los gritos de “¡Mueran los judíos!” Pasaban a mi vera viejos barbudos y mujeres desgredadas. Nunca olvidaré el rostro pálido y la mirada suplicante de uno de ellos al que arrastraban un par de mozaletes, así como la de un niño sollozante que se aferraba a la vieja levita negra, ya despedazada, de otro de aquellos pobres diablos.

El saldo en vidas de aquella Semana Trágica fue de ochocientos muertos (casi la cuarta parte, judíos) y cuatro mil heridos.²⁷¹

Unos años después la judeofobia volvía a recrudecer como reflejo del ascenso del nazismo en Europa. En 1931 el partido nazi alemán estableció su División Extranjera, y el 7 de agosto de ese año se organizó en Buenos Aires.

Dos años después, y con los nazis ya en el poder, el ministro de propaganda Joseph Goebbels destinó un subsidio para que el *Deutsche La Plata Zeitung* dirigido por Emilio Tjarks publicara propaganda nazi a la colectividad alemana en la Argentina. Más tarde aparecieron diarios y revistas en español dirigidos al público en general,²⁷² subsidiados por la embajada alemana y varias empresas alemanas radicadas en el país.

Algunas de esas publicaciones (que cerraron cuando el nazismo fue derrotado) eran dirigidas por Enrique Osés; entre ellas sobresalió *Crisol* con una tirada de 40.000 ejemplares, donde escribían los sacerdotes Leonardo Castellani y Julio Meinvielle. Una sección fija estaba dedicada a “la cuestión

judía”.

También se destacaba la revista mensual *Clarínada*, fundada en 1937 por el diputado Roberto Noble, quien desde 1936 ejercía como ministro de Gobierno de la provincia de Buenos Aires.²⁷³ Salía a la luz en ochenta páginas con tapa en colores, y un logo que la definía sin tapujos como “Revista anticomunista y antijudía”. Reproducía los discursos de Hitler y sus acólitos. En 1945 fue reemplazada por el diario *Clarín*, también fundado por Noble, que abandonó la vieja línea.

A comienzos de la década del treinta el diario *El Pueblo* publicó *Los Protocolos de los Sabios de Sion*, y la Legión Cívica amedrentaba a los judíos comandada por el teniente general Juan B. Molina, quien era nada menos que el secretario del presidente José Félix Uriburu.

En febrero de 1932 Molina se dirigió por escrito a sus legionarios alertando sobre los supuestos peligros que se cernían: “En nuestro país los judíos suman 800.000. Verdadera máquina infernal destinada a establecer con el más grosero materialismo la tiranía del oro en el mundo. Los judíos no se asimilan. Los judíos, en todo momento y en todo lugar son ‘judíos’. Entre nosotros manejan grandes empresas y enormes capitales y tienen sojuzgados muchos valores netamente nacionales”.

Alarmado por la violencia retórica, el otrora semanario de la comunidad hebrea, *Mundo Israelita*, solicitó a varios intelectuales que se expidieran sobre la acechanza. En ese contexto, el 27 de agosto de 1932 fue publicado un conocido texto de Jorge Luis Borges, uno de cuyos párrafos reza:

Ciertos desagradecidos católicos —léase personas afiliadas a la Iglesia de Roma, que es una secta disidente israelita...— quieren introducir en esta plaza una tenebrosa doctrina, de confesado origen alemán... Se trata —soltemos de una vez la palabra obscena— del Antisemitismo. Quienes recomiendan su empleo suelen culpar a los judíos, a todos, de la crucifixión de Jesús. Olvidan que su propia fe ha declarado que la cruz operó nuestra redención.

Un año y medio después Borges volvió a expedirse contra la judeofobia, en respuesta a una nota de *Crisol* que lo “acusaba” de “ocultar” su supuesta ascendencia israelita. Así comienza su irónica respuesta:²⁷⁴

El pasado remoto es de aquellas cosas que pueden enriquecer la ignorancia. Es infinitamente plástico y agradable, mucho más servicial que el porvenir y mucho menos exigente de esfuerzos... Mi “ascendencia judía maliciosamente ocultada” (el participio y el adverbio me maravillan)... Estadísticamente los hebreos eran de lo más reducido. ¿Qué pensaríamos de un hombre del año cuatro mil, que descubriera sanjuaninos por todos lados? Nuestros inquisidores buscan hebreos.

El partido Nacional Socialista Alemán llegó a contar en la Argentina con 70.000 afiliados. El 10 de abril de 1938 convocó al estadio Luna Park para celebrar la invasión nazi a Austria un mes antes. Fue el mayor mitin nazi fuera de Alemania, con quince mil asistentes.

En un intento de contrabalancearlos, un grupo de demócratas se congregó en la cercana plaza San Martín, y la represión policial contra ellos causó dos muertos y decenas de heridos.

En 1938 el gobierno argentino emitió la “Orden # 11” para impedir el ingreso de refugiados judíos, aplicada con rigor por el judeófobo Santiago Peralta, que se desempeñó como director de Migraciones. Fue autor del libro nazi *La acción del pueblo judío en la Argentina* (1943).

²⁴⁵ Cabe mencionar a Edwin G. Boring (1886-1968), pionero en la historia de la psicología, presidente de la Asociación Americana de Psicología y por un cuarto de siglo director del laboratorio de la Universidad de Harvard. En sus cartas referidas a estudiantes

judíos, Boring los identificaba como tales a fin de dirimir si su personalidad estaba viciada por los defectos de su raza.

246 Entre otras, en la Convención del Comité Americano-Árabe Antidiscriminatorio, marzo de 1984.

247 En Chile reside la comunidad árabe-palestina más grande del mundo (fuera de los países árabes) con varios cientos de miles de descendientes. Durante el siglo XXI la Federación Palestina de Chile promueve una virulenta campaña de odio. En una manifestación de mediados de diciembre de 2017 reclamaban la “Muerte al sionista”.

248 El decreto del presidente Julio A. Roca que envió al agente José María Bustos, replicaba el modelo de los gobiernos que habían visto en la inmigración judía una fuente de progreso, tal como la Polonia de Boleslao V o la Turquía de Bayasid II.

249 Opuesto a la inmigración inducida, arremetió: “El pueblo judío, esparcido por toda la tierra, ejerce la usura y acumula millones, rechazando la patria en que nace y muere... se cree escogido y carece del sentimiento humano, el amor al prójimo...”. Sarmiento: *Condición del extranjero en América*, 1884.

250 Hay un precedente a *La Bolsa* en la célebre *La gran aldea* (1884) de Lucio V. López, quien conoció a Julián Martel, y que incluye una historia parecida en la que “Don Eleazar de la Cueva” especula en la Bolsa con “la tenacidad de un israelita”.

251 Gustavo D. Perednik: *La judeofobia argentina y embolsada*, Colección Reflexiones de la editorial Milá, Buenos Aires, 2004.

252 Roberto Giusti: *Historia de la literatura argentina*, Peuser, Buenos Aires, tomo III, págs. 399-400.

253 Se las conoce bajo el nombre genérico de *Ciclo de la Bolsa*. No se las recuerda por su valor literario, sino por lo testimonial.

254 Apareció en forma de folletín entre el 24 de agosto y el 4 de octubre de 1891. Siete años después se publicó en forma de libro, y a la primera edición siguió una larga serie.

255 Sergio Bagú: “Julián Martel y el realismo argentino - Una revaloración de La Bolsa”, revista trimestral *Comentario* de julio-septiembre 1956, IJACI, Buenos Aires, pág. 30.

256 Drumont (1844-1917) acababa de publicar *Francia judía* (1886), y fundó la *Liga Antisemita* un año antes que Martel escribiera su novela. En 1898 fue elegido diputado.

257 Ibid., pág. 31.

258 Introducción de Diana Guerrero a la novela *La Bolsa*, Huemul, Buenos Aires, 1979, págs. 26 y 27.

259 Bagú, op. cit., pág. 39.

260 Con Zola, posiblemente porque aparece en la misma época que *L'argent*, en la que Zola arremete contra el sistema financiero. En cuanto a Balzac, su obra *La comedia humana* (1799-1850) presenta frecuentemente al oro como motivación principal.

261 Hemos publicado estos conceptos por primera vez en nuestro "Antisemitismo embolsado", revista *Coloquio* No. 24, Congreso Judío Latinoamericano, Buenos Aires, 1993.

262 Introducción de Diana Guerrero a la novela *La Bolsa*, Huemul, Buenos Aires, 1979, pág. 24.

263 Sobre Heidegger, es clásico el libro de Víctor Farías: *Heidegger y el nazismo* (1987), que muestra cómo la filiación nazi del genio alemán no fue episódica sino sintomática. Al respecto, hemos dado respuesta a un par de notas de Vicente Massot en el diario *La Nación* de Buenos Aires, 29 de mayo de 1990.

264 Estrella Gutiérrez y Calino. Ver Samuel Tarnopolsky: *Los prejuiciados de honrada conciencia*, Editorial Candelabro, Buenos Aires, 1971, pág. 34.

265 Ricardo Rojas: *Historia de la literatura argentina*, Losada, Buenos Aires, 1948, tomo III (*Los modernos*), págs. 413 y 420.

266 Ibid., págs. 30-31.

267 Samuel Tarnopolsky, op. cit., pág. 30. Allí se citan como cómplices del silencio frente a la judeofobia de *La Bolsa* a Giusti, Estrella Gutiérrez, Ghiano, Piccirilli, Giménez Pastor, Ara, etc.

268 Fundados en 1892 por el sacerdote alemán Federico Grote (m. 1940), eran asociaciones mutuales que iniciaron el socialcristianismo en la Argentina. Alcanzaron veinte mil afiliados en 77 centros en todo el país, y en tres áreas de acción: el asistencialismo, la legislación laboral y la propaganda antirrevolucionaria. Ver Florencia Pagni y Fernando Cesaretti: *Dionisio Napal: un cura provocador*, Universidad Nacional de Rosario, Rosario, 2008.

269 Se trata del abuelo de quien, en la década de 1980, fue cabecilla del llamado *Partido Nacionalista Social* argentino.

270 Nahum Solominsky: *La semana trágica*, Biblioteca Popular Judía, Congreso Judío Mundial, Buenos Aires, 1971, págs. 20-21.

271 Hay varias versiones acerca del número de judíos asesinados. Según el informe del embajador norteamericano en la Argentina, los muertos judíos serían ciento setenta y nueve. Ver Joel Barromi: *Antisemitismo: Un Problema Universal*, Editorial Aurora, Tel

Aviv, 1990, pág. 122.

272 Por ejemplo *El Pampero*, *El Cabildo*, *El Federal*, *La Maroma* y *Crisol*.

273 Su hombre de confianza fue Carlos Suárez Pinto, quien fue designado subjefe de la policía provincial.

274 La nota de *Crisol* fue del 30 de enero de 1934; la respuesta de Borges apareció en la revista *Megáfono* No. 12, pág. 60, de abril de ese año.

CAPÍTULO 14

ARGENTINA Y EL PARADIGMA DEL DESPLAZAMIENTO

De Hugo Wast a Eichmann

Uno de los más difundidos escritores argentinos, Hugo Wast (seudónimo de Gustavo Martínez Zuviría),²⁷⁵ fue director de la Biblioteca Nacional (1931-1955) y en 1935 publicó un par de novelas que difunden el mito de la conspiración judía mundial: *El Kahal* y *Oro*. Ese año se estableció la DAIA, creada para defender los derechos judíos.

Se lee en el epígrafe de *Oro*: “No está lejano el día en que todas las riquezas de la tierra serán de los hebreos”.²⁷⁶ Macabro vaticinio. Diez años después, una tercera parte de los judíos habían sido brutalmente asesinados, y Zuviría continuaba con su paranoia desde el cargo de ministro de Educación del país. Su posterior novela *666* relata ¡en 1942! cómo los judíos dominan el mundo, y prevé la liberación humana cuando las masas enfurecidas los exterminen. El exterminio estaba literalmente llevándose a cabo, y Zuviría lo festejaba.²⁷⁷

Hasta el golpe militar de 1943 la judeofobia había sido privativa de las élites de altos ingresos. A partir de ese evento los admiradores del nazismo agrupados en torno del GOU (Grupo de Oficiales Unidos) llegaban al poder. De sus reuniones participaron Martínez Zuviría y Juan Queraltó (m. 1985),

jefe de la *Alianza Libertadora Nacionalista* que difundió el lema “Haga patria, mate a un judío”.

Zuviría fue designado ministro, y el presidente del Consejo Nacional de Educación, José Ignacio Olmedo, impulsó separar de sus cargos a los maestros y profesores no-católicos.²⁷⁸

Algunas publicaciones y bandas nacionalistas continuaron aun después de la guerra. Un discípulo de Goebbels, Johann Von Leers, publicó entre 1950 y 1955 el mensuario *Der Weg* en la editorial Duerer. Había llegado a la Argentina para hacer propaganda nazi, escribió el panfleto *Juden sehen dich an (Judíos te observan)* y terminó huyendo a Egipto.²⁷⁹

En la década del sesenta el grupo judeofóbico más activo fue Tacuara, que se bifurcó en una tendencia ultracatólica y otra marxista. La primera tenía por mentores a los sacerdotes Alberto Ezcurra y Julio Meinvielle, autor de *Los judíos en el misterio de la historia* (1936); y de la segunda rama derivó el grupo *Montoneros* en 1970. Tras el golpe de Estado de 1962 que derrocó al presidente Frondizi, ambas tendencias crecieron.

En connivencia con el representante de la Liga Árabe Hussein Triki, Tacuara secuestró, torturó y mató. A los padres del estudiante asesinado Raúl Alterman enviaron una explicación: “Nadie mata porque sí nomás; a su hijo lo han matado porque era un perro judío comunista... Si no están conformes, que se retiren todos los perros y explotadores judíos a su Judea natal”. Este y los otros crímenes de la judeofobia argentina quedaron impunes, una norma que incluye las voladuras de la Embajada de Israel (1992) y del edificio comunitario AMIA (1994), que ocasionaron más de cien muertos.

El 20 de noviembre de 1964, los últimos militantes de Tacuara tomaron el Cabildo porteño, con esvásticas y el saludo nazi ante las cámaras.

Con todo, hay que tener en cuenta que su peligrosidad no deriva tanto de sus acciones violentas ni de su propaganda nazi, sino de la medida en que se acercan al poder. En rigor, el parámetro para medir el peligro de la judeofobia

en un país determinado no debe ser el tamaño de sus organizaciones, sino su efectiva proximidad al gobierno. En la Argentina, amplios sectores del partido peronista mayoritario apoyaban a la agrupación judeofóbica.

La captura del criminal nazi Adolf Eichmann en la Argentina en 1960 movilizó fuerzas judeofóbicas en el país. Sus dos hijos mayores, Klaus y Horst, crearon una pequeña organización juvenil neonazi llamada Frente Nacional Socialista Argentino. Planearon atentados a sinagogas y robos, y publicaron la revista *Rebelión* y algunos libros judeofóbicos. A la banda pertenecían jóvenes de la zona norte del conurbano, en general de ascendencia alemana. Cuando Horst fue detenido por la policía en 1964, en su casa se secuestraron armas y volantes. Los hermanos Eichmann se habían vinculado también a una red nazi global.²⁸⁰

Una nota en un ejemplar de la mentada *Rebelión*, hacia finales de 1963, sostenía que Israel planeaba crear en la Argentina una colonia llamada “República de Andinia”, a partir de una “confederación de provincias patagónicas, que abarca toda la extensión de las cordilleras de los Andes”, bajo las órdenes del “Gobierno secreto judío establecido en nuestro país, como en cada una de las naciones del mundo”.

Adolf Eichmann fue secuestrado, lo que con mala predisposición podía presentarse como una violación de la soberanía de otro país (fue bastante menor, en comparación con la ilegalidad del *ingreso y residencia* de Eichmann en la Argentina).²⁸¹

Desde finales de la guerra los jefes nazis sabían que en la Argentina se les daba refugio,²⁸² que se impedía su extradición, que raramente eran castigados, y que eran protegidos por nazis locales. Así, el presidente Arturo Frondizi había reaccionado infaustamente ante el caso de Josef Mengele, quien pudo escapar del país.²⁸³

La principal mácula en aquellos días fue el accionar del embajador argentino ante las Naciones Unidas, el filonazi Mario Amadeo, quien

equiparó la acción israelí con la de los nazis, y a los judíos perseguidos con sus perseguidores: “Argentina ha tenido (para ambos grupos) puertas abiertas para quienes huyen de la persecución”.²⁸⁴

Tales injurias fueron compensadas por los elogios a la captura que aparecieron en varios medios argentinos: que Eichmann era una “escoria humana”, y que había enviado a Bergen-Belsen a mil cuatrocientos argentinos, por lo que el operativo israelí mereció, del escritor Ernesto Sabato, “admiración por un grupo de valientes que, arriesgando su vida durante años han buscado por todo el mundo a esos criminales y han tenido todavía la honradez de llevarlos para ser juzgados por tribunales justicieros, en lugar de dejarse arrastrar por un impulso vindicatorio y ultimarlos allí mismo”.²⁸⁵

El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas intervino para que Eichmann fuera devuelto a la Argentina, pero el gobierno dejó de presionar, y el motivo del secuestro perdió validez ante lo justiciero del juicio. Prevalció el principio jurídico de *Male captus, bene detentus*: “Incorrectamente capturado pero correctamente detenido”.

En 1971 se retomó el invento del Plan Andinia, que pasaba a ser una versión local de los *Protocolos de los Sabios de Sion*. Su difusor fue un profesor de economía de la Universidad de Buenos Aires: Walter Beveraggi Allende. El complot judío había sido supuestamente pergeñado por un rabino neoyorquino que procuraba desmembrar la Patagonia de la Argentina y crear allí un segundo Estado judío.

La “denuncia” de Beveraggi, llevada a la Confederación General del Trabajo y a diversos medios periodísticos,²⁸⁶ aportaba como prueba del dominio hebreo el hecho de que los sindicatos argentinos hubieran decretado una huelga que coincidió con el Día del Perdón (29 de septiembre de 1971). Esa “elección de fecha” indicaba que “el noventa por ciento de la economía del país está en manos judías”. Cuatro años después Beveraggi publicó el

libro *La inflación argentina*, en cuya tapa aparece crucificado el mapa argentino con estrellas de David clavadas por un judío estereotípico.

En 1973, el comisario Alberto Villar, nazi confeso, pasó a ser la cara visible de los grupos paramilitares que conformaban la banda fascista Triple A.

Los militares y la judeofobia

La judeofobia argentina fue más manifiesta durante los gobiernos democráticos que emergían después de un período dictatorial. Pero esa visibilidad no necesariamente significaba peligrosidad, porque en esos momentos se hallaba más alejada de las cúpulas. En las dictaduras militares, por el contrario, los sectores judeofóbicos se encaramaron en el poder, y precisamente por ello a los gobiernos les era más fácil dominarlos.

La judeofobia fue muy activa durante la brutal dictadura de 1976-1983,²⁸⁷ si bien no solía expresarse públicamente, salvo algunas excepciones como el general Ramón Camps.

De entre los miles de “desaparecidos”, los judíos eran la víctima favorita en los centros de detención y tormentos²⁸⁸, en los que los torturadores solían jactarse de su nazismo, y frecuentemente exigían de sus prisioneros judíos detalles del *Plan Andinia*.²⁸⁹

Una de las numerosas víctimas²⁹⁰ atestiguó que en el Centro Clandestino “Club Atlético” se escuchaban por altoparlante los discursos de Hitler, obligaban a los hebreos a gritar que amaban al Führer, y que entre risas sardónicas quitaban la ropa a los prisioneros para pintar esvásticas en sus cuerpos.²⁹¹

Para comprender la gravedad de la judeofobia entre los militares argentinos, debe recordarse que su formación se brindaba en ambientes

frecuentemente judeofóbicos en los que el ingreso a judíos estaba estrictamente prohibido. Además, la mayoría de quienes habían integrado la línea nacionalista de Tacuara, una vez que la abandonaron, pasaron a engrosar las agrupaciones parapoliciales que terminaron funcionales a la dictadura. Los que armaron y adiestraron a Tacuara y a la Guardia Restauradora Nacionalista fueron oficiales del ejército y de la policía.

La penetración del odio en las Fuerzas Armadas es de larga data. Ya hace cien años el Círculo Militar fue sede de las reuniones de la Liga Patriótica que había perpetrado los desmanes de 1919, y cuyo presidente provisional, el almirante Manuel Domecq García (m. 1951), fue designado ministro de Marina del presidente de Marcelo T. de Alvear.

En 2012 salió a la luz la virulencia de muchos militares cuando se difundieron los tormentos infligidos a los soldados judíos que habían servido en las Islas Malvinas en 1982.²⁹² Es cierto que el maltrato de los oficiales a los conscriptos fue la norma, pero en el caso de los israelitas se actuó con singular crueldad. Una decena de ellos dieron testimonio, treinta años después, de los constantes insultos y humillaciones. Para castigar a un soldado por su origen, el subteniente Eduardo Flores Ardoino le congelaba diariamente las manos o le obligaba a remover comida del estiércol.²⁹³

A algunos de los conscriptos no los sorprendió el abuso de poder y el ultraje, ya que los habían padecido durante su servicio militar.²⁹⁴ El oficial Kuffmann acusaba a su subalterno²⁹⁵ del deicidio y de ser traidor, y lo obligaba a usar sotana y participar de la misa “para hacerlo buen cristiano”. Las cantilenas nazis y las amenazas de exterminio eran habituales.

Actualmente, los filonazis son una pequeña minoría que pierde influencia, aun cuando algunos sectores democráticos no guarden frente a ellos la cautela necesaria. Una de sus dos alas responde al nacionalismo católico de Antonio Caponnetto y su revista *Cabildo*, que alardea de un fascismo sin tapujos, y reivindica los peores crímenes de la Iglesia medieval y de las dictaduras

modernas.

La segunda línea cambió varias veces de nombre, encabezada por Alejandro Biondini, quien en 1980 fundó, junto con José María Rosa (m. 1991), la revista *Línea*, desde la que se difundió el insulto de “sinagoga radical” para atacar a Raúl Alfonsín, que había incluido a algunos judíos en su gobierno.

En 1984, Biondini formó, dentro del Partido Justicialista, una sección llamada *Alerta Nacional*. En 1988, aunque se plantaba como seguidor de Hitler, apoyó la campaña electoral de Carlos Menem en la esperanza de encumbrarse por intermedio de militares nacionalistas que darían un golpe de Estado.²⁹⁶ Menem no respondió a sus expectativas, lo consideraron traidor, y en 1990 fundaron el Partido Nuevo Triunfo (PNT).²⁹⁷

En diciembre de 1999, Biondini convocó a una cena para anunciar su candidatura presidencial para 2003. Concurrieron oficiales del Ejército y de la Armada, así como representantes de la Federación de Entidades Árabes y de la comunidad alemana,²⁹⁸ quienes gritaron ¡Sieg Heil! y entonaron la “Marcha del Despertar Argentino”.²⁹⁹ Otras características nazis del grupo incluyen: la conmemoración del natalicio de Hitler, la denominación de “Führer” a su mandamás, el uso del saludo nazi y del águila imperial, y la autodefinición de “camisas pardas”.³⁰⁰

Por esos rasgos, en 2003 un juez les denegó personería jurídica, y la Corte Suprema refrendó el veto en 2009. Entre esas dos fechas, Biondini inauguró el Centro de Difusión Casa Patria (CEDICAP), y sus familiares directos fueron candidatos en el partido “Acción Ciudadana” en las elecciones legislativas de octubre de 2005, en las que obtuvieron 3803 votos.³⁰¹

El general Ricardo Brinzoni (jefe del Ejército 1999-2003), quien en 2001 recomendó que “los judíos leyeran *El mercader de Venecia* para aprender a perdonar”, estuvo ligado al partido. Su abogado Juan Enrique Torres Bande (apoderado del Ejército) era afiliado. Un jefe militar anterior, el general

Roberto Bendini, “denunció” el 12 de septiembre de 2003 “la presencia de mochileros israelíes” en la Patagonia.

Una izquierda regresiva

A fines de 2017 el movimiento de derecha nacionalista húngara Jobbik anunció que abandonaba la postura judeofóbica que lo había caracterizado desde su establecimiento tres lustros antes. Se confirmaba así una tendencia similar en otros países europeos como Austria³⁰² y Francia; el odio antijudío organizado desde esos sectores quedó casi exclusivamente en Grecia. Las agresiones verbales continuaron, pero no desde partidos sino desde individuos, tal como un profesor holandés³⁰³ que en diciembre de 2017 no tuvo reparos en declararse abiertamente judeofóbico, ni en llamar por televisión a los judíos “parásitos, especuladores y mezquinos”.

Paralelamente a su repliegue en las fuerzas nacionalistas, la judeofobia viene penetrando con mayor persistencia en la izquierda, sobre todo cuando emiten afirmaciones doctrinarias combativas. Este desplazamiento ideológico es nítido en los populismos de varios países.

Un clásico teórico de la izquierda, Juan José Hernández Arregui (m. 1974), exaltaba “el ser nacional” y argüía que “el poder económico internacional del judaísmo vincula a estos grupos étnicos en forma poco visible pero real y organizada en escala mundial al imperialismo, particularmente norteamericano, del cual el sionismo no es más que una variante”.³⁰⁴

El ideólogo trotskista Nahuel Moreno³⁰⁵ abogaba por la “tarea progresiva de destruir el estado sionista con entusiasmo y fuerza... el único sector social en lucha es el movimiento árabe y mahometano para destruir el estado fascista, racista y basado en el Viejo Testamento... No hay otra manera que echar a los sionistas... y no existen pobladores judíos no sionistas... la

destrucción del estado israelí implica obligatoriamente el alejamiento de sus habitantes actuales... el racismo árabe frente a Israel es progresivo”.

En términos generales, algunas encuestas argentinas en 1996 revelaron altos niveles de judeofobia,³⁰⁶ y un estudio³⁰⁷ efectuado en 2011 por el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Universidad de Buenos Aires, mostró que el 30% de los encuestados no quería vecinos judíos, el 45% no se casaría con ellos, y el 39% rechazaba que tuvieran cargos políticos. Entre los estereotipos de los encuestados, el 82% sostuvo que lo más importante para los hebreos es el dinero, el 65% que poseen demasiado poder financiero, y el 23% los culpó del deicidio.

La judeofobia gubernamental volvió a asomar en 2013, como consecuencia de que las instituciones representativas de la comunidad rechazaron el “Memorando de Entendimiento” con Irán, que fue primer paso hacia el blanqueamiento del Estado iraní por el atentado contra la AMIA. A partir de ese instante el gobierno adoptó una posición de confrontamiento.

La tensión se agravó con la declaración de la presidenta Cristina Kirchner en un tuit de fines de abril de 2015, titulado “Todo hace juego con todo”, según el cual las organizaciones israelitas se amalgaman con los “fondos buitres”, el fiscal Alberto Nisman, la Justicia neoyorquina y sórdidos intereses financieros para atentar contra los intereses nacionales. “Estamos ante un modus operandi de carácter global —adujo la presidenta— que no sólo lesiona severamente las soberanías nacionales interfiriendo y coaccionando el funcionamiento de los distintos poderes de los Estados, sino que genera operaciones políticas internacionales de cualquier tipo, forma y color”.

Un editorial del diario *La Nación* supo enmarcar el sórdido mensaje en la típica irresponsabilidad culposa de las teorías conspirativas.³⁰⁸ En el tuit presidencial los judíos no sólo supuestamente dominan, sino que además usan su poder para provocar guerras.

Cristina agravó el embate el 2 de julio en una escuela de Villa Lugano,

cuando recomendó a niños de diez años la lectura de *El mercader de Venecia* “para entender los fondos buitre”. De su recomendación podía deducirse que “los judíos” medran desde hace varios siglos con las finanzas mundiales.

Uno de los portavoces locales de esta judeofobia conspiracional es Luis D’Elía, quien suele acusar a Israel de todo lo malo. Declaró por radio que la estafa de las Madres de Plaza de Mayo la había perpetrado en realidad el Mossad, así como algunas otras personas —“todos paisanos”, aclaró—. A uno de los propagandistas del kirchnerismo lo acusó de ser “un coronel del Mossad”,³⁰⁹ y aún en 2016, ya menos bravucón por el cambio de gobierno, en algunas cuestiones no cedía: “A Nisman lo asesinó un agente del Mossad que escapó a Israel”.

Adolfo Pérez Esquivel echó mano de la misma patraña a mediados de diciembre de 2017, cuando se produjeron los disturbios frente al Congreso durante el debate sobre una reforma legislativa. En sus palabras, la culpa la tenían “el Mossad y las Fuerzas Armadas israelitas”.

El procedimiento de D’Elía es conspicuo: inyecta regularmente en la sociedad argentina veneno antijudío, de modo que cuando llegue el momento apropiado puedan utilizarse los odiosos reclutados. Repite los eslóganes cada tanto: los judíos dominan todo, y el atentado contra la AMIA en 1994 fue perpetrado por israelíes.

Lo fundamental era mantener viva la encrespada narrativa por si se lograba exculpar a los iraníes y se requiriera una nueva versión de los hechos.³¹⁰ La penetración de la judeofobia en el discurso kirchnerista remedaba el estilo de la Venezuela de Hugo Chávez.

El caso venezolano

La similitud entre los populismos permite incluir este acápite venezolano

en el capítulo sobre la Argentina, además de que, como veremos, de este país provino el ideólogo de la judeofobia chavista.

Hasta hace pocos años habría llamado la atención que en este ensayo dedicáramos páginas a Venezuela, que siempre fue uno de los países más tolerantes del mundo.³¹¹ Pero la política de Chávez encendió en ese país el novedoso fuego, aun si al comienzo se redujo a un caso más de judeofobia embolsada.

Cuando en 2004 fue allanada la escuela hebrea de Caracas, quedó claro que los exabruptos judeofóbicos del “Comandante” no eran manotazos aislados. El 29 de noviembre, la policía ingresó en el predio ante centenares de alumnos y profesores estupefactos,³¹² y se creaba así una cortina de humo para soslayar el pozo en el que la demagogia venía hundiendo a la nación por casi una década. Tal es la utilidad de la judeofobia.

Nadie encontró armamentos en la escuela; sólo pizarras y libros. Pero el veneno judeofóbico se instalaba en el imaginario del pueblo venezolano, y los carteles del Partido Comunista lo explicitaron a los pocos días con notable franqueza: “No al terrorismo de los comandos israelíes”. Se desafiaba la lógica: a los judíos les habían allanado su escuela... y por ello se les recriminaba “terrorismo”.

El rabino de la comunidad, Pinchas Brener, denunció en el diario *El Nacional* aquella “primera agresión directa contra la comunidad”, y el economista Gerver Torres exhortaba a la comunidad judía, en *El Universal*, a que permaneciera en el país.

El presidente Chávez denominó socarronamente a la oposición “judío errante”, y fue galardonado en Trípoli con el Premio Muamar Gadafi a los Derechos Humanos, distinción que dedicó a Yaser Arafat.

Chávez atinó a combinar dos motivos tradicionales del arsenal judeofóbico, cuando declaró, en su mensaje navideño de 2005, que “los descendientes de los que crucificaron a Cristo se han apoderado de las

riquezas del mundo”.

De este libelo se hizo eco el canal televisivo oficial, que dedicó su programa *La Hojila* (5 de enero de 2006) a atacar a los israelitas, “dueños de todos los medios”. Ese mes, Venezuela rompió relaciones con el país hebreo.

Para entender la escalada de Hugo Chávez, cabe recordar que, a partir de 1994, había tenido de asesor a un tal Norberto Ceresole, muerto diez años después. Ceresole, a quien sus camaradas lo denominaban “un auténtico revolucionario contra el Orden Mundial yanquisionista”, había sido guerrillero en la Argentina. El avasallamiento de la escuela podía verse como una victoria póstuma suya.

Formado en la Escuela Superior de Guerra soviética, Ceresole militó en el grupo guerrillero trotskista ERP de la Argentina, y más tarde asesoró al grupo de oficiales golpistas del coronel fascista Aldo Rico. Algunos de sus libros fueron traducidos al árabe y al persa, y publicados en España por *Al-Andalus*. Su ensayo *Caudillo, Ejército, Pueblo —el modelo venezolano o la posdemocracia* (1999) proponía para “reflexión de cuadros políticos y militares próximos al presidente Chávez” que se creara una Oficina de Inteligencia bajo la dirección del autor del panfleto, que analizaría asuntos estratégicos. El pueblo venezolano —explicaba— había delegado su poder en un caudillo nacional-militar, que en su pregonado sistema de “posdemocracia” debería concentrar todo el poder para una “estrategia antisistema”.

Ceresole personificó el odio violento que ametralla en cualquier dirección, y combinó, sin solución de continuidad y en sincretismo acorde con la época, el comunismo con el nazismo, el islamismo y el terrorismo. Era un remedo de su maestro Roger Garaudy, prologuista de su libro de 1997 *El nacional judaísmo: un mesianismo pos-sionista*. Ceresole, como Garaudy, también negaba el Holocausto, pero además negaba que hubiera habido atentado alguno contra la AMIA de Buenos Aires en 1994.

El 28 de enero de 2008, el presidente venezolano instó a los países latinoamericanos a aliarse militarmente frente a una agresión (hipotéticamente estadounidense): “Si uno de nosotros es atacado —advirtió—, responderemos todos”. Curiosamente, “uno de nosotros” ya había sido atacado brutalmente —Argentina, en 1992 y 1994, con sendos atentados contra blancos judíos—. Pero Chávez se transformó en el máximo aliado del agresor: la República Islámica de Irán.

Esa alianza tenía precedentes. Cuando en 1979 se apoderó de Irán la Revolución islámica, su primer cófrade declarado fue Cuba. El régimen ateo y el teocrático cooperaron en la ONU para tratar de expulsar al país judío, y Fidel Castro visitó Teherán para “consolidar el frente anti-imperialista”, soslayando que en el propio Irán los revolucionarios islamistas asesinaban sin pausa a sus colegas comunistas.

Se reiteraba así lo de las vísperas de la Segunda Guerra Mundial, que estalló una semana después de firmado el acuerdo nazi-comunista. Este pacto, que se presentaba como “en aras de la paz”, abrió las compuertas para la invasión nazi de Europa y la invasión soviética de Polonia.

Así, en la actual guerra iniciada por el islamismo, para una buena parte de la izquierda es preferible la ultraderecha iraní por sobre el Occidente liberal.

La revolución islamista penetra también en América Latina, y con ella la judeofobia. Los ayatolás iraníes no ocultan su obsesiva meta de destruir Israel.

Irán es el país musulmán con mayor cantidad de diplomáticos en Latinoamérica, y Cuba ha dejado de ser su vanguardia desde que los presidentes venezolanos visitaron Irán innumerables veces. Venezuela socorre sistemáticamente a los ayatolás en los foros internacionales, y los dos países —que en conjunto producen el 10% del petróleo mundial, y cuyo comercio bilateral ronda los 20.000 millones de dólares— ya han firmado unos doscientos acuerdos.

Actualmente los medios de prensa oficialista en Venezuela reproducen artículos judeofóbicos de variada virulencia. En el semanario *Kikirikí* se publicó una *Historia de la llegada de los judíos al continente americano* según la cual “los judíos” financiaron a sus perseguidores (sea la Inquisición o el nazismo alemán) y lo “demuestra” con citas de *El judío internacional* de Henry Ford: “El judío halla su bienestar en las ruinas mismas de la civilización”.

En el sitio de noticias *Aporrea*, se ataca al líder de la oposición “Henrique Capriles que aplaude la agresión a Siria y con ello confirma su militancia pro-Israel”. Las acciones de Capriles (que es católico) se atribuyen a su origen judío, y a sus supuestos vínculos sospechosos con la comunidad israelita de Venezuela. Los dirigentes de ésta son mencionados con nombre y apellido, tanto como las instituciones a las que pertenecen. Gobierna a Venezuela una suerte de paralelo a Luis D’Elía.

275 El seudónimo “Hugo Wast” es un anagrama de “Ghustavo”, de estilo pseudonórdico.

276 Hugo Wast: *Oro*, Ediciones Ercilla, Santiago de Chile, 1935, pág. 3.

277 Un paralelo suyo en México fue el escritor José Vasconcelos, ministro de Educación en 1920-1925, quien alertaba sobre una supuesta conspiración judaico-azteca para destruir el México católico tradicional.

278 Paralelamente, se cerraron los diarios escritos en idioma idish, y se prohibió la matanza ritual judaica (casher) en los mataderos.

279 En El Cairo, Von Leers se convirtió al Islam, como hicieron otros funcionarios nazis. Adoptó el nombre de Omar Amín.

280 El *World National Socialist Movement*, la “Internacional Nazi” dirigida por el norteamericano George Lincoln Rockwell que fue asesinado 1967.

281 Eichmann redactó una declaración de propia mano por la que admitía estar cansado

de seguir huyendo y se entregaba a la Justicia israelí. Por ello, más que “secuestro” cabía más propiamente la denominación de “salida ilegal”.

282 *La auténtica Odessa* (2002) de Uki Goñi narra las formas de penetración.

283 Santander, op. cit., págs. 32-35.

284 Lipstadt, op. cit., pág. 22.

285 Ernesto Sabato: “Soberanía para carniceros”, diario *El Mundo*, junio de 1960.

286 “*La Invasión Judía*” - *Un nuevo fraude antisemita*, Ediciones DAIA, Buenos Aires, 1986.

287 Leonardo Senkman: *El antisemitismo en la Argentina*, Biblioteca Política Argentina, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1986.

288 Así sostiene el informe de la CONADEP (*Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas*), organización que fue designada por el gobierno argentino.

289 Así lo narran, por ejemplo, las memorias del periodista Jacobo Timerman: *Prisionero sin nombre, celda sin número*, en inglés, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1981, pág. 73.

290 Pedro Miguel Vanrell, legajo N° 1132 de la CONADEP.

291 Otro caso fue el de Juana Meller de Pargament, cuya casa fue allanada el 10 de noviembre de 1976, y “al encontrar dos pasaportes de alguien que había ido a Israel, preguntaron quién era judío. De inmediato golpearon ferozmente a mi hijo mientras gritaban ¡judío! ¡judío! y así se lo llevaron”.

292 Ver la investigación de Hernán Dobry en *La Nación* de Buenos Aires del 11 de marzo de 2012, que fue un adelanto del libro *Los rabinos de Malvinas: La comunidad judía argentina, la guerra del Atlántico Sur y el antisemitismo*.

293 Es el caso de Silvio Katz. Otros ejemplos: a Adrián Haase, el subteniente Frinko le espetaba con franqueza que odiaba a los judíos. A Sergio Vainroj le daban sobrecargas de trabajo, y cuando recibió una encomienda el sargento se la apropió con insultos a su condición de judío.

294 Por ejemplo, Gustavo Guinsburg, de la Jefatura de la Brigada de Infantería Mecanizada 11 de Río Gallegos, recuerda: “A los cinco soldados judíos nos sacaban a bailar en ropa interior a las dos de la mañana. Nos hacían aplaudir cardos y arrastrarnos entre el barro y el granito. Terminábamos con los codos y los pies sangrando”.

295 Claudio Szpin.

296 Menem aparentemente había sugerido la incorporación de la caterva al servicio de inteligencia y a la policía, y la designación del fascista Mohamed Alí Seineldín (m. 2009) a

cargo de las Fuerzas Armadas.

297 Las siglas respondieron en un comienzo a “Partido Nacionalista de los Trabajadores”.

298 En otro acto similar (del PNOSP —Partido Nuevo Orden Social Patriótico— de Alejandro Franze, un colaborador del ex almirante Emilio Massera) se leyó la adhesión del Jefe del grupo Albatros de la Prefectura Raúl de Sagastizábal, quien se había sumado al alzamiento de Mohamed Alí Seineldín en 1990 y debió exilarse en Uruguay.

299 “El judas extiende su hiel... nuestra Causa es la Causa de Dios/ nuestra patria nos llama a la lucha/ nuestra Furia sagrada Misión/ y ya Kalki nos llama a Vencer...” Kalki es, en la tradición hindú, la última reencarnación de una suprema deidad y su uso en reemplazo de Hitler surge del nazismo esotérico, a partir de los escritos de Miguel Serrano, führer de Chile. Según Serrano, Hitler era un dios nórdico que nunca murió, sino que fue transportado por un OVNI a un Tíbet subterráneo. La metáfora se propagó debido a que la usaron en su música bandas de rock satánico.

300 Además, su lema es como el nazi: “Una nación, un pueblo, un líder”. Culpan de la muerte de su afiliado Alfredo Guereño (quien murió debido a exceso de alcohol) a “un crimen ritual judío”.

301 Encabezó la lista de diputados Jorge Colotto, excomisario general de la Policía Federal y director de Seguridad del Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires durante la década del '90.

302 En las elecciones de 2017 el Partido de la Libertad austríaco obtuvo el 26% de los votos y en diciembre de ese año pasó a integrar, por primera vez en la historia, la alianza gubernamental.

303 Jan Tollenaere, ex profesor de química de la Universidad de Utrecht. La entrevista fue televisada el 14 de diciembre de 2017.

304 Juan J. Hernández Arregui: *La formación de la conciencia nacional 1930-1960*, Hachea, Buenos Aires, 1960, pág. 10.

305 El nombre real de Nahuel Moreno (m.1987) era Hugo Miguel Bressano Capacete. El texto aquí citado es de *Polémica sobre Medio Oriente*, de septiembre de 1982.

306 Miguel Wiñazki: “La cuestión judía”, revista *Noticias* del 27 de julio de 1996, Buenos Aires, págs. 94-98.

307 El estudio fue elaborado a partir de encuestas a 1.510 personas de 18 a 65 años, de todos los estratos sociales, residentes en Buenos Aires y otras siete ciudades del país. Mendoza y Tucumán mostraron los niveles más altos de judeofobia.

308 “Conspiraciones: cuando todo tiene que ver con todo”, *La Nación*, 10 de mayo de 2015.

309 Sergio Szpolski.

310 Ver nuestro *Morir por la Argentina*, Neiman Ediciones, Buenos Aires, 2017.

311 En efecto, las primeras ediciones de este libro excluyen el caso venezolano.

312 La excusa para el allanamiento fue la investigación por el asesinato del fiscal Danilo Anderson. Se esgrimió que desde un club de tiro cercano se habían infiltrado armas en la escuela.

CAPÍTULO 15

EXPLICACIONES DE LA JUDEOFOBIA

Inconsciencia orwelliana

En la lista de explicaciones que siguen, omitimos una: la teológica, que ve la judeofobia como parte de un inescrutable designio providencial que no debe ser explicado.

Siempre hubo sectores religiosos que suscribieron la idea de que el odio antijudío es parte de un plan celestial para castigarlos por no haber aceptado algún dogma. Incluso dentro del judaísmo hay quienes se someterían a la supuesta inevitabilidad de la judeofobia. Una máxima al respecto aparece en la literatura rabínica de hasta el siglo IV: “Es norma el odio de Esaú hacia Jacob”.³¹³

La disputa entre Jacob/Israel y Esaú/Edom (que en las fuentes fue sinónimo del Imperio romano) se transformó en el arquetipo de la oposición entre el pueblo judío y la cristiandad europea. Es notable que, según la exégesis, cuando Jacob y Esaú se reencuentran, el primero trata de persuadir a su hermano de que no es ni poderoso ni peligroso,³¹⁴ justamente las dos representaciones que transformaron a los hebreos en un supuesto enemigo a lo largo de los siglos.

No nos detendremos más en las explicaciones teológicas porque, en vez de dilucidar sus causas, nos obligan simplemente a reformular la pregunta. En

vez de “¿por qué se odia a los judíos?” nos hacen preguntar: “¿cómo ha dispuesto Dios que se odie a los judíos?”. A los efectos de nuestro intento didáctico, la diferencia es baladí.

Una metodología similarmente infértil, que ha sido denominada “esencialista”, consiste en hurgar las causas de la judeofobia en ciertos rasgos de los judíos. Pero no existen rasgos que puedan abarcar a todos los miembros de un colectivo, mucho menos de uno tan heterogéneo como los israelitas. Este modelo de interpretación presupone a la judeofobia como un fenómeno ‘natural’ en toda sociedad, que no requiere mayores explicaciones.³¹⁵

Dijimos al comienzo que quien porta prejuicios en general no lo hace conscientemente. Ello también es válido para la judeofobia contemporánea: quien la padece raramente lo admite, a veces ni siquiera en su fuero íntimo. Vale analizarlo en la obra del inglés George Orwell, autor de una celeberrima distopía, y en general de novelas representativas de la posguerra.

Orwell fue uno de los casos más extremos del síndrome de la inconsciencia judeofóbica. Se veía a sí mismo, y en alguna medida justificadamente, como un cuestionador del odio antijudío, un hombre incontaminado por esta sociopatología.

En efecto, concluido el Holocausto, Orwell denunció en su ensayo *Antisemitismo en Gran Bretaña* (1945) la creciente judeofobia inglesa, y también los arraigados prejuicios que habían posibilitado la Shoá, pero no repara en que él mismo, en su primer libro, había sido su portavoz. En efecto *Vagabundo en París y en Londres* (1933) narra su indigente estadía en las dos capitales en 1929, y en su galería de personajes todos los negativos³¹⁶ son explícitamente judíos.

Orwell además limita excesivamente su explicación de la judeofobia. La ve como una mera extensión de “la enfermedad del nacionalismo”, un diagnóstico insuficiente para comprender la judeofobia medieval o la

islamista actual.

También saltea que la judeofobia termina por *anular* el nacionalismo, como explicó Ludwig von Mises. Frente a los nazis, los nacionalistas de todos los países agredidos renegaban de su pasado y aclamaron la pérdida de su propia soberanía política como si hubiera sido una revolución nacional propia. Los judeófobos le hacían la propaganda al nazismo y renunciaban a la independencia de sus propias naciones.³¹⁷

Además, aun cuando Orwell supo desenmascarar la judeofobia tardíamente, trasladó la propia hacia el nuevo “enemigo” —el Estado judío— y su oposición al sionismo se sumó a la de quienes privaban a los judíos siquiera de hallar un refugio frente a la implacable persecución en Europa.

Esta oposición es notable, si consideramos que la mejor contribución de Orwell a desenmarañar la judeofobia la formuló en el contexto de su crítica al pacifismo. En efecto, en su ensayo *Reflexiones acerca de Gandhi* (1949) Orwell sostiene que Gandhi nunca percibió la naturaleza brutal del totalitarismo y por ende suponía toda lucha como una extrapolación de su propia disputa contra el Imperio británico. En este argumento incluye aquí una específica mención de los judíos, en la forma de una de las preguntas incómodas que hoy saltean quienes procuran apaciguar al régimen de los ayatolás iraníes. Dice Orwell en 1949:

Con respecto a la última guerra, una pregunta que todo pacifista tenía una clara obligación de responder era: “¿Y qué de los judíos? ¿Está usted dispuesto a que se los extermine? Si no lo está, ¿cómo propone usted que se los salve sin recurrir a la guerra?”. Debo decir que nunca escuché una respuesta honesta a esta pregunta por parte de un pacifista occidental, aunque escuché muchas evasivas. A Gandhi se le preguntó algo similar en 1938 y su respuesta está incluida en “Gandhi y Stalin” de Louis Fischer: “Los judíos alemanes debían cometer suicidio colectivo, lo que habría levantado al mundo y al pueblo alemán contra la violencia de Hitler”.

Después de la guerra, Gandhi se justificó: “Los judíos habrían sido de todos modos asesinados, así que podrían haber muerto de modo significativo”.

Para una buena parte de los judíos, la pregunta que formulaba Orwell acerca de la Segunda Guerra contra el nazismo no es diferente de la de ahora en la Tercera Guerra Mundial contra el islamismo. La autocracia iraní amenaza con “una tormenta islámica que derribe al pútrido árbol del país sionista” y, pese a las advertencias de la comunidad internacional, continúa impertérrita hacia la obtención de armas nucleares. Por ello los pacifistas deberían responder a la pregunta: “¿Está usted dispuesto a que se borre a Israel del mapa con armas atómicas? ¿Otra vez seis millones de judíos exterminados? Si no lo está, ¿cómo propone usted que se los salve sin recurrir a la guerra?”.

Seis meditaciones sionistas

Para elucidar las teorías más relevantes sobre las causas de la judeofobia, cabe comenzar con una parábola de Albert Einstein.³¹⁸

Una vez un joven pastor le dijo a un caballo: “Tú eres el animal más noble de la Tierra. Tu felicidad sería completa si no fuera por el ciervo traicionero, que viene trabajando desde joven para que sus patas corran más que las tuyas. Así se te adelanta a los pozos de agua. Pero no desesperes. Mi sabiduría y mi guía te liberarán de tu estado ignominioso”. Enceguecido por envidia del ciervo, el caballo se sometió a la brida del pastor, perdió su libertad y fue su esclavo. El caballo representa a un pueblo; el joven, a una pandilla que aspira al poder absoluto; el ciervo, a los judíos. El caballo sufre, y cuando ve al ciervo tan ágil, se agujonea su vanidad.

Einstein adoptaba la tesis del chivo expiatorio: la judeofobia es orquestada por líderes para desviar el descontento popular. Inhábiles para satisfacer a sus subordinados, los gobernantes frecuentemente recurren a buscar al “Otro” —

un grupo distinto de la mayoría al que achacarle el descontento—. En la historia europea, los judíos fueron el “Otro” más permanente debido a la disponibilidad de una mitología que podía usarse en su contra.

Sin embargo, la teoría del chivo expiatorio es insuficiente, porque se limita a describir *cómo se usa* la judeofobia, pero no *por qué existe*. Para que haya chivo expiatorio, los judeófobos deben estar presentes antes de ser usados por un politiquero. Además, no todo estallido judeofóbico fue el resultado directo de que reyes o jefes desviarán resentimientos. No fue para adquirir poder que los nazis atacaron al “chivo expiatorio”, sino al revés. Así lo escribió Hitler derrotado, en su testamento de abril de 1945: “*Por encima de todo, encargo al gobierno y al pueblo a resistir sin misericordia al envenenador de todas las naciones*”.

El hecho es que una vez que la judeofobia se arraigó en la cultura europea, cobró vida propia y fue transmitida de generación en generación. Esa “vida propia” es nuestro tema; no sus usos múltiples.

La judeofobia fue parte del “sentido común” en la mayor parte de las sociedades europeas una vez cristianizadas. Hemos citado al comienzo al húngaro que definía como judeófobo a quien “odia a los judíos más de lo necesario”. Ese “sentido común” sobrevivía mucho después de que se olvidó quién lo puso en funcionamiento y con qué excusa.

Los mitos que hemos repasado fueron el intento de la sociedad gentil de justificar un odio culturalmente aceptado y heredado. Se sentían moralmente mejores cuando “sabían” que “los malos” estaban fuera de ellos. Y no los acosaban constricciones morales, porque “los malos” eran poderosos y peligrosos, aun si se veían débiles y perseguidos.

Los gentiles no atacaron a los judíos *debido a que* creían que éstos habían matado a Dios. Casi al revés: fueron *creando el mito* del deicidio a fin de atacar a los judíos y de este modo autoafirmarse, o ventilar sus frustraciones e ira y descargarlas en los hombros de una población indefensa.

En cuanto a por qué precisamente los judíos debieron ser “ciervos”, Einstein da un paso más allá del chivo emisario y afirma: “Porque había judíos entre todas las naciones y porque estaban demasiado dispersos como para poder defenderse a sí mismos contra la violencia desatada contra ellos”.

En otras palabras, los judíos serían atacados debido a su indefensión. La hipótesis ya había sido planteada allá por 1860 por Peretz Smolenskin, un filósofo del nacionalismo judío y fundador del mensuario hebreo *Hashajar*. Para Smolenskin, las raíces de la judeofobia yacen en el desprecio ante la inferioridad nacional de los judíos, y por ello el mal podría revertirse sólo cuando hubiera una autoafirmación práctica de la nación judía. Smolenskin no se equivocó cuando advertía que los ataques judeofóbicos en Rusia no eran aberraciones temporarias del siglo XIX, como sostenían algunos, sino el adelanto de horrores peores que sobrevendrían.

De su teoría puede extraerse que la judeofobia es un odio unilateral, que podría ser confrontada sólo con una fuerza suficiente. Pero la víctima de ese odio no puede llevar a cabo el contraataque, porque además de carecer de fuerza, tampoco tiene el instinto de agresión recíproca. El judío no odia al judeófobo —a veces ni siquiera repara en su existencia— y por lo tanto responde débil y a destiempo. Esa debilidad aumenta el dinamismo de su predador en un ciclo que va acelerándose. En palabras de Ruth Wisse “la asimetría resultante crea un desequilibrio político perpetuo”.³¹⁹ La judeofobia desencadena un tipo de energía hostil unilateral.

En cuanto a las personas no-judías democráticas, que sienten repelencia natural por los movimientos de odio, el problema es que la repulsa es usualmente mucho más endeble que el odio desatado por el judeófobo. Los anticuerpos avivados por el veneno judeofóbico pocas veces bastan para contrarrestarlo.

En un tono pesimista, Vernon Bogdanor sostuvo que la judeofobia “yace tanto más allá de los postulados del liberalismo, que la gente decente

subestima su dinamismo... la verdad es que no hay nuevas estrategias para combatirla que no se hayan ensayado en el pasado y fracasaron”.³²⁰

Muchos pensadores sionistas tuvieron la visión de percibir el carácter dinámico e insaciable de la judeofobia. Algunos aun sugirieron que acechaba la destrucción física total de los judíos. Uno fue Moisés Lilienblum, quien al presenciar los pogromos de 1881, atribuyó las raíces de la judeofobia a instintos hostiles que no podrían ser atemperados por decretos de igualdad. Con el término “instintos”, Lilienblum aludía a la antigüedad y la profundidad de la judeofobia, que permitían su fácil manipulación.

Su contemporáneo León Pinsker coincidió, pero fue aún más lejos (tal vez demasiado): como la judeofobia es una enfermedad hereditaria que puede rastrearse a más de dos mil años, resulta sencillamente incurable. Incluso la refutación racional más convincente de todos y cada uno de sus mitos, no tendría éxito en dismantelar su estructura mental y su práctica, ni tampoco el impulso maligno que la alimenta.

Como hemos visto, Pinsker acuñó la palabra “judeofobia”. Para él, los judíos eran un “pueblo fantasma”. El mundo veía en ellos la horrorosa imagen de un cadáver caminante. Carecían de unidad, estructura, tierra y bandera, eran un pueblo que había cesado de existir y sin embargo continuaba con una semblanza de vida. Eran siempre huéspedes y nunca anfitriones. Y como el miedo a los espectros es innato, dice el médico Pinsker, no sorprende que este temor crezca aún más cuando se trata de *una nación* aparentemente muerta que se muestra como viva. Ese encono abstracto, casi platónico, llevó al mundo a ver en los judíos, como grupo, la responsabilidad por los crímenes (reales o supuestos) de cada uno de sus miembros. El terror del espectro judío fue heredado y fortalecido con el transcurso de innumerables generaciones. La judeofobia era para Pinsker una hija bastarda de la demonología. Con profundas raíces en todas las razas, el miedo al judío-fantasma era una psicosis hereditaria.

En los años cuarenta, otro visionario sionista, Zeev Jabotinsky, discurría sobre el “antisemitismo de las cosas” en contraste con el “antisemitismo de los hombres”. En algunos casos la judeofobia era parte de la sociedad y no necesitaba siquiera de la aquiescencia de los hombres. Volvía una y otra vez incluso si no se la provocaba.

Todas esas explicaciones fueron formuladas por pensadores sionistas (Einstein, Smolenskin, Wisse, Lilienblum, Pinsker, Jabotinsky) que vieron en la judeofobia una respuesta casi instintiva de las naciones hacia el judío desprotegido. La desprotección de los judíos, a pesar del mito judeofóbico que señala lo contrario, era evidente. En buena medida, lo sigue siendo.

Los judíos no pudieron evitar que un tercio de ellos fuera asesinado hace tres cuartos de siglo; ni siquiera lograron convencer a los gobiernos occidentales de bombardear los campos de la muerte o las vías férreas que conducían hacia ellos, ni que EE. UU. declarara la guerra a Hitler (Washington entró tardíamente a la guerra).³²¹

Las hipótesis presentadas entran en la categoría de sionistas en la medida en que intentan enfrenar la judeofobia garantizando que los judíos, en su propio Estado, tengan poder para defenderse.

Además de las teorías de la indefensión, existen otras. Hasta el momento ningún trabajo las ha presentado todas e intentaremos aquí agregar algunas.

Sociología y psicología

Las teorías sociológicas se centran en qué rol le cupo a los judíos en diversas sociedades, rol que los expuso a un encono especial. Por ejemplo ser prestamistas durante la Edad Media, o “siervos de cámara” de reyes y nobles, o colectores de los impuestos que pagaban los campesinos. Debido a estos roles, Fritz Lentz ve en la judeofobia una forma del rencor que pueden sentir

los más pobres hacia los de ingresos altos. Desde una perspectiva similar, Bernard Lazare contendió en *El antisemitismo, su historia y sus causas* (1894) que “la utilidad de la judeofobia radicaba en que promovía el socialismo”.³²²

Las explicaciones económicas llegan hasta a atribuir a los judíos todo el sistema económico, tal como Henri Pirenne hace derivar de ellos el advenimiento de la modernidad, o Werner Sombart, quien en 1911 consideró que los judíos eran la causa del capitalismo.

Puestas estas exageraciones a un lado, debemos tener en cuenta que los factores económicos no *crean* la judeofobia; sólo *la exacerban*. Los judíos fueron perseguidos en los estados económicos más diversos. Más judeofobia sufrieron las masas pobres de Rusia que los empresarios judíos del Canadá. En cierto modo, la posición socioeconómica de los judíos fue consecuencia (y no causa) de la judeofobia. Si los judíos se dedicaron a prestar dinero, fue precisamente porque las probabilidades de las inminentes expulsiones los obligaban a invertir en contante y sonante, y no en propiedades. O porque la posesión de tierras les era prohibida, o bien porque otras profesiones les estaban vedadas por corporaciones que sólo aceptaban cristianos. En palabras de Ernest Renan: “La Edad Media le reprocha al israelita la misma profesión a la cual lo ha condenado”.³²³ Así lo resumieron Prager y Telushkin: “Los judíos no fueron odiados porque prestaban dinero. Prestaban dinero porque eran odiados”.

En muchas ocasiones, entonces, los hebreos parecían tener poder porque sus cargos los transformaban en la cara pública de las élites que gobernaban. Algo similar ocurre hoy en día cuando ejercen de abogados, médicos, maestros, periodistas, psicólogos o asistentes sociales, y por ello se los ve ostentando un poder en rigor inexistente.

La explicación sociológica arguye que, dado que los judíos *parecen* tener poder, son blanco predilecto de la ira de los sectores más necesitados. De

acuerdo con Michael Lerner, en ello precisamente reside la singularidad de la opresión de los judíos: una vulnerabilidad escondida, sin que importe cuánta seguridad económica o influencia política lleguen a tener algunos individuos judíos. Como grupo, no pueden estar seguros de que no serán nuevamente blancos de ataques populares si la sociedad en la que viven entra en períodos de grave presión económica o de conflictos políticos.

Para entender el porqué de la apariencia poderosa de los judíos, debemos pasar de la economía a la psicología.

Las teorías psicológicas sobre la judeofobia resuelven una falla de las teorías socioeconómicas: a diferencia de éstas, revisan más al victimario que a la víctima. Freud mismo ensayó una explicación de la judeofobia, a la que le atribuía “motivación profunda de lo inconsciente... el celo que los judíos evocaron en otros pueblos al sostener que eran el pueblo (hijo) predilecto del papá (Dios) aún no fue superado por ‘los otros hijos’”.

Una difundida teoría psicológica fue esbozada por Jean-Paul Sartre, quien describió al judeófobo como “el hombre que tiene miedo. No de los judíos sino de sí mismo, de su propia conciencia, de su libertad...”. Para Sartre, la judeofobia es “el miedo de estar vivo”. Tomándolo como referencia, Sebastián Soler define el “espíritu de abstracción” que activa al judeófobo: “Un sujeto ha construido los más sumarios esquemas, pero resuelve que ese conocimiento es suficiente para la acción, que no quiere saber más”.³²⁴

Al judeófobo lo irrita que el judío pueda llegar a proveerlo (sin proponérselo) de información adicional que podría cuestionar lo ya conocido. Quiere descansar en la limitada “información” que obra en su poder, no necesita más a fin de poder actuar violentamente en consecuencia. Ansía descargar esa violencia, y le molesta que un nuevo dato pueda modificar el esquema en el que esa violencia se sustenta.

Por eso, nada podrá convencerlo de que no debe golpear. Soler marca la peligrosidad de “cuando ese conocimiento defectuoso, acompañado de la

voluntad de no saber más, se proyecta sobre las relaciones humanas y sociales... porque nuestras acciones son desencadenadas a partir de una imagen, pero recaen sobre un ser real”. Y concluye en que el del judeófobo “no es pensamiento especulativo; no está movido propiamente por una voluntad de conocer, sino por una voluntad de actuar. En su esencia *no es propiamente pensamiento sino acción aberrante*”.³²⁵

El antisionista actúa igual. Se niega a aprender nada acerca de Israel que pudiere contradecir sus prejuicios, reduce el país judío a una única imputación, y luego somete todo el resto de la información a ese reduccionismo inicial: “Israel ocupa territorios que no le pertenecen”, repetirá como jaculatoria, y luego pasará a inventar crímenes de Israel que no es necesario verificar, ya que se asientan en un pecado original que no admite revisión.

Este reduccionismo ubica a su contradictor en un dilema: si acaso debe refutárselo por falso, o si en lugar de ello no es mejor descartar la supuesta centralidad del crimen denunciado.

Marcos Aguinis ha ensayado un análisis psicoanalítico de la judeofobia que la ve como un miedo singular rastreable hasta las cruzadas y al que le da el título freudiano de *Das Unheimlich* (lo siniestro). Se trata de la sensación que nos despierta lo familiar y agradable que se ha transformado en lo opuesto. El horror que nos produce surge menos de su carácter actualmente atroz, sino de su carácter previamente benéfico.

El judaísmo había sido el hogar del cristianismo, pero sufrió la metamorfosis de la demonización. El mecanismo que nutre la locura homicida es el miedo al retorno de los muertos (los judíos asesinados, en el cuerpo de los sobrevivientes). Urge matarlos a todos para impedir que los muertos consumen el desquite. Los judíos vivos son los vehículos de esos espíritus malignos que anhelan destruir la cristiandad mediante el asesinato de niños, la profanación de hostias, el envenenamiento de los pozos, la ruina

económica. Así, en una extremación del argumento de Pinsker, no son seres humanos sino cadáveres vivientes provistos de poder.³²⁶

A pesar de su mentada ventaja de focalizarse en el victimario y no en la víctima, las teorías psicológicas también son insuficientes, porque consideran la judeofobia virtualmente como una psicopatología. En esa línea discurre el clásico *Psicoanálisis del antisemitismo*³²⁷ que analiza el fenómeno como si se tratara de un desorden emocional, y allí radica su error: la judeofobia es maldad, pero la maldad no es necesariamente una enfermedad.

Una combinación de las teorías sociológicas y las psicológicas fue elaborada por el historiador Paul Johnson, quien define la judeofobia como una enfermedad intelectual, una enfermedad de la mente extremadamente infecciosa y masivamente destructiva. Una enfermedad a la que están propensos tanto los individuos como las sociedades en su conjunto.³²⁸

Antropología y filosofía

La aproximación filosófica a la judeofobia acierta en que revisa sus causas en el ánimo del agresor, y no en la conducta o estatus de los judíos. Del mismo modo entiende, con respecto al antisionismo, que las políticas de Israel no son nunca las causas de la agresión árabe, sino sus *consecuencias*.

Michael Lerner aborda la cuestión desde una perspectiva antropológica y atribuye la judeofobia parcialmente al impulso antiautoritario del judaísmo, con su implícito desafío a toda clase gobernante. Las élites en el mundo antiguo tendían a gobernar por medio de una combinación de la fuerza bruta y de una ideología que exaltara la estructura social como estática y sagrada. A veces se usaban los viejos mitos de dioses gobernando la naturaleza, y otras la racionalidad, como Platón en *La República*.

En cualquier caso, la mera existencia judía era un testimonio viviente de

que podía desafiarse a los gobernantes, a pesar de los mitos e ideologías inventados para perpetuarlos.

Los judíos exhibían una historia en la que habían podido superar el escalón social más degradado, la esclavitud, y pasar a gobernarse exitosamente a sí mismos. Mientras los judíos existieran, podía disputarse el dominio de las élites.

La cuestión del origen esclavo de los judíos podría haberse salteado si esa narración se hubiera mantenido marginal o infrecuente. Pero la religión judía en su conjunto se basaba en contar y volver a contar aquella historia. La piedra angular de la observancia judía, el Shabat, debía conmemorarse “en recuerdo del Éxodo de Egipto”, y se separaba un día en el cual ningún poder terrenal podía hacer que el judío trabajase. La mera idea de que el oprimido ponía los límites de la opresión era en sí revolucionaria, la primera gran real victoria contra el esclavizador, y un recuerdo permanente de que la opresión podía superarse.

No importaba cuán intensa y desesperadamente trataran algunos judíos de soslayar esos aspectos de su religión y de identificarse con los poderes imperiales y sus valores. El espíritu de libertad hacía del judío el pueblo más rebelde de la Antigüedad, el pueblo que con mayor tenacidad se rebeló contra el poder helenístico y luego el romano.

Los judíos se diferenciaban precisamente porque seguían normas que parecían subvertir el orden establecido y no se subordinaban a los poderes imperiales. Esto estimulaba la desconfianza de los gobernantes, que deseaban que sus súbditos descreyeran del judío antes de que al confraternizar oyeran sus ideales de libertad.

Otro teórico del asunto, Maurice Samuel, mostró durante el segundo cuarto del siglo pasado que la judeofobia no es un problema judío sino una aflicción de los gentiles a la que los judíos debieron habituarse. La perspectiva de Samuel es filosófica. El judío ha colocado en el mundo los grilletes de la ley

moral. Recelar contra él es “el gran odio” del alma amoral pagana. Una posición similar asumen Prager y Telushkin en *¿Por qué a los judíos?* (1983): la más alta calidad moral de la vida judaica despertaría la envidia constante e intransigente del mundo no-judío.

Estas dos posturas podrían derivarse de un juego de palabras talmúdico propuesto por los rabíes Jisdá y Rabá.³²⁹ “¿Por qué se llama el monte *Sinaí*? Porque de allí descendió la *siná*” (*odio*, en hebreo). Cuando el pueblo hebreo recibió la ley moral en el monte Sinaí, debido a esa ética se habría visto obligado a absorber el odio del mundo pagano.

Karl Barth, un teólogo protestante que reaccionó ante el nazismo ayudando a fundar la Iglesia Confesional (*Bekennende Kirche*), sostuvo que la cristiandad ve en el judío un hombre pecador debido al “rechazo de la gracia divina”. La humanidad ve reflejada en el judío su naturaleza pecadora, y de ese reflejo surge la judeofobia.

Según Barth, Alemania intentó destruir a los hebreos, el pueblo de Jesús, a fin de liberarse del gobierno de Dios y para romper el espejo en el que habría visto su propia naturaleza pecaminosa.

En su libro *Guía para endemoniados* (1944) el dramaturgo neoyorquino Ben Hecht sostiene que la judeofobia es la lucha contra la vitalidad: “El judío no era parte de la historia del mundo, sino parte de la mente humana. Por ello los ejércitos nunca pudieron vencerlo”. De acuerdo con Hecht, cuando los judíos afirmaron que Dios es todopoderoso, su intención fue que era todopoderosa *la mente humana*, que podía concebir a Dios; que era poderoso el espíritu humano capaz de soñar con su propia perfección. Con los judíos habría comenzado la idea de que en la vida hay algo más poderoso que la arbitrariedad de los reyes, la idea de que hay justicia y la mente humana puede prevalecer por sobre el poder de las naciones. Por ello, la rebelión del judeófobo apuntaría contra las posibilidades polifacéticas de los seres humanos de superar un mundo triste y deprimente: “Más que creer en Dios,

el judío cree en que la Tierra se llena de Su gloria. Esta vitalidad molesta al judeófobo”.

Por su parte, Eliane Amado Levy-Valensi ofreció su propia interpretación hace medio siglo: la judeofobia es el resultado del fracaso de los gentiles de robar la historia judía para ellos. “El judaísmo era ya una religión antigua que poseía una gran literatura, con grandes héroes y sabios en su pasado, y además una promesa divina de un futuro más glorioso. El cristianismo no poseía algo así. Desde el mismo comienzo, por lo tanto, los cristianos reclamaron la Biblia, al principio como antesala de Jesús pero luego como exclusivamente suya”. La lucha de los palestinos podría ser explicada desde la misma perspectiva. La falta de una larga historia propia, produce una clase especial de envidia hacia el largo pasado de los judíos.³³⁰

Dostoievsky parece haber sido víctima de ese tipo de sensación, ya que en marzo de 1873 postulaba a la nación rusa como la “receptora de la revelación del Dios Verdadero. El verdadero judaísmo es simple rusianismo. El futuro de la humanidad ha sido puesto en manos de los rusos: los judíos se han convertido en polvo de la historia”.

Un argumento similar presentó el senador uruguayo Horacio Asiain Marquez una vez que abandonó su postura judeofóbica: “Fuera del pueblo judío, casi no hay sociedades humanas cuyas tradiciones se remonten más allá de unos siglos... muy pocas asociaciones humanas tienen memoria de sí mismas” y ello generaría resistencia.³³¹

El escritor israelí A. B. Yehoshúa ha sostenido³³² que “hay algo en nosotros que despierta una reacción insana entre otras naciones... Los alemanes la tuvieron... los árabes la viven a diario. Quizá haya algo de excepcional en todo nuestro judaísmo, en todo ese riesgo que tomamos sobre nosotros, en el hecho de que vivamos al borde de un abismo, y que sepamos cómo hacerlo. Nuestra naturaleza judía es para nosotros clara y podemos sentirla, pero difícilmente pueda ser comprendida por el mundo, y con algo

de lógica se puede hasta justificar esa falta de comprensión, porque cuando se afronta el fenómeno del judío no es tan fácil entenderlo. Para aquellas naciones que se encuentran con nosotros en una determinada situación histórica, como sucedió con los alemanes y con los árabes, nuestra existencia misma y lo inasible de nuestra naturaleza para ellos, puede ser un factor que contribuya a desencadenar ciertas formas de la locura”.

Según Yehoshúa, el judaísmo fusiona la nación y la religión y así se adapta a distintas situaciones y preferencias. Por ello, al judío le resulta difícil abandonarlo, y al no-judío le parece una identidad tan flexible que le permite inmiscuirse en ella con facilidad.³³³ Desde una óptica distinta, el filósofo argentino Jorge Luis García Venturini también atribuyó al misterio de la identidad judía cierta responsabilidad por la judeofobia: “Hay entre los judíos una inmensa ignorancia respecto de lo que significa ser judío. Ignoran si significa pertenecer a una raza, a una religión, a una nación, a un pueblo, o a alguna otra cosa más difícil de precisar o a algunas de estas cosas combinadas o a ninguna de ellas o, en última instancia, si ser judío significa realmente algo... Esa imprecisión que existe respecto del término y del concepto judío, contribuye indefectiblemente a fomentar su mitologización”.³³⁴

Ello explicaría por qué el llamado “racismo” nazi designó al judío como enemigo absoluto: su diferencia era inasible; en consecuencia, más peligrosa para la identidad colectiva del grupo. En 1965 se indicaba para la judeofobia francesa: “El gitano es nómada y hace cestas, el argelino habla árabe, los extranjeros tienen pasaportes y acentos propios, los negros son negros. En cambio, los judíos representan *al otro disfrazado de ser humano* (...) son minoría tan difícil de asir que muy pocos individuos que se consideran tales reúnen todos los requisitos —reales o supuestos— de su grupo, son objeto de ese racismo que se considera como una simple encarnación de la alteridad”.³³⁵ El mayor peligro para el que odia es no ver con claridad el objeto de su odio.

Al respecto concluye Alain Policar, de la Universidad de Limoges:

El judío, demasiado parecido hasta el extremo de no poder ser distinguido, exaspera, en el judeófobo, el horror del mestizaje, el miedo a la degeneración a causa de la mezcla. Este hecho pone de manifiesto que las declaraciones xenófobas relativas a los judíos no son simplemente esfuerzos para ofrecer una explicación causal de la amenaza social, sino que son expresiones de un temor ante un peligro que se comprende mal, y también de la conciencia de una fisura en el armazón social de la comunidad... La lucha contra la judeofobia no puede ser eficaz a menos que se distinga de la lucha frente a las demás modalidades de racismo.³³⁶

Aunque ninguna teoría puede explicar totalmente el fenómeno, la combinación de varias de ellas será útil para entenderlo.

³¹³ La máxima aparece en *Sifrei*, capítulo 69, de boca del rabino Simón Bar Iojai, y la recoge Rashi, el principal exégeta medieval, en su comentario al Génesis 33:4. Es la única ocasión en la que la palabra “norma” (*halajá*) tiene el excepcional significado de *costumbre o hábito*.

³¹⁴ El mensaje de Jacob a su hermano Esaú (Génesis 32:5) es interpretado por el exégeta clásico Rashi (francés, m. 1105) como que Jacob esgrime que no tiene poder y que es una persona recta que no alberga malos designios. El complemento de esta sección es el libro del profeta Avdías, el más breve de la Biblia, en el que se desgana la enemistad milenaria entre Israel y Edom.

³¹⁵ Peter Shäfer, op. cit., págs. 2-3.

³¹⁶ Salvo una mención de un armenio poco confiable en el capítulo 13.

³¹⁷ Ludwig von Mises: *Omnipotent Government. The Rise of the Total State and Total War*, Yale University Press, 1944, publicado en español en 2013 por Unión Editorial, con el título *Gobierno omnipotente. En nombre del Estado*.

³¹⁸ Albert Einstein: “Por qué odian a los judíos”, en inglés, revista *Collier*, Nueva York,

noviembre de 1938.

319 Ruth R. Wisse: *Si no lo hago por mí...*, en inglés, The Free Press, Nueva York, 1992, pág. 61.

320 Vernon Bogdanor: “Lecciones de historia”, en inglés, *Jewish Chronicle*, Londres, 29 de enero de 1993, pág. 18.

321 Estados Unidos entró en la guerra que ya promediaba, en reacción al ataque japonés en Pearl Harbor del 7 de diciembre de 1941, después del cual Alemania le declaró la guerra.

322 Lazare se corrigió después del affaire Dreyfus.

323 Ernesto Renán, op. cit., pág. 42.

324 Sebastián Soler: *Mecánica mental del antisemitismo*, Colección Derechos Humanos, Ediciones DAIA, Buenos Aires, 1964, pág. 11.

325 Ibid., pág. 12.

326 Un resumen de la tesis de Aguinis puede encontrarse en “El judío y lo siniestro”, revista *Rumbos* No. 21, Jerusalén, octubre de 1987, pág. 15.

327 Nathan Ackerman y Marie Jahoda: *Psicoanálisis del antisemitismo*, Paidós, Buenos Aires, 1962.

328 Paul Johnson: “La enfermedad del antisemitismo”, en inglés, revista *Commentary*, 1 de junio de 2005.

329 Tratado de Shabat 89a.

330 Marcos Israel, op. cit., pág. 109 y sigs.

331 Horacio Asiain Marquez: *Atravesando el puente o Yo fui antisemita*, Confraternidad Judeo-Cristiana, Montevideo, 1962, pág. 15.

332 En un reportaje de 1974 recogido en un artículo en *La Vanguardia* de Barcelona, el 24 de noviembre de 2001.

333 A. B. Yehoshúa: “Un intento de identificar la causa raigal del antisemitismo”, en inglés, revista *Azure*, No. 32, 2008, Centro Shalem, Jerusalén, págs. 48-79. El ensayo apareció originalmente en hebreo en la revista *Alpáim*, 2005.

334 Jorge Luis García Venturini, op. cit., pág. 15.

335 Maucorps, Memmi y Held: *Los franceses y el racismo*, en francés, Payot, París, 1965, pág. 107.

336 *La Vanguardia de Barcelona*, 22 de febrero de 2002.

CAPÍTULO 16

REFLEXIONES Y CONCLUSIONES

Judeofobia y fertilidad intelectual

Un episodio de la infancia del Premio Nobel de Economía Daniel Kahneman lo estimuló a dedicarse a la psicología. A los siete años de edad residía en la París ocupada por Alemania, donde a la sazón era obligatorio para los judíos exhibir en su ropa una Estrella de David amarilla.

Detenido en la calle por un miembro de las SS, el niño Daniel reparó en que su sambenito había quedado impensadamente oculto debajo del abrigo, y lo aterrorizó la posibilidad de que el alemán lo notara. Ello no ocurrió y, después de recibir del nazi un inesperadísimo abrazo, el chiquillo se alejó con la curiosidad de indagar los vericuetos y complicaciones de la mente humana que le habían salvado la vida.

Kahneman se suma a una larga lista de psicólogos y pensadores que iniciaron sus teorías a partir de enfrentar la judeofobia. Así, a Erik Erikson sus tensiones infantiles debidas al contraste entre su apariencia escandinava y su identidad judía, despertaron su interés en estudiar la formación de la identidad. En 1939, al escapar a los EE. UU., adoptó su peculiar nombre que refleja la idea de que cada individuo, al interrelacionarse con el medio, forja él mismo su propia identidad. Erikson es padre del denominado desarrollo psicosocial.

Un tercer y notable ejemplo lo hallamos en la psicología moral, uno de cuyos pioneros fue Lawrence Kohlberg, creador de los llamados “dilemas morales” que revisan la evolución moral de las personas. Kohlberg había experimentado sus propios dilemas cuando abordó un barco que rescataba “ilegalmente” judíos de Europa para transportarlos a la Palestina británica, y se preguntó qué tipo de conducta ilegal justifica fines justos. Ese dilema lo guió en la conformación de una rama de la psicología.

Un cuarto caso es la logoterapia de Víctor Frankl, resultado directo de sus vivencias en el campo de exterminio de Auschwitz mientras procuraba comprender qué mantenía a los judíos con vida bajo condiciones infrahumanas. Los guardias del campo le habían arrebatado el manuscrito de su primer libro, que intentó reconstruir en dos docenas de papelitos en los que tomó notas taquigráficas. Sobre la base de ellos, reconstruyó en noviembre de 1945 su ensayo *Psicoanálisis y existencialismo*.

De entre los pensadores cuyas teorías fueron inspiradas por la persecución judeofóbica hay un grupo que partió de un evento muy específico: el juicio al genocida Adolf Eichmann, capturado en Buenos Aires por el Mossad israelí el 11 de mayo de 1960.

La politóloga Hannah Arendt viajó a Israel para cubrir el juicio como corresponsal de *The New Yorker*, y trazó su controversial tesis sobre “la banalidad del mal”, ya muy refutada: la maquinaria nazi de genocidio era para Arendt una mera aberración burocrática; los genocidas, más que sádicos o psicópatas, habían sido personas comunes enredadas en una maquinaria burocrática. Arendt acepta al pie de la letra todas las declaraciones de Eichmann, cuya línea de defensa había sido que “cumplía órdenes” (lo mismo que habían aducido los jefes nazis juzgados en Núremberg en 1946).

Sobre la base de esa argumentación, un psicólogo judío de Nueva York, Stanley Milgram, creó en Yale, en 1961, un célebre ensayo de psicología

social iniciado apenas tres meses después de que se abrió el juicio a Eichmann.

Resumamos el experimento: en un anuncio se pedían voluntarios para un supuesto estudio sobre el aprendizaje por castigo. A los voluntarios se les solicitaba que actuaran de “maestros” frente a “alumnos” en los que se observaría si el castigo corporal ayudaba a memorizar (en realidad el “alumno” era cómplice del experimento académico, que revisaba la obediencia a la autoridad).³³⁷

El “alumno”, atado a una silla eléctrica escuchaba del “maestro” pares de palabras que debía memorizar. Cuando luego se le recordaba una de las palabras, debía complementar el par. Si su respuesta era errónea, el “alumno” recibía del “maestro” una descarga eléctrica que comenzaba en los 15 voltios e iba aumentando hasta ser letal en los 450.

Aunque el “maestro” creía estar dando descargas al “alumno”, éste era un actor que simulaba padecerlas hasta aullar de dolor y aun fingir los estertores del coma.

Los resultados del experimento fueron que cuando la descarga “alcanzaba” los 75 voltios, aunque los “maestros” se ponían nerviosos ante las quejas de dolor de sus “alumnos”, la férrea autoridad del investigador les hacía continuar.

Al llegar a los 135 voltios, muchos de los “maestros” se detenían para deslindar su responsabilidad de las consecuencias y, cuando el “maestro” deseaba interrumpir, se le replicaba que el contrato exigía continuar hasta el final.

Algunos proponían reintegrar el dinero que se les había pagado, pero para sorpresa de Milgram y de su equipo, la gran mayoría de los “maestros” no se detuvieron ni en el nivel de 300 voltios (cuando el alumno dejaba de dar señales de vida) y el 65% de ellos llegaron incluso al voltaje de 450, inevitablemente mortal.

Milgram había creído reconocer en Eichmann a un hombre tedioso y gris que se transformaba en una fiera y perpetraba los más horrendos crímenes. Haciendo a un lado los aspectos legales y filosóficos de la obediencia, Milgram se concentró en cómo la mayoría de la gente se comporta en situaciones concretas de obediencia y se propuso medir hasta dónde llega la voluntad de una persona común en aceptar órdenes que contradigan su conciencia.

Como los que se sometieron constituyeron casi dos tercios de los experimentados, la conclusión no mencionada del estudio es que la tercera parte en cierta medida salvó la dignidad humana.

Doce conclusiones

Nuestra revisión de la judeofobia puede llevarnos a doce conclusiones sobre su naturaleza, a saber:

1) Aumenta la autoestima. Al combatir a los judíos, un pueblo del que mucho se ha escrito y hablado, al judeófobo lo gratifica que enfrenta a un grupo muy antiguo y conocido.

2) Aventa los sentimientos de culpa. Como grupo, muchas veces los judíos despiertan sentimientos de culpa, bien porque la moralidad fue virtualmente iniciada con la Biblia hebrea y por ello encarnarían las prohibiciones éticas, o bien porque la forma en la que los judíos han sido perseguidos despierta el temor de que podrían intentar una venganza. El judeófobo arremete contra esos sentimientos.

3) Canaliza la hipocresía. Las fuentes de la judeofobia son notoriamente

hipócritas. Los judíos fueron quemados en la hoguera por la religión del amor, calumniados por los precursores de un iluminismo fraternal y discriminados por la ideología de la igualdad.

4) Recompensa al sadismo. La judeofobia permite a cierta gente ventilar sus deseos de violentar, humillar y matar, y acceder a un aparato ideológico entero, antiguo y establecido, que viene a defender la libre brutalidad. En ese aspecto, la judeofobia es una forma de sadismo social.

El judeófobo está motivado por el ansia de gozar con los golpes de otros, y se le obsequia una ideología milenaria para justificar su ansia.

En el siglo XIV Gonzalo Martínez de Oviedo era un protegido del judío cortesano Joseph de Écija, al que envidiaba ostensiblemente y con quien tenía alguna cuenta personal. Eventualmente logró comprar del rey Alfonso XI de Castilla diez judíos (Écija incluido) a quienes hizo torturar hasta la muerte. En 1339 presentó su sadismo como una ideología y exhortó al rey para que expulsara a todos los judíos, pedido que fue atendido.

Escribe Ernesto Sabato: “¿Cómo no recibir con alborozo la posibilidad de dar salida a instintos sádicos con el rótulo de ‘campana de limpieza racial’ que constituya un orgullo ciudadano?... Al intervenir en un pogromo, el judeófobo no sólo da rienda a sus más bajas pasiones sino que experimenta la satisfacción complementaria de aparecer como guardián de la sociedad, del honor nacional y de la gloriosa tradición patria. Un negocio redondo”.³³⁸

5) Afecta también a los más racionales. La judeofobia es una actitud intrínsecamente irracional, aun en sociedades usualmente racionales. Constantin Brunner destacó este aspecto, de constituir un egoísmo grupal contrapuesto al pensamiento racional, pero no consideró suficientemente su rasgo más notorio: que muchas veces es exhibida por individuos muy racionales que la revisten de credibilidad. Voltaire, Fichte, Heidegger.

Algunos cabecillas nazis eran intelectuales y artistas. Ahora bien, es cierto que el pensamiento irracional suele estar presente en todos los individuos en distintas medidas, pero cuando se le agrega la judeofobia deja de ser instintivo y pasa a ser sistemático. El judeófobo buscará constantemente “evidencias” para confirmar su idea fija, e invariablemente las encontrará.³³⁹

6) No ofrece salida al blanco del odio. La judeofobia no ofrece ninguna escapatoria, ni siquiera permite que se la denuncie. Cuando un judío es atacado como tal, si otro judío reacciona ante la agresión es cuestionado por etnocéntrico, por preocuparse sólo de los propios.

Los comunistas (y para el caso, también por ejemplo la BBC de Londres) sostuvieron durante el Holocausto que no debía mencionarse la condición de judíos de las víctimas para que su defensa no fuera demasiado estrecha. En los atentados en Buenos Aires (la Embajada de Israel en 1992 y la AMIA en 1994), surgieron voces que acusaban a los judíos de haber sido los perpetradores y les espetaban que ellos debían las explicaciones del caso. Con frecuencia el judío es atacado y se le acusa como si fuera el agresor.

7) Neutraliza las constricciones morales. Para que un odio de grupo tenga fertilidad social continua, debe cumplir con cuatro condiciones, que sólo la judeofobia cumple cabalmente, a saber: ser posible (que la gente pueda aceptar sus argumentos), ser efectivo (que permita al agresor descargar su odio acumulado), ser necesario (que responda a los deseos de muchos de atacar a la víctima) y ser gratuito (que no genere culpas en el agresor ni en el promedio de la población, es decir, que opere sin constricciones morales porque siempre mantiene que “ataca al poderoso”).

8) Actúa en varios niveles. El primer nivel de la judeofobia es directo y agresivo, y a éste siguen otros más sutiles, que habitualmente hacen la vista

gorda ante el primer nivel. Uno puede revisar el odio antijudío no sólo al mirar qué siente alguien frente a los judíos sino, mejor aún, qué opina de los judeófobos. Austria, *después* de que se divulgara que Kurt Waldheim había sido un criminal de guerra nazi, lo eligió presidente del país. Austria perdona a Waldheim, Europa perdona a Austria.

9) El rol central de instituciones veneradas. En la historia de la judeofobia la Iglesia tuvo un rol central y paradójico. Así lo definió James Darmesteter en 1892: “El odio de la gente contra el judío es obra de la Iglesia, que lo protege de las furias que ella misma ha desatado”. Algo similar puede decirse de los ataques obsesivos que sufre Israel en la ONU. Ésta no es responsable por el terrorismo contra los judíos, pero por medio de reiteradamente perdonar ese terror y sistemáticamente condenar a Israel, alentó al terrorista haciéndolo sentir socio de la comunidad internacional en su lucha contra el sionismo.³⁴⁰

10) El peligro es universal. La judeofobia comienza descargándose contra el judío, pero el odio termina por destruirlo todo. Así, fue el acicate primordial de la Segunda Guerra Mundial que devastó Europa. El no-judío intenta saltarla como un problema ajeno, pero termina padeciéndola.

11) No es discriminadora, sino demonizadora. A diferencia de los otros prejuicios de grupo, la judeofobia no es un prejuicio que discrimina, sino una mitología que demoniza. Reducirlo a una simple discriminación es un error que cometen personas bienintencionadas, judíos y no-judíos por igual. No es, como el racismo, una postura de desprecio frente a personas de otra raza, sino un impulso destructor que busca ser canalizado bajo justificaciones diversas. Mientras el racismo es en general un desdén que debe neutralizarse, la judeofobia es un crimen latente que explota regularmente con violencia.

12) Universalizarla no ayuda a comprender. Ana Frank escribió en su diario íntimo durante el Holocausto: “¿Quién nos ha infligido este mal? ¿Quién nos ha hecho a los judíos diferentes de todos los pueblos? ¿Quién ha permitido que suframos tan terriblemente hasta ahora?... Siempre permaneceremos judíos, y así lo deseamos”. En contraste, los autores de la versión de Broadway del *Diario de Ana Frank* le hacen decir a la niña: “No somos el único pueblo que ha debido sufrir... a veces es una raza y a veces otra...”. Con esta metamorfosis la judeofobia queda universalizada, y pasa artificialmente a ser parte de una batería de prejuicios más general y abarcativa. Esta generalización no ayuda a entender el fenómeno. Por ello aquí hemos intentado explicar la judeofobia sin privarla de su singularidad. Entenderla ayuda a prevenirla.

Sugerencias de educador

Hemos transitado un camino de odio sin parangón. Le dimos el nombre apropiado y delineamos la mitología que lo sostuvo. Vimos que, como lo expuso Edward Flannery, la judeofobia “es el odio más antiguo y más profundo de la historia humana. Otros odios pudieron haberlo sobrepasado en un momento determinado, pero todos ellos regresaron oportunamente a un papel apropiado en el basurero de la historia”.

Es probable que la judeofobia continúe activa por mucho tiempo, ya que es el tubo de escape más eficaz y habitual para desechar los resentimientos y frustraciones sociales. Su eficacia radica en que, de los odios de grupo, es el más universal y el más “justificable” ideológicamente.

En cuanto a habitual, lo es porque siempre está disponible; puede echarse mano de él incluso cuando el objeto del odio está ausente. La mitología

judeofóbica ya está creada y arraigada, y no exige esfuerzos de difusión. Si hay que culpar a alguien de algo, para descargar rencores o para desviar la atención, lo más sencillo es acusar al judío.

La vasta influencia del fenómeno dio lugar a una terminología que sin él no habría nacido. Las palabras *Diáspora*, *gueto*, *pogromo*, *Holocausto* y aun *genocidio*³⁴¹ ingresaron en el diccionario debido a la judeofobia. Así lo hicieron expresiones como *Danza de la Muerte*, *Libelo de sangre* e *Intifada*.

Tan arraigada está, además, que no se vislumbra su fin en el horizonte. Mientras haya odios, necesitarán canalizarse, y hay un canal que no genera remordimientos molestos.

Todos odiamos alguna vez, pero se nos pasa rápido. Sin embargo, hay ciertas personas que nunca se sobreponen a su resentimiento, y necesitan volcarlo. Ellas producirán la judeofobia, y quienes las rodean, es decir la mayoría de la gente, les permitirá proceder, porque ante el mal solemos ser pasivos a fin de ahorrarnos esfuerzos y riesgos.

Algunos sostienen que los seres humanos seguimos dominados por un área del cerebro, la límbica paleocortical, eminentemente emocional y agresiva; que no nos guía el componente cognitivo, y ello explica las guerras y los odios de grupo, incluida la judeofobia. Otros, menos pesimistas, percibimos que existe el progreso moral, aun cuando sea lento y frustrante.

El arzobispo Theodor Kohn (m. 1915) consideró a la judeofobia “una condición enferma que sólo el tiempo podrá curar”. Pero aparentemente, el paso del tiempo de por sí no es suficiente y debe producirse una acción que lo acompañe.

Dos son las vías principales para contrarrestar la judeofobia: la jurídica y la educativa. La primera supone criminalizar sus expresiones más obvias bajo la categoría de incitación al odio, y la caracterización de la judeofobia como factor agravante en todo delito motivado por ella. La lid más importante es, de todas maneras, la educativa.

Llamativamente, es un fenómeno poco estudiado, a pesar de haber sido el odio más influyente de la historia. En palabras de Ruth Wisse: “A pesar de su éxito sin paralelo, pocos departamentos universitarios de ciencias políticas, sociología, historia o filosofía, se toman el trabajo de analizar el único ideal político europeo del siglo XIX que casi concretiza sus fines”.

Cuando queramos ilustrar sobre el fenómeno, uno de los primeros pasos para encuadrarlo debe consistir en distinguir inequívocamente la judeofobia del nazismo. Éste fue su peor eclosión, pero no es su mejor ejemplo.

Precisamente, de la errónea amalgama conceptual entre judeofobia y nazismo, deriva la equívoca muletilla de “¿cómo voy a ser yo judeófobo, si...?”. En efecto, el judeófobo suele aducir que él no podría serlo porque tiene amigos judíos, o gusta de la música o gastronomía judaicas. En suma, su coartada es que no aspira a eliminar a todos los judíos.

Pero la verdad es que esa virtud lo excluye solamente de ser nazi, no de ser judeófobo. Perfectamente puede denigrarse al pueblo hebreo, o atribuírsele los males que padece la humanidad, sin abrigar la ambición de arremeter físicamente contra todos ellos.

Una imperiosa acción terapéutica

Un programa educativo sobre judeofobia no debería limitarse a señalar la irracionalidad intrínseca del fenómeno, sino también incluir parámetros objetivos para identificarlo como tal, y hemos enumerado al respecto tres criterios: el léxico que se utiliza, la obsesión de la que se nutre y el maniqueísmo con el que se expresa. Apliquemos criterios objetivos a algunos ejemplos.

Los prejuicios antijudíos clásicos, aunque se hallen aparentemente en retirada, en la época moderna a veces acosan imprevistamente desde el arte o

la cinematografía. Del mismo modo en que las obras pictóricas medievales transmitían la judeofobia, hoy lo hacen las fotografías periodísticas o las caricaturas posteadas en Internet, que pueden influir subliminalmente más que varios libros o conferencias.

En el pasado, a fin de diferenciar a los judíos se los pintaba con gorros puntiagudos, y más tarde con características físicas degradantes, tales como narices enormes u hocicos. Luego se añadió la cola y los cuernos, que completaron la metamorfosis de los judíos como diabólicos.

Otro motivo habitual en el arte medieval fue la supuesta ceguera israelita ante la redención que había operado en la humanidad, basado en el motivo neotestamentario de la venda sobre los ojos.³⁴² Se exhibe en las estatuas femeninas denominadas *Ecclesia et Synagoga* que engalanan, entre otras, la entrada de la parisina Catedral de Notre Dame, o la de Estrasburgo.³⁴³ La estatua de la izquierda es elegante y luminosa, mientras la otra está despeinada con una serpiente cubriendo sus ojos y las tablas de la Ley resbalando de su mano. Representan a una Iglesia triunfal al lado de la comunidad israelita derrotada.

En el siglo XXI, un filme reconociblemente judeofóbico es *La pasión de Cristo* (2004) de Mel Gibson,³⁴⁴ que morbosamente reaviva el mito del deicidio y exacerba los peores motivos del Nuevo Testamento, sobre la base de la monja judeofóbica Anne Emmerich (m. 1824). Los israelitas son presentados como incorregiblemente malignos, diabólicamente violentos.

Por supuesto, no toda obra de arte que presente a judíos inmorales es judeofóbica. Pero existe un discernimiento objetivo para juzgar: cuando el único villano es el judío, y el único judío es vil, la obra comienza a ser sospechosa. Sobre todo, si además se explicita en ella que el judío es el único malo *debido a su judeidad*. Así, verbigracia, se ve en la película británica *Enseñanza de vida* (2009).

Un reciente filme argentino es mucho más sutil en su mensaje: *Séptimo*

(2013), protagonizado por Ricardo Darín. El personaje Marcelo Goldstein fortalece un mendaz estereotipo:³⁴⁵ que tras el apellido judío se esconde un ricachón frío y desalmado. La producción de *Séptimo* es hispano-argentina; intuimos que en lo que concierne a lo judío prevaleció lo hispano: el director Patxi Amezcua no trepida en difundir que el único millonario sea judío, y uno que no esté dispuesto a ayudar ni siquiera para salvar las vidas de niños.

Pero a pesar de la persistencia de los estereotipos clásicos, lo cierto es que, en el mundo contemporáneo, la mitología y las acciones de la judeofobia se descargan menos contra el judío como individuo, como comunidad o como religión, y se deslizan a demonizar al Estado judío.

Por ello, al momento de enseñar sobre la judeofobia, es necesario superar una aprensión muy habitual: muchas veces se elude mencionar el principal objeto de la judeofobia actual.

Rehuir a esta verdad, para no “caer en desvíos políticos” (la expresa mención de Israel), dificulta encarar el problema. Al omitir la deslegitimación del Estado judío de la enseñanza sobre la judeofobia, resulta casi imposible ilustrar sobre la temática, ya que ella es su rostro actual más manifiesto. Y no podría abordarse el fenómeno si eludimos su expresión más ostensible.

Una segunda aprensión por superar es que para ejemplificar los casos más notables de judeofobia, no alcanza con circunscribirse a los judeófobos más primitivos: debe denunciarse también a nombres ilustres y prestigiosos. Es incómodo, pero indispensable para mostrar cómo la judeofobia penetra aun en gente inteligente y a veces bienintencionada.

Para impugnar la judeofobia desde la educación, existen varios métodos, a saber:

- La exaltación de la víctima, por medio de enfatizar las grandes aportaciones de los judíos a la humanidad;

- La universalización del fenómeno, por medio de mostrar cuán malos son los prejuicios en términos generales; y
- El desenmascaramiento acerca de los estragos que causa la judeofobia a la sociedad en su conjunto.

El primero y el segundo, en general, terminan siendo contraproducentes. La exaltación de la víctima no corresponde, ya que es irrelevante al momento de juzgar la magnitud de las persecuciones: nadie merece ser perseguido, independientemente de sus contribuciones a la civilización.

En cuanto a la universalización, lleva frecuentemente a que el fenómeno se banalice y ulteriormente sea absorbido en una larga lista de prejuicios que impiden comprender la patente singularidad de la judeofobia.

El tercer método es en general más eficaz: mostrar cómo la judeofobia es un enemigo de la civilización, de los derechos humanos, de una sociedad libre. Además de obsesiva para los individuos, la judeofobia es autodestructiva para las sociedades. La historia de España, Rusia y Alemania son buenos ejemplos históricos, así como el mundo árabe actual. Se autodestruyen en la medida en que no vuelcan sus energías en el progreso y la prosperidad, sino en la busca de culpas exógenas para sus problemas, y malgastan sus recursos en hostilidad.

La Iglesia es uno de los factores que está en mejores condiciones de producir una acción sistemática para contrarrestar el odio. En la repelencia post-Holocausto frente a lo que la Europa cristiana le había hecho a los israelitas, la Iglesia Católica ha eliminado sus oraciones y enseñanzas más agresivas. Pero aún no se ha comprometido en una consideración de raíz acerca de cómo ella misma ha generado judeofobia. Poco esfuerzo se ha hecho para instruir a los cristianos sobre el rol que el cristianismo en general tuvo en generar una cultura judeofóbica, y la mayoría de los cristianos

permanecen inconscientes de ello.

Es cierto: cada religión tiene derecho a contar su propia historia. Todas tienen un halo de fascinación: Siddharta, el príncipe de Nepal en Benarés, que hace girar la rueda de la ley y proclama las cuatro nobles verdades; o el dictado del arcángel Gabriel a Mahoma, o el pueblo hebreo cruzando el mar Rojo. Cada religión es libre de hablar de sí misma. Pero el cristianismo debe tener un cuidado especial al narrarse, porque hay un inconveniente en esa narración: incluye a otro pueblo en un rol protagónico, y fue manipulada durante siglos para descargarse contra ese pueblo. Al narrar su historia, puede inspirar en el sendero del amor, pero también abrir las compuertas del odio.

El poeta católico francés Paul Claudel escribió varias obras sobre la confrontación entre la judería y la cristiandad. Paulatinamente fue liberándose del prejuicio tradicional y desarrolló una visión original del pueblo judío. Su conciencia acerca de la responsabilidad de la cristiandad por el Holocausto, lo llevó a sugerir en 1945 a su embajador en el Vaticano que el Papa instituyera una ceremonia de expiación por los crímenes contra los judíos.

Del mismo modo, durante el juicio contra Eichmann en Jerusalén (1961) obispos alemanes pidieron de todos los católicos alemanes que pronunciaran una plegaria pidiendo perdón. Y en 1994, cuando el Vaticano finalmente estableció relaciones con el Estado de Israel, William Rees-Mogg publicó en el *Times* de Londres un llamado a un acto de contrición general:

Las iglesias cristianas deberían hacer algún acto formal de contrición por lo que ha ocurrido en estos dos mil años... debemos disculparnos por las matanzas, por la Inquisición, por los guetos, por los distintivos, las expulsiones, las acusaciones del asesinato ritual, y por sobre todo, por el fracaso de la cristiandad en percibir a tiempo, o denunciar a tiempo, la maldad del Holocausto en toda su dimensión.

Tamaño contrición pondrá en movimiento la demorada reconciliación del pueblo judío con la cristiandad y tendrá el potencial de señalar el comienzo

del fin de la judeofobia.

337 Milgram describió su experimento en un artículo publicado en 1963 en el *Journal of Abnormal and Social Psychology*, después en la película documental *Obediencia*, y finalmente en el libro *Los peligros de la obediencia* (1974). Al año siguiente se llevó el libro a una dramatización televisiva (*El décimo nivel*) y en 1979 se incluyó el experimento en la película *I comme Icare (I de Ícaro)* protagonizada por Yves Montand.

338 Ernesto Sabato: “Judíos y antisemitas”, revista *Comentario* No. 39, IJACI, Buenos Aires, pág. 8. Hay casos en los que el “negocio de la judeofobia” es literal. Herman Ahlwardt, por ejemplo, era director de una escuela en Berlín hasta que fue despedido por quedarse con el dinero de una colecta estudiantil. Entonces escribió *La última posición del pueblo ario contra al judaísmo* (1892), lo que aumentó su popularidad y le llevó a hacer de la judeofobia su profesión. Podría delinquir y justificarse ideológicamente. Fue elegido al Reichstag por Brandenburgo, bajo su lema político de que los campesinos sufrían a manos de “los judíos”. Ese año llegó a publicar diez panfletos más, que generaron la atmósfera que llevó al incendio de la sinagoga de Neustettin. La judeofobia le era redituable.

339 Paul Johnson: “La enfermedad del antisemitismo”, en inglés, revista *Commentary*, 1 de junio de 2005.

340 Acerca de la ONU en el Medio Oriente, un buen resumen en Morris B. Abram: “La ONU contra el proceso de paz”, en inglés, *The Jerusalem Report*, Jerusalén, 4 de mayo de 1995, pág. 55.

341 “Genocidio” fue acuñada por el abogado Rafael Lemkin cuando el Holocausto llegaba a su fin, y fue recogida por la *Convención sobre el Genocidio* de las Naciones Unidas, ligada a los Juicios de Núremberg.

342 Pablo habla de la venda en II Corintios 3:13-16: “No somos como Moisés, que ponía un velo sobre su rostro para que los hijos de Israel no fijaran su vista en lo que se desvanecería... El entendimiento de ellos se endureció... el mismo velo permanece sin alzarse, pues sólo en Cristo es quitado”.

343 También en las catedrales alemanas de Minden, Bamberg, Metz y Friburgo, y en las inglesas de Rochester, Lincoln, Salisbury y Winchester. En general, se las encuentra en las

catedrales de las principales ciudades del norte europeo.

[344](#) Hijo de Hutton Gibson, un negacionista que difunde que los judíos dominan el mundo, el Vaticano incluido.

[345](#) Sutileza similar se da en la película uruguaya *Reus* (2011).

BIBLIOGRAFÍA

En español

Edward Flannery: *Veintitrés siglos de antisemitismo*, Paidós, Buenos Aires, 1974.

León Poliakov: *Historia del antisemitismo*, Muchnik Editores, Buenos Aires, 1980.

James Parkes: *Antisemitismo*, Paidós, Buenos Aires, 1965.

Jules Isaac: *Las raíces cristianas del antisemitismo*, Paidós, Buenos Aires, 1965.

Joshua Trachtenberg: *El diablo y los judíos*, Paidós, Buenos Aires, 1975.

Hannah Arendt: *Los orígenes del totalitarismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1981 (1951), tomo 1.

Daniel Jonah Goldhagen: *Los verdugos voluntarios de Hitler*, Taurus, Madrid, 1997.

Ernesto Renán: *Cristianismo y Judaísmo*, Leviatán, Buenos Aires, 1982.

Marcos Aguinis: "El judío y lo siniestro", revista *Rumbos* No. 21, Jerusalén, octubre de 1987.

Leonardo Senkman: *El antisemitismo en la Argentina*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1986.

Joel Barromi: *Antisemitismo: Un Problema Universal*, Editorial Aurora, Tel Aviv, 1990.

Silvano Santander: *El gran proceso*, Ediciones Silva, Buenos Aires, 1961.

Gordon Allport: *La naturaleza del prejuicio*, EUDEBA, Buenos Aires, 1954.

- Nathan Ackerman y Marie Jahoda: *Psicoanálisis del Antisemitismo*, Paidós, Buenos Aires, 1962.
- Sebastián Soler: *Mecánica mental del antisemitismo*, Colección Derechos Humanos, Ediciones DAIA, Buenos Aires, 1964.
- Jorge Luis García Venturini: “Antisemitismo y cristianismo, Reflexiones sobre la cuestión antisemita en la Argentina”, *Comentario* No. 39, Buenos Aires, 1964.
- Ernesto Sabato: “Judíos y antisemitas”, *Comentario* No. 39, Buenos Aires, 1964.
- Jean-Paul Sartre: *Reflexiones sobre la cuestión judía, o Retrato del antisemita*, 1946.
- Sergio Bagú: “Julián Martel y el realismo argentino - Una revaloración de La Bolsa”, revista trimestral *Comentario* de julio-septiembre 1956, IJACI, Buenos Aires.
- Michael Billig: “Antisemitismo y retórica de la conspiración en los días actuales”, revista *Coloquio* No. 9, Ed. CJL, Buenos Aires, 1988.
- El Holocausto en documentos*: editado por Yitzhak Arad, Yisrael Gutman y Abraham Margalio, Yad Vashem, Jerusalén, 1996.
- Gustavo Perednik: *Desde el juicio a Eichmann*, Universidad ORT Uruguay, Montevideo, 2014.
- Marcos Israel: *Antisemitismo y conflicto árabe-israelí*, Ediciones B, Montevideo, 2014.
- Gustavo Perednik: *España descarrilada*, Inédita Ediciones, Barcelona, 2004.
- Norman Cohn: *El mito de los Sabios de Sion*, Editorial Candelabro, Buenos Aires, 1967.
- Nahum Solominsky: *La semana trágica*, Biblioteca Popular Judía, Congreso Judío Mundial, Buenos Aires, 1971.

En inglés

- Albert Einstein: “Por qué odian a los judíos”, revista *Collier*, Nueva York, noviembre de 1938.
- Robert Wistrich: *Antisemitismo, el odio más antiguo*, Pantheon Books, Nueva York, 1991.
- Hyam Maccoby: “Anti-Judaísmo y Anti-Semitismo”, en *Pensamiento Religioso Judío Contemporáneo*, ediciones Charles Scribner’s Sons, Nueva York, 1987.
- James Banks (editor): *Enciclopedia de la diversidad en la educación*, entrada: *Antisemitism in School and Society* de Christopher MacDonald-Dennis, SAGE Reference, Los Ángeles, 2012.
- Peter Schäfer: *Judeofobia*, Universidad de Harvard, Cambridge, 1997.
- Samuel Sandmel: *¿Anti-Semitismo en el Nuevo Testamento?*, Fortress Press, Philadelphia, 1978.
- Menajem Stern: *Los autores griegos y latinos sobre los judíos y el judaísmo*, Academia de Ciencias y Humanidades de Israel, Jerusalén, 1974 (vol. 1), 1980 (vol. 2) y 1984 (vol. 3).
- Franklin H. Littell: *La crucifixión de los judíos*, Harper & Row, Nueva York, 1975.
- William Nicholls: *Antisemitismo cristiano*, Jason Aronson Inc., Londres, 1993.
- Dennis Prager y Joseph Telushkin: *¿Por qué a los judíos?*, Simon & Schuster, Nueva York, 1983.
- Manfred Gerstenfeld: *El abuso de la memoria del Holocausto*, Jerusalem Center for Public Affairs y el ADL, Jerusalén, 2009.
- Deborah Lipstadt: *Negando el Holocausto: el creciente asedio sobre la verdad y la memoria*, Free Press/MacMillan, Nueva York, 1993.

CRÓNICA DE ESTE LIBRO

La judeofobia nació en 1990 como un curso del Instituto de Líderes de Jerusalén, cuyo objetivo era concentrar los variados aspectos de la temática. Lo iniciamos con los estudiantes de Inglaterra, un semestre después con los de Australia, luego Sudamérica, México y Francia.

Durante algunos años dicté el curso en el programa estival de la Universidad Hebrea de Jerusalén, lo que impuso dotarlo de una estructura más académica, que en 1995 apliqué en la Universidad de Buenos Aires, cuando fui invitado a enseñarlo en la Facultad de Filosofía y Letras.

En 1998 la Universidad de Panamá me convocó a dar el curso completo (durante dos semanas y cuatro horas diarias), y pude repetir esa experiencia en 2009 en la Universidad de Barcelona. Precisamente, en Panamá y en Barcelona fueron publicadas las dos primeras ediciones de este libro (1999 y 2001), a las que siguieron otras en seis países más: Israel 2005 (por el *Instituto Yosef Sapir de Investigación Socioeconómica*), Brasil 2009, Costa Rica 2010, México 2011, Ecuador 2016, y ahora Argentina 2018.

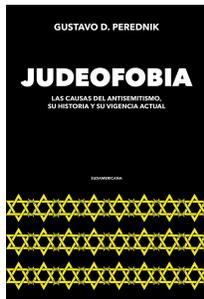
Las clases de judeofobia se transmitieron asimismo por Internet en sus versiones en inglés y español, y el libro fue traducido al portugués, al hebreo y al chino.

Desde la primera edición hace dos décadas, he publicado varios libros que abordan la cuestión, especialmente: *España descarrilada* (2004), *Matar sin que se note* (2009) y *Desde el juicio a Eichmann* (2014). De ellos tres, he incorporado algunas páginas a esta edición ampliada y actualizada.

Los interesados en el tema aumentan sin pausa, probablemente debido a

que el fenómeno, al menos a un lado, da pocos signos de regular.

El autor



El odio a los judíos, la *judeofobia*, es uno de los más antiguos y persistentes de la historia. Desde los escritos de Alejandría y la expulsión de España hasta el cantonismo ruso y el Holocausto, es un fenómeno que ha atravesado todas las épocas y se manifiesta de formas diferentes, ora sutiles, ora brutales, todavía en nuestros días.

Tanto los medios y la esfera pública como los ámbitos más privados y cotidianos son arena en la que a cada momento se despliega una miríada de prejuicios. ¿Cuáles son las peculiaridades de la judeofobia que hacen que emerja una y otra vez, incluso en los rincones menos esperados?

En este libro indispensable, Gustavo Perednik responde esta y otras preguntas al tiempo que explora a fondo los orígenes, las motivaciones y los mitos fundantes de la hostilidad antijudía. Porque contra todo pronóstico optimista, nuestro siglo XXI sigue demandando una mirada alerta que oponga racionalidad reflexiva a la sinrazón demonizadora.

GUSTAVO DANIEL PEREDNIK

(Buenos Aires, 1956) es un escritor y filósofo argentino residente en Israel. Graduado de las universidades de Buenos Aires y Jerusalén, completó en Nueva York sus estudios de doctorado, complementados en Lock Haven (Pensilvania), La Sorbona (Francia), San Marcos (Perú) y Upsala (Suecia). Asesor educativo de diversas instituciones en varios países, dirigió el Instituto para la Capacitación de Líderes de Jerusalén y los programas cuatrienal y preparatorio de la Universidad Hebrea, donde fue distinguido como profesor sobresaliente. Ha sido invitado a disertar en más de cien ciudades de cincuenta países, y es autor de una veintena de libros (varios de ellos premiados y traducidos) y numerosos artículos sobre judaísmo y modernidad. Entre sus obras se destacan *Lémej; España descarrilada; El silencio de Darwin; Célebres pensadores; Violín a cuestas; Matar sin que se note; La patria fue un libro; La humanidad y el ajedrez; Kafkania; Autopsia del socialismo* (en coautoría con Alberto Benegas Lynch); *Sabra* (en coautoría con Marcos Aguinis); *Desde el juicio a Eichmann y Morir por la Argentina*.



[Otro título del autor en megustaleer.com.ar](http://megustaleer.com.ar)

Perednik, Gustavo D.

Judeofobia. Las causas del antisemitismo, su historia y su vigencia actual / Perednik, Gustavo D. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Sudamericana, 2018.

(Historia)

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-07-6119-2

1. Ensayo Histórico. I. Título.

CDD 907

Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Agustín Ceretti

Edición en formato digital: abril de 2018

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Humberto I 555, Buenos Aires

www.megustaleer.com.ar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-950-07-6119-2

Conversión a formato digital: Libresque

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Índice

Judeofobia

Agradecimientos

Capítulo 1. ¿Qué es la judeofobia?

Presencia y complejidad

Un fenómeno singular

¿Judeofobia o antisemitismo?

Ocho peculiaridades

Capítulo 2. Sus orígenes

Cuándo no comenzó

La matriz helenista

Consecuencias de la judeofobia romana

Las raíces cristianas

Capítulo 3. La demonización

El Nuevo Testamento y la crucifixión

Una literatura sacra y judeofóbica

La teología incriminatoria

De la teología a la ley

Capítulo 4. La persecución

Imposición de bautismos

Sermones y disputas

Guetos y expulsiones

Ocho matanzas totales

Capítulo 5. La mitología

La ambivalencia vaticana

El libelo de sangre

El libelo en tiempos modernos

La hostia y la peste negra

Capítulo 6. España y el paradigma fantasmal

El Islam

Un país obsesionado

En procura de la homogeneidad

Espectral presencia

Capítulo 7. Francia y el paradigma socioeconómico

Una nueva judeofobia

Sanedrín y dominio

De semántica y entelequias

El affaire Dreyfus

Capítulo 8. Alemania y el paradigma racial

Un país problemático

El camino al infierno

El auto-odio

Lo que el Holocausto no fue

Capítulo 9. La Shoá y el negacionismo

El sadismo en acción

El Holocausto en síntesis

Las perversiones

Historia del negacionismo

Capítulo 10. Rusia y el paradigma conspiracional

El cantonismo
El fin del baile
Los Protocolos
Segunda gran frustración
Capítulo 11. El comunismo
Lenin, Trotsky, Stalin
Previsible final
Los años negros
Después del comunismo
Capítulo 12. El antisemitismo
La forma actual de la judeofobia
Mecánica mental del antisemita
El obsesivo boicot
El odio disfrazado de crítica
capítulo 13. EE. UU. y el paradigma anti-inmigratorio
De Leo Frank a las Olimpiadas
La Argentina en el siglo XIX
La judeofobia embolsada
De las letras a la violencia
Capítulo 14. Argentina y el paradigma del
desplazamiento
De Hugo Wast a Eichmann
Los militares y la judeofobia
Una izquierda regresiva
El caso venezolano
Capítulo 15. Explicaciones de la judeofobia
Inconsciencia orwelliana

Seis meditaciones sionistas
Sociología y psicología
Antropología y filosofía
Capítulo 16. Reflexiones y conclusiones
Judeofobia y fertilidad intelectual
Doce conclusiones
Sugerencias de educador
Una imperiosa acción terapéutica
Bibliografía
 En español
 En inglés
Crónica de este libro
Sobre este libro
Sobre el autor
Otro título del autor
Créditos